

GRAHAM

veintiún cuentos

GREENE



se

Los cuentos de este libro (escritos entre 1929 y 1945) tienen como punto focal temas que también son dominantes en las conocidas novelas de Graham Greene: culpa, traición, fracaso, violencia, persecución, y la incesante búsqueda de salvación del hombre.



Graham Greene

Veintiún cuentos

ePub r1.0

Ascherit 17.11.15

Título original: *Twenty-One Stories*
Graham Greene, 1954
Revisión de las traducciones: Federico Patán
Retoque de cubierta: Ascheriit

Editor digital: Ascheriit
ePub base r1.2



Introducción

Un grupo de profesores del Colegio de Letras Modernas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se propuso traducir los veintiún cuentos de Graham Greene, publicados en 1954 bajo el título de «*Twenty-One Stories*». A pesar de ser Greene un autor tan conocido y cuyos cuentos se han traducido a nuestra lengua desde hace más de 30 años, estos profesores mexicanos desean rendir homenaje a uno de los grandes narradores de la literatura inglesa con su trabajo; por ello, al final de cada cuento se indica el nombre de su traductor.

Greene es un autor prolífico. Ha escrito alrededor de veinte novelas, obras de teatro, cuentos para niños, guiones para cine, sin olvidar sus colecciones de cuentos y ensayos. Algunas de sus novelas han sido llevadas al cine; baste recordar «El cónsul honorario», «Nuestro hombre en La Habana», «El poder y la gloria», «Los comediantes». Varios de sus críticos señalan como el cine ejerce una marcada influencia en su obra: que tanto la estructura narrativa de sus cuentos y novelas como el repetido uso de imágenes visuales para expresar momentos dramáticos tienen su origen en el cine.

Greene publica su primera novela, «*The Man*

Within», en 1929; en ella se reflejan varios de los temas a los que retorna, como en un afán de descifrarlos, en su abundante obra literaria: la culpa, la traición, el fracaso. En 1926 abandona la religión anglicana para convertirse al catolicismo. Este hecho, por demás significativo en su vida y su creación, lo llevará a intentar hallar en las doctrinas católicas las metáforas que otorguen sentido a su creación. En «*Brighton Rock*» (1938), su primera novela explícitamente católica, afirma que considera «la aterradora extrañeza de la misericordia de Dios» como el tema central de sus obras; en ellas sus personajes habitan un mundo donde el mal subyace como una realidad omnipresente. Sin embargo, la influencia del catolicismo en Greene no debe tomarse al pie de la letra: él mismo ha declarado que prefiere ser conocido como un católico, de profesión escritor, que coma un novelista católico.

Hijo de Charles Greene, director de Berkhamsted School —escuela a la que asistió de niño, describiéndola como el lugar donde conoció la soledad y la maldad—, Graham Greene nos relata en su autobiografía, «*A Sort of Life*», que desde sus primeros años de estudios aprendió a rechazar el rígido mundo de su padre para adoptar en la vida una actitud diametralmente opuesta. Desde pequeño huye del aula para esconderse a leer libros de aventuras

tras los setos; se considera un tunante con una gran simpatía hacia aquellos bribones que también intentan escapar de una sociedad de eternas formalidades. De su padre, el director de escuela, escribe con afecto y humor: «Mi padre... una vez permitió a los alumnos de último año asistir a la proyección de la primera película de Tarzán, bajo la falsa impresión de que se trataba de una película educacional de interés antropológico; desde entonces juzga al cine con un sentimiento de desilusión y recelo».

La ironía y el sentido del humor en Greene, aun en las narraciones más desconsoladoras, contribuyen a establecer su percepción tragicómica del mundo. Su oficio y habilidad como narrador lo convierten en uno de los más respetados novelistas de nuestro tiempo, además de ser escritor de *best sellers*. Por más de 50 años Greene ha mantenido su reputación internacional coma escritor, periodista, crítico, viajero. Atrae, igualmente, por ser un novelista de ideas, de intereses políticos y religiosos definidos. Es un narrador capaz de crear, a través de sus obsesiones, un universo que muestra la escala de valores en que nos movemos, la soledad de la que es inútil escapar. Sobre las obsesiones escribe: «Todo escritor considerado un poeta, en el sentido que esta palabra adquiere en el siglo dieciocho, es una

víctima: un hombre entregado a una obsesión». Con estas palabras, Greene habla de sí mismo también, de modo que al leerlo vemos reflejada su propia poética.

La presente edición es una manera de reconocer y fijar por escrito el mérito de la obra de este escritor. Para los que trabajamos en difundir cultura, nos parece algo necesario dentro del quehacer universitario. Quiero reiterar, por último, algo que se transparenta en estas líneas: la lectura de las obras de Greene es imprescindible si se quiere tener una información cabal de la literatura inglesa de nuestro tiempo. El mejor homenaje que podemos hacerle es el reconocimiento y análisis minucioso de sus obras.

Argentina Rodríguez

Coordinadora del Colegio de Letras Modernas

Facultad de Filosofía y Letras

Septiembre de 1989

Los destructores

1

Fue la víspera del Día Feriado de Agosto cuando el último recluta se convirtió en el jefe de la pandilla de Wormsley Common. A ninguno le causó sorpresa excepto a Mike; pero a Mike, a los nueve años, todo le causaba sorpresa. «Si no cierras la boca», le dijeron un día, «se te va a meter una mosca». Desde entonces Mike mantenía los dientes cerrados como una ostra, salvo cuando la sorpresa era demasiado grande.

El nuevo recluta había estado con la pandilla desde el principio de las vacaciones de verano, y todos le veían posibilidades a su caviloso silencio. Nunca usaba una palabra de más, ni aun para decir su nombre, a menos que así lo exigieran las reglas. Cuando dijo: «Trevor», señaló un hecho, no reveló vergüenza o desafío, como lo habían hecho los demás. Tampoco se rio nadie, excepto Mike quien, al no verse secundado y toparse con la oscura mirada del recién llegado, abrió la boca y en seguida guardó

silencio. Había muchas razones por las que «T.», como se le llamaría después, podía ser objeto de burla. Su nombre, por ejemplo (lo sustituyeron por una inicial porque de otro modo no había excusa para no reírse de él), o el hecho de que su padre, antes arquitecto y ahora empleado, «se había ido a pique», y su madre se consideraba de mejor clase que sus vecinos. ¿Qué fue sino una de esas raras circunstancias asociadas con el peligro, con lo impredecible, lo que permitir su ingreso en la pandilla sin pasar por una innoble ceremonia de iniciación?

La pandilla se reunía cada mañana en un lote baldío improvisado como estacionamiento, el sitio donde había caído la última bomba del primer ataque aéreo de la guerra. El jefe, conocido como Blackie, aseguraba que la había oído caer, y ninguno reparaba lo suficiente en las fechas para señalar que por entonces Blackie había tenido sólo un año de edad y estado profundamente dormido en el andén más bajo de la estación del metro de Wormsley Common. A un lado del baldío se inclinaba la primera de las casas aún ocupadas, el número 3 de la destrozada calle, de Northwood Terrace —literalmente se inclinaba, pues la explosión de la bomba la había dañado de tal manera que sus costados estaban apuntalados con maderos. Una bomba más pequeña y otras

incendiarias habían caído un poco más allá dejándola como una enorme muela cariada. Uno de sus muros exteriores aún retenía, pegadas, reliquias de lo que había sido la casa de junto: un pedazo de friso y trozos de chimenea. T., cuyas palabras se limitaban casi a votar «sí» o «no» al plan de operaciones propuesto cada día por Blackie, una vez sorprendió a todos al observar meditativamente: «Wren construyó esa casa, dice mi padre».

—¿Quién es Wren?

—El hombre que construyó la catedral de St. Paul.

—¿Y a quién le importa? —replicó Blackie—. No es más que la casa del Viejo Miserias.

El «Viejo Miserias» —cuyo verdadero nombre era Thomas— había sido arquitecto y decorador. Vivía solo en la maltrecha casa, haciendo de todo: cada semana se le podía ver cruzar el baldío trayendo consigo pan y verduras, y una vez, cuando los chicos se encontraban jugando, puso su cabeza sobre la derruida barda de su jardín para mirarlos.

—Acaba de salir del «ret» —observó uno de los chicos, pues todos sabían que, desde la caída de aquellas bombas, algo andaba mal en las cañerías, y el Viejo Miserias era demasiado tacaño para meterle dinero a la propiedad. Hacía la redecoración, que le salía al costo, pero no sabía nada de plomería. El

«ret»— el retrete —era un cobertizo de madera con un agujero en forma de estrella en la puerta, al fondo del estrecho jardín: había escapado de la explosión que había destruido la casa de junto y arrancado los postigos de las ventanas de la número 3.

La otra ocasión en que la pandilla supo del señor Thomas fue más sorprendente. Blackie, Mike y un chico flaco y amarillento a quien, por alguna razón, se le llamaba por su apellido —Summers—, se lo encontraron en el baldío cuando regresaba del mercado. El señor Thomas los llamó. Malhumorado, les preguntó: «¿Son ustedes de ese grupo que juega en el estacionamiento?».

Mike estaba a punto de responder cuando Blackie se lo impidió. Como jefe de la pandilla, conocía sus responsabilidades: «Supongamos que sí», dijo ambiguamente.

—Traigo algunos chocolates —dijo entonces el señor Thomas—. A mí no me gustan. Tengan. Aunque no van a alcanzar para todos, supongo. Nunca alcanzan —agregó con sombría seguridad, a la vez que les tendía tres paquetitos de *Smarties*.

Toda la pandilla se sintió sorprendida y perturbada por esa acción y trató de explicársela. «Apuesto que alguien los tiró y él los recogió», sugirió uno.

—Se las robó y luego no pudo aguantar el jodido

miedo —pensó en voz alta otro.

—Nos quiere sobornar —terció Summers—. Quiere que dejemos de rebotar pelotas en su pared.

—Le demostraremos que no aceptamos sobornos —dijo Blackie, y sacrificaron la mañana entera rebotando pelotas en la pared, un juego que sólo Mike, por ser el más pequeño de todos, disfrutaba. Ni rastro del señor Thomas.

A la mañana siguiente T. los asombró a todos. Llegó tarde a la reunión, y la votación para la hazaña del día se realizó en su ausencia. A sugerencia de Blackie, la pandilla se dispersaría en pares, tomaría autobuses al azar, a ver cuántos paseos gratis podían sacarles a conductores distraídos (la operación se llevaría a cabo en pares para evitar trampas). Estaban designando acompañantes por sorteo cuando llegó T.

—¿Dónde andabas, T.? —preguntó Blackie—. Ya no puedes votar. Conoces las reglas.

—Estuve *allí* —dijo T. Dirigió la vista al suelo, como si quisiera esconder algún pensamiento.

—¿Dónde?

—En la casa del Viejo Miserias —la boca de Mike se abrió, para de inmediato cerrarse con un ruidito. Recordó lo de la mosca.

—¿La del Viejo Miserias? —repitió Blackie. No había ninguna regla que lo prohibiera, pero tenía la

sensación de que T. andaba pisando terreno peligroso. Preguntó esperanzado—: ¿Forzaste las cerraduras?

—No. Toqué la campanilla.

—¿Y luego qué hiciste?

—Le dije que quería ver su casa.

—¿Y él qué hizo?

—Me la enseñó.

—¿Te clavaste algo?

—No.

—¿Para qué fuiste, entonces?

La pandilla se había juntado alrededor: era como si un tribunal improvisado estuviera a punto de formarse para tratar un caso delictivo. T. dijo: «Es una bella casa», y con los ojos aún fijos en el suelo, sin ver a ninguno, se pasó la lengua por los labios, primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha.

—¿Qué quieres decir con «una bella casa»? —preguntó Blackie con desdén.

—Tiene una escalera de doscientos años, en forma de sacacorchos. No se sostiene en nada.

—¿Qué quieres decir con «no se sostiene en nada»? ¿Flota?

—Tiene que ver con el equilibrio de fuerzas, me dijo el Viejo Miserias.

—¿Y qué más?

—Hay entrepaños.

—¿Como en El Jabalí Azul?

—De doscientos años.

—¿Tendrá el Viejo Miserias doscientos años?

Mike rio intempestivamente pero en seguida se calló. Había una atmósfera de seriedad en la reunión. Por primera vez desde que T. había llegado al baldío aquel primer día de vacaciones, su posición estaba en peligro. Que simplemente se mencionara su nombre completo, y no se quitaría a la pandilla entera de encima.

—¿Para qué hiciste eso? —preguntó Blackie. Estaba siendo justo, no le tenía envidia, quería conservar a T. en la pandilla si podía. Era la palabra «bella» lo que le preocupaba; pertenecía a una clase que uno aún podía ver parodiada en el Teatro Empire de Wormsley Common por un cómico que aparecía con sombrero de copa y monóculo, con un acento para doblarse de risa. Se vio tentado a decirle: «Mi querido Trevor, viejo amigo...» y soltarle la jauría —. Si te hubieras metido por la fuerza... —dijo con desconsuelo—, esa sí que hubiera sido una hazaña digna de la pandilla.

—Esto fue mejor —dijo T.—. Averigüé cosas — continuó con la vista puesta en sus pies, sin cruzarla con los ojos de ninguno, como absorto en un sueño que no quería, o le avergonzaba, compartir.

—¿Qué cosas?

—El Viejo Miserias no va a estar mañana ni el Feriado de Agosto.

Blackie preguntó, aliviado: «¿Quieres decir que podríamos metemos?».

—¿Y clavamos cosas? —preguntó alguien más.

—Nadie va a clavarse nada —dijo Blackie—. Entrar es suficiente, ¿o no? No queremos líos con la justicia.

—Yo no quiero clavarme nada —dijo T.—. Tengo una idea mejor.

—¿Cuál es?

T. alzó los ojos, tan grises y alterados como aquel triste día de agosto: «Tirar la casa», respondió. «Destruirla».

Blackie soltó una risilla de lechuza y luego, como Mike, recobró la serenidad, intimado por la grave, implacable mirada. «Y mientras, ¿qué con la policía?», dijo.

—Nunca lo sabrá. Lo haremos desde dentro. Ya sé por dónde entrar. —Luego dijo con cierta intensidad—: ¿No lo ven? Seremos como gusanos en una manzana. Para cuando salgamos no quedará nada allí, ni escalera, ni entrepaños ni nada, sólo muros, y después derribaremos los muros de algún modo.

—Iríamos a la cárcel —dijo Blackie.

—¿Quién va a probar nada? Y además, no nos habremos llevado ni un alfiler. —Luego añadió, ya

sin el menor destello de gozo—: No habrá nada que llevarnos cuando hayamos terminado.

—Yo nunca oí que metieran a la cárcel por romper cosas —dijo Summers.

—No tendríamos tiempo —dijo Blackie—. He visto cómo trabajan los que demuelen casas.

—Somos doce —dijo T.—. Podemos organizarnos.

—Ninguno de nosotros sabe cómo...

—Yo sí sé —dijo T. Luego miró directamente a Blackie—. ¿Tienes una idea mejor?

—Hoy —dijo Mike sin ningún tacto—, vamos a conseguirnos paseos gratis...

—Paseos gratis —dijo T.—. Eso es para niños. No tienes que participar. Blackie, si lo que quieres...

—La pandilla tiene que votar.

—Que vote entonces.

Blackie dijo con inquietud: «Se propone que mañana y el lunes destruyamos la casa del Viejo Miserias».

—Oigan, oigan... —dijo un chico gordo llamado Joe—. ¿Quién está a favor?

T. dijo: «Está decidido».

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Summers.

—Que él te diga —le respondió Blackie. Era el fin de su liderazgo. Se fue al fondo del estacionamiento y se puso a patear una piedra,

haciéndola rodar sin dirección fija. Solo había un viejo Morris en el lote; aparte de algunas vagonetas, pocos carros se estacionaban allí: no habiendo cuidador, no había seguridad. Blackie le largó un puntapié al Morris, raspándole algo de pintura al guardafango trasero. Más allá, no poniendo más atención en él que en un extraño, la pandilla se reunió alrededor de T. Blackie se dio cuenta vagamente de lo fácil que era caer en desgracia. Pensó en irse a casa, en nunca volver, en dejarlos descubrir la precariedad del liderazgo de T., pero supongamos, después de todo, que lo que propuso T. sea posible. Nada parecido se había hecho antes. De seguro la fama de la pandilla del estacionamiento de Wormsley Common se extendería por todo Londres. Saldrían encabezados en los periódicos. Hasta las pandillas de muchachos más grandes que manejaban las apuestas en la lucha libre, o vendían objetos desde sus carritos verían con respeto cómo había sido destruida la casa del Viejo Miserias. Impulsado por el simple, puro y altruista deseo de fama para la pandilla, Blackie regresó a donde T. se encontraba, a la sombra de uno de los muros de la casa del Viejo Miserias.

T. daba órdenes con decisión: era como si esta idea lo hubiera acompañado toda su vida, madurando con las estaciones y cristalizando ahora, a sus quince

años, con las angustias de la pubertad. «Tú», le dijo a Mike, «consigue algunos clavos grandes —los más grandes que encuentres— y un martillo. El que pueda, mejor que traiga un martillo y un destornillador. Necesitaremos muchos. Cinceles también. Tantos como sea posible. ¿Puede alguien conseguir una sierra?».

—Yo puedo —dijo Mike.

—Pero no una sierra de niños —dijo T.—. Una de verdad.

Blackie se vio levantando la mano como cualquier otro miembro de la pandilla.

—Bien, Blackie. Tráela tú. Pero hay un problema. Necesitamos una sierra de arco.

—¿Qué es una sierra de arco? —preguntó alguien.

—Las venden en *Woolworth's* —indicó Summers.

El chico gordo llamado Joe dijo con desaliento: «Ya sabía que esto iba a terminar en una colecta».

—Traeré la sierra yo mismo —dijo T.—. No necesito tu dinero. Pero no puedo comprar un marro.

Blackie dijo: «Hay algunos trabajadores en el número 15. Sé dónde guardan sus triques hasta después del Feriado de Agosto».

—Ya está, entonces —concluyó T.—. Nos reuniremos aquí a las nueve en punto.

—Tengo que ir a misa —dijo Mike.

—Salta la barda y silba. Nosotros te abrimos.

2

El domingo por la mañana todos llegaron puntuales, excepto Blackie. Hasta Mike. Mike había tenido un golpe de suerte. Su madre no se sentía bien, su padre estaba cansado tras la desvelada del sábado, y le dijeron que fuera a misa él solo, no sin advertirle repetidamente lo que le pasaría si se iba a otra parte. Blackie tuvo dificultades para sacar la sierra a escondidas, y luego para encontrar el marro en el número 15. Llegó a la casa del Viejo Miserias por la vereda que pasaba detrás del jardín, temeroso de toparse con el policía que hacía su ronda por la calle principal. Los abatidos siempre verdes árboles de la vereda mantenían a raya un sol tormentoso: desde el Atlántico amenazaba otro Día Feriado de Agosto con lluvia, anunciado ya por las oleadas de polvo levantándose por todas partes. Blackie escaló la barda del jardín del Viejo Miserias y salió dentro.

Ni rastro de nadie, por ningún lado. El «ret» se alzaba como una tumba en un cementerio

abandonado. Las cortinas, corridas. La casa, dormida. Blackie se acercó, caminando pesadamente con la sierra y el mano. Quizá ninguno había venido, después de todo: el plan era una locura: habían recapacitado. Pero cuando se acercó más a la puerta posterior, oyó una confusión de ruidos apenas más audibles que los de un avispero agitado: un *clac*, *clac*, un *pum*, *pum*, un ruido rasposo, otro de algo cuarteándose —un súbito, doloroso *crac*. Pensó: era cierto. Silbó.

Le abrieron la puerta trasera y entró. Inmediatamente tuvo la impresión de que se trabajaba con organización, algo muy diferente al «cada quien haga lo que quiera» de cuando él era jefe. Durante un rato anduvo subiendo y bajando escaleras buscando a T. Nadie le hablaba. Experimentó una sensación de urgencia: ya empezaba a ver claramente el plan. Todo en el interior estaba siendo destruido cuidadosamente, sin tocar las paredes. Summers rompía a martillo y cincel las tiras de zoclo del comedor en la planta baja: ya había despedazado los entrepaños de la puerta. Allí mismo Joc arrancaba por bloques el parquet, dejando al descubierto las duelas que techaban el sótano. Del zoclo dañado brotaban serpentinas de cables eléctricos y Mike, sentado feliz en el suelo, los cortaba en trozos.

En la curva escalera otros dos chicos trabajaban

con afán tratando de cortar el pasamanos con una inadecuada sierra de juguete. Cuando vieron que Blackie traía una sierra de arco se la pidieron con un simple ademán. La próxima vez que los vio, una cuarta parte del pasamanos yacía tirado en el vestíbulo. Por fin encontró a T. Estaba en el baño. Sentado taciturnamente en el menos cuidado cuarto de la casa, escuchaba ruido que ascendía de la planta baja.

—De veras lo hiciste —le dijo Blackie con temor reverente—. ¿Cómo irá a terminar?

—Apenas hemos empezado —dijo T. Luego, con una mirada al marro, dio sus instrucciones—. Tú quédate aquí y despedaza la taza y el lavabo. No te preocupes por las tuberías. Esas, después.

Mike apareció en la puerta: «Ya acabé con los cables, T.», dijo.

—Muy bien. Ahora anda por ahí. La cocina está en el sótano. Quiebra toda la porcelana, las copas y las botellas que encuentres. No abras las llaves del agua: no queremos una inundación; todavía no. Luego recorre todos los cuartos de la casa y saca todos los cajones. Si están cerrados con llave, llama a alguien y que rompa las cerraduras. Rompe todos los papeles que encuentres y despedaza los adornos. Consíguete un cuchillo cebollero en la cocina, para que te ayudes. Aquí en frente está la recámara. Desbarata

las almohadas y tasajea las sábanas. Eso será suficiente por el momento. Y tú, Blackie, cuando termines aquí, pulveriza en el corredor todo el yeso de las paredes con tu marro.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó Blackie.

—Pensaré en algo especial —respondió T.

Era casi hora del almuerzo cuando Blackie terminó y fue en busca de T. La destrucción iba avanzada. La cocina era un montón de porcelana y vidrios rotos. Al comedor no le quedaba una sola tira de *parquet*, todo el zoclo había sido arrancado, la puerta desprendida de sus bisagras, y los destructores habían pasado al piso de arriba. Rayos de luz se filtraban a través de las persianas cerradas, donde los chicos trabajaban con una seriedad de creadores. La destrucción era una forma de creación, después de todo. Alguna mente imaginativa había concebido esa casa tal como se encontraba ahora.

Mike dijo: «Tengo que ir a casa, a comer».

—¿Quién más tiene que ir a comer? —preguntó entonces T., pero todos, con un pretexto u otro, habían traído su bastimento.

Se sentaron en medio de aquella ruina de cuarto e intercambiaron los sándwiches que no querían. Media hora para el *lunch*, y volvieron al trabajo. Para cuando Mike regresó de comer ya estaban todos en el piso de arriba. Hacia las seis habían

completado todo el daño preliminar: puertas arrancadas, zoclos despegados, muebles destrozados, rasgados y aplastados —si alguien hubiera deseado dormir allí, habría tenido que hacerlo sobre una pila de escombros—. Las instrucciones de T. fueron: a las ocho en punto de la mañana el día siguiente. Para salir inadvertidos, saltaron, uno a la vez, la barda del jardín. Solo quedaron Blackie y T. No había ya luz del día y, cuando probaron con un interruptor, ninguna luz eléctrica. Mike había hecho su trabajo concienzudamente.

—¿Ya pensaste en algo especial? —preguntó Blackie.

T. asintió con la cabeza. «Ven», dijo, «Mira esto». De ambos bolsillos se sacó montones de libras esterlinas. «Los ahorros del Viejo Miserias», indicó. «Mike tasajeó los colchones, pero no las vio».

—¿Qué vas a hacer con ellas? ¿Repartirlas?

—No somos ningunos ladrones —dijo T.—. Nadie va a robarse nada de esta casa. Las guardé para ti y para mí; para que celebremos —se arrodilló en el suelo y contó los billetes; había 70 libras en total—. Las quemaremos —dijo luego— una por una —y, por turnos, sostuvieron verticalmente un billete a la vez, le prendieron fuego por la parte de arriba y esperaron a que la llama lo consumiera lentamente hasta tocar casi sus dedos. Una nube de finas cenizas

grises flotaba y caía sobre sus cabezas enrojeciéndolas—. Me gustaría ver la cara del Viejo Miserias cuando hayamos terminado —dijo T.

—¿Lo odias mucho? —preguntó Blackie.

—Claro que no lo odio —respondió T.—: ¿Qué chiste tendría esto si lo odiara? —La llama del último billete quemado iluminó su rostro sumido en la reflexión—. Todo esto del amor y el odio son ñoñerías, mentiras. No hay sino *cosas*, Blackie —y miró alrededor del cuarto apretujado con las sombras extrañas de cosas a medias, cosas aplastadas, cosas que habían sido y ya no eran—. Echemos una carrera hasta tu casa, Blackie —dijo entonces.

3

A la mañana siguiente comenzó la destrucción final. Dos chicos no llegaron. —Mike y otro, cuyos padres habían salido a pasear a Southend y Brighton no obstante que las primeras gotas de lluvia lenta y tibia habían empezado a caer y el eco de relámpagos río abajo a oírse como un lejano cañoneo en tiempos de guerra. «Tenemos que darnos prisa», dijo T.

Summers mostró inquietud. «¿No hemos hecho ya suficiente?», preguntó. «Mis papás me dieron un chelín para jugar en las máquinas tragamonedas. Esto es como trabajar».

—Apenas hemos empezado —dijo T.—. Ve: nos falta todo el piso y la escalera; no hemos arrancado una sola ventana. Votaste a favor, como todos. Vamos a destruir esta casa Terminaremos cuando no quede piedra sobre piedra.

Y la emprendieron nuevamente, arrancando las duelas del piso de la planta baja adyacente a los muros exteriores, dejando al descubierto las vigas debajo. Luego serraron las vigas y, como lo que quedaba del piso se inclinara y se hundiera, pasaron al vestíbulo. Esta vez, ya con más práctica, hicieron hundir el piso con mayor eficiencia. Hacia el final de la tarde los envolvió un extraño regocijo al mirar aquel gran agujero que era el interior de la casa. Corrían riesgos y cometían errores: cuando se acordaron de las ventanas ya era demasiado tarde. «¡Caray!», dijo loe dejando caer una moneda de a centavo al fondo de aquel agujero lleno de escombros. Sonó y botó entre los vidrios rotos.

—¿Cómo es que hicimos esto? —preguntó Summers asombrado.

T., dentro del hoyo ya, apartaba escombros, haciendo espacio junto al muro exterior: —Abran

todas las llaves del agua— ordenó. —Ya está lo bastante oscuro para que nadie se dé cuenta; mañana, a nadie le importará.

El agua los rebasó escaleras abajo y empezó a inundar las habitaciones sin suelo. Fue entonces cuando oyeron el silbido de Mike desde el jardín. «Algo anda mal», dijo Blackie. Podían escuchar el agitado resuello de Mike al abrir la puerta.

—¿El coco? —preguntó Summers.

—No —respondió Mike—. El Viejo Miserias. Viene para acá —puso la cabeza entre las rodillas y tuvo arcadas—. Corrí todo el tiempo —dijo con orgullo.

—¿Pero, cómo? —dijo T.—: Me dijo... — protestó con la furia de ese niño que nunca había sido —. No es justo.

—Andaba en Southend —dijo Mike— y estaba en el tren que venía para acá. Dijo que el clima estaba demasiado húmedo y frío —hizo una pausa y miró el agua, azorado—. Caray, les ha caído una tormenta. ¿Gotea el techo?

—¿En cuánto tiempo estará aquí?

—Cinco minutos. Me le escapé a mamá y vine corriendo.

—Mejor nos largamos —dijo Summers—. De todos modos ya hemos hecho suficiente.

—Oh, no. Nos falta. Esto, cualquiera podría

hacerlo —«esto» era el cascarón de la casa, sin nada salvo los muros. Con todo, si se preservaban fachada y muros, se la podría reconstruir interiormente y dejarla incluso más bonita de lo que era. Podría volver a ser un hogar—. No —dijo T. con enojo—; tenemos que terminar. No se mueva nadie. Déjenme pensar.

—Ya no hay tiempo —dijo un chico.

—Tiene que haber alguna manera —dijo T.—: No hemos llegado tan lejos para...

—Hicimos bastante —dijo Blackie.

—No, no es bastante. A ver, que alguien vigile la entrada.

—Ya no podemos hacer más.

—Podría llegar por la parte de atrás.

—Vigile alguien la entrada de atrás, también —comenzó a suplicar T.—. Denme sólo un minuto y arreglo el asunto. Juro que lo arreglo —pero su autoridad se había diluido con su ambigüedad. Era tan solo uno de la pandilla—. Por favor —agregó.

—Por favor —lo remedó Summers y a manera de puntilla, atacó a fondo con el nombre fatal—. Anda, *Trevor*, vete a casa.

T. quedó recargado contra los escombros como un boxeador aturdido contra las cuerdas. Quedó sin palabras mientras sus sueños se derrumbaban y desaparecían. Justamente entonces intervino Blackie

antes de que la pandilla comenzara a reírse. «Yo vigilaré la entrada, T.», ofreció, haciendo a Summers a un lado de un empujón. Cautelosamente entreabrió los postigos del vestíbulo. En frente se extendía el baldío mojado y gris, con la luz de los arbotantes reflejada en los charcos. «Allá viene alguien, T.», dijo. «No, no es él. ¿Cuál es el plan, T.?».

—Dile a Mike que salga y se esconda a un lado del «ret». Cuando me oiga silbar, que cuente hasta diez y empiece a gritar.

—¿A gritar qué?

—Oh, «auxilio», cualquier cosa.

—Ya lo oíste, Mike —dijo Blackie. Era el jefe otra vez. Echó un rápido vistazo entre los postigos—. Ahí viene, T.

—Rápido, Mike. Al ret. Tú quédate aquí, Blackie, todos quédense, hasta que me oigan gritar.

—¿Adónde vas, T.?

—No se preocupen. Yo me encargo. Dije que lo haría ¿o no?

El Viejo Miserias salió renqueando del baldío. Tenía lodo en los zapatos y se detuvo a desprenderlo raspando las suelas en el borde de la acera. No quería manchar su casa, que se erguía oscura entre los hoyos de bombas, salvada de la destrucción por un milagro. Aún el tragaluz en abanico de la entrada había quedado intacto. Alguien silbó por allí cerca.

El Viejo Miserias miró atento en rededor. Desconfiaba de los silbidos. Un chico empezó a gritar: los gritos parecían venir de su propio jardín. Otro chico llegó corriendo del estacionamiento. «¡Señor Thomas!», lo llamó, «¡señor Thomas!».

—¿Qué pasa?

—Estoy terriblemente apenado, señor Thomas. Uno de nosotros ya no aguantaba y pensamos que usted no tendría inconveniente y ahora no puede salir.

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

—Que se quedó encerrado en el ret.

—Nada se le perdió... ¿No te he visto antes?

—

Sí. Me mostró usted su casa.

—Ah, sí, sí. Bueno, eso no les da el derecho de...

—Dése prisa, señor Thomas. Se va a asfixiar allí dentro.

—Tonterías. No puede asfixiarse. Espera a que deje mi bolsa en casa.

—Se la llevo yo.

—Oh, no. Yo me encargo de mis propias cosas.

—Por aquí, señor Thomas.

—No. No se puede llegar al jardín por allí. Hay que atravesar la casa.

—Sí se puede, señor Thomas. Nosotros lo hemos hecho muchas veces.

—¿Ah, sí? —entre escandalizado y fascinado siguió al chico—. ¿Cuándo? ¿Con qué derecho...?

—¿Ve? La barda está bajita.

—No voy a trepar bardas para entrar a mi propio jardín. Sería absurdo.

—Así es como lo hacemos. Vea: un pie aquí, el otro acá y arriba —encaramado, el chico lo miró. Uno de sus brazos se estiró hacia abajo y cuando el señor Thomas se dio cuenta, su bolsa había sido tomada y depositada en el otro lado.

—Devuélveme esa bolsa —ordenó el señor Thomas. En el retrete el otro chico gritaba y gritaba—. Voy a llamar a la policía.

—Su bolsa está segura, señor Thomas. Ande. Ponga un pie allí. A su derecha. Ahora un poco más arriba, a su izquierda —el señor Thomas escaló finalmente la barda de su propio jardín—. Aquí está su bolsa, señor Thomas.

—Haré más alta esta barda —dijo—. No quiero que entren aquí y usen mi baño.

Se tropezó de pronto, pero el chico lo asió del codo, sosteniéndolo. «Gracias, gracias, muchacho», murmuró automáticamente. Alguien volvió a gritar en la oscuridad. «Ya voy, ya voy», respondió el señor Thomas. Luego le dijo al chico que iba a su lado: «No es que me ponga irrazonable. Yo también fui niño. Pero hay mejores maneras de hacer las cosas.

No tengo inconveniente en que jueguen por aquí los sábados por la mañana. A veces me gusta tener compañía. Pero hay que hacer las cosas como se debe. Que uno de ustedes me pida permiso y se lo daré. A veces diré no, si así lo decido. Pero tendrán que entrar por donde se entra. Nada de saltar bardas».

—Sáquelo de allí, por favor, señor Thomas.

—No va a pasarle nada en mi baño —dijo el señor Thomas, trastabillando lentamente a través del jardín—. Estas reumas —se quejó—. Siempre me vienen en días feriados. Debo pisar con cuidado. Hay grava suelta por aquí. Dame una mano. ¿Sabes lo que decía mi horóscopo ayer? «Absténgase de hacer transacciones durante la primera mitad de la semana. Peligro de quedar en bancarrota». Podría tener que ver con este caminito —continuó el señor Thomas—. Los de los horóscopos hablan en parábolas y en doble sentido —se detuvo frente a la puerta del retrete.

—¿Qué es lo que está pasando allí? —preguntó. No hubo respuesta.

—Tal vez se desmayó —le dijo el chico.

—¿En mi baño? Nunca. A ver, tú, sal de ahí —dijo, a la vez que tiraba violentamente de la puerta. Esta se abrió tan dócilmente que el señor Thomas casi se cae de espaldas. Una mano lo sostuvo

primero y luego le dio un fuerte empujón. Su cabeza golpeó la pared opuesta y el señor Thomas se deslizó hasta caer pesadamente sentado. Su bolsa le golpeó los pies. Una mano arrancó la llave de la cerradura interior y la puerta se cerró—. Déjenme salir —gritó, oyendo la llave cerrar por fuera—. Quedar en bancarrota —pensó tembloroso, confuso y sintiéndose un anciano.

Una voz le habló suavemente a través del agujero en forma de estrella de la puerta. «No se preocupe, señor Thomas», le dijo. «No le haremos daño, a menos que se porte mal».

El señor Thomas puso la cabeza entre sus manos y examinó su situación. Había notado que había sólo una vagoneta en el estacionamiento, y estaba seguro de que el chofer no vendría por ella hasta el día siguiente. Nadie podría oírlo desde la calle de enfrente y casi nadie pasaba por el callejón de atrás. Cualquiera que pasara por allí, lo haría de prisa y no se detendría ante los gritos pues, seguramente, pensaría no serían sino los de algún borracho. Y aun si gritara «¡Auxilio!», ¿quién, en el solitario atardecer de un día feriado, se animaría a ver qué pasaba? El señor Thomas se sentó en el inodoro reconsiderando el caso con la actitud de un viejo filósofo.

Luego de un rato le pareció escuchar ruidos en

medio del silencio. Apenas se oían y parecían venir de la casa. Se puso en pie y se asomó por el agujero de ventilación. Entre las rendijas de una de las persianas alcanzó a ver una luz, no la de una lámpara, sino una parpadeante, como de vela. En seguida creyó oír golpes de martillo, cosas raspando y quebrándose. Pensó en ladrones —quizá habían empleado al chico como explorador. Pero si eran ladrones ¿por qué se aplicaban tanto a lo que parecía más bien un furtivo trabajo de carpintería? El señor Thomas dejó salir un grito a manera de experimento. No hubo respuesta. Probablemente sus enemigos ni siquiera alcanzaron a oír su voz.

4

Mike se había ido a casa a dormir, pero los demás se quedaron. La cuestión de quién era el jefe ya no preocupaba a la pandilla. Armados con clavos, cinceles, destornilladores y cualquier cosa punzocortante arremetían ahora contra el mortero entre los ladrillos de los muros. Trabajaban muy arriba, hasta que Blackie se dio cuenta de que,

atacando las juntas justo por encima de la línea de mampostería, reducirían el trabajo a la mitad. Fue una tarea dura y nada divertida, pero al fin quedó terminada. Y allí quedó la destripada casa, apenas pegada a su base por unas cuantas pulgadas de mortero.

Quedaba por hacer la tarea más peligrosa de todas, fuera y a la vista, junto al sitio donde habían caído las bombas. Se envió a Summers a vigilar la calle, y pronto el señor Thomas, sentado en el inodoro, empezó a oír claramente el ruido de sierras cortando madera. Ya no venía de la casa, y esto lo tranquilizó un poco. Se sintió menos preocupado. Tal vez tampoco los ruidos que había oído antes significaban nada.

Una voz le habló a través del agujero: «señor Thomas».

—Déjenme salir —dijo enérgicamente.

—Aquí tiene una manta —respondió la voz, y una gran salchicha gris metida por el hoyo le cayó desparramándosele sobre la cabeza.

—No tenemos nada en contra suya —agregó la voz—. Queremos que pase una noche cómoda.

—Una noche cómoda —repitió el señor Thomas incrédulo.

—Agárrelos —dijo la voz—. Son bollos, les hemos untado mantequilla, y rollitos de salchicha. No

queremos que pase hambre, señor Thomas.

—Ya basta de bromas, muchacho —suplicó el señor Thomas desesperado—. Déjenme salir y no diré una sola palabra. Padezco de reumas. Debo dormir en una cama cálida.

—No encontraría ninguna en su casa. No, señor Thomas. Ya no.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacho? —pero los pasos se alejaron. No quedó sino el silencio de la noche. Ni las sierras se oían ya. El señor Thomas probó a gritar de nuevo, pero el silencio lo intimidó y rechazó; lejos, el débil ulular de un búho que en seguida se alejó en vuelo sordo en medio del silencio universal.

A las siete de la mañana del día siguiente vino el chofer por su camioneta. Se puso al volante y trató de poner en marcha el motor. Percibió vagamente una voz que gritaba, pero no le dio importancia. Por fin el motor respondió y él puso el carro en reversa hasta tocar el grueso borde de madera sobre el que descansaban los muros de la casa. De esa manera podía alcanzar la calle yendo hacia adelante. El carro avanzó unos metros, se detuvo momentáneamente impedido como si algo lo jalara por detrás, y avanzó de nuevo, seguido por un terrible estruendo. El hombre quedó azorado viendo volar ladrillos frente a sí y oyendo caer piedras contra el techo de su auto.

Frenó de golpe. Al apearse, encontró que de pronto el paisaje se había alterado. Junto al estacionamiento no había casa ninguna, solo un montón de escombros. Al revisar la parte trasera de su carro para ver si había resultado dañado, encontró una soga atada allí, cuyo otro extremo aún se encontraba amarrado alrededor de uno de los soportes de la casa.

Otra vez oyó el chofer los gritos de alguien. El grito provenía del cobertizo de madera, que era lo más parecido a una casa en las inmediaciones de aquel desolado montón de ladrillos. El chofer saltó la barda y abrió la puerta. El señor Thomas salió del baño, envuelto en una cobija gris pringada con migajas de pan. «Mi casa», exclamó en medio de un sollozo, «¿dónde está mi casa?».

—A mí puede esculcarme —dijo el chofer. Sus ojos dieron con los restos del baño y lo que alguna vez había sido el tocador y se echó a reír. Nada quedaba en ningún sitio.

—¿Cómo se atreve a *reír*? —dijo el señor Thomas—. Esa era mi casa. Mi casa.

—Créame que lo siento —dijo el chofer, haciendo esfuerzos sobrehumanos para contenerse; pero cuando recordó el súbito tirón del carro y la subsecuente lluvia de piedras y ladrillos, no aguantó más y echó a reír otra vez. Primero estaba ahí la casa, aún erguida entre los hoyos de bomba con la

dignidad de un hombre con sombrero de copa y luego, de pronto, ¡*crash!* Nada quedaba, absolutamente nada—. Lo siento de veras, señor Thomas. Créame que no es nada personal. Es solo que, bueno, tiene usted que admitir que no deja de ser gracioso.

[1954]

Traducción de Guillermo Quintero

Deberes especiales

William Ferraro, de Ferraro & Smith, vivía en una gran casa en Montagu Square. Un ala estaba ocupada por su esposa, quien se creía una inválida y obedecía en forma estricta el precepto de que uno debería vivir cada día como si fuera el último. Por esta razón, esa ala había albergado invariablemente durante los últimos diez años algún sacerdote jesuita o dominico que gustaba del buen vino y del whisky y tenía un timbre de emergencia en su alcoba. El señor Ferraro se ocupaba de su salvación de manera más independiente. Conservaba el firme control sobre asuntos prácticos que habían permitido a su abuelo, quien había sido compañero de exilio de Mazzini, fundar el gran negocio de Ferraro & Smith en tierra extranjera. Dios ha hecho al hombre a su imagen, y al señor Ferraro no le parecía irrazonable pagar el cumplimiento y considerar a Dios como el director de algún negocio supremo, que aun así dependía de Ferraro & Smith para ciertas operaciones. La fuerza de una cadena está en su eslabón más débil, y el señor Ferraro no olvidaba su responsabilidad.

Antes de salir a su oficina a las 9:30 el señor Ferraro, como cortesía, telefoneaba a su esposa en la otra ala. «Habla el padre Dewes», respondía una

VOZ.

—¿Cómo está mi esposa?

—Pasó bien la noche.

La conversación rara vez variaba. Hubo un tiempo en el que el predecesor del padre Dewes había hecho el intento de que el señor y la señora Ferraro tuvieran una relación más cercana, pero había desistido al darse cuenta de lo desesperanzado de su propósito, y de cómo en las pocas ocasiones en que el señor Ferraro cenó con ellos en la otra ala, se sirvió en la mesa un clarete inferior y no se bebió whisky antes de la cena.

El señor Ferraro, después de telefonar desde su habitación, donde desayunaba, caminaría, casi como Dios caminaba en el Edén, por la biblioteca revestida con los clásicos correctos, y por la sala, en cuyas paredes colgaba una de las más costosas colecciones de arte en manos privadas. Donde un hombre atesoraría un solo Degas, Renoir, Cézanne, el señor Ferraro compraba al por mayor: tenía seis Renoirs, cuatro Degas, cinco Cézannes. Nunca se cansaba de su presencia, pues representaban un ahorro sustancioso en los impuestos de sucesión.

Esta mañana de lunes en particular también era el primero de mayo. La sensación de primavera había llegado con puntualidad a Londres y los gorriones hacían barullo en el polvo. El señor Ferraro también

era puntual, pero a diferencia de las estaciones era tan confiable como la hora de Greenwich. Con su secretario de confianza —un hombre llamado Hopkinson— revisó el programa del día. No resultó muy oneroso, pues el señor Ferraro tenía la rara cualidad de saber delegar responsabilidades. Hacía esto con mucha facilidad porque estaba acostumbrado a realizar inspecciones inesperadas, y pobre de aquel empleado que le fallara. Incluso su doctor tenía que someterse a un súbito contrachequeo de un médico rival. «Creo», le dijo a Hopkinson, «que esta tarde me daré una vuelta por Christie's para ver cómo le va a Maverick». (Maverick estaba empleado como su agente en la compra de cuadros). ¿Qué cosa mejor podría hacerse en una bella tarde de mayo que inspeccionar a Maverick? Agregó: «Llame a la señorita Saunders», y extrajo un archivo personal que ni siquiera Hopkinson estaba autorizado a manejar.

La señorita Saunders se deslizó como un ratón. Daba la impresión de moverse cerca del suelo. Tenía unos treinta años, cabello indeterminado y ojos de un asombroso azul claro, que le daban a su rostro, de otra manera anónimo, parecido a una estatua sagrada. Se la describía en los libros de la firma como «secretaria de confianza adjunta» y sus deberes eran «especiales». Inclusive sus antecedentes eran

especiales: había sido cabeza estudiantil en el Convento de Santa Latitudinaria, en Woking, donde había ganado por tres años consecutivos el premio especial de piedad: un pequeño tríptico de Nuestra Señora con fondo de seda azul, forrado de piel florentina y proporcionado por Bums Dates & Washbourne. Tenía también un extenso historial de servicios no remunerados como Hija de María.

—Señorita Saunders —dijo el señor Ferrara—, no encuentro aquí ningún informe de las indulgencias que deben ganarse en junio.

—Aquí lo tengo, señor. Llegué tarde a casa anoche pues había que rezar las Estaciones de la Cruz para la indulgencia plenaria de Santa Etheldreda.

Colocó una lista mecanografiada sobre el escritorio del señor Ferraro: en la primera columna la fecha, en la segunda la iglesia o lugar de peregrinación donde se ganaría la indulgencia, y en la tercera columna, con tinta roja, el número de días ahorrados de los castigos temporales del Purgatorio. El señor Ferrara la leyó cuidadosamente.

—Me da la impresión, señorita Saunders —le dijo—, que está dedicando demasiado tiempo a las categorías menores. Sesenta días aquí, cincuenta días allá. ¿Está segura de no estar perdiendo su tiempo en estas? Una indulgencia de 300 días compensará por

muchas de ellas. Me acabo de dar cuenta de que su cálculo para mayo es inferior a sus cifras de abril, y su cálculo para junio es casi tan bajo como el nivel de marzo. Cinco indulgencias plenarias y 1565 días: muy buen trabajo para abril. No quiero que afloje el paso.

—Abril es un mes muy bueno para indulgencias, señor. Tenemos la Semana Santa. En mayo solo podemos depender del hecho de que es el mes de Nuestra Señora. Junio no es muy fructífero, excepto en *Corpus Christi*. Notará una iglesita polaca en Cambridgeshire...

—Mientras no se le olvide, señorita Saunders, que ninguno de nosotros se está haciendo más joven. Tengo una gran confianza en usted, señorita Saunders. Si estuviera menos ocupado aquí, yo mismo podría hacerme cargo de algunas de estas indulgencias. Espero que le esté prestando mucha atención a las condiciones.

—Por supuesto que lo hago, señor Ferrero.

—¿Cuida siempre de estar en estado de gracia?

La señorita Saunders bajó los ojos: «Eso no es muy difícil en mi caso, señor Ferrero».

—¿Cuál es su programa para hoy?

—Allí lo tiene, señor Ferrero.

—Por supuesto. La iglesia de San Praxted, en Canon Wood. Queda bastante retirada. ¿Tiene que

pasarse toda la tarde en una simple indulgencia de sesenta días?

—Fue todo lo que pude encontrar para hoy. Claro que siempre están las indulgencias plenarias en la Catedral. Pero sé qué opina de no repetirlas durante el mismo mes.

—Mi única superstición —dijo el señor Ferrero—. No tiene ninguna base, por supuesto, en las enseñanzas de la Iglesia.

—¿No le gustaría una repetición ocasional para un miembro de su familia, señor Ferrero, quizá su esposa...?

—Se nos enseña, señorita Saunders, a ver primero por nuestras propias almas. Mi esposa debería estar cuidando de sus propias indulgencias —tiene a un excelente consejero jesuita—. Yo la empleo a usted para cuidar de las mías.

—¿No tiene ninguna objeción a Canon Wood?

—Si en realidad es lo mejor que puede hacer. Con tal de que no implique tiempo extra.

—Oh no, señor Ferrero. Una decena del Rosario, eso es todo.

Después de un almuerzo temprano —uno sencillo en un restaurante de carnes en la City y que cerró con un poco de queso Stilton y una copa de excelente oporto—, el señor Ferrero visitó Christie's. Maverick estaba satisfactoriamente en su puesto, y el

señor Ferraro no se molestó en esperar por el Bonnard y el Monet que su agente le había aconsejado comprar. El día seguía cálido y soleado, pero había sonidos confusos que venían de Trafalgar Square y que le recordaron al señor Ferraro que era el Día del Trabajo. Habla algo de inapropiado para el sol y las tempranas flores bajo los árboles del parque en estas procesiones de hombres sin corbata portando pancartas deprimentes cubiertas con inscripciones mal hechas. Al señor Ferraro le vino el deseo de tomarse un verdadero día festivo y estuvo a punto de decirle a su chofer que lo llevara a Richmond Park. Pero siempre prefería, de ser posible, combinar los negocios con el placer, y se le ocurrió que si se dirigía ahora a Canon Wood, la señorita Saunders debería estar llegando casi al mismo tiempo para empezar el trabajo vespertino, después de su descanso para almorzar.

Canon Wood era uno de esos suburbios nuevos contruidos alrededor de una antigua propiedad. La propiedad era un parque público; la casa, en otro tiempo famosa como el hogar de un ministro menor que sirvió bajo Lord North en tiempos de la rebelión estadounidense, era ahora un museo local, y se había construido una calle sobre la pequeña y airosa cima de colina que fue una vez un campo de cien acres: una agencia de carbón Charrington, la ventana

decorada con una gran pepita en una cesta de metal, una de las tiendas Home & Colonial, un cine Odeón, una enorme iglesia anglicana. El señor Ferraro le dijo a su chofer que preguntara el camino a la iglesia católica.

—No hay ninguna aquí —dijo el policía.

—¿La de San Praxted?

—No hay tal lugar.

El señor Ferrato, cual personaje bíblico, sintió que se le aflojaban los intestinos.

—La iglesia de San Praxted, en Canon Wood.

—No existe, señor —dijo el policía. El señor Ferraro se dirigió con lentitud hacia la City. Era la primera vez que supervisaba a la señorita Saunders: tres premios a la piedad hablan ganado su confianza. Ahora rumbo a su casa recordó que Hitler había sido educado por los jesuitas, y aun así desesperadamente abrigaba esperanzas.

En su oficina quitó el seguro de la gaveta y sacó el archivo especial. ¿Podría haber confundido Canonbury por Canon Wood? Pero no se había equivocado, y de pronto lo asaltó la terrible duda de qué tan seguido en los últimos tres años la señorita Saunders había traicionado su confianza. (Fue después de un severo ataque de pulmonía hacía tres años cuando la contrató: la idea se le había ocurrido durante los largos insomnios de la convalecencia).

¿Sería posible que no se hubiera ganado ninguna de estas indulgencias? No lo podía creer. Seguramente unos cuantos de ese inmenso total de 36,892 días deberían de ser aún válidos. Pero solo la señorita Saunders podría decirle cuántos. ¿Y qué había estado haciendo en su horario de oficina: en aquellas largas horas de peregrinación? Una vez se había tomado todo un fin de semana en Walsingham.

Llamó al señor Hopkinson, quien no pudo evitar hacer un comentario sobre la palidez del rostro de su patrón. «¿En verdad se siente bien, señor Ferraro?».

—He tenido una tremenda impresión. ¿Puede decirme dónde vive la señorita Saunders?

—Vive con una madre inválida cerca de Westbourne Grave.

—La dirección exacta, por favor.

El señor Ferraro se introdujo en los deprimentes páramos de Bayswater: casonas familiares habían sido convertidas en hoteles privados o por fortuna dinamitadas y transformadas en estacionamientos. En las terrazas de atrás, jóvenes sospechosas se recargaban en los barandales, y una banda callejera tocaba desagradablemente a la vuelta de una esquina. El señor Ferraro encontró la casa, pero no pudo decidirse a tocar el timbre. Se sentó encogido en su Daimler esperando que algo sucediera. ¿Fue acaso la intensidad de su mirada lo que trajo a la señorita

Saunders a una ventana superior, una coincidencia o su merecido? Al principio el señor Ferraro pensó que era la calidez del día lo que la hacía estar vestida con tanto descuido cuando deslizó la ventana para abrirla un poco más. Pero entonces un brazo ciñó su cintura, el rostro de un hombre joven miró hacia la calle, una mano corrió una cortina con la familiaridad del hábito. Fue obvio para el señor Ferraro que ni siquiera se habían llenado propiamente las condiciones para una indulgencia.

Si un amigo hubiera podido ver al señor Ferraro esa noche subiendo los escalones de Montagu Square, se habría sorprendido de cómo había envejecido. Era casi como si durante la larga tarde hubiera absorbido aquellos 36,892 días que pensó haberse ahorrado del Purgatorio en los últimos tres años. Las cortinas estaban corridas, las luces encendidas, y sin duda el padre Dewes se servía el primero de sus whiskies vespertinos en la otra sala. El señor Ferrero no tocó el timbre, sino que entró silenciosamente. La tupida alfombra se tragó sus pasos cual arena movediza. No prendió ninguna luz: solo estaba encendida, dispuesta para su uso, una lámpara de pantalla roja en cada habitación y ahora guiaba sus pasos. Los cuadros de la sala le recordaron sus derechos de sucesión: el gran trasero de un Degas surgía por encima de una bañera cual

hongo de explosión atómica; el señor Ferraro pasó a la biblioteca: los clásicos encuadernados en piel le recordaron autores muertos. Se sentó en una silla y un leve dolor en el pecho le recordó su pulmonía doble. Estaba tres años más cerca de la muerte que cuando contrató en un principio a la señorita Saunders. Después de un largo rato el señor Ferraro entrelazó las dedos como algunas personas hacen para rezar. En el señor Ferraro era signo de una decisión tomada. Lo peor había pasado: el tiempo se extendió de nuevo frente a él. Pensó: «Mañana me pondré a buscar una secretaria realmente confiable».

[1954]

Traducción de: Emma Julieta Barreiro, Eréndira García Cuadra, Araceli González Santoyo, María de Jesús López Loera, María Elena Monroy Bravo y Marta Verónica Servín Benítez.
Asesoría: Nair Ma. Anaya Ferreira.

La película

—Los demás sí se divierten —dijo la señora Carter.

—Bueno —repuso su esposo—, nosotros hemos visto...

—El Buda reclinado, el Buda esmeralda, los mercados flotantes —dijo la señora Carter—. Y luego cenamos y nos vamos a dormir.

—Anoche fuimos a Chez Eve...

—Si no estuvieras *conmigo* —dijo la señora Carter—, encontrarías... sabes a qué me refiero, algún Sitio de esos.

Era cierto, pensó Carter, observando a su esposa por encima de las tazas de café: sus pulseras tintineaban al compás de la cucharita. Había llegado a la edad en que una mujer satisfecha es más bella que nunca, pero en su caso las líneas del descontento le surcaban el rostro. Al mirarle el cuello pensó en lo difícil que era descoser un pavo. ¿Es mi culpa, pensó, o la de ella —o era culpa de su nacimiento, de alguna deficiencia glandular o alguna característica heredada? Era triste pensar que cuando se es joven se confunden con frecuencia los signos de la frigidez con una especie de distinción.

—Me prometiste que fumaríamos opio —dijo la señora Carter.

—No aquí, querida. En Saigón. Eso aquí «no se hace».

—Qué convencional eres.

—Sólo podríamos ir a los peores locales de los culis. Llamaríamos mucho la atención. Se te quedarían viendo —jugó su carta del triunfo—. Habría cucarachas.

—Me invitarían a muchos de esos Sitios si no trajera marido.

Intentó una vez más: «El *strip-tease* de las japonesas...», pero su esposa lo había oído todo sobre ellas. «Mujeres feas en sostén», dijo. Su irritación aumentó. Pensó en el dinero que había gastado para traer consigo a su esposa y aliviar su conciencia —había viajado sin ella con demasiada frecuencia, pero no hay compañía más triste que la de una mujer no deseada. Trató de tomar su café en calma: se sentía con ganas de morder el borde de la taza.

—Derramaste el café —dijo la señora Carter.

—Perdón —se levantó abruptamente y dijo—: Está bien, arreglaré algo. Quédate aquí —se inclinó hacia ella—. Más vale que no te escandalices —dijo—. Tú lo pediste.

—No creo ser la que usualmente se escandaliza —dijo la señora Carter con una tenue sonrisa.

Carter salió del hotel y caminó en dirección de

New Road. Un niño se le emparejó y le dijo: «¿Mujer joven?».

—Tengo mi propia mujer —dijo Carter en tono lúgubre.

—¿Muchacho?

—No, gracias.

—¿Películas francesas?

Carter se detuvo. «¿Cuánto?».

Parados en la esquina de la sombría calle regatearon un rato. Entre el taxi, el guía y las películas, iba a salir en casi ocho libras, pero valía la pena, pensó Carter, si servía para que su mujer se callara de una vez por todas y dejara de insistir en que la llevara a «Sitios». Regresó por la señora Carter.

Después de un largo recorrido se detuvieron cerca de un puente que cruzaba un canal y conducía a un callejón oscuro y sucio, en el que flotaban olores indeterminados. El guía dijo: «Sígueme».

La señora Carter tocó el brazo de su esposo: «¿No será peligroso?», preguntó.

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó él, rehuendo el contacto de su mano.

Caminaron unos veinticinco metros de oscuridad hasta detenerse junto a una cerca de bambú. El guía tocó varias veces. Cuando por fin les abrieron, encontraron un corral con piso de tierra y una choza

de madera. Algo —presumiblemente humano— se hallaba acurrucado en la oscuridad debajo de un mosquitero. El dueño los condujo a un cuarto pequeño y mal ventilado, en el que había dos sillas y un retrato del Rey. La pantalla era más o menos del tamaño de un libro en folio.

La primera película fue en particular desagradable. En ella se mostraba el rejuvenecimiento de un anciano a manos de dos rubias masajistas. Por el estilo de su peinado se adivinaba que la película se habla hecho a fines de los años veinte. Carter y su mujer, sintiéndose mutuamente avergonzados, esperaron a que la película girara hasta terminarse.

—No muy buena —dijo Carter como si fuera un *connaissanceur*.

—Así que esto es lo que se llama una película erótica —dijo la señora Carter—. Horrible y poco estimulante.

Una segunda película dio comienzo.

En esta la historia era mínima. Un joven —cuyo rostro no podía verse a causa del flexible sombrero de época— recogía a una chica en la calle (tocada por un sombrero que la cubría como un capelo) y la acompañaba a su cuarto. Los actores eran jóvenes: la película tenía cierto encanto y emoción. Cuando la chica se quitó el sombrero Carter pensó: conozco esa

cara, y un recuerdo que había permanecido enterrado durante más de un cuarto de siglo se removió. Una muñeca sobre el teléfono, el cromo de una actriz de la época encima de la cama matrimonial. La chica se desvestía, doblando su ropa con cuidado: se inclinó para arreglar la cama, exhibiéndose ante el ojo de la cámara y del joven, que seguía sin voltear la cabeza hacia la cámara. Después ella lo ayudó a quitarse la ropa. Solo entonces fue que se acordó —esa actitud juguetona confirmada por el lunar que el joven tenía en la espalda.

La señora Carter se removió en la silla. «Quisiera saber dónde consiguen a los actores», dijo con voz ronca.

—Es una prostituta —dijo él—. ¿Está un poco cruda, no crees? ¿No quieres que nos vayamos? —insistió, anticipando el momento en que el joven voltearía la cabeza. La chica se arrodillaba en la cama y abrazaba al joven por la cintura. No podía haber tenido más de veinte años. No, Carter hizo un cálculo, veintiuno.

—No, nos quedamos —dijo la señora Carter—, ya pagamos —le puso una mano seca y ardiente sobre la rodilla.

—Estoy seguro que podemos encontrar un lugar mejor que este.

—No.

El joven yacía de espaldas en la cama cuando la chica se alejó por un momento. Entonces él, como por casualidad, miró brevemente hacia la cámara. La mano de la señora Carter tembló sobre su rodilla. «Dios mío», dijo. «Eres tú».

—*Era yo* —dijo Carter—, hace treinta años —la chica regresaba a la cama.

—Es repugnante —dijo la señora Carter.

—No me acuerdo que haya sido así —replicó Carter.

—Me imagino que los dos se regodearon viéndola.

—No, nunca la vi.

—¿Por qué lo hiciste? No puedo ni mirarte. Es una vergüenza.

—Te pedí que nos fuéramos.

—¿Te pagaron?

—A ella. Cincuenta libras. Necesitaba mucho el dinero.

—Y tú, ¿te divertiste gratis?

—Sí.

—Nunca me hubiera casado contigo de haberlo sabido. Nunca.

—Eso fue mucho tiempo después.

—Todavía no me has dicho por qué. ¿No tienes ninguna excusa? —Guardó silencio de pronto. Carter sabía que ella estaba viendo la escena, inclinada

hacia adelante, atrapada también en el fuego de ese clímax ocurrido hacía más de un cuarto de siglo.

Carter dijo: «Era la única forma de ayudarla. Nunca antes había actuado en una película de esas. Quería hacerlo con un amigo».

—Un amigo —dijo la señora Carter.

—Yo la amaba.

—No podías amar a una mujerzuela.

—Ah, sí, claro que sí. Te equivocas si piensas lo contrario.

—Me imagino que hacías cola para verla.

—Lo dices en forma muy cruda —dijo Carter.

—¿Qué pasó con ella?

—Desapareció. Siempre desaparecen.

La chica se inclinaba sobre el cuerpo del muchacho y apagaba la luz. La película habla terminado. «La semana que viene llegan nuevas películas», dijo el siamés, haciendo una profunda reverencia. Acompañados por el guía, caminaron por el callejón hasta el taxi.

Dentro del taxi, la señora Carter preguntó: «¿Cómo se llamaba?».

—No me acuerdo. —Mentir era más fácil.

Al dar la vuelta para tomar New Road ella rompió otra vez su amargo silencio: «¿Cómo pudiste descender a...? Es tan degradante. Supónte que algún conocido —en los negocios— te reconociera».

—La gente no te cuenta que haya visto esas cosas. Además, yo no tenía ningún socio en aquel tiempo.

—¿No te preocupó nunca?

—No creo haber pensado en ello una sola vez en treinta años.

—¿Cuánto tiempo la conociste?

—Unos doce meses.

—Debe estar horrible ahora, si vive. Después de todo se veía vulgar aun entonces.

—Yo pensaba que era bonita —dijo Carter.

Subieron al cuarto en silencio. Él se fue directo al baño y cerró la puerta con seguro. Los mosquitos se arremolinaban alrededor de la lámpara y sobre la enorme jarra de agua. Mientras se desvestía alcanzó a mirarse en el pequeño espejo: los treinta años transcurridos no habían sido generosos con él: sintió el peso de su corpulencia y de su edad. Pensó: espero en Dios que haya muerto. Te lo ruego, Dios mío, dijo, que esté muerta. Cuando vuelva allí dentro empezarán de nuevo los insultos.

Pero cuando volvió, la señora Carter se encontraba parada junto al espejo. Estaba a medio vestir. Sus delgadas piernas desnudas le recordaron una cigüeña al acecho de un pez. Ella se acercó y le puso los brazos alrededor del cuello: una de sus pulseras se sacudió al rozar su hombro. Le dijo: «Había olvidado lo guapo que te veías».

—Lo siento. Uno cambia.

—No es eso. Quiero decir que me gustas tal como eres.

Fue seca, ardiente, implacable en su deseo. «Más», decía, «más» y luego gritó como un pájaro enojado y herido. Más tarde dijo: «Hacía años que eso no sucedía», y siguió hablando animadamente a su lado durante lo que le pareció una larga media hora. Carter guardó silencio en la oscuridad, invadido por un sentimiento de soledad y de culpa. Sentía que esa noche había traicionado a la única mujer que amó.

[1954]

Traducción de Eva Cruz Yañez

Un indicio de explicación

Un largo recorrido por tren un anochecer a fines de diciembre es, en esta nueva versión de la paz, una experiencia lúgubre. Supongo que mis compañeros de viaje y yo podíamos considerarnos afortunados de tener compartimiento, aunque el calentador no funcionara, aunque las luces se apagaran en los frecuentes túneles de los Peninos y, de cualquier manera, fueran demasiado tenues para que pudiéramos leer nuestros libros sin forzar los ojos, y aunque no hubiera vagón-restaurante que al menos permitiera un cambio de escenario. Fue cuando intentábamos simultáneamente masticar la misma clase de bollo seco, comprado en el mismo local de estación, que mi vecino y yo quedamos juntos. Antes de eso, nos habíamos sentado en extremos opuestos del vagón, ambos cubiertos hasta las narices con nuestros abrigo, ambos muy inclinados sobre letras que apenas distinguíamos; pero al tirar yo bajo el asiento los restos del pastel, nuestras miradas se encontraron y él hizo de lado su libro.

Ya a medio camino hacia Bedwell Junction habíamos encontrado una gama enorme de temas por discutir, tras comenzar con bollos y el tiempo, hablamos pasado a la política, el gobierno, los

asuntos extranjeros, la bomba atómica y, a lo largo de un curso inevitable, Dios. Sin embargo, no caímos en mostramos mordientes o ácidos. Mi compañero, ahora sentado frente a mí, un tanto inclinado hacia adelante, de modo que nuestras rodillas casi se tocaban, daba tal impresión de serenidad que habría sido imposible pelearse con él, no importa cuán diferentes fuesen nuestros puntos de vista, que en verdad se diferenciaban profundamente.

Pronto me di cuenta de que hablaba con un católico romano, alguien que creía —¿cómo lo expresan?— en una deidad omnipotente y omnisciente, mientras que yo soy lo que con imprecisión llaman un agnóstico. Tengo cierta intuición (en la cual no confío, porque bien puede estar fundada en experiencias y necesidades infantiles) de que existe un Dios, y en ocasiones caigo por sorpresa en creer llevado por las coincidencias extraordinarias que complican nuestra senda como las trampas dispuestas para los leopardos en la selva; pero intelectualmente me repugna toda esa idea de un Dios que puede abandonar de tal manera a sus criaturas a las atrocidades del libre albedrío. Me descubrí expresando ese punto de vista a mi acompañante, quien escuchó en silencio y con respeto. Ningún intento hizo de interrumpirme, nada mostró de esa

impaciencia o de esa arrogancia intelectual que he terminado por esperar de los católicos; cuando las luces de una estación de paso le cruzaban el rostro, que hasta el momento había escapado a los rayos del único globo encendido en el compartimiento, capté de pronto un asomo de... ¿qué? Dejé de hablar debido a lo fuerte de la impresión. Regresé diez años, hasta el otro lado de un gran conflicto inútil, a un pueblecito de Normandía, Gisors. Por un momento caminé de nuevo por las antiguas murallas almenadas, la mirada descendiendo hacia los tejados grises, hasta que por alguna razón mis ojos cayeron en una de las muchas casas de piedra, donde el rostro de un hombre maduro presionaba contra el cristal (supongo que esa cara ha dejado de existir ya, tal y como todo ese pueblo, lleno de memorias medievales, ha quedado reducido a cascajo). Recuerdo haberme dicho con asombro: «Ese hombre es feliz, completamente feliz». Miré a mi compañero de viaje, sentado al otro lado del compartimiento, pero su rostro estaba en sombras nuevamente. Dije con voz débil: «Cuando se piensa en lo que Dios —si lo hay— permite. No tan sólo los sufrimientos físicos, sino la corrupción, incluso de niños...».

Dijo: «Nuestra visión es tan limitada» y me decepcionó lo convencional de la respuesta. Debí de percibir mi decepción (parecía que nuestros

pensamientos estuvieran tan próximos como nosotros a la busca de calor), pues agregó: «Desde luego, no hay respuesta para esto. Pescamos indicios...», y entonces el tren penetró con un rugido en otro túnel y las luces volvieron a apagarse. Fue el túnel más largo hasta ese momento; lo cruzamos meciéndonos y el frío parecía hacerse más intenso con la oscuridad, como una niebla helada (cuando nos roban un sentido —la vista—, los otros se agudizan). Al surgir al simplemente gris de la noche y el globo volver a encenderse, vi que mi compañero se reclinaba en el respaldo de su asiento.

Repetí como pregunta su última palabra: «¿Indicios?».

—Oh, significan muy poco en la frialdad de lo impreso... o de lo hablado —dijo temblando bajo el abrigo—. Y nada significan para otro ser humano que no sea el que los pesca. No son pruebas científicas... o incluso pruebas de ningún tipo. Sucesos que, de alguna manera, no resultan como los intentaban... los actores humanos, quiero decir, o el objeto detrás de los actores humanos.

—¿Objeto?

—La palabra Satanás es tan antropomórfica —tuve que inclinarme entonces hacia adelante: quería escuchar lo que tuviera que decir. Estoy (en verdad estoy, Dios bien lo sabe) dispuesto a la convicción.

Dijo—: Nuestras palabras son tan torpes, pero a veces siento piedad por ese objeto. Continuamente encuentra el arma adecuada para usar contra su Enemigo y el arma se le rompe contra su propio pecho. En ocasiones me parece tan... impotente. Acaba usted de decir algo acerca de la corrupción de niños. Me recuerda algo sucedido en mi infancia. Es usted la primera persona —excepción hecha de otra más— a quien he pensado contárselo, tal vez porque usted es anónimo. No es una historia muy larga y, en cierto sentido, es pertinente.

Dije: «Me gustaría oírla».

—No espere demasiado significado. Pero, me parece, hay en ella un indicio. Eso es todo. Un indicio.

Lentamente volvió el rostro hacia el cristal, aunque nada podía ver en el convulsionado mundo externo fuera de una misional lámpara de señales, la luz de una ventana, una estacioncilla campirana impulsada hacia atrás por nuestra prisa, eligiendo sus palabras con precisión. Dijo: «De niño me enseñaron a servir en la misa. Era una iglesia pequeña, pues había muy pocos católicos donde yo vivía. Era una ciudad en East Anglia, rodeada por llanuras gredosas y zanjas, tantísimas zanjas. No creo que en total haya habido cincuenta católicos y, por alguna razón, la tradición era mostrarse hostiles con nosotros. Tal vez

comenzara con la quema de un mártir protestante en el siglo XVI; una piedra señalaba el lugar, cerca de donde se ponían los miércoles los puestos de carne. Yo captaba a medias la enemistad, aunque sabía que mi mote escolar de ‘Popey’ Martin algo tenía que ver con mi religión, y había oído decir que a mi padre casi lo excluyen del Club Constitucional cuando llegó a la ciudad.

»Cada domingo vestía mi sobrepelliz y ayudaba en la misa. Lo odiaba... siempre odié vestirme formalmente para lo que fuera (lo cual no deja de ser curioso, cuando se piensa), y nunca dejé de tener miedo de perder el puesto en el servicio y de hacer algo que me pusiera en ridículo. Nuestros servicios eran a horas distintas que los anglicanos, y cuando nuestro pequeño y nada selecto grupo salía de la horrible capilla, todo el mundo parecía en camino a la iglesia adecuada... siempre la consideré la iglesia adecuada. Teníamos que pasar ante el desfile de sus ojos indiferentes, altaneras, burlones. No imagina cuán seriamente se toma la religión en una ciudad pequeña... aunque solo sea por razones sociales.

»Había un hombre en lo particular, uno de los dos panaderos de la ciudad, al que mi familia no le compraba. Creo que ninguno de los católicos le compraba porque se lo consideraba librepensador... extraño título porque, pobre hombre, ningún

pensamiento menos libre que el suyo. Estaba cercado por su odio, su odio hacia nosotros. Era muy feo de ver, con un ojo estrábico y la cabeza en forma de nabo, la coronilla limpia de cabello y soltero. No tenía intereses, al parecer, excepto su pan y su odio, aunque ahora —de más edad— comienzo a verle otros ángulos a su naturaleza... sí incluía, tal vez, un cierto amor furtivo. A veces, de pronto, nos tropezábamos con él en una caminata por el campo, en especial si se iba solo y era domingo. Era como si surgiera de las zanjas y las embarraduras de greda en su ropa nos recordaban la harina de sus overoles de trabajo. Llevaba un palo en la mano y apuñalaba los setos; si estaba de humor muy negro, nos lanzaba abruptamente palabras extrañas que parecían de una lengua extranjera... Hoy, desde luego, sé el significado de esas palabras. En una ocasión la policía fue a su casa por lo que un muchacho decía haber visto, pero nada sucedió excepto que el odio lo encadenó aún más. Se llamaba Blacker y me aterrorizaba.

»Creo que mostraba un odio especial por mi padre, no sé por qué. Mi padre era gerente del banco Midland y es posible que en alguna época Blacker tuviera experiencias insatisfactorias con el banco... Mi padre fue un hombre muy cauto, que sufrió toda su vida de ansiedad acerca del dinero, suyo o de los

otros. Si trato de imaginarme a Blacker ahora, lo veo caminando por una senda estrecha entre elevados muros sin ventanas, y al final de la senda está un muchachillo de diez años: yo. No sé si es una imagen simbólica o el recuerdo de uno de nuestros encuentros... que de algún modo se fueron haciendo más y más frecuentes. Acaba de hablar usted acerca de la corrupción de niños. Aquel pobre hombre se preparaba para vengarse de todo lo que odiaba —mi padre, los católicos, el Dios a quien la gente persistía en acreditar— corrompiéndome. Había ideado un plan horrible e ingenioso.

»Recuerdo la primera vez que tuve de él una palabra amistosa. Pasaba por su tienda tan rápido como me era posible, cuando escuché su voz llamando con una especie de subordinación astuta, como si fuera un sirviente ínfimo: “Amo David”, llamaba, “amo David”, y yo aceleré el paso. Pero la siguiente vez que pasé estaba a la puerta (debió verme venir), un pastelito de esos que llamamos Chelsea en la mano. No quería tomarlo, pero me obligó y entonces no pude sino mostrarme cortés cuando me invitó a ir a la trastienda y ver algo muy especial.

»Era un trenecito eléctrico, raro de ver en aquellos días, e insistió en mostrarme cómo funcionaba. Me hizo mover los interruptores para

detenerlo y ponerlo en marcha, y me dijo que podía ir cualquier mañana y jugar con él. Usó la palabra “jugar” como si fuera algo secreto, y es cierto que jamás conté a mi familia de aquella invitación y de cómo, tal vez dos veces a la semana en esas vacaciones, el deseo de controlar el trenecito terminó siendo subyugador, así que tras mirar calle abajo y calle arriba para ver si me observaban, me zambullía en la tienda».

Nuestro tren adulto, más largo y sucio, penetró en un túnel y la luz se apagó. Sentado en la oscuridad y en silencio, el ruido del tren bloqueaba nuestros oídos con cera. Tras salir, no hablamos de inmediato y tuve que instigarlo a continuar.

—Una seducción muy trabajada —dije.

—No piense que sus planes eran así de sencillos —dijo mi compañero— o primitivos. Pobre hombre, había mucho más odio que amor en su naturaleza. ¿Puede odiarse algo en lo que no se cree? Y sin embargo, se consideraba librepensador. Qué paradoja imposible, ser libre y estar así obsesionado. Día con día a lo largo de aquellas vacaciones su obsesión había crecido, pero mantenía el control, esperando el momento oportuno. Tal vez ese objeto del que hablé le dio la fuerza y la sabiduría. Solo una semana antes de finalizar las vacaciones me habló de aquello que le concernía tan hondamente.

»Lo escuché detrás de mí cuando me hincaba en el piso, uniendo dos vagones. Dijo: “No podrá hacer esto, amo David, cuando empiece la escuela”. No era oración que necesitara de mí comentario alguno, como tampoco la siguiente: “Debería tenerlo como propio, en verdad”, y cuán hábil y tenuemente había sembrado el anhelo, la idea de una posibilidad... Entonces iba a la trastienda todas los días; comprenda que tenía que aprovechar cada oportunidad antes de que comenzara la maldita escuela, y supongo que me estaba acostumbrando a Blacker, al ojo estrábico, a la cabeza de nabo, a ese servilismo repugnante. El papa, usted lo sabe, se describe como “el sirviente de los sirvientes de Dios” y Blacker... A veces pienso que Blacker era “el sirviente de los sirvientes de...”, bueno, no importa.

»Al día siguiente, de pie en la puerta observándome jugar, comenzó a hablarme de religión. Dijo, con mentira que incluso yo reconocí, cuánto admiraba a los católicos; que ojalá y pudiera creer así, pero ¿cómo podía creer un panadero? Acentuó “panadero” como pudiera decirse biólogo, y el diminuto tren daba vueltas por la vía marcada O. Dijo: “Puedo hornear las cosas que ustedes comen igual de bien que cualquier católico”, y desapareció en la tienda. No tenía yo ni la menor idea de lo que

quería decirme. Pronto regresó, una galletita en la mano. “Tome”, dijo, “cómala y dígame...”. Cuando me la puse en la boca, comprendí que estaba hecha del mismo modo que nuestras obleas para la comunión. La forma le había salido un tanto mal, pero eso era todo y me sentí culpable e irracionalmente asustado. “Dígame”, pidió, “¿hay alguna diferencia?”.

»—¿Diferencia? —pregunté.

»—¿No es justo la misma que come en la iglesia?

»Dije afectadamente: “No ha sido consagrada”.

»Dijo: “Si pongo las dos bajo un microscopio, ¿cree que podría diferenciarlas?”. Pero incluso a los diez tenía la respuesta para esa pregunta: “No”, dije, “los... accidentes no cambian”, con un titubeo en la palabra “accidente”, que de pronto me había transmitido la idea de muertes y heridas.

»Blacker dijo con intensidad súbita: “Cómo me gustaría llevarme una de las tuyas a la boca, solo por ver...”.

»Tal vez le parezca extraño, pero fue esta la primera vez que la idea de transubstanciación en verdad habitó en mi mente. Todo lo había aprendido de memoria, había crecido con la idea. La misa estaba para mí tan falta de vida como las oraciones en *De Bello Gallico*, la comunión una rutina como los ejercicios en el patio de la escuela; pero aquí, de

pronto, me encontraba en presencia de un hombre que lo tomaba en serio, tan en serio como el sacerdote que, naturalmente, no contaba, pues era su trabajo. Me sentí más asustado que nunca.

»Dijo: “Es una tontería, pero me gustaría tenerla en la boca”.

»—Podría si fuera católico —dije ingenuamente. Me miró con su ojo sano, como un cíclope. Dijo: “Ayuda con la misa, ¿no? Le sería fácil conseguir una de esas cosas. Le hago una propuesta: le cambio el tren eléctrico por una de sus hostias, pero consagrada. Tiene que ser consagrada”.

»—Podría traerle una de la caja —dije. Creo que aún pensaba que su interés era el de un panadero... ver cómo estaban hechas.

»—Oh, no —dijo—, quiero ver a qué sabe su Dios.

»—No puedo hacerlo.

»—¿Ni por un tren eléctrico, todo para usted? No tendría problemas en casa. Lo empacaría y dentro pondría una tarjeta que su padre pudiera ver. “Para el hijo del gerente de mi banco, un cliente agradecido”. Eso lo dejaría tan contento como Punch.

»Ahora que somos adultos parece una tentación trivial, ¿no? Pero trate de recordar su infancia. Había a nuestros pies un circuito de rieles completo, rieles rectos y rieles curvos, y una estacioncita con

maleteros y pasajeros, un curvos, y una estacioncita con maleteros y pasajeros, un túnel, un puente de peatones, un cruce, dos postes de señales, parachoques, claro y, sobre todo, una plataforma giratoria. Lágrimas de anhelo me vinieron a los ojos cuando vi la plataforma giratoria. Era mi pieza favorita, pues parecía tan fea y práctica y verdadera. Dije con voz débil: “No sabría cómo”.

»Cuán cuidadosamente había estado estudiando el terreno. Debió escurrirse varias veces cuando la misa, al fondo de la iglesia. No habría servido, comprende usted, presentarse a comunión en una ciudad pequeña como aquella. Todos sabían lo que era. Me dijo: “Cuando le hayan dado la comunión, podría colocársela bajo la lengua por un ratito. Primero atiende a usted y a los otros muchachos, y una vez lo vi a usted irse tras la cortina de inmediato. Se le había olvidado una de esas botellitas”.

»—La ampolla —dije.

»—Sal y pimienta —me sonrió jovialmente y yo... bueno, miré el trenecillo con el que ya no podría jugar cuando comenzaran las clases. Dije: “Simplemente se la tragaría, ¿verdad?”.

»—Oh, sí —dijo—, simplemente me la tragaría.

»Por alguna razón ya no quise jugar con el tren aquel día. Me puse de pie y busqué la puerta, pero me detuvo, asiéndome por la solapa. Dijo: “Será un

secreto entre usted y yo. Mañana es domingo. Véngase por aquí en la tarde. Póngala en un sobre y déjela en el buzón. El lunes por la mañana entregarán el tren clareando, muy temprano”.

»—Mañana no —le imploré.

»—No me interesa ningún otro domingo —dijo—. Es su única oportunidad —me sacudió suavemente hacia atrás y hacia adelante—. Siempre tendrá que ser un secreto entre usted y yo —dijo—. Si alguien se enterara, le quitarían el tren y luego se las vería conmigo. Lo haría sangrar espantosamente. Ya sabe cómo ando siempre por ahí en los paseos del domingo. No puede esquivarse a un hombre como yo. Aparezco de pronto. Ni siquiera en su casa estaría a salvo. Sé modos de entrar en las casas cuando todos duermen —me arrastró hasta la tienda y abrió un cajón. En el cajón había una llave extraña y una navaja de peluquero. Dijo—: Esa es una llave maestra que abre todas las cerraduras y esa... con esa sangro a la gente —y me acarició la mejilla con sus harinosos dedos gordezuelos y dijo—: Olvídelo. Usted y yo somos amigos.

»Aquella misa del domingo está en mi cabeza, con todos sus detalles, como si hubiera ocurrido apenas la semana pasada. Del momento de la confesión al momento de la consagración tuvo una importancia terrible. Solo otra misa ha sido igual de

importante para mí... pero incluso ni esa, pues se trató de una misa solitaria que nunca podrá suceder de nuevo. Pareció tan definitiva como el último sacramento cuando el sacerdote, inclinándose, puso la hostia en mi boca allí donde estaba hincado ante el altar con el otro monaguillo.

»Supongo que me había decidido a cometer ese acto terrible —porque sabrá usted que para nosotros siempre será un acto terrible— en el momento de ver a Blacker observándome desde el fondo de la iglesia. Se había puesto su mejor ropa de domingo y, como si le fuera imposible escapar del lodo a la marca de su profesión, tenía en la mejilla una marca de talco seco, que presumiblemente se había aplicado tras usar su navaja de peluquero. Me miraba cuidadosamente todo el tiempo y creo que fue miedo —miedo a esa cosa indefinida llamada sagrado— así como la codicia, los que me llevaron a cumplir las instrucciones.

»Mi compañero de funciones se puso de pie vivamente y, tomando el plato de la comunión, precedió al padre Carey hacia la barandilla del altar, donde estaban hincados los otros comulgantes. Tenía yo la hostia colocada bajo la lengua: parecía una ampolla. Me levanté y dirigí a la cortina en busca de la botella, que de propósito había dejado en la sacristía. Ya en ella, miré rápidamente en rededor

por un escondite y vi sobre una silla un número atrasado de *Universe*. Saqué de mi boca la hostia y la inserté entre dos páginas: una húmeda masilla. Pensé entonces: tal vez el padre Carey sacó el periódico con algún propósito y encontrará la hostia antes de tener yo tiempo de retirarla, y la enormidad de lo hecho comenzó a penetrarme cuando traté de imaginar el castigo que merecía. El asesinato es lo bastante trivial como para tener su castigo adecuado, pero con un acto así la mente retrocede ante el pensamiento de cualquier retribución. Intenté retirar la hostia pero se había pegado viscosamente entre las páginas y, desesperado, desgarré un trozo de periódico y, envolviéndolo todo, lo puse en un bolsillo del pantalón. Cuando volví cruzando la cortina y con la ampolla, mis ojos se encontraron con los de Blacker. Me hizo un gesto de ánimo e infelicidad; sí, estoy seguro, de infelicidad. ¿Sucedió tal vez que el pobre hombre buscaba todo el tiempo algo incorruptible?

»Muy poco más recuerdo de aquel día. Creo que tenía la mente en choque y aturdida, además de verme atrapado en el bullicio familiar de los domingos. En una ciudad provinciana, el domingo es el día para las relaciones. Toda la familia viene a casa y sucede que primos y tíos alejados lleguen apretujados en los asientos traseros de los autos de otras personas.

Recuerdo que una muchedumbre parecida cayó sobre nosotros, expulsando temporalmente a Blacker del primer plano de mi mente. Había alguien llamada la tía Lucy, de escandalosa risa hueca que llenaba la casa de alborozo mecánico, como el sonido de una risa grabada escuchada en el interior de una casa de espejos, y no tuve oportunidad de salir solo aunque lo hubiera deseado. Al llegar las seis e irse la tía Lucy y los primos, retornando la paz, era demasiado tarde para ir donde Blacker y a las ocho era mi hora de acostarme.

»Creo que me había olvidado a medias de lo que tenía en el bolsillo. Al vaciarlo, el envoltorio de papel periódico trajo de vuelta y sin tardanza la misa, el sacerdote inclinado hacia mí, el gesto de Blacker. Puse el paquete en la silla junto a mi cama y procuré dormirme, pero me acosaban las sombras de la pared donde las cortinas se movían, el rechinado de los muebles, los susurros en la chimenea, acosado por la presencia de Dios allí, en la silla. Para mí, la hostia siempre había sido... bueno, pues la hostia. Como ya dije, teóricamente sabía lo que tenía que creer, pero de pronto, mientras algo silbaba allá afuera en la calle, silbaba ocultamente y puesto en el secreto, supe que aquello al lado de mi cama era algo de valor infinito, algo por lo que un hombre pagaría perdiendo su tranquilidad mental, algo tan odiado que

se lo podía amar como se ama a un proscrito o a un niño intimidado. Son estas palabras de adulto, y un niño de diez años el que yacía en cama atemorizado, escuchando el silbido llegado de la calle, el silbido de Blacker, pero creo que sentí con bastante claridad lo que ahora estoy describiendo. Esto quería expresar cuando dije que la Cosa, no importa lo que sea, hace toda forma posible contra Dios pero siempre, en todos los lugares, se ve frustrada en el momento del triunfo. Debió sentirse tan segura de mí como Blacker. También debió sentirse segura de Blacker. Pero me pregunto, sabiendo lo que luego sucedió con ese pobre hombre, si no descubriremos de nuevo que el arma se volvió contra el pecho de la Cosa.

»Finalmente no pude soportar ya aquel silbido y aban doné la cama. Abrí las cortinas un poco y allí, justo bajo mi ventana, la luz de la luna sobre el rostro, estaba Blacker. Si hubiera estirado mi mano, los dedos de Blacker hubieran tocado los míos de levantar su brazo. Me miró, su único ojo brillante, con hambre. Comprendo ahora que la cercanía del triunfo debe haberle desarrollado la obsesión al punto de la locura. La desesperación lo había llevado a mi casa. Susurró: “David, ¿dónde está?”.

»Con la cabeza hice una señal hacia el cuarto. “Dámela”, dijo, “rápido. Tendrás el tren por la mañana”.

»Sacudí la cabeza. Dijo: “Tengo aquí la navaja, y la llave. Es mejor que me la entregues”.

»—Váyase —dije, pero el miedo apenas me dejaba hablar.

»—Te desangraré primero y luego de todos modos la tendré.

»—Ah, no, de ninguna manera —dije. Fui hasta la silla y recogí la hostia. Solo en un lugar estaría a salvo. No pude separar la hostia del papel, así que me tragué los dos. Lo impreso se pegó como una ciruela pasa a mi garganta, pero lo hice descender con agua del aguamanil. Entonces volví a la ventana y miré a Blacker. Comenzó a engatusarme: “¿Qué has hecho con ella, David? ¿Por qué tanto lío? Solo es un trocito de pan”, y me miraba tan anhelante y suplicantemente que incluso siendo niño me pregunté si en verdad podía él pensar aquello y, sin embargo, desearlo tanto.

»—Me la tragué —dije.

»—¿Te la tragaste?

»—Sí —dije—. Váyase —entonces ocurrió algo que ahora me parece más terrible que su deseo de corromperme o mi acto irreflexivo: Blacker comenzó a llorar, las lágrimas corrían abundantes de su único ojo y sacudía los hombros. Solo vi su cara un momento antes de que se inclinara la cabeza y desapareciera, la calva cabeza de nabo

sacudiéndosele, en la oscuridad. Cuando ahora pienso en ello, es casi como si hubiera visto a la Cosa llorando su derrota inevitable. Había tratado de usarme como arma y ahora yo me había roto en sus manos y ella lloraba entonces lágrimas desesperadas por uno de los ojos de Blacker.

Los negros hornos de Bedwell Junction aparecieron a lo largo de la línea. El cambiavías funcionó y nos enviaron de una vía a otra. Una nube de chispas, una luz de señales que cambió a rojo, altas chimeneas levantándose contra el ciclo gris, los chorros de vapor de las máquinas estacionadas: la mitad de aquel frío viaje terminaba y no quedaba sino la espera larga por el lento tren que iría a campo traviesa. Dije: «Es una historia interesante. Creo que le hubiera dado a Blacker lo que deseaba. Me pregunto qué habría hecho con ella».

—En verdad pienso —dijo mi acompañante— que en primer lugar la hubiera puesto bajo el microscopio, antes de hacer con ella las demás cosas que supongo planeaba.

—¿Y el indicio? —pregunté—. No entiendo del todo lo que quiere decir con eso.

—Oh, bueno —dijo vagamente—, para mí fue un extraño comienzo, aquel asunto, cuando lo pienso bien —pero nunca habría sabido lo que quería decir si su abrigo, al levantarse para tomar su maleta de la

rejilla, no se hubiera abierto y revelara el alzacuello de un sacerdote.

Dije: «Supongo que en su opinión le debe mucho a Blacker».

—Sí —dijo—. Soy un hombre muy feliz, ¿comprende?

[1948]

Traducción de Federico Patón

Griego equivale a griego

1

Cuando el boticario cerró su botica en la noche, atravesó una puerta al fondo del pasillo que le servía tanto a él como a los departamentos de arriba, y después subió dos tramos y medio de escalera cargando la ofrenda de una cajita de píldoras. La caja tenía impresos su nombre y dirección: Priskett, 14 New End Street, Oxford. Era un hombre de mediana edad con bigote delgado y ojos asustados y evasivos: usaba su larga bata blanca incluso cuando estaba fuera de servicio, como si esta tuviera el poder de protegerlo cual uniforme de rey de sus enemigos. Mientras la usara estaría a salvo de juicios sumarios y ejecuciones.

En el descanso superior había una ventana: afuera, Oxford se extendía a través del anochecer de primavera: el ruido obstinado de un sinnúmero de bicicletas, la fábrica de gas, la prisión y las agujas grises, más allá de los panaderos y los reposteros, cual adornos de papel. Una puerta estaba marcada

con una tarjeta de visita: Señor Nicholas Fennick, Licenciado en Artes. El boticario dio tres breves timbrazos.

El hombre que abrió la puerta tenía por lo menos sesenta años, cabello blanco como la nieve, y piel rosada y aniñada. Usaba esmoquin de terciopelo morado, y sus anteojos colgaban del extremo de un ancho listón negro. Dijo con cierto alboroto: «Ah, Priskett, pase, Priskett. Acababa de cerrar la puerta por un momento...».

—Le traje más de mis pastillas.

—Inapreciable, Priskett. Si tan solo usted hubiese obtenido un título, el de la Sociedad de Farmacéuticos hubiera sido suficiente, lo habría nombrado oficial médico residente de San Ambrosio.

—¿Cómo va el colegio?

—Acompáñeme un momento a la sala de descanso y lo sabrá todo.

El señor Fennick le mostró el camino por un pequeño y oscuro corredor obstruido por impermeables: el señor Priskett, guiándose dificultosamente de gabardina en gabardina, pateó enfrente de él un par de zapatos de señorita. «Un día», dijo el señor Fennick, «debemos construir...», y con sus anteojos hizo un gesto amplio y confiado que parecía empujar las paredes de la sala de descanso: una mesita redonda cubierta con un mantel

de casera, tres o cuatro sillas brillantes y un estante para libros cubierto de vidrio y que contenía un ejemplar de *Sea su propio abogado*. «Mi sobrina Elisabeth», dijo el señor Fennick; «mi consejero médico». Una chica muy joven y con un lindo rostro delgado inclinó la cabeza con indiferencia desde atrás de una máquina de escribir. «Voy a entrenara Elisabeth», dijo el señor Fennick, «para que actúe de tesorera. El esfuerzo de ser tesorero y presidente del colegio está trastornándome el estómago. Las píldoras... gracias».

El señor Priskett preguntó humildemente: «¿Y qué piensa del colegio, señorita Fennick?».

—Me apellido Cross —dijo la chica—. Creo que es una buena idea. Me sorprende que se le haya ocurrido a mi tío.

—En cierto modo fue, en parte, mi idea.

—Eso me sorprende aún más —dijo la chica con firmeza.

El señor Priskett, enlazando las manos frente a su bata blanca como si estuviera implorando ante un tribunal, continuó: «Verá usted, le comenté a su tío que con eso de que las militares se están haciendo cargo de los colegios y como los maestros no tienen nada que hacer, pues deberían empezar a enseñar por correspondencia».

—¿Un vaso de cerveza amarga, Priskett? —

sugirió el señor Fennick. Sacó una botella de cerveza oscura de una alacena y sirvió dos espumosos vasos.

—Por supuesto —argumentó el señor Priskett— que no había pensado en todo esto: la sala de descanso, quiero decir, y el Colegio de San Ambrosio.

—Mi sobrina —dijo el señor Fennick— sabe muy poco del arreglo.

Comenzó a moverse inquietamente por el cuarto, tocando objetos con la mano. Parecía un ave de rapiña envejecida que inspecciona los sombríos componentes de su nido.

La chica comentó con energía: «Como ya lo veo, mi tío está manejando un timo llamado Colegio de San Ambrosio, Oxford».

—No es un timo, querida, el anuncio fue redactado con sumo cuidado. —Se lo sabía de memoria: cada frase había sido cuidadosamente cotejada con su ejemplar de *Sea su propio abogado* abierto sobre la mesa. Lo repitió ahora con una voz intensa y enronquecida por la cerveza oscura embotellada—: Las circunstancias de la guerra le impiden asistir a Oxford. San Ambrosio, el antiguo colegio de Tom Brown, ha roto decididamente con la tradición. Solo durante el periodo de guerra será posible recibir instrucción por correspondencia donde quiera que se encuentre, sea defendiendo al

imperio sobre las heladas rocas de Islandia o en las arenas candentes de Libia, en la avenida principal de una ciudad estadounidense o en una cabaña de Devonshire...

—Lo exageraste —comentó la chica—. Siempre lo haces. Eso no tiene un tono culto. No atraerá más que a incautos.

—Hay bastantes incautos —dijo el señor Fennick.

—Continúa.

—Bueno, me saltaré esa parte. «Se otorgarán títulos al terminar tres periodos académicos, en lugar de los tres años acostumbrados» —explicó—. Eso produce ganancias rápidas. En estos días no se puede esperar que el dinero llegue solo. «Obtenga una verdadera educación oxoniense en el antiguo colegio de Tom Brown. Para mayores detalles sobre cuotas de inscripción, alojamiento, etc. escriba al tesorero».

—¿Y quieres decir que la universidad no puede detener eso?

—Cualquier persona —dijo el señor Fennick con cierto orgullo— puede abrir un colegio donde sea. Yo nunca he dicho que fuera parte de la universidad.

—Pero alojamiento... alojamiento significa cuarto y comida.

—En este caso —dijo el señor Fennick— es en efecto una cuota nominal, para que tu nombre

permanezca a perpetuidad en los libros de la antigua firma, quiero decir, del colegio.

—Y la colegiatura...

—Priskett, aquí, es el maestro de ciencias. Yo me encargo de historia y estudios clásicos. Se me ocurrió que tú, querida, podrías manejar la... economía.

—No sé nada de economía.

—Claro que los exámenes tienen que ser más bien sencillos: de acuerdo con la capacidad de los maestros. (Aquí hay una excelente biblioteca pública). Y otra cosa, las cuotas son restituibles en caso de no otorgarse el título.

—¿Quieres decir...?

—Que nadie reprobará nunca —emitió el señor Priskett falto de aliento y con sobresaltada excitación.

—¿Y de veras tienes ya resultados?

—Esperé, querida, hasta que pudiera ver la clara posibilidad de ganar al menos seiscientas libras al año para nosotros antes de mandarte el telegrama. Y hoy, más allá de todo lo esperado, recibí una carta de Lord Driver. Va a inscribir a su hijo en San Ambrosio.

—Pero ¿cómo puede entrar aquí?

—Durante su ausencia, querida, al servicio de la patria. Los Driver siempre han sido una familia de

militares. Los busqué en el Debrett.

—¿Qué piensa de eso? —preguntó el señor Priskett con ansiedad de triunfo.

—Creo que es regio. ¿Ya organizaste una regata?

—¿Ya ve, Priskett? —dijo con orgullo el señor Fennick, al tiempo que levantó un vaso de cerveza amarga— le dije que era una chica de las de antes.

2

En cuanto escuchó los pasos de su casera en las escaleras, el hombre de edad avanzada y de cabeza rapada y encanecida comenzó a echar las hojas húmedas de té alrededor del tronco de la aspidistra. Cuando ella abrió la puerta, él estaba golpeteando amorosamente las hojas de té con los dados: «Preciosa planta, querida».

Pero ella no se iba a suavizar de inmediato, lo podía notar. Sacudía una carta: «Escuche», le dijo, «¿qué significa este asunto de un tal Lord Driver?».

—Mi nombre, querida: un buen nombre de pila como el que tenía Lord George Sanger.

—Y entonces, ¿por qué no ponen Señor Lord

Driver en la carta?

—Por ignorancia, por pura ignorancia.

—No quiero nada de artimañas en mi casa. Siempre ha sido una casa honesta.

—Quizás no supieron si yo era «*Esquire*» o simplemente «Señor», así que lo dejaron en blanco.

—La envían del Colegio de San Ambrosio, en Oxford: ese tipo de gente debería saber.

—Esto se debe, querida, a vivir en una zona postal tan buena. W. 1. Toda la gente de alcurnia vive en los Mews. —El hombre hizo un débil intento por arrebatarle la carta, pero la casera la mantuvo fuera de su alcance.

—¿Para qué escribe a un colegio de Oxford una persona como usted?

—Querida —dijo el hombre con forzada dignidad—, quizás haya sido un tanto infortunado, incluso hasta es posible que haya pasado algunos años en gayola, pero tengo los derechos de un hombre libre.

—Y un hijo en el bote.

—No está en el bote, querida. La correccional de Borstal es una institución por completo diferente. Es... una especie de colegio.

—Como el de San Ambrosio.

—Quizás no exactamente del mismo rango.

Él era demasiado para ella: por lo general

siempre terminaba siendo demasiado para ella. Antes de su primera estancia en la cárcel de Scrubs, el hombre había tenido diferentes puestos como sirviente e incluso como mayordomo: la forma de levantar las cejas se la aprendió a Lord Charles Manville, usaba la ropa cual aristócrata excéntrico y se podría decir que hasta había aprendido la mejor manera de hurtar del viejo Lord Bailen, quien tenía propensión por las cucharas de plata.

—Y ahora, querida, ¿me podría dar mi carta? — Acercó la mano tentativamente; ella lo intimidaba tanto como él a ella: tenían altercados infinitos y ambos perdían; en la batalla interminable nadie ganaba, los dos vivían siempre temerosos. En esta ocasión él resultó victorioso. Ella azotó la puerta. De repente, con furia, cuando la puerta quedó cerrada, el hombre le hizo un ruidito vulgar a la aspidistra. Después se puso los anteojos y comenzó a leer.

Habían aceptado a su hijo en el Colegio de San Ambrosio, Oxford. La gran noticia lo miraba por encima de la firma desparramada y decorativa del presidente. Nunca se había sentido tan agradecido por la coincidencia de su nombre. «Será un gran placer», escribía el presidente, «prestarle atención personal a la carrera de su hijo en el Colegio de San Ambrosio. En estos días es un honor dar la bienvenida a un miembro de una gran familia militar

como la suya». Driver sintió una extraña mezcla de diversión y de orgullo genuino. Los había embaucado, pero su pecho se henchía dentro de su chaleco al pensar que ahora tenía un hijo en Oxford.

Pero había dos obstáculos, menores, cuando consideraba lo lejos que había llegado ya. Aparentemente existía en Oxford la vieja costumbre de que las cuotas se pagaran por adelantado, y además estaba el problema de los exámenes. Su hijo no los podría hacer en persona: Borstal no lo permitiría, y todavía le fallaban seis meses para salir. Además, lo bonito de la idea era que su hijo recibiera el obsequio de un título de Oxford como una especie de bienvenida a casa. Cual jugador de ajedrez que siempre está varias jugadas por delante, ya estaba planeando cómo sortear esas dificultades.

Estaba seguro de que en su caso las cuotas eran solo cuestión de argucia: un noble siempre podría obtener crédito y si hubiera algún problema después de que se otorgara el título, simplemente les diría que entablaran una demanda y los mandaría al diablo. A ningún colegio de Oxford le gustaría admitir que había sido embaucado por un viejo malhechor. Pero ¿y los exámenes? Una sonrisilla chusca y sagaz le contrajo las comisuras de los labios: era un recuerdo de Scrubs hacía cinco años y del hombre al que llamaban «Papito», el reverendo Simon Milan. Era

un prisionero con sentencia corta. En Scrubs todos los prisioneros cumplían condenas cortas: ahí jamás se cumplía ninguna sentencia mayor de tres años. Recordó al alto, enjuto y aristocrático párroco, con su cabello gris oscuro y su delgado rostro como el de un abogado que de alguna forma se había suavizado con amor excesivo. Una prisión, pensándolo bien, contenía tanto conocimiento como una universidad: había doctores, financieros, clérigos. Sabía dónde encontrar al señor Milan: trabajaba en una pensión cerca de Euston Square y por unos cuantos tragos haría casi cualquier cosa, con seguridad resolvería bien algunos exámenes. «Ahora mismo lo puedo oír», se acordó Driver extático, «hablándole en latín a los carceleros».

3

Era otoño en Oxford: la gente tosía en las largas colas para obtener dulces y pasteles, y desde el río la neblina se filtraba en los cines dejando atrás a los vigilantes que estaban a la caza de personas sin máscaras de gas. Algunos estudiantes avanzaban con

cuidado entre la multitud evacuada; siempre parecían de prisa: tenían que lograr hacer tanto en tan poco tiempo, antes de que el ejército los llamara. Había mucho negocio para los contrabandistas, pensó Elisabeth Cross, pero no mucha oportunidad de que una joven encontrara marido: la ocupación más antigua de Oxford había sido desplazada por los mercados negros de Woodbines, chiclosos y jitomates.

Durante la última primavera hubo días en que trató al Colegio de San Ambrosio como una broma, pero cuando vio que el dinero entraba efectivamente, todo el asunto le pareció menos divertido. Después, durante algunas semanas se sintió muy infeliz, hasta darse cuenta de que de todas las estafas de la época de guerra esta era la más inofensiva. Ellos no estaban reduciendo las provisiones como el Ministerio de Alimentación, ni destruyendo la confianza como el Ministerio de Información: su tío pagaba impuesto sobre la renta e incluso, hasta cierto punto, ellos educaban gente. Los incautos, cuando recibieran sus títulos, sabrían de algunas cosas que no habían conocido antes.

Pero eso no ayudaba a que una joven encontrara marido.

Salió malhumorada de la matiné, cargando un montón de ensayos que debería haber estado

corrigiendo. Solo un «estudiante» mostraba algo de inteligencia, y ese era el hijo de Lord Driver. Lord Driver reenviaba los ensayos, que provenían de «algún lugar de Inglaterra», vía Londres; en varias ocasiones casi la habían pescado con detalles de historia, y sabía que su tío estaba estirando al límite su oxidado latín.

Cuando llegó a casa notó que había algo en el aire: el señor Priskett, en su bata blanca, estaba sentado en el canto de una silla y su tío terminaba una botella rancia de cerveza. Cuando algo salía mal, él nunca abría una botella nueva: creía en beber con alegría. La miraron en silencio. El silencio del señor Priskett era lóbrego; el de su tío, preocupado. Alguna dificultad tenía que ser eludida, pero no podían ser las autoridades universitarias; hacía tiempo que habían dejado de molestar a su tío: la carta de un abogado, una entrevista irascible y el intento de las autoridades por mantener «un monopolio en la educación local» (como lo expresó el señor Fennick), había cesado.

—Buenas noches —dijo Elisabeth. El señor Priskett miró al señor Fennick y el señor Fennick frunció el entrecejo.

—¿Se le acabaron las pastillas al señor Priskett?
El señor Priskett respingó.

—He estado pensando —dijo Elisabeth— que

como estamos ya en el tercer periodo del año académico, me gustaría recibir un aumento de sueldo.

El señor Priskett inhaló abruptamente, la mirada fija en el señor Fennick.

—Me gustaría recibir otras tres libras a la semana.

El señor Fennick se levantó de la mesa; miró con furia la parte superior de su cerveza oscura, el ceño apretado. El boticario arrastró la silla un poco hacia atrás. Y entonces habló el señor Fennick.

—Somos de la misma materia de la que están hechos los sueños —dijo con un poco de hipo.

—Riñones —dijo Elisabeth.

—Rodeados por un sueño. Y estas nuestras torres coronadas de nubes...

—Estás citando mal.

—Se esfumaron en el aire, en el aire insubstancial.

—Has estado corrigiendo los ensayos de literatura inglesa.

—A menos que me permitas pensar, pensar rápido y a fondo, no habrá más exámenes —dijo el señor Fennick.

—¿Problemas?

—En el fondo siempre he sido republicano. No veo por qué queremos una nobleza hereditaria.

—*A la lanterne* —dijo Elisabeth.

—Este hombre, Lord Driver, ¿por qué debería un mero accidente de nacimiento...?

—¿Se rehúsa a pagar?

—No es eso. Un hombre así espera crédito: está bien que tenga crédito. Pero escribió para decir que viene mañana para conocer el colegio de su hijo. Ese viejo estúpido, sentimental y tonto —dijo el señor Fennick.

—Sabía que tarde o temprano te meterías en problemas.

—Ese es el tipo de comentario necio y desconsolador que haría una chica.

—Solo se necesita cerebro.

El señor Fennick levantó un cenicero de bronce y después lo volvió a bajar con cuidado.

—Es bastante sencillo, si te pones a pensar.

—¿Pensar?

El señor Priskett arañó la pata de una silla.

—Lo recogeré en un taxi en la estación y lo llevaré... digamos que al Colegio Balliol. Lo conduciré directo al palio interior y ahí estarás tú, como si acabaras de salir del aposento del director.

—Él sabrá que es Balliol.

—No lo sabrá. Cualquiera persona que conozca Oxford no sería tan estúpida como para mandar a su hijo al Colegio de San Ambrosio.

—Claro, es verdad. Estas familias militares son

bastante lelas.

—Tú tendrás muchísima prisa. Irás a una junta o cualquier otra cosa. Le das una vuelta por el aula magna, la capilla, la biblioteca y lo pones en mis manos frente al cuarto del director. Yo lo llevaré a almorzar y lo meteré en su tren. Es sencillo.

El señor Fennick dijo meditativamente: «Algunas veces creo que eres una chica terrible, terrible. ¿No hay nada que no se te ocurra?».

—Creo —dijo Elisabeth— que si uno va a jugar su propio juego en un mundo como este, lo tiene que jugar adecuadamente. Claro —agregó— que si uno va a jugar un juego diferente, se mete a un convento o se rinde y le gusta. Pero yo solo tengo un juego que jugar.

4

Todo anduvo sobre ruedas. Driver encontró a Elisabeth en la barrera: ella no lo identificó porque esperaba algo diferente. La inquietó algo acerca de él; no su vestimenta, ni el monóculo que nunca parecía usar... era algo más sutil que eso. Era casi

como si la temiera, tan dispuesto estaba a acceder a sus planes. «No quiero causar ninguna molestia, querida, ninguna molestia. Sé lo ocupado que debe de estar el presidente». Cuando ella le explicó que almorzarían juntos en el centro, hasta pareció aliviado. «Son sólo los ladrillos de este querido y viejo lugar», dijo. «No le preste atención a mi sentimentalismo, querida».

—¿Estuvo en Oxford?

—No, no. Me temo que los Driver hemos desatendido las cuestiones de la mente.

—Bueno, ¿no necesita cerebro un soldado?

Driver le dirigió una mirada penetrante y luego contestó en un tono de voz bastante diferente: «Así lo creíamos en los Lanceros». Después caminó hacia el taxi al lado de ella, haciendo girar su monóculo, y permaneció callado todo el recorrido desde la estación, echándole discretas miraditas de soslayo, evaluando, aprobando.

—Así que esto es San Ambrosio —dijo con recia voz justo enfrente a la caseta del portero y ella lo hizo pasar de prisa, a través del primer patio, hacia la casa del director, donde en el escalón de la puerta se encontraba el señor Fennick, con toga de bachiller sobre el brazo y en pose permanente, como pieza de una colección de estatuas de jardín—. Mi tío, el Presidente —dijo Elisabeth.

—Chica encantadora, su sobrina —dijo Driver apenas estuvieron solos. En realidad solo había querido hacer plática, pero en cuanto habló, aquellas dos mentes torcidas empezaron a moverse en armonía.

—Le encanta estar en casa —dijo el señor Fennick—. Nuestros famosos olmos —continuó, agitando la mano hacia el cielo—. Los grajos de San Ambrosio.

—¿Cacos? —exclamó Driver.

—Grajos. En los olmos. Uno de nuestros grandes poetas modernos escribió una composición sobre ellos. «Los olmos de San Ambrosio, oh, los olmos de San Ambrosio», y sobre los «grajos de San Ambrosio graznando en viento y lluvia».

—Bonita. Muy bonita.

—Bien redondeada, creo.

—Me refería a su sobrina.

—Ah, sí. Por aquí al aula magna. Por estos escalones. Por donde pasó tan seguido, ¿sabe?, Tom Brown.

—¿Quién era Tom Brown?

—El gran Tom Brown, uno de los hijos famosos del colegio de Rugby —agregó en forma pensativa—. Será una buena esposa... y madre.

—Los muchachos empiezan a darse cuenta de que las chicas frívolas no son lo que quieren para toda la

vida.

Se detuvieron por consentimiento mutuo en el escalón de arriba: se olfatearon el uno al otro cual dos viejos tiburones ciegos que creen, cada uno por su lado, que lo que mueve el agua cerca de ellos es carne apetitosa.

—Quienquiera que se la gane —dijo el señor Fennick— se puede sentir orgulloso. Será una buena anfitriona...

—Yo y mi hijo —dijo Driver— hemos hablado seriamente sobre el matrimonio. Él tiene una opinión más bien chapada a la antigua. Será un buen marido...

Entraron al aula magna y el señor Fennick guio en la ronda de los retratos: «Nuestro fundador», dijo, señalando a una peluca regordeta. Lo escogió deliberadamente: sentía que tenía un dejo de sí mismo. Frente al retrato de Swinburne, dudó; después, el orgullo que sentía por San Ambrosio se impuso a la cautela. «El gran poeta Swinburne», dijo. «Lo echamos».

—¿Lo expulsaron?

—Sí, por inmoral.

—Me alegra que sean estrictos en eso.

—Ah, su hijo está en buenas manos en San Amb.

—Me hace muy feliz —dijo Driver. Empezó a escudriñar el retrato de un teólogo del siglo XIX—.

Buen manejo del pincel —dijo—. Ahora, hablemos de religión: yo creo en la religión. Es la base de la familia —dijo con un estallido de confianza—. ¿Sabe usted? Nuestros chicos deberían conocerse.

El señor Fennick mostró una chispa de alegría: «Estoy de acuerdo».

—Si él pasa...

—Oh, ciertamente pasará —dijo el señor Fennick.

—Tendrá licencia en una o dos semanas. ¿Y si recibiera su título en persona?

—Bueno, habrá dificultades.

—¿No es la costumbre?

—No para los estudiantes que se gradúan por correspondencia. Al vicerrector le gusta hacer una pequeña distinción... pero Lord Driver, en el caso de un alumno tan distinguido, podría sugerir que se me comisionara para entregarle el título a su hijo en Londres.

—Me gustaría que conociera su colegio.

—Y así lo hará en días más felices. El colegio tiene tantas partes cerradas ahora. Me gustaría que lo visitara por primera vez cuando su gloria quede restaurada. Permita que yo y mi sobrina los visitemos.

—Vivimos muy modestamente.

—¿Ningún problema financiero serio, espero?

—Oh, no, no.

—Me alegro tanto. Y ahora vamos a reunirnos con la querida chica.

5

Siempre parecía más conveniente encontrarse en estaciones de ferrocarril. La coincidencia no alertó al señor Fennick, quien se había fortalecido para el viaje con una buena cantidad de cerveza amarga, pero sí sorprendió a Elisabeth. En fechas recientes el colegio no había estado cumpliendo con las expectativas, y eso se debía en parte a la indolencia del señor Fennick: por su conversación casi parecía a últimas fechas como si hubiera empezado a considerar al colegio como un escalón hacia algo más: qué, Elisabeth no conseguía desentrañarlo del todo. Se la pasaba hablando sobre Lord Driver y su hijo Frederick y sobre las responsabilidades de la nobleza. Sus tendencias republicanas habían caducado por completo. «Ese querido muchacho», era como se refería a Frederick y le puso 100 en estudios clásicos. «Latín y griego no se dan con el

genio militar a menudo», dijo. «Un muchacho extraordinario».

—No es una lumbrera en economía —dijo Elisabeth.

—No debemos exigir demasiada erudición de un soldado.

En Paddington, Lord Driver les hizo señas ansiosamente a través de la multitud; llevaba un traje recién comprado: uno se estremece de pensar en cuántos cupones se había jugado para la ocasión. Un poco más atrás estaba un muchacho muy joven con boca hosca y una cicatriz en la mejilla. El señor Fennick se adelantó de prisa; traía un impermeable negro sobre los hombros como capa y, el sombrero en la mano, descubrió venerablemente su cabello blanco entre los maleteros.

—Mi hijo, Frederick —dijo Lord Driver. Malhumorado, el muchacho se quitó el sombrero y se lo puso de nuevo en seguida: en el ejército se usaba el cabello muy corto.

—San Ambrosio da la bienvenida a su nuevo titulado —dijo el señor Fennick.

Frederick gruñó.

La presentación del título se llevó a cabo en un cuarto privado en el hotel Mount Royal. Lord Driver explicó que su casa había sido bombardeada: por una bomba de tiempo, agregó, explicación algo necesaria

puesto que en fechas recientes no había habido ataques aéreos. El señor Fennick estaba satisfecho si Lord Driver también lo estaba. Había traído una toga de bachiller, un birrete y una Biblia en su maleta, y realizó una pequeña ceremonia bastante imponente entre la mesa de libros, el sofá y el radiador, leyendo un discurso en latín y golpeando a Frederick levemente en la cabeza con la Biblia. El título tenía una costosa impresión en dos colores, hecho por una firma anglo-católica. Elisabeth era allí la única persona intranquila. ¿Era posible, se preguntó, que el mundo pudiera en verdad incluir a dos crédulos como estos? ¿Qué significaba ese doloroso presentimiento que crecía en su interior, de que quizás contenía cuatro?

Después de un pequeño y ligero almuerzo con cerveza oscura embotellada («casi tan buena, si se me permite decirlo, como nuestra cerveza amarga», dijo gozoso el señor Fennick) el presidente y Lord Driver realizaron complicadas jugadas para obligar a los dos jóvenes a que se juntaran. «Debemos discutir un negocito», dijo el señor Fennick y Lord Driver insinuó: «No has ido al cine en un año, Frederick». Los echaron fuera juntos, a una bombardeada y descuidada calle de Oxford, mientras que los viejos, alegres, tocaron el timbre para ordenar whisky.

—¿Cuál es la idea? —dijo Elisabeth.

Era bien parecido; a ella le gustaba su cicatriz y su malhumor; en sus ojos había casi demasiada inteligencia y decisión. En una ocasión se quitó el sombrero y se rascó la cabeza: Elisabeth notó de nuevo su cabello corto. Ciertamente no tenía tipo de militar. Y su traje, como el de su padre, parecía nuevo y comprado ya hecho. ¿No tendría qué ponerse cuando salió de licencia?

—Supongo —dijo ella— que están planeando una boda.

Los ojos de Frederick se iluminaron jubilosos: «No me importaría», dijo.

—Tendrías que pedirle licencia a tu comandante, ¿no?

—¿Comandante? —preguntó sorprendido, titubeando un poco como un niño que ha sido descubierto al no estar preparado de antemano para la pregunta. Ella lo observó con cuidado, recordando todas las cosas que le parecieron extrañas desde el principio.

—Así que no has ido al cine en un año, ¿eh? —dijo.

—He estado de servicio.

—¿Ni siquiera has ido a una función de ENSA^[1]?

—Oh, esas no cuentan.

—Debe ser tan pavoroso como estar en prisión.

Él forzó una débil sonrisa y caminó cada vez más

rápido, de suerte que fácilmente se pensaría que ella lo había estado persiguiendo por las puertas de Hyde Park.

—Confíesalo —dijo—, tu padre no es Lord Driver.

—Oh sí, claro que lo es.

—No más que mi tío es el presidente de un colegio.

—¿Qué? —empezó a reírse: era una risa agradable, una risa en la que no se podía confiar, pero que hacía que uno se contagiara y estuviera de acuerdo en que en un mundo loco como este las cosas importaban un bledo—. Acabo de salir de Borstal —dijo—. ¿Y tú?

—Oh, aún no he estado en prisión.

Él dijo: «No me lo vas a creer, pero toda esa ceremonia... me parecía una farsa. Por supuesto que papá se la tragó».

—Y mi tío cayó contigo... Yo, no del todo.

—Bueno, se cancela la boda. En cierta forma lo siento.

—Todavía estoy libre.

—Bueno —dijo él—, podríamos discutirlo —y ahí en la pálida luz del sol otoñal del parque lo discutieron, desde todos los ángulos. Había impostores mayores a todo su alrededor: funcionarios de los ministerios que pasaban cargando carteritas,

supervisores de esto y aquello que iban en automóviles; y hombres con las largas caras en blanco de anuncios publicitarios, vestidos de caqui con tiras escarlata, que caminaban a zancadas, con propósito definido, hacia Park Lane desde el hotel Dorchester. Su fraude era pequeño en relación con las normas del mundo, e inofensivo: el muchacho de Borstal y la chica de ningún lugar en absoluto, del mostrador de telas y de la casa de vecindad—. Tiene cientos de libras escondidas, estoy seguro de eso —dijo Fred—. Llegaría a un arreglo si creyera que puede pescar a la sobrina del presidente.

—No me sorprendería que mi tío tuviera quinientas. Las soltaría todas por el hijo de Lord Driver.

—Nos haríamos cargo de este negocito del colegio. Con un poco de capital lo podríamos hacer funcionar realmente. Ahora es solo una insignificancia.

Se enamoraron sin razón alguna, en el parque, en una banca para ahorrar dos peniques, planeando la estafa a los viejos estafadores a los que sabían podrían superar. Luego regresaron y Elisabeth hizo una declaración antes de pasar por completo por la puerta: «Frederick y yo deseamos casarnos». Casi compadeció a los viejos tontos cuando sus rostros se iluminaron de súbito, en forma simultánea, porque

todo había sido tan fácil, y cuando después se ensombrecieron con precaución al mirarse furtivamente: «Esto es muy inesperado», dijo Lord Driver, y el presidente dijo: «Dios mío, los jóvenes trabajan rápido».

Durante toda la noche los dos viejos planearon sus acuerdos, y los dos jóvenes se sentaron contentos en un rincón, viéndolos esgrimir, con el conocimiento secreto de que el mundo siempre está abierto a los jóvenes.

[1941]

Traducción de Nair Ma. Anaya Ferreira

Hombres trabajando

Richard Skate se ausentó un par de horas del Ministerio para ver si su casa seguía en pie, tras la incursión aérea de la noche anterior. Era un hombre delgado, pálido, de apariencia emaciada, apenas entrado en la madurez. Había empleado toda su vida en mantenerse a flote, dando clases en escuelas nocturnas y fungiendo temporalmente como maestro de lengua y literatura en alguna de las más pequeñas escuelas particulares; en el proceso había adquirido una casita, una esposa y una hija, una chica bastante precoz, con talento para la pintura y que lo despreciaba. Vivían en el campo, y la casa estaba apartada de Skate por la distancia inconmensurable del Londres bombardeado. La visitaba de prisa dos veces por semana, y su mundo lo representaba ahora el Ministerio, aquel edificio sin sentimientos, de elevadores complicados y pasillos largos como los de un trasatlántico y cuartos de baño donde el agua nunca salía caliente y los cepillos de uñas estaban encadenados como Biblias. La calefacción central le daba un olor asfixiante de medio Atlántico, excepto en los corredores donde las ventanas siempre estaban abiertas por miedo a las explosiones y los vientos penetraban silbando. Se esperaba ver gente envuelta

en mantas, tendida en sillas de cubierta y los mensajeros llevando actas como si fueran sopa. Skate dormía en el sótano, en un catre, y emergía hacia las diez para desayunar, y aquellas semanas de encarcelamiento comenzaban a darle la apariencia de un caballo de mina, un aire de ofuscamiento en la vista de algo que ha vivido subterráneamente. La rama del Ministerio encargada de las dependencias consideró prudente enviar una circular al personal, aconsejándole pasar una o dos horas del día al aire libre, y de hecho algunos miembros llegaban al King's Ami, en la esquina. Pero Skate no bebía.

Pero a pesar de todo era feliz. Al mostrar su pase en la puerta externa, haciéndole un saludo al guardia militar que era especialista en costumbres irlandesas antiguas, era feliz. Porque ahora ya se mantenía a flote: tenía empleo permanente, como funcionario del gobierno. Tuvo la ambición de escribir obras de teatro (una puesta en escena dominical en St. John's Wood le había permitido inscribirse como dramaturgo en el Central Register), y ahora que casi todos los teatros de Londres estaban cenados, ya no lo mortificaba ver el buen éxito de otras personas.

Abrió la puerta de su oscura habitación. La habían construido de triplay en un corredor, pues como el enorme personal se acumulaba como una especie de vida fungosa —en los viejos

departamentos brotaban a diario secciones nuevas, que luego se separaban para volverse departamentos y a su vez dividirse—, los quinientos cuartos de aquel gran edificio universitario fueron insuficientes: los rincones de los corredores terminaron siendo cuartos y de la noche a la mañana desaparecían pasillos.

—¿Todo bien? —preguntó su ayudante, la joven de pechos grandes que lo cuidaba maternalmente, trayéndole café cuando parecía estar abatido y encargándose del teléfono.

—Oh, sí, gracias. Allí sigue. Un vidrio que se rompió, eso es todo.

—Llamó un tal señor Savage.

—Ah, llamó. ¿Qué deseaba?

—Dijo que se había enrolado en la Fuerza Aérea y quería mostrarle su uniforme.

—El viejo Savage —dijo Skate—. Siempre fue un pote alocado.

Sonó el teléfono y la señorita Manners lo tomó como si fuera su enemigo.

—Sí —dijo—, sí, R. S. ya volvió. Es H. G. —explicó a Skate. Todo el personal secundario llamaba a la gente por sus iniciales: era una especie de acuerdo social entre el nombre propio y el señor. Hacía de las conversaciones telefónicas algo tan oscuro como un mensaje en clave.

—Hola, Graves. Sí, aún de pie. ¿Estarás en el Comité de Publicaciones? Simplemente no tengo agenda. ¿No puedes inventarte algo? —preguntó a la señorita Manners—. Graves quiere saber quién estaría en el Comité.

La señorita Manners recitó con rapidez al teléfono:

—R. K., D. H., F. L, y B. L. dijo que llegará tarde. Muy bien, yo se lo digo a R. S. Adiós —y dijo a Skate—: H. G. pregunta por qué no anotar en la agenda simplemente Informe en Proceso.

—Tenía que hacer su chistecito —dijo Skate afligido—. Como si pudiera haber algún progreso.

—Le hace falta su té —dijo la señorita Manners. Abrió un cajón y extrajo la cucharilla de Skate. En el Ministerio ninguna cuchara de té se había surtido tras la pérdida inicial de 6,000 en los primeros meses de la guerra, y en verdad que cada vez era más necesario encerrar bajo llave todo lo transportable. Hasta las mantas desaparecían de los refugios antiaéreos. Como los restos de algún avión alemán, el lugar parecía la presa de cazadores de reliquias, así que podía predecirse el día en que solo quedara la pesada piedra *portland*, despojada de todo, chamuscada por las bombas incendiarias y cacarañada por los agujeros de bala allí donde la Guardia Nacional descargaba sus rifles.

—Oh, Dios, Dios —dijo Skate—, debo preparar esa agenda —su preocupación era superficial: se trataba de un juego jugado en una esquina, bajo la sombra gigantesca. La propaganda era un modo de pasar el tiempo: no se cumplía el trabajo por su utilidad, sino por hacerlo, como una simple ocupación. Con aire aburrido escribió en la agenda: «El problema de la India».

Al salir de su oficina, Skate se hizo a un lado para dejar el paso a una extraña procesión de ancianos en togas, encabezados por un macero. Pasaron —uno de ellos estornudando— camino del Salón de Cancilleres, como fantasmas humildes que aún cumplieran el ritual de otra época. Alguna vez fueron reyes en este palacio, habían erigido el gigantesco edificio para albergarlos, y ahora los funcionarios civiles pasaban entre aquella procesión como si no tuviera más consistencia que el humo. Mucho antes de llegar a la habitación donde se reunía el Comité de Publicaciones, escuchó una voz familiar que decía: «Lo que necesitamos es una campaña en verdad colosal...». King, desde luego, echándole el hombro al esfuerzo de guerra: eran brotes que ocurrían periódicamente, como el deseo. King había sido publicista, y con regularidad lo dominaba la necesidad de vender algo. Recuerdos de Ovaltine y Halitosis y Mustard Club buscaban una salida en esos

momentos, hasta que de pronto, avasalladoramente, King comenzaba a vender la guerra. Hacienda y la Oficina de Correspondencia se encargaban siempre de que aquellos grandes planes quedaran en nada; solo en una ocasión, por estar de vacaciones alguien, en verdad se puso en marcha una campaña King. Ocurrió cuando la ración de carne fue cortada a un chelín; en todo Londres, los tableros de avisos mostraban un seco mensaje King: «No gruñan por lo de la carne. ¿Qué tienen de malo las verduras?». En el Parlamento, un laborista de la oposición hizo una pregunta y se retiraron los carteles, con una pérdida de 20,000 libras. El Secretario Permanente renunció, el Primer Ministro apoyó al Ministro que apoyó a su personal («Considero que somos uno de los servicios en combate») y a King, tras pedirle su renuncia, terminó por dejárselo a la cabeza del Departamento de Publicaciones del Ministerio, con un salario mayor. Se pensó que allí no podría hacer daño.

Skate se deslizó al interior y comenzó repartir copias de la agenda, haciéndolo recatadamente, como una doncella que colocara servilletas. No se molestó en escuchar a King: algo acerca de una serie de folletos que se distribuyeran gratuitamente a seis millones de personas, explicándoles realmente por qué se luchaba. «Decirles lo que significa la libertad», dijo King, «la democracia, sin usar

palabras rimbombantes».

Hill dijo: «No creo que la Oficina de Correspondencia...». La débil voz de Hill era siempre la voz de la cordura. Se decía que era el autor de la explicación y defensa oficiales de por qué existía el Ministerio: «Una acción negativa puede tener resultados positivos».

En la agenda de Skate estaba escrito:

1. Extraído de las actas.
2. Folleto en galés sobre las condiciones de trabajo en Alemania.
3. Ayuda a Wilkinson para que visite la ATS^[2].
4. Objeciones a los folletos Bones.
5. Sugerencia para un despliegado de la Junta de Mercadeo de la Carne.
6. El problema de la India.

La lista, pensó Skate, se ve impresionante.

—Desde luego —continuó King— es necesario resolver los detalles. Es necesario conseguir los autores adecuados. Priestley y gente como él. Pienso que no habría dificultades respecto al dinero si presentamos un caso muy claro. ¿No quieres examinar esto, Skate, e informarnos luego?

Skate aceptó. No sabía de qué se trataba, pero eso no importaba. Se mandarían aquí y allá algunas circulares y en el proceso a King se le calmaría el entusiasmo. Enviar una circular a todos los del gran

edificio y recibir de ellos respuesta tomaría por lo menos 24 horas. En casos de urgencia, un intercambio de tres minutos podía ser cumplido en una semana. Afuera del Ministerio, el tiempo transcurría a un ritmo muy diferente. Skate recordó cómo seguían circulando indecisamente las minutas sobre quién debería escribir un folleto «sugerido» sobre los esfuerzos de guerra de los franceses mientras los alemanes rompían la línea, pasaban el Somme, ocupaban París y recibían a los delegados en Compiègne.

Como era habitual, el comité duró una hora; para Skate era siempre una reunión agradable con gente de otros departamentos, el de Religión, el del Imperio, etc. Algunas veces invitaban a otro hombre que les parecía simpático. Daba pie a todo tipo de discusiones interesantes: sobre libros, autores, artistas, obras de teatro, filmes. La agenda no importaba en realidad: era facilísimo inventar una en el último momento.

Hoy todos estaban de buen ánimo; no se habían recibido malas noticias en una semana, y como era política del más reciente Secretario Permanente que el Ministerio nada hiciera que llamara la atención, no había miedo de sufrir una purga en el futuro próximo. Además, la decisión le facilitaba el trabajo a todos. Y había aires de vida real en la cuestión de

Wilkinson. Wilkinson era un novelista muy popular, que deseaba hacer sonar las trompetas en favor de las mujeres, y había solicitado permiso para realizar un estudio del ATS. Sin embargo, las autoridades militares negaron el permiso, nadie sabía por qué. Hubo especulaciones por diez minutos. Skate afirmó que Wilkinson era un mal escritor y King estuvo en desacuerdo, lo cual desembocó en una discusión literaria general. Lewis, del Departamento del Imperio, quien había luchado en Gallipoli en la guerra anterior, dormitaba inquieto.

Despertó cuando llegaron al folleto de Bone. Se había pedido a Bone que escribiera un folleto sobre el imperio británico: se lo distribuiría, en 50,000 ejemplares, gratis en las reuniones públicas, pero ahora, ya impreso, los expertos descubrían en él todo tipo de frases faltas de tacto. La India objetaba una referencia a las vacas lecheras canadienses, y Australia objetaba una frase acerca de la bahía Botany. El especialista en Canadá estaba seguro de que la mención de Wolfe antagonizaría a los francocanadienses, y el especialista en Nueva Zelanda sentía que se había subrayado indebidamente lo de las granjas frutales australianas. Mientras tanto, todas las reuniones públicas se habían celebrado y no había modo ya de distribuir el folleto. Alguien sugirió que se lo enviara a los Estados Unidos, para

la Feria Mundial en Nueva York, pero entonces el Departamento para los Estados Unidos exigió ciertos cortes en las referencias a la Guerra de Independencia, y cuando estos fueron hechos la Feria Mundial había concluido. Ahora Bone había escrito para objetar su propio folleto, que consideró irreconocible.

—Podríamos lograr que lo firmara otra persona —sugirió Skate, pero eso significaba pagar otros honorarios, y Hacienda, dijo Hill, jamás lo aceptaría.

—Oye, Skate —dijo King—, eres hombre de letras. Escríbele a Bone y trata de apaciguar las cosas.

Lowndes llegó de prisa, oliendo a vino. Dijo: «Siento llegar tarde. Tuve una comida de negocios con un tipo. ¿Oyeron las noticias?»,

—No.

—Otra vez incursiones aéreas de día. Cincuenta aviones nazis derribados. Están apretando las tuercas. Perdimos quince de los nuestros.

—Debemos distribuir el folleto de Bone —dijo Hill.

De pronto Skate, él mismo sorprendido, dijo violentamente: «Eso les dará una lección», y entonces se sentó, derrumbándose humildemente, como si lo hubieran sorprendido traicionando.

—Bueno —dijo Hill—, no debemos aturdirnos,

Skate. Recuerda lo que dijo el ministro: es nuestro deber cumplir con el trabajo, no importa lo que pase.

—Ya lo sé, no quise insinuar nada.

Sin llegar a una decisión sobre el folleto Bone, pasaron al dedicado al mercadeo de carne. A nadie interesaba esto, de modo que lo dejaron en manos de Skate, para que más tarde informara. «Habla con ellos, Skate», dijo King. «Es una buena idea. Sabes de estas cosas. Pregúntale a Priestley», agregó vagamente y luego frunció el ceño, pensativamente, ante un viejo lema de las actas, el Problema de la India. «¿En verdad necesitamos discutirlo esta semana?», preguntó. «Nadie de aquí sabe de la India. Llamemos a Lawrence la semana entrante».

—Es un buen chico, ese Lawrence —dijo Lowndes—. Escribió una novela pícaro llamada *Los placeres de un párroco*.

—Lo invitaremos —dijo King.

El Comité de Publicaciones había terminado por una semana, y como la habitación quedaría vacía hasta la mañana, Skate abrió las grandes ventanas a las corrientes de aire nocturnas. Muy arriba, en el enorme cielo pálido, breves líneas blancas, como el rastro fosforescente de caracoles, mostraban hombres yendo a casa después del trabajo.

[1940]

Traducción de Federico Patán

¡Ay del mísero Maling!

¡Pobre inofensivo e ineficaz Maling! No es mi intención que se rían de Maling y de su borborigmia, como se sonreían los médicos cuando los consultaba, como deben haber sonreído incluso después del triste clímax del 3 de septiembre de 1940, cuando su borborigmia pospuso durante veinticuatro fatales horas la fusión de las compañías impresoras Simcox y Hythe Newsprint. Los intereses de Simcox siempre le habían sido más preciosos a Maling que la vida misma. Hombre de gran iniciativa, concienzudo, feliz con su trabajo, no ambicionaba mayor puesto que el de secretario, y aquellas veinticuatro horas —por razones que sería poco prudente explicar aquí, pues implican recovecos de las leyes hacendarias inglesas— resultaron fatales para la existencia de la compañía. Después de aquel día se esfumó por completo, y siempre he de creer que huyó de puntitas a alguna imprenta provinciana para morir de desolación. ¡Ay del mísero Maling!

Fueron los doctores quienes le dieron el nombre de borborigmia a su dolencia; en Inglaterra generalmente la llamamos «gruñidos de tripas». Creo que se trata de una especie inofensiva de indigestión, pero en el caso de Maling tomaba una forma bien

peculiar. Su estómago —Maling se quejaba mirando amargamente hacia abajo a través de sus gafas de lectura semicirculares— tenía «oído»: solía captar notas de manera extraordinaria y reproducirlas después de las comidas. Nunca olvidaré una bochornosa reunión en el hotel Picadilly, en honor de un grupo de impresores de provincia. Fue el año anterior a la guerra y Maling había estado yendo a los conciertos sinfónicos en Queen's Hall (nunca volvió). A lo lejos, una orquesta de baile había estado tocando *The Lambeth Walk* (qué aburrida resultaba en 1938 con su bonhomía falsa y mamarracha y sus «ois»). De pronto, en el bendito silencio entre pieza y pieza, mientras los invitados se relajaban en sus asientos luego de unos bizcochos desastrosos, surgieron —débiles como si vinieran de un lugar distante del hotel, tristes y plañideros— los primeros compases de un concierto de Brahms. Un impresor escocés que tenía oído para la buena música exclamó con gozosa circunspección: «Por Dios que el tipo sabe tocar». Entonces la música cesó abruptamente y un extraño sentimiento de sospecha me hizo fijarme en Maling. Estaba tan rojo como un betabel. Nadie se percató, ya que la orquesta, para disgusto del escocés, comenzó a tocar de nuevo, esta vez *Booms-a-Daisy*, y creo haber sido el único que detectó un curioso y desfallecido

eco de *The Lambeth Walk*, que aparentemente provenía de la silla donde Maling estaba sentado.

Ya eran pasadas las diez, tras de que los invitados se habían amontonado en taxis con dirección a Euston, cuando Maling me contó de su estómago. «Es completamente impredecible», dijo, «como un perico. Parece que se aprende cosas al azar». Y añadió con voz de sollozo: «Ya no puedo disfrutar de la comida. Nunca sé qué va a pasar después. Lo de hoy no ha sido lo peor. A veces es de lo más sonoro». Hizo una pausa de infeliz reflexión. «Cuando era niño me gustaban las bandas militares alemanas...».

—¿No has visto a un médico?

—No entienden. Dicen que es sólo una indigestión, nada de que preocuparse. ¡Nada de que preocuparse! Pero claro, cuando voy al médico siempre se está quieto y callado —me di cuenta de que hablaba de su estómago como si se tratara de un animal detestable. Miró con pesadumbre sus nudillos y dijo—: Ahora tengo miedo de cualquier ruido nuevo. Nunca sé. Algunos ni los percibe, pero otros parecen... bueno, parecen fascinarlo. A la primera oída. El año pasado, cuando levantaron Picadilly, fueron los martillos mecánicos: se ponía a repetirlos después de la cena.

Le dije, un tanto estúpidamente: «Supongo que ya

habrás tomado las sales de costumbre», y recuerdo —fue la última vez que lo vi— su expresión de desconsuelo, como si hubiera renunciado a toda expectativa de comprensión por parte de las demás almas vivientes.

Fue la última vez que lo vi porque la guerra me lanzó del negocio de las publicaciones hacia todo tipo de empleos dispares, y solo de segunda mano conocí el relato de la extraña junta de consejo que le rompió el corazón al mísero Maling.

Lo que los periódicos llamaban la *blitz-and-pieces-krieg*, los bombardeos alemanes contra la Gran Bretaña, llevaba aproximadamente una semana de haber empezado. En Londres apenas nos estábamos acostumbrando a las alarmas de ataque aéreo a razón de cinco o seis por día, pero el 3 de septiembre, primer aniversario de la guerra, había sido hasta ese momento relativamente pacífico. El sentimiento general, no obstante, era que a Hitler podía ocurrírsele celebrar el aniversario con un ataque en grande. Por tanto, la atmósfera en que se realizó la reunión directiva conjunta de Simcox y Hythe fue ciertamente tensa.

Se llevó a cabo en la tradicional salita desaliñada que está arriba de las oficinas de Simcox, en Fetter Lane: la mesa redonda que data de los tiempos del primer Joshua Simcox, el grabado en

metal de una imprenta fechado en 1875 y una biblia insulsa que siempre había sido el único libro en el gran librero de vidrio, excepto por un volumen sobre tipografía. El viejo Joshua Simcox presidía la reunión; ya se pueden imaginar su cabello blanco como la nieve y sus facciones pálidas y porcinas de protestante disidente. Wesby Hythe estaba allí, y media docena de otros directores, de cara angosta y recelosa, vestidos elegantemente de traje negro. Todos parecían un tanto ansiosos. Si es que querían evadir las nuevas leyes de impuestos sobre la renta, tenían que apresurarse. En cuanto a Maling, estaba agazapado sobre su libreta, en inquieta disposición de asesorar a quien fuera sobre lo que fuera.

Hubo una interrupción durante la lectura de las minutas. Wesby Hythe, que era inválido, se quejó de que una máquina de escribir en el cuarto contiguo le estaba poniendo los nervios de punta. Maling se sonrojó y salió. Supongo que debe haberse tragado una tableta porque la máquina dejó de escribir. Hythe estaba impaciente. «De prisa», dijo, «de prisa. No tenemos toda la noche». Pero una noche era precisamente lo que les quedaba.

Después de la lectura de las minutas, Sir Joshua comenzó a explicar farragosamente, en un acento de Yorkshire, que sus motivos eran por completo patrióticos; no tenían la menor intención de evadir

impuestos, tan solo deseaban contribuir a los esfuerzos de la guerra, al desarrollo, a la economía... Dijo: «A esta cena todos hemos sido...» y en ese momento empezaron a sonar las sirenas de alarma aérea. Como expliqué, se esperaba un ataque masivo, no era hora de perder el tiempo, pues un muerto no puede evadir impuestos. Los directores recogieron sus papeles y se lanzaron hacia el sótano.

Todos excepto Maling. Esto es, Maling sabía la verdad. Creo que debe haber sido la alusión a la cena lo que despertó de su sueño al animal. Por supuesto que debería haber confesado, pero piensen por un instante: ¿ustedes habrían tenido el valor, después de ver a aquellos viejos caballeros de chaleco y guante salir despavoridos hacia la salvación con tan inaudita carencia de dignidad? Yo sé que habría hecho exactamente lo que Maling hizo, habría seguido a Sir Joshua hasta el sótano con la desesperada esperanza de que por una vez el estómago haría lo debido y se corregiría. Pero no fue así. Las mesas directivas conjuntas de Simcox y Hythe permanecieron en el sótano durante doce horas, y Maling se quedó con ellos, sin decir palabra. Verán, por alguna inexplicable cuestión de gusto, el estómago del mísero Maling había captado el tono de la alarma con gran fidelidad, pero por alguna razón nunca se había aprendido el de «todo en orden».

[1940]

Traducción de Alfredo Michel

El caso de la defensa

Fue el juicio por homicidio más extraño al que haya asistido. Lo llamaron «el asesinato Peckham» en los encabezados, aunque la calle Northwood, en donde encontraron a la anciana muerta a golpes, no está en Peckham^[3] propiamente. No era uno de esos casos en que las pruebas son circunstanciales y el desasosiego de los miembros del jurado —pues *no* falta el veredicto erróneo— se percibe como si una bóveda de silencio enmudeciera a la corte. No, a este asesino solo faltó encontrarlo junto al cuerpo; así que cuando el abogado de la Corte presentó el caso, nadie de los presentes creyó que el hombre sentado en el banquillo de los acusados tuviera la más mínima oportunidad.

Este era un hombre grandulón y fornido —sus piernas parecían puro músculo— con un par de ojos saltones, inyectados de sangre. No cabía la menor duda de que era un tipo mal encarado, al que no sería fácil olvidar —y este era un detalle importante, pues el abogado de la Corte se proponía llamar a cuatro testigos que no lo habían olvidado, que lo habían visto alejarse presuroso de la pequeña casa de ladrillo rojo en la calle Northwood. El reloj apenas había dado las dos de la mañana.

La señora Salmon, en el número 15 de la calle Northwood, no había podido dormir; escuchó cerrarse una puerta y pensó que era la reja de su casa. Así que se asomó a la ventana y vio al tipo (su nombre era Adams) en los escalones de la casa de la señora Parker. Acababa de salir y tenía guantes puestos; llevaba un martillo en la mano y ella vio cuando lo dejó caer entre los arbustos de laurel junto a la reja de la entrada. Pero antes de alejarse, él había alzado la mirada —justo hacia su ventana. Ese instinto fatal que le dice a un hombre que se le está observando lo expuso, bajo la luz del farol, a su mirada, los ojos infundidos de un miedo aterrador y bestial, como los de un animal cuando se levanta el látigo. Después platiqué con la señora Salmon, quien, como era de esperar después del asombroso fallo, quedó ella misma atemorizada. Lo que imagino sucedió con los demás testigos, como Henry MacDougall, quien regresaba tarde a casa del suburbio de Benfleet y quien por poco atropella a Adams en la esquina de la calle Northwood, donde este caminaba a media calle con la mirada perdida. Y como el viejo señor Wheeler, quien vivía junto a la señora Parker, en el número 12, a quien había despertado un ruido— como el de una silla al caer — a través de la delgada pared; se había levantado y, al asomarse a la ventana como lo había hecho la señora

Salmon, había visto a Adams de espaldas y luego, cuando este se dio la media vuelta, esos ojos saltaron. En la avenida Laurel lo vio otro testigo más: su suerte no le favorecía; era casi como si hubiera cometido el crimen a plena luz del día.

—Tengo entendido —dijo el abogado de la Corte —, que la defensa se propone alegar un caso de falsa identidad. La esposa de Adams les dirá que estaba con él a las dos de la mañana el día 14 de febrero; pero creo que después de escuchar a los testigos de la Corte y después examinar detenidamente las facciones del prisionero, no estarán dispuestos a admitir la posibilidad de un error.

Se había dicho que este parecía un caso concluido, a excepción de la ejecución misma.

Al finalizar la presentación de pruebas formales por el policía que había encontrado el cuerpo y por el médico forense que lo examinó, fue llamada a presentar su testimonio la señora Salmon. Era el testigo ideal, con su leve acento escocés y su expresión honesta, desinteresada y bondadosa.

El abogado de la Corte repasó con delicadeza los acontecimientos. Ella habló con mucha determinación. No había malicia en ella, ni pretensión por encontrarse en la Corte Central de Justicia ante un juez que, ataviado con una toga escarlata, estaba al pendiente de sus palabras,

mientras los reporteros anotaban cada una de ellas. Dijo que sí, y que luego había bajado y telefoneado a la policía.

—¿Y ve a ese hombre aquí en la corte?

Ella dirigió la mirada hacia el hombrón sentado en el banquillo de los acusados, quien fijaba en ella su mirada de pekinés desprovista de toda emoción.

—Sí —dijo—, ahí está.

—¿Está usted completamente segura?

Ella contestó sin más: «No podría equivocarme, señor».

Todo fue así de fácil.

—Gracias, señora Salmon.

El abogado defensor se levantó para iniciar su interrogatorio. Si usted hubiera realizado, como yo, un sinnúmero de reportajes sobre juicios por homicidio, habría sabido de antemano qué línea adoptaría. Y tuve razón, hasta cierto punto.

—Ahora bien, señora Salmon, recuerde que de su testimonio puede depender la vida de un hombre.

—Lo sé, señor.

—¿Su vista es buena?

—Nunca he tenido que usar anteojos, señor.

—Usted es una mujer de cincuenta y cinco años ¿cierto?

—Cincuenta y seis, señor.

—¿Y el hombre que vio estaba al otro lado de la

calle?

—Sí, señor.

—Y eran las dos de la mañana. Debe tener una vista extraordinaria, señora Salmon ¿no cree?

—No, señor. La luna brillaba, y cuando el hombre alzó la mirada la luz del farol le alumbró la cara.

—¿Y está completamente segura de que el hombre que vio es el prisionero?

No podía entender qué se proponía; no podría pensar estar esperando otra respuesta sino la que obtuvo.

—Completamente, señor. No es una cara que se olvide.

El abogado defensor lanzó una breve mirada por la corte. Luego dijo: «Señora Salmon ¿le importaría examinar una vez más a las personas en la corte? No, no al prisionero. Señor Adams, levántese por favor». Y ahí, al fondo de la corte, con un cuerpo pesado y fornido, unas piernas musculosas y un par de ojos saltones, estaba la imagen exacta del hombre sentado en el banquillo de los acusados. Incluso vestía igual, con un traje ajustado color azul y una corbata a rayas.

—Ahora bien, señora Salmon, piense detenidamente. ¿Podría usted jurar todavía que el hombre al que usted vio dejar caer el martillo en el jardín de la señora Parker es el prisionero, y no este

hombre, que es su hermano gemelo?

Por supuesto que no pudo. Miró del uno al otro y no dijo palabra alguna.

La enorme bestia estaba ahí, sentada en el banquillo de los acusados con las piernas cruzadas, y también estaba allí, al fondo de la corte, y ambos fijaban su mirada en la señora Salmon. Ella sacudió la cabeza.

Lo que entonces presenciamos fue el final del caso. No había un solo testigo dispuesto a jurar que era al prisionero al que había visto. ¿Y el hermano? También tenía su coartada: había estado con su esposa.

Así que el hombre fue puesto en libertad por falta de pruebas. Pero si fue o no castigado —si es que fue él quien cometió el crimen y no su hermano— no sabría decirlo. Aquel día inusitado tuvo un final también inusitado. Al salir de la corte seguí a la señora Salmon y quedamos atrapados entre la multitud que aguardaba, como era de suponerse, a los gemelos. La policía intentó dispersar al gentío, pero lo único que logró fue despejar la calle a fin de que fluyera el tráfico. Después supe que habían intentado sacar a los gemelos por otra salida, pero que se habían rehusado. Uno de ellos —nunca se supo cuál — dijo: «Me dejaron en libertad ¿no es cierto?». Así que ambos salieron descaradamente por la entrada

principal. Entonces sucedió. No supe cómo, aunque me encontraba solo a un par de metros. De algún modo, al desplazarse la multitud, a uno de los gemelos lo empujaron a la calle cuando pasaba un autobús.

Dio un chillido como conejo y eso fue todo; estaba muerto, su cráneo desecho como el de la señora Parker. ¿Venganza divina? Ojalá lo supiera. El otro Adams estaba ahí, poniéndose de pie junto al cuerpo y dirigiendo su mirada hacia la señora Salmon. Lloraba, aunque si era el asesino o el hombre inocente nadie lo sabrá jamás. Pero si fuera usted la señora Salmon ¿podría dormir de noche?

[1939]

Traducción de Claire Joysmith

Un lugarcito en los alrededores de Edgware Road

Craven dejó atrás la estatua de Aquiles mientras caminaba bajo la tenue lluvia de verano. Era justo después del encendido de las luces, pero ya los autos hacían fila hasta el Marble Arch y los nítidos rostros adquisitivos vigilaban, listos a pasar un buen rato con cualquier posibilidad que por allí asomara. Craven cruzó amargado por el lugar, el cuello de su gabardina muy ajustado a la garganta. Era uno de sus malos días.

Su marcha a lo largo del parque le recordó la pasión, mas para el amor se necesita dinero. Todo lo que puede conseguir un pobre es lujuria. El amor requiere un buen traje, un auto, un piso en algún lugar o un buen hotel. Necesita verse envuelto en celofán. Estaba consciente todo el tiempo de la corbata tiesa bajo la gabardina, y de las mangas desgastadas: arrastraba consigo su cuerpo como algo que odiara. (Había momentos felices en la sala de lectura del Museo Británico, pero el cuerpo lo reclamaba). Levaba, como único sentimiento, la memoria de actos desagradables cometidos en las bancas de los parques. La gente hablaba como si el cuerpo muriera demasiado pronto; para Craven, aquel de ningún

modo era el problema. El cuerpo permanecía vivo, y a través del oropel de la lluvia destellante, en ruta hacia una plataforma, pasó junto a un hombrecillo de traje negro con una pancarta: «El Cuerpo resucitará». Recordó un sueño del que tres veces había despertado temblando: solo, había estado en el inmenso, oscuro y cavernoso cementerio del mundo entero. Bajo tierra, cada tumba estaba conectada con otra: el globo alveolado en beneficio de los muertos, y en cada uno de los sueños había descubierto, de nuevo, el hecho horripilante de que el cuerpo no decae. No hay gusanos ni disolución. Bajo la superficie el mundo estaba atiborrado con masas de carne muerta dispuesta a levantarse llena de verrugas, furúnculos y erupciones. Yaciendo en cama había recordado —como «nuevas para el regocijo»— que después de todo el cuerpo era corrupto.

Entró a Edgware Road a paso rápido, los Guardias en pares, como grandes bestias alargadas, los cuerpos parecidos a gusanos en aquellos pantalones estrechos. Los odiaba. Y odiaba su odio por saber lo que era: envidia. Tenía conciencia de que cada uno de ellos poseía un cuerpo mejor que el suyo: la indigestión le retorció el estómago y estaba seguro de tener mal aliento, pero ¿a quién preguntarlo? A veces, en secreto, se aplicaba aquí y

allá un toque de colonia: era uno de sus secretos más desagradables. ¿Por qué pedirle que creyera en la resurrección de este cuerpo que deseaba olvidar? A veces oraba de noche (un asomo de religiosidad habitaba en su pecho como un gusano en una nuez) para que al menos *su* cuerpo nunca volviera a levantarse.

Conocía demasiado bien todas las callejuelas que rodeaban Edgware Road: cuando le venía el mal estado de ánimo, simplemente caminaba hasta cansarse, fijando con un gesto su propia imagen en los escaparates de Salmon & Gluckstein y los ABC. Así que de inmediato notó los carteles puestos a la entrada del desocupado teatro en Culpar Road. No era algo desusado, porque en ocasiones la Sociedad Dramática Barclays Bank alquilaba el lugar por una noche, o se exhibía comercialmente algún oscuro filme. Había construido el teatro, en los veinte, un optimista cuya idea era que lo barato del rumbo equilibraría de sobra las desventajas de estar alejado una milla de la zona de teatros convencional. Pero ninguna obra tuvo buen éxito, y pronto se dejó que la sala acumulara hoyos de rata y telarañas. Nunca se renovó la cubierta de los asientos, y lo único que le ocurría al sitio era gozar la temporal existencia falsa de una obra de aficionados o un espectáculo comercial.

Craven se detuvo a leer. Al parecer, seguía habiendo optimistas, incluso en 1939, pues nadie sino el más ciego de los optimistas podía esperar hacer dinero de un lugar como «El hogar del cine mudo». Se anunciaba la primera temporada de «primitivos» (una expresión intelectual): nunca habría una segunda. Bueno, la entrada era barata y tal vez desquitara el chelín pagado, ahora que estaba cansado, cubrirse de la lluvia en cualquier sitio. Craven compró un boleto y entró en la oscuridad de la luneta.

En la inerte oscuridad un piano tecleaba algo monótono que recordaba a Mendelsohn. Craven se acomodó en un asiento junto al pasillo, y de inmediato sintió el vacío que lo rodeaba. No, jamás habría otra temporada. En la pantalla una mujerona vestida con una especie de toga se retorció las manos, para luego ir vacilante y con curiosos movimientos convulsos hacia un sofá. Allí sentada, miró fijamente, como un perro ovejero, a través de su pelo suelto, negro y tieso. En ocasiones parecía disolverse en puntos, destellos y líneas ondulantes. Un subtítulo dijo: «Pompilia, traicionada por su amado Augusto, busca poner fin a sus problemas».

Por fin Craven comenzó a ver: un penumbroso páramo de asientos. No había ni veinte personas en el lugar: algunas parejas que susurraban con las cabezas

juntas; un cierto número de hombres solitarios como él, llevando como mismo uniforme la gabardina barata. Yacían a intervalos, como cadáveres, y la obsesión de Craven volvió: el dolor de muelas del terror. Pensó agobiado: me estoy volviendo loco, otros no se sienten así. Incluso un teatro abandonado le recordaba aquellas cavernas donde los cuerpos aguardaban la resurrección.

«Esclavo de su pasión, Augusto pide vino una vez más».

Un grueso y maduro actor teutón se apoyaba en el codo, su brazo rodeando a una mujerona en camisón. La Canción de Primavera avanzaba ineptamente y la pantalla parpadeaba como una indigestión. Alguien tanteó su camino en la oscuridad, rozando las rodillas de Craven: un hombrecillo. Craven experimentó la sensación desagradable de una barba que le tocaba la boca. Luego hubo un largo suspiro cuando el recién llegado encontró el asiento próximo; en la pantalla los sucesos habían ocurrido con tal rapidez, que Pompilia ya se había clavado un puñal —o tal supuso Craven— y yacía inmóvil y pechugona entre sus esclavos llorosos.

Una voz grave y jadeante susurró al oído de Craven: «¿Qué sucede? ¿Está dormida?».

—No, muerta.

—¿Asesinada? —preguntó la voz con profundo

interés.

—No lo creo. Se clavó un puñal.

Nadie dijo «Shhh»; nadie estaba suficientemente interesado en objetar una voz. Se hallaban derrumbados entre los asientos vacíos, en actitudes de inatención aburrida.

Lejos estaba el filme de terminar: había niños que tomar en cuenta de algún modo. ¿Pasaría todo a una segunda generación? Pero el hombrecillo barbón del asiento vecino solo parecía interesado en la muerte de Pompilia. El hecho de haber llegado justo en aquel momento parecía fascinarlo. Craven oyó la palabra «coincidencia» dos veces, y el otro siguió hablándose de aquello en tonos bajos y cortos de aire. «Es absurdo cuando se lo piensa» y, luego, «nada de sangre». Craven no escuchaba. Sentado con las manos unidas entre las rodillas, se enfrentaba al hecho como tan a menudo se había enfrentado anteriormente: que estaba en peligro de volverse loco. Tenía que recuperarse, tomar unas vacaciones, ver un doctor (solo Dios sabe qué infección se movía en sus venas). Se dio cuenta de que su vecino se había dirigido a él directamente: «¿Qué?», preguntó impaciente, «¿qué dijo?».

—Habría más sangre de la que usted se imagina.

—¿A qué se refiere?

Al hablarle, el hombre le rociaba con su aliento

húmedo. Había en su discurso un leve barboteo, como un impedimento. Dijo: «Cuando se asesina a un hombre...».

—Era una mujer —dijo Craven impaciente.

—Eso nada cambiaría.

—Además, nada tiene que ver con un asesinato.

—Eso nada significa —parecían haber caído, en la oscuridad, en una disputa absurda y sin sentido.

—Es que yo sé, ¿comprende? —dijo el hombrecillo de la barba con tono de enorme engreimiento.

—¿Sabe qué?

—De esas cosas —dijo con ambigüedad cautelosa.

Craven se volvió intentando verlo con claridad. ¿Estaba loco? ¿Era esta una advertencia de lo que podría sucederte a él, balbucear en los cines cosas incomprensibles a desconocidos? Pensó: «por Dios, no», intentando ver: «Seguiré cuerdo. *Seré cuerdo*». Nada distinguía sino un negro trozo de cuerpecillo. El hombre volvía a hablar consigo mismo. Dijo: «Plática. Una plática así. Dirán que fue por las cincuenta libras. Mentira. Razones y razones. Siempre aceptan la primera razón. Nunca miran detrás. Treinta años de razones. Papanatas», agregó, otra vez con aquel tono acezoso y de engreimiento sin límites. De modo que así era la locura. Mientras se

diera cuenta de ello, estaba cuerdo... hablando relativamente. Tal vez no tan cuerdo como los buscones del parque o los Guardias de Edgware Road, pero sí más cuerdo que esto. Era como un mensaje de aliento mientras el piano tecleaba.

Entonces el hombrecillo se volvió y lo roció una vez más. «¿Que se mató, dice? Pero ¿quién lo sabe? No es tan solo cuestión de quién sujeta el cuchillo». De pronto y confiadamente puso una mano en Craven: húmeda y pegajosa. Craven dijo con horror, cuando le vino a la cabeza una posible explicación: «Pero ¿de qué habla?».

—Yo sé —dijo el hombrecillo—. Un hombre en mi posición termina por saberlo casi todo.

—¿Cuál es su posición? —preguntó Craven, sintiendo sobre la suya la mano pegajosa, procurando decidir si estaba histérico o no; después de todo, había docenas de explicaciones; podía ser un antídoto.

—Una bastante desesperada, opinaría *usted* —a veces la voz moría casi del todo en la garganta. Algo incomprensible había sucedido en la pantalla. En estas cintas tempranas, se desvían los ojos un momento y el argumento avanza con tanta prisa... Únicamente los actores se movían con lentitud y a sacudidas. Una joven en camión parecía llorar en brazos de un centurión romano; Craven no los había

visto antes. «En tus brazos, no temo la muerte, Lucía».

El hombrecillo comenzó a reír entre dientes, como puesto al tanto. Volvía a hablar consigo. Habría sido fácil ignorarlo excepto por aquellas manos pegajosas que ahora retiraba: parecía buscar algo a tientas en el asiento de enfrente. Su cabeza tenía el hábito de inclinarse a un lado, como la de un niño idiota. Dijo con claridad y sin venir al caso: «La tragedia de Bayswater».

—¿Cómo estuvo eso? —preguntó Craven. Había visto aquellas palabras en un cartel, antes de entrar al parque.

—¿Cuál?

—Lo de la tragedia.

—Pensar que a Cullen Mews lo llamaron Bayswater —de pronto el hombrecillo comenzó a toser. Volvía su cara hacia Craven y le tosía directamente: era como una venganza. La voz dijo: «A ver, mi paraguas». Se levantaba.

Craven lo dejó ir, pero antes de que alcanzara las ondulantes cortinas polvosas de la salida la pantalla se puso negra y luego brillante: el filme se había roto y alguien, de inmediato, encendió sobre la concurrencia una araña sofocada de suciedad. Iluminó lo suficiente para que Craven viera en sus manos la embarradura. Esto no era histeria: era un

hecho. No estaba loco: había estado sentado junto a un loco que en alguna caballeriza... ¿cuál fue el nombre, Colón, Collin...? Craven saltó del asiento y buscó la salida. La cortina negra se agitó en su boca. Pero llegaba tarde: el hombre se había ido y había tres rutas para elegir. Eligió mejor una caseta telefónica y marcó el 999 con una, para él, extraña sensación de cordura y decisión.

No tomó dos minutos conseguir el departamento correspondiente. Se mostraron interesados y muy amables. Sí, hubo un asesinato en una caballeriza, la de Cullen. A un hombre le habían cortado el cuello de lado a lado con un cuchillo para el pan. Un crimen horrible. Comenzó a decirles que había estado sentado junto al asesino en un cine: no podía ser nadie más, pues había sangre en sus manos. Y mientras hablaba recordó con asco la barba húmeda. Debió haber muchísima sangre. Pero la voz de Yard lo interrumpió. «Oh, no», decía, «ya tenemos al criminal, no hay duda ninguna. Es el cuerpo lo que desapareció».

Craven colgó la bocina. Se dijo en voz alta: «¿Por qué me sucede esto a mí? ¿Por qué a *mí!*!». Estaba de regreso en el horror de su sueño; la escuálida calle oscurecida de allá afuera era tan solo uno de los túneles innumerables que conectaban tumba con tumba donde yacían los cuerpos

imperecederos. Dijo: «Fue un sueño, un sueño» y, al inclinarse hacia adelante, vio en el espejo encima del teléfono su propio rostro salpicado por diminutas gotas de sangre, como rocío que saliera de un perfumador. Comenzó a gritar: «No voy a enloquecer, no voy a enloquecer, estoy cuerdo, no voy a enloquecer». Al poco tiempo comenzó a reunirse un pequeño gentío y pronto vino un policía.

[1939]

Traducción de Federico Patán

Del otro lado del puente

—Dicen que tiene un millón —dijo Lucía. Él estaba sentado en la húmeda y caldeada plazuela mexicana, un perro a sus pies y un aire de enorme y desdichada paciencia. El perro llamaba la atención de inmediato; era casi casi un perdiguero inglés, solo que algo no había ido del todo bien con la cola y el pelambre. Las palmeras languidecían sobre su cabeza; alrededor del quiosco todo era sombras y bochorno, radios que sonaban a gran volumen en español desde las pequeñas casetas de madera donde le cambiaban a uno desventajosamente sus dólares por pesos. Me daba cuenta de que no entendía una palabra por cómo leía el periódico; al igual que yo, buscaba las palabras que se parecieran a las del inglés—. Lleva un mes aquí —dijo Lucía—, lo expulsaron de Guatemala y Honduras.

Era imposible guardar un secreto arriba de cinco horas en este pueblo fronterizo. Lucía llevaba solo veinticuatro en él, pero ya sabía todo sobre Joseph Calloway. La única razón por la que yo no sabía nada del señor Calloway (y llevaba dos semanas allí) era que hablaba tanto español como él. No había otra alma en el pueblo que no conociera su historia, la historia completa del Halling Investment Trust y de

los trámites de extradición. Cualquiera que se dedique a los nimios negocios de las garitas de madera del pueblo, dadas sus oportunidades de constante observación, está mejor capacitado que yo para contar la historia del señor Calloway, a excepción de que yo entré en escena —literalmente— al final. Todos vieron el desarrollo del drama con enorme interés, conmiseración y respeto. Después de todo, el hombre tenía un millón.

De vez en cuando, durante el largo y caluroso día, un niño llegaba a lustrar los zapatos del señor Calloway. Él desconocía las palabras adecuadas para rechazarlos; ellos fingían no entender su inglés. El día que Lucía y yo lo observábamos le deben haber lustrado los zapatos cuando menos media docena de veces. Al mediodía cruzaba la plaza con desenfado, hasta el Bar Antonio, y se tomaba una cerveza; el perro iba pegado a sus talones, como si anduviera en Inglaterra, de paseo por el campo (el señor Calloway, como recordarán, era dueño de una de las propiedades más grandes de Norfolk). Después de la cerveza, solía caminar entre las casetas de cambio hasta el río Bravo y se ponía a mirar hacia el otro lado del puente, hacia los Estados Unidos; la gente iba y venía constantemente en automóvil. Luego, de regreso a la plaza hasta la hora de almorzar. Se hospedaba en el mejor hotel, pero no

se consiguen buenos hoteles en un pueblo fronterizo, nadie se queda en ellos más de una noche. Los buenos hoteles estaban del otro lado del puente. De noche, desde la plazuela, era posible ver los anuncios luminosos a veinte pisos de altura, como faros que anunciaran a los Estados Unidos.

Quizá se pregunten qué había estado haciendo yo en un sitio tan gris durante dos semanas. El lugar no ofrecía nada de interés a nadie, no era más que humedad y polvo y pobreza, una especie de réplica andrajosa del pueblo al otro lado del río. Los dos tenían plazas en los mismos lugares, los dos el mismo número de cines. Uno era más limpio que el otro, eso era todo, y más caro, mucho más caro. Yo me había quedado del otro lado un par de noches, esperando a un tipo que, según una agencia turística, venía en coche desde Detroit hasta Yucatán y aceptaría llevar a alguien por una cantidad increíblemente pequeña; veinte dólares, creo. No sé si de veras existía o fue un invento del optimista mestizo de la agencia; de cualquier modo, nunca apareció, y por tanto me quedé a esperar, sin que me molestara demasiado, del lado barato del río. No me importaba, la iba pasando. Un día tuve ganas de darme por vencido con lo del tipo de Detroit y volver a casa o irme hacia el sur, pero resultaba más fácil no decidir nada a las prisas. Lucía simplemente estaba esperando un coche que

fuera en dirección opuesta, pero no tenía que esperar tanto. Esperábamos juntos y observábamos al señor Calloway esperar... sólo Dios sabe qué.

No sé cómo enfocar esta historia; era una tragedia para el señor Calloway; justicia poética, me supongo, para los inversionistas a los que había arruinado con sus manejos fraudulentos; y para Lucía y para mí, a estas alturas, una comedia. Excepto cuando pateaba al perro. No es que sea un sentimental con los perros —prefiero que la gente sea cruel con los animales que con los seres humanos— pero no podía evitar que me causara repulsión cómo la cogía a patadas con el animal, con un toque de saña calculada, no con enojo sino como si se desquitara de una mala pasada que el perro le hubiese jugado tiempo atrás. Esto sucedía por lo general cuando regresaba del puente. Era el único signo en el señor Calloway de algo así como una emoción. Aparte de ello, parecía una criatura pequeña, impávida, cordial, de bigote y cabellos plateados y anteojos dorados, y un diente de oro que era como un defecto de personalidad.

Lucía no había sido del todo exacta cuando dijo que lo habían expulsado de Guatemala y Honduras; él había salido por su voluntad cuando los trámites de extradición comenzaron a mostrar signos de éxito y se dirigió al norte. México todavía no es un estado muy centralizado y resulta posible arreglárselas con

los gobernadores como no lo es con los ministros y jueces. Así que se quedó a esperar la siguiente jugada allí en la frontera. Esa parte menos reciente de la historia fue, supongo, dramática, pero no la presencié y no puedo inventar lo que no he visto: las largas esperas en antecámaras, los sobornos aceptados y rechazados y el miedo creciente de ser detenido, y luego la huida —detrás de los anteojos dorados— tratando de esconder sus huellas tan bien como le fuera posible. Solo que esto no se trataba de finanzas y en cuanto a fugas resultó un aficionado. De manera que la corriente lo arrastró hasta aquí, bajo mi mirada y la de Lucía, sentado todo el día a la sombra del quiosco con nada que leer excepto un periódico mexicano, nada que hacer sino mirar al otro lado del río, a los Estados Unidos, completamente en ignorancia, supongo, de que todos sabían todo sobre él, dándole puntapiés al perro una vez al día. Quizá el perro, con su apariencia de medio perdiguero, le recordaba demasiado su propiedad de Norfolk. Aunque también esa, me imagino, era la razón para conservarlo.

Y el acto siguiente fue comedia pura. No quiero ni pensar lo que este hombre dueño de un millón le estaba costando a su país en tanto lo arrinconaban hasta llevarlo de un lugar a otro. Tal vez alguien se estaba hartando del asunto y descuidaba su trabajo.

De cualquier manera, habían mandado dos detectives con una fotografía vieja. El señor Calloway se había dejado crecer el bigote plateado desde que se la habían tomado y había envejecido mucho, así que aún no lo reconocían. No transcurrieron dos horas desde que llegaron del otro lado del puente cuando ya todas sabían que dos detectives extranjeros estaban en el pueblo buscando al señor Calloway. Todos, esto es, menos el señor Calloway, que no hablaba español. Había muchos que se lo podían haber dicho en inglés, pero no lo hicieron. No era por crueldad, sino por una especie de respeto y admiración. Como un toro, el señor Calloway era motivo de exhibición pública, sentado desconsoladamente allí en la plaza con su perro: un espectáculo grandioso para el cual todos teníamos boletos de primera fila.

Yo me topé con uno de los policías en el Bar Antonio. Estaba asqueado, se había imaginado que del otro lado del puente la vida sería distinta, con tanto más color y sol y, sospecho, amor. Y todo lo que halló fueron calles anchas y lodosas en que la lluvia nocturna se volvía charcos, y perros sarnosos, olores y cucarachas en su dormitorio, y lo más cercano al amor la puerta abierta de la Academia Comercial, donde había mestizas jóvenes y bonitas que se hilaban todo el día frente a la máquina para aprender a escribir. Tip-tap-tip-tap-tip. Quizá ellas

también tenían un sueño: un trabajo al otro lado del puente, donde la vida era mucho más cómoda, refinada y divertida.

Nos pusimos a conversar. Parecía sorprendido de que supiera quiénes eran y qué querían. Me dijo: «Sabemos que este tipo Calloway está aquí».

—Sí, por ahí anda —le dije.

—¿Puede identificarlo?

—Oh, no lo conozco de vista —dije.

Se tomó la cerveza y se puso a pensar. «Voy a sentarme en la plaza. Seguro que se aparece en cualquier momento».

Yo me terminé la cerveza y salí rápidamente en busca de Lucía. Le dije: «Pronto, vamos a ver un arresto». El señor Calloway no nos importaba nada, no era más que un viejo que pateaba a un perro y defraudaba a los pobres, y se merecía lo que pudiera sucederle. Así que nos fuimos a la plaza. Sabíamos que Calloway estaría allí, pero no se nos ocurrió nunca que los detectives no lo iban a reconocer. Había toda una marejada de gente alrededor; todos los vendedores de fruta y los boleros del pueblo parecían haber llegado al mismo tiempo. Nos tuvimos que abrir camino entre la gente y allí, en el verde y sofocante centro del lugar, sentados en bancas contiguas, estaban los dos detectives de paisano y el señor Calloway. Nunca he visto el sitio

más silencioso; todos estaban atentos, y los policías con los ojos en la multitud en busca del señor Calloway, y el señor Calloway sentado en su lugar de costumbre, con la mirada más allá de las casetas de cambio, en los Estados Unidos.

—Esto no puede durar mucho. No es posible — dijo Lucía. Pero duró. Se volvió aún más increíble. Alguien debería escribir una obra de teatro al respecto. Nos sentamos tan cerca como nos lo permitió nuestro atrevimiento. Todo el tiempo temíamos reímos. El casi perdiguero se rascaba las pulgas y el señor Calloway miraba hacia los Estados Unidos. Los dos detectives miraban a la multitud y la multitud miraba el espectáculo con satisfacción solemne. Entonces uno de los detectives se levantó y se dirigió al señor Calloway. «Se acabó», pensé. Pero no, apenas comenzaba. Por alguna razón lo habían eliminado de la lista de sospechosos. Nunca sabré por qué. El hombre dijo:

—¿Habla inglés?

—Soy inglés —dijo el señor Calloway.

Ni siquiera eso los puso al tanto, y lo más extraño fue cómo el señor Calloway cobró vida. No creo que nadie le hubiera hablado de ese modo en varias semanas. Los mexicanos eran demasiado respetuosos —era un tipo que tenía un millón— y a Lucía y a mí nunca se nos había ocurrido tratarlo con confianza,

como a un ser humano; aún a nuestros ojos el colosal fraude y la persecución a nivel mundial lo habían magnificado.

Dijo: «Este lugar es realmente espantoso, ¿no cree?».

—Así es —dijo el policía.

—No me imagino qué hace venir a los del otro lado del puente.

—El deber —dijo el policía, apesadumbrado—. Supongo que está de paso.

—Sí —dijo el señor Calloway.

—Yo me esperaba que aquí hubiera, ¿cómo decir?, usted sabe, vida. Se escriben cosas sobre México.

—Ah, vida —dijo el señor Calloway. Hablaba con firmeza y precisión, como si se dirigiera a un consejo de accionistas—. Eso empieza del otro lado.

—No comienza a apreciarse el país propio hasta que se lo deja.

—Muy cierto —dijo el señor Calloway—. Muy cierto.

Al principio era difícil no reírse, y luego de un rato no parecía haber mucho de qué reírse: un viejo que se imaginaba grandes cosas que sucedían más allá del puente internacional. Creo que pensaba en el pueblo del otro lado como una combinación de Londres y Norfolk: teatros y bares, un poco de caza y

un paseo por la campiña al atardecer con el perro — esa miserable imitación de perdiguero— husmeando en las zanjas. Nunca había ido al otro lado, no podía saber que era idéntico, una repetición. Incluso el trazo. Solo que las calles estaban pavimentadas y los hoteles tenían diez pisos más y la vida era más cara y todo estaba un poco más limpio. No había nada de lo que el señor Calloway hubiera llamado vida: nada de galerías, nada de librerías, tan sólo el *Film Fun* y el diario local, y el *Click* y el *Focas* y la nota roja.

—Bueno —dijo el señor Calloway—, creo que voy a dar un paseo antes del almuerzo. Se necesita hambre para pasar la comida de aquí. Por lo general a estas horas camino hasta el puente para echarle un vistazo. ¿Gusta venir?

El detective sacudió la cabeza. «No», dijo, «estoy de servicio. Ando tras un tipo». Y eso, por supuesto, lo puso en evidencia a *él*. En lo que al señor Calloway concernía, en este mundo solo existía un «tipo» a quien alguien anduviera buscando; en su mente había descartado amigos que estuvieran buscando a sus amigos, maridos que pudieran estar buscando a sus esposas, todos los objetivos de toda búsqueda, excepto uno. Esa capacidad de eliminación lo había vuelto un financiero: le era posible olvidarse de que detrás de las acciones había gente.

Esa fue la última vez que lo vimos durante un tiempo. No lo vimos ir a la Botica París por sus aspirinas, ni caminar de regreso del puente con su perro. Simplemente desapareció, y cuando desapareció, la gente comenzó a hablar y los detectives a escuchar lo que se hablaba. Ya habían hecho el suficiente ridículo y se dedicaron oficiosamente a encontrar al hombre junto a quien habían estado sentados en el jardín. Después también ellos desaparecieron. Como el señor Calloway, se habían ido a la capital del estado a ver al gobernador y al jefe de policía, y allí también debe haberse dado una escena digna de sainete, cuando se toparon con el señor Calloway y se sentaron con él en la antesala. Me temo que al señor Calloway por lo general lo recibían primero, porque todos sabían que tenía un millón. Solo en Europa es posible que un hombre sea tanto delincuente como rico.

En fin, más o menos a la semana el grupo entero regresó en el mismo tren. El señor Calloway viajó en primera clase y los policías en segunda. Era evidente que no habían obtenido la orden de extradición.

Para entonces Lucía se había ido. El auto llegó y se fue al otro lado del puente. Yo me quedé del lado mexicano y la vi descender en la aduana de los Estados Unidos. No era nada especial, pero a la distancia pareció hermosa cuando agitó la mano para

despedirse desde el lado norteamericano y se subió de nuevo al coche. Y de repente sentí lástima por el señor Calloway, como si allá hubiera algo que acá no se pudiera encontrar, y al darme vuelta lo vi de nuevo en su acostumbrado paseo, con el perro a los talones. Le dije: «Buenas tardes», como si desde siempre hubiera sido nuestro hábito saludarnos. Se veía cansado, enfermo y mugriento, y sentí pena por él. Pensar en la clase de victoria que había logrado, con tal gasto de dinero y preocupaciones. Y el premio: este pueblo sucio y deprimente; las garitas de cambio; las horribles salitas de belleza, con sus sillas de mimbre y sus sofás, que parecían vestíbulos de burdel; el caldeado y sofocante jardín junto al quiosco.

Me contestó con pesar: «Buenas tardes». El perro comenzó a olisquear un poco de estiércol, y él se volvió y lo pateó con furia, con depresión, con desesperación.

Y en ese momento un taxi que transportaba a los dos policías pasó junto a nosotros de camino al puente. Deben haber visto la patada. Tal vez eran más vivos de lo que creí, tal vez solo eran compasivos con los animales y pensaron que harían algo bueno y lo demás fue accidental. Pero el hecho ahí queda: aquellos dos pilares de la ley resolvieron robarse el perro del señor Calloway.

Él los miró pasar. Luego dijo: «¿Por qué no va usted al otro lado?».

—Aquí es más barato —le dije.

—Solo por una noche, quiero decir. Vaya a cenar al sitio ese que se ve de noche contra el cielo. Vaya al teatro.

—No hay teatros.

Dijo con enojo, chupándose el diente de oro: «Bueno, igual, salga de aquí». Volvió la vista colina abajo y la alzó hacia el otro lado. No se daba cuenta que la calle que subía desde el puente solo albergaba las mismas casetas de cambio que esta.

Le dije: «¿Por qué no va usted?».

Dijo evasivamente: «Ah... cosas de negocios».

Dije: «Nada más es cuestión de dinero. No es necesario cruzar el puente».

Dijo con un asomo de interés: «No hablo español».

—Aquí no hay un alma —dije— que no hable inglés.

Me miró con sorpresa. «¿En serio?», dijo. «¿En serio?».

Justo lo que dije antes. Nunca había tratado de hablar con nadie, y ellos lo respetaban demasiado para tratar de hablar con él, tenía un millón. No sé si me siento feliz o apenado de habérselo dicho. Si no lo hubiera hecho, él quizá estaba allí hoy, sentado

junto al quiosco para que le lustraran los zapatos, vivo y sufriendo.

Tres días después el perro desapareció. Encontré al señor Calloway buscándolo, llamándolo en voz baja y con vergüenza entre las palmeras del jardín. Parecía abochornado. Dijo en un susurro bajo y furioso: «*Odio* a ese perro. Bestia inmunda». Y lo llamaba, «Rover, Rover», con una voz que no se escucharía a más de cinco metros. Dijo: «Alguna vez crié perdigueros. A un perro así lo hubiera matado». Yo estaba en lo correcto: le recordaba a Norfolk. El señor Calloway vivía de recuerdos y lo odiaba por su imperfección. Era un hombre sin familia y sin amistades, y su único enemigo era el perro aquel. No se puede decir que la ley sea un enemigo; con los enemigos debe haber intimidad.

Más entrada la tarde alguien le dijo que habían visto al perro cruzar el puente. No era cierto, claro, pero entonces no lo sabíamos; habían pagado a un mexicano cinco pesos para que lo pasara de contrabando. Así que toda esa tarde y la siguiente el señor Calloway estuvo sentado en el jardín, mientras le lustraban los zapatos una y otra vez, preguntándose cómo era posible que un perro pudiera así como así cruzar el puente y que un ser humano, un alma inmortal, se viera condenado a la espantosa rutina del paseíto diario y los infames alimentos y las aspirinas

de la botica. El perro estaba viendo cosas que él no podía ver, ese perro odioso. Lo volvía loco, literalmente loco, creo. Hay que recordar que el señor Calloway la había pasado así durante meses. Era dueño de un millón y tenía que vivir a razón de dos libras por semana, sin nada en qué gastar su dinero. Se sentó allí a cavilar sobre lo injusto de la situación. Me imagino que de cualquier modo algún día habría ido del otro lado, pero el perro fue la última gota.

Al día siguiente no se apareció en ninguna parte; yo imaginé que había ido al otro lado y me fui también. El pueblo norteamericano es tan pequeño como el mexicano. Sabía que no iba a dejar de encontrármelo si estaba allí, y además aún sentía curiosidad. Un poco de pena por él, pero no demasiada.

Lo alcancé a ver por primera vez en la única fuente de sodas, tomándose una coca-cola, y luego afuera de un cine, mirando los carteles, solo que no había fiesta. A la tercera vuelta me encontré con los detectives; se estaban tomando unas coca-colas en la fuente de sodas, y seguro que se habían perdido del señor Calloway por milímetros. Entré y me senté en la barra.

—Hola —dije—, ¿todavía por aquí? —De pronto me sentí intranquilo por el señor Calloway.

No quería que se encontraran.

Uno de ellos dijo: «¿Dónde está Calloway?».

—Ah —dije—, anda por ahí.

—Pero su perro no —dijo y se rió. El otro pareció incomodarse un tanto, le molestaba que alguien *hablara* de un perro con tal cinismo. Luego se levantaron, su coche estaba afuera.

—Tómense otra —les dije.

—No, gracias. Tenemos que irnos.

Se inclinaron y me confiaron al oído: «Calloway está de este lado».

—¡No! —dije.

—Y también su perro.

—Lo anda buscando —dijo el otro.

—Sí, cómo no —dije, y de nuevo uno de ellos pareció molestarse, como si se hubiera insultado al animal.

No creo que el señor Calloway hubiera estado buscando al perro, pero el perro ciertamente lo encontró a él. De repente se oyó un ladrido chillón e hilarante que venía del coche y de él saltó el casi perdiguero, echando a correr en cabriolas furiosas por la calle. Uno de los detectives —el sentimental— se metió al coche antes que llegáramos a la puerta y arrancó tras el perro. Cerca del final del largo camino que lleva al puente estaba el señor Calloway. Imagino que había ido a echar un vistazo al lado

mexicano después de caer en cuenta que no había otra cosa además de la fuente de sodas y los cines y los puestos de revistas en el lado norteamericano. Se percató de que el perro venía hacia él y le gritó que regresara a casa: «a casa, a casa, a casa», como si estuvieran en Norfolk. El perro no prestó atención alguna y siguió como bala hacia él. Entonces vio el coche de policía venir y echó a correr. Después de eso, todo sucedió con demasiada rapidez, pero creo que el orden de los hechos fue así: el perro intentó cruzar la calle justo frente al coche y el señor Calloway gritó, no sé si al perro o al auto; de cualquier modo, el detective viró (más tarde, durante las averiguaciones, dijo con voz apagada que le era imposible atropellar a un perro) y el señor Calloway cayó al suelo en un caos de vidrios rotos y aros dorados y cabello plateado y sangre. El perro estaba sobre él antes que ninguno de nosotros, lamiéndolo y chillando y lamiéndolo. Vi al señor Calloway alzar su mano, y la vi caer contra el cuello del animal, y el chillido creció hasta ser un estúpido ladrido triunfal, pero el señor Calloway estaba muerto; una sacudida y un corazón débil.

—Pobre vejete loco —dijo el detective—, apuesto que de veras quería al perro —y es cierto que la pose en que yacía semejaba más una caricia que un golpe. Creo que quería ser un golpe, pero el

detective bien podría haber estado en lo correcto. Todo el asunto me parecía un poco demasiado conmovedor para ser verdad: el viejo ladrón tirado allí con su brazo alrededor del cuello del perro, muerto con su millón en medio de las garitas de cambio. Pero no está de más ser humilde ante la naturaleza humana. Había venido del otro lado del puente en busca de algo y, después de todo, bien podría haber sido el perro lo que buscaba. Estaba sentado allí, gimiendo su estúpido y corriente triunfo sobre el cuerpo, como si fuera una estatua cursi, lo más cerca que podía estar de los campos, las zanjas, el horizonte de su tierra. Era cómico y era lastimoso, pero no era menos cómico a causa de la muerte del hombre. La muerte no transforma la comedia en tragedia, y si ese último ademán era de afecto, me supongo que fue tan solo un signo más de la capacidad de un ser humano para autoengañarse, nuestro optimismo sin fundamento, mucho más aterrador que nuestra desesperanza.

[1938]

Traducción de Alfredo Michel

Un paseo por el campo

Como todas las demás noches escuchó que su padre recorría la casa asegurando puertas y ventanas. Era jefe de oficina en la Agencia de Exportación Bergson, y recostada en la cama pensaba con disgusto que su padre manejaba su hogar igual que su oficina, conforme a las mismas normas y que velaba por su seguridad con la misma meticulosidad, a fin de poder rendir un informe fiel al director administrativo. Todos los domingos con regularidad rendía su informe, acompañado de su esposa y sus dos hijas, en la pequeña iglesia neogótica de Park Road. Se sentaba siempre en la misma banca, llegaban siempre cinco minutos antes, y su padre cantaba a voz en cuello y desentonado, mientras sostenía un enorme libro de oraciones a la altura de sus ojos. «Entonando himnos de júbilo» —estaba rindiendo el informe semanal (un hogar debidamente salvaguardado)— «en marcha a la Tierra Prometida». Al salir de la iglesia ella evitaba deliberadamente mirar hacia la esquina del Bricklayers Arms donde Fred siempre esperaba, un poco achispado porque el Arms abría media hora antes, con aire de perturbada exaltación.

Seguía escuchando: la puerta de atrás se cerraba,

podía oír el picaporte de la ventana de la cocina y el ruido sordo e incansable de sus pies que se dirigían a la puerta principal para revisarla. No solo cerraba las puertas que daban al exterior: cerraba los cuartos vacíos, el baño, el retrete. Cerraba para que no entrara nada, pero obviamente sentía que algo sería capaz de penetrar sus primeras defensas, de modo que iba construyendo las segundas hasta la misma cama.

Pegó el oído a la delgada pared de la casa de pacotilla, a través de la cual podía oír las tenues voces del cuarto de al lado; a medida que escuchaba se iban haciendo más claras, como si le subiera el volumen a un radio inalámbrico. Su madre decía... «margarina para cocinar...» y su padre decía «... mucho más fácil en quince años». Luego la cama rechinó y se oyeron los sonidos apagados de ternura y aliento que se ofrecían los dos extraños del cuarto contiguo. Dentro de quince años, pensó con tristeza, la casa será suya: había dado veinticinco libras de enganche y el resto lo pagaba mes tras mes como renta. «Claro»; tenía la costumbre de decir después de disfrutar una buena comida, «he hecho algunas mejoras en la propiedad», y esperaba que cuando menos uno de ellos lo siguiera a su estudio. «Le puse electricidad a este cuarto» y salía pasando junto al pequeño retrete de abajo, «este radiador», y el último

toque de satisfacción: «el jardín», y si la noche era agradable abría de par en par el ventanal del comedor para contemplar la pequeña alfombra de pasto que se veía tan cuidada como los prados de un colegio: «Un montón de ladrillos», decía, «es todo lo que era». Durante cinco años las tardes de los sábados y los domingos se habían ido en sembrar el césped, los macizos de flores periféricos y el único manzano, que producía con regularidad una manzana más, roja y desabrida, cada año.

—Sí —decía—; he mejorado la propiedad, buscando un clavo que clavar, una hierba mala que arrancar. Si tuviéramos que vender ahora, recibiríamos de la Sociedad más de lo que he pagado. —El suyo era, más que un sentido de propiedad, un sentido de honestidad. Algunas de las personas que compraban sus casas por medio de la Sociedad las dejaban arruinarse y luego las abandonaban.

Permanecía con el oído pegado a la pared, una figura menuda, furiosa e inmadura. No había más ruidos en el otro cuarto, pero en su oído interior podía oír todavía el estribillo del que posee una propiedad: el golpeteo de un martillo, la raspadura de una pala, el silbido del vapor en el radiador, una llave que gira, un cerrojo que se corre, los pequeños sonidos triviales de los hombres que erigen

barricadas. Mientras, planeaba su traición.

Eran las diez y cuarto; tenía una hora para salir de la casa, pero no le tomó tanto tiempo. No había, en realidad, nada que temer. Habían jugado las acostumbradas tres manos de *bridge* mientras su hermana arreglaba un vestido para el baile local de la noche siguiente; después del juego había hervido una tetera y preparado el té; luego llevó las bolsas de agua caliente y las puso en las camas mientras su padre cerraba. No tenía la menor idea de que ella era uno de los enemigos.

Se puso una pañoleta y un abrigo grueso porque todavía hacía frío en la noche; la primavera tardaba en llegar ese año, como había dicho su padre, buscando ansiosamente los brotes del manzano. No hizo una maleta; le hubiera recordado demasiado los fines de semana en la playa, una expedición familiar a Ostend de la que siempre regresaban; quería estar a la altura de la singular osadía de la mente de Fred. Esta vez no iba a regresar. Bajó las escaleras sin hacer ruido hasta el pequeño recibidor atiborrado de cosas y quitó la llave a la puerta. Arriba todo estaba en silencio: cerró la puerta tras de sí.

La invadió un leve sentimiento de culpa porque no la pudo cerrar desde fuera. Pero su culpa se desvaneció al llegar al final del sendero cubierto de losas y dar vuelta a la izquierda en la calle que

después de cinco años estaba todavía a medio terminar. Iba dejando atrás los claros que quedaban entre las casas donde los campos heridos permanecían obstinadamente vivos en forma de hierba escasa y pilas de arcilla y diente de león. Caminó de prisa, pasando por una larga fila de pequeños garajes semejantes a las tumbas de un cementerio latino, donde el féretro se halla debajo de la fotografía borrosa de su ocupante. El aire frío de la noche la llenaba de exaltación. Para cuando dio vuelta donde estaba la señal de peatones y entró a la calle de los comercios con las cortinas bajadas, estaba dispuesta a todo; se sentía como un recluta en los primeros meses de una guerra. Tomada la decisión, podía abandonarse al extraño, jubiloso, enorme acontecimiento.

Fred, como lo había prometido, estaba en la esquina donde la calle bajaba en dirección de la iglesia: pudo saborear la presencia del licor en sus labios cuando se besaron, y se convenció de que nadie más hubiera podido estar tan a la altura de las circunstancias; a la luz de la calle la expresión de su rostro era radiante y osada; para ella, él era tan excitante y extraño como la aventura misma. La tomó por el brazo y la condujo a un callejón oscuro y sin salida; luego la dejó por un momento hasta que dos faros la iluminaron suavemente desde la caverna.

Gritó con asombro: «¿Tienes un carro?» y sintió que la mano nerviosa de él la jalaba hacia el interior. «Sí», dijo él, «¿te gusta?» metiendo ruidosamente segunda y cambiando torpemente a la máxima para salir por entre las ventanas cerradas.

Ella dijo: «Está precioso. Vámonos lejos de aquí».

—Eso haremos —dijo él, mientras veía que la aguja oscilante del velocímetro llegaba a ochenta.

—¿Significa eso que ya conseguiste empleo?

—No hay empleos —dijo—, existen tanto como el dodó. ¿Viste ese pájaro? —preguntó bruscamente, cambiando a luces altas al dejar atrás el retorno que conducía a la unidad habitacional; un tanto repentinamente se encontraron en las afueras, entre un café («Bienvenido. Pase usted»), una zapatería («Compre los zapatos usados por su estrella favorita») y una funeraria con un enorme ángel blanco iluminado con luz neón.

—No vi ningún pájaro.

—¿No lo viste volar hacia el parabrisas?

—No.

—Por poco le doy —dijo él—. Hubiera ensuciado todo. Tan malo como esos individuos que atropellan a alguien y no se detienen. Y *nosotros*, ¿deberíamos detenernos? —preguntó, apagando la luz del tablero para no ver que la aguja llegaba a

noventa.

—Lo que tú digas —dijo ella, sumida en un sueño temerario.

—¿Me vas a hacer el amor esta noche?

—Claro que sí.

—¿No vamos a regresar nunca

—No —dijo ella, renunciando al golpeteo del martillo, el sonido de la aldaba, el ruido sordo de pies en pantuflas dando vueltas por la casa.

—¿Quieres saber adónde vamos?

—No. —Un pequeño matorral plano, como de cartón, avanzó hacia la luz de los faros y quedó atrás en la oscuridad. Un conejo dio la vuelta mostrando el rabo y desapareció entre los arbustos. Él preguntó—: ¿Tienes algo de dinero?

—Media corona.

—¿Me amas? —Por largo rato ella prodigó en sus labios todo lo que había tenido que mantener en reserva pacientemente, cuando miraba hacia el otro lado los domingos por la mañana, o guardaba silencio cada vez que el nombre de Fred se mencionaba en las comidas con desaprobación. Se prodigó a sí misma sobre unos labios secos e insensibles a medida que el carro avanzaba y él hundía el pie en el acelerador. Él dijo—: Diablos, qué vida.

Ella le hizo eco: «Diablos, qué vida».

Él dijo: «Hay una botella en mi bolsillo. Tómate un trago».

—No quiero.

—Dame uno entonces. Tiene tapón de rosca —y con una mano sobre ella y otra en el volante inclinó la cabeza hacia atrás, para que ella pudiera verterle en la boca un poco de whisky de la botella—. ¿Te molesta? —dijo él.

—Claro que no.

—No se puede ahorrar —dijo— con diez chelines a la semana que me dan para los gastos. Lo estiro lo más que puedo. Hay que pensarle mucho. Para darle variedad. Media corona para Weights. Tres chelines y seis centavos para whisky. Un chelín para el cine. Eso deja tres chelines para cerveza. Me divierto una vez a la semana y acabo de una vez.

El whisky había escurrido hasta su corbata y el olor llegaba al pequeño cupé. A ella le gustó. Era el olor de *él*. Él dijo: «Me lo echan en cara. Piensan que debería conseguir un empleo. A su edad no se dan cuenta de que no hay ningún empleo para algunos de nosotros —ni lo habrá nunca».

—Lo sé —dijo ella—. Están viejos.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó abruptamente; la luz intensa ahuyentaba a los pequeños pájaros y animales que cruzaban rápidamente por la carretera.

—Va al baile mañana. Quién sabe dónde estaremos nosotros.

Él no se dejó atrapar; tenía su propia idea y la guardó para sí.

—Me encanta esto.

—Hay un club por aquí. En una taberna junto a la carretera. Mick me registró como miembro. ¿Conoces a Mick?

—No.

—Mick me cae bien. Si te conocen, te sirven tragos hasta la medianoche. Nos asomaremos. Para saludar a Mick. Y luego, en la mañana... eso lo decidiremos después We que hayamos tomado unos tragos.

—¿Tienes el dinero? —un pequeño poblado, profundamente dormido detrás de puertas y ventanas cerradas, descendía suavemente por la colina hacia ellos como deslizándose en una avalancha hasta la llanura rocosa de la que acababan de emerger. Una iglesia normanda, gris y de poca altura, una posada sin letrero, un reloj que da las once. Él dijo: «Voltea. Ahí atrás hay una maleta».

—Está cerrada.

—Se me olvidó la llave —dijo él.

—¿Qué hay en ella?

—Unas cuantas cosas —dijo vagamente—. Las podemos cambiar por unos tragos.

—¿Dónde vamos a dormir?

—En el carro. No tienes miedo, ¿o sí?

—No —dijo ella—, no tengo miedo. Esto está...
—pero no tenía palabras para describir el viento húmedo y frío, la oscuridad, lo desconocido, el olor del whisky y la velocidad del carro—. Esto se mueve —dijo ella—. Ya debemos estar muy lejos. Esto es el campo realmente —dijo al ver que un búho de alas esponjadas volaba a baja altura sobre los surcos.

—Tienes que ir todavía más lejos para estar en pleno campo —dijo él—. Por *esta* carretera no lo vas a encontrar. Pronto llegaremos a la taberna.

Ella descubrió que en su interior sentía nostalgia por su solitario recorrido en medio del viento y la oscuridad. Dijo: «¿Tenemos que ir al club? ¿No podemos ir más lejos, hasta el campo?».

La miró de reojo; siempre había estado dispuesto a escuchar cualquier sugerencia: como un instrumento meteorológico, estaba hecho para moverse en dirección del viento. «Por supuesto», dijo él, «lo que tú quieras». Se olvidó del club inmediatamente; un momento después lo pasaron de largo: una larga construcción estilo Tudor con las luces encendidas, un estruendo de voces, una alberca llena de heno, quién sabe por qué razón. Quedó atrás inmediatamente, una mancha de luz que desapareció tras una vuelta en el camino.

Él dijo: «Supongo que ya estamos en el campo. Nadie va más allá del club. Estamos completamente solos. Por lo que a *ellos* concierne nos podríamos quedar en estos campos hasta el día del juicio, aunque supongo que un labriego... si acaso hubiera alguno por aquí». Quitó el pie del acelerador hasta que la velocidad del carro disminuyó gradualmente. Alguien había dejado abierta una reja de madera que daba a uno de los campos, así que dio vuelta y durante un largo trecho avanzó dando tumbos por el campo a lo largo de la cerca hasta detenerse. Apagó los faros y solo quedó encendida la tenue luz del tablero. «Qué silencio», dijo ella con inquietud; y se oyó el grito de un búho que volaba al acecho y un ligero roce causado por algo que se escondió entre los arbustos. Perteneían a la ciudad; no conocían el nombre de nada de lo que los rodeaba; los pequeños brotes de los arbustos no tenían nombre. Él hizo un gesto hacia un grupo de árboles oscuros que se hallaban al final de la cerca: «¿Robles?».

—¿No son olmos? —preguntó ella a su vez y sus bocas se unieron en mutua ignorancia. El contacto la excitó, estaba dispuesta a cometer el acto más temerario; pero por lo seco de sus labios, que aún sabían a licor, intuyó que Fred no estaba tan excitado como él esperaba.

Para tranquilizarse ella dijo: «Qué bueno que

estamos aquí —a kilómetros de todos los que conocemos».

—Yo diría que Mick está allá, en la taberna.

—¿Él sabe?

—Nadie sabe.

—Eso es lo que quería —dijo ella—. ¿Cómo conseguiste este carro?

Él la miró divertido, con una sonrisa perturbada: «Ahorré de mis diez chelines».

—No, en serio, ¿cómo? ¿Alguien te lo prestó?

—Sí —repuso. Abrió la puerta de repente y dijo—: Vamos a caminar.

—Nunca hemos caminado antes por el campo — lo tomó del brazo y pudo sentir la tensión de sus músculos que respondían a su contacto. Era lo que le gustaba; nunca sabía que él haría después. Dijo—: Mi padre dice que estás loco. Así me gustas, loco. ¿Qué es todo esto? —y restregó el pie contra el suelo.

—Son tréboles, ¿no? No sé... —era como estar en una ciudad extraña, donde no se pueden entender los nombres de las tiendas ni las señales de tráfico: nada a qué aferrarse, nada que los retuviera, juntos a la deriva en un negro vacío—. ¿No deberías prender las luces del carro? —dijo ella—. No va a ser tan fácil encontrar el camino de regreso. La luna no alumbra mucho —le parecía que se habían alejado

bastante del carro; no podía ya distinguirlo con claridad.

—Encontraremos el camino —dijo él—. De algún modo, no te preocupes —llegaron hasta los árboles al final de la cerca. Arrancó una rama y sintió los brotes pegajosos—. ¿Qué es esto? ¿Haya?

—No sé.

Él dijo: «Si hiciera más calor hubiéramos podido dormir aquí afuera. Uno pensaría que podríamos haber tenido esa suerte, sobre todo esta noche. Pero hace frío y va a llover».

—Volvamos en el verano —pero él no contestó. El viento soplaba de otra dirección, podía adivinarlo, y él ya había perdido interés en ella. Sintió algo duro en el bolsillo de Fred que le lastimaba el costado: metió la mano. La recámara de metal había absorbido todo el frío causado por el viento durante el trayecto. Le preguntó con un susurro temeroso—. ¿Por qué traes eso? —antes siempre había podido circunscribir la osadía de Fred. Cuando su padre decía que estaba loco ella sonreía secreta y posesivamente porque creía conocer los límites de su locura. Ahora, mientras esperaba que le contestara, podía sentir que su locura crecía y crecía, más allá de su alcance, más allá de su vista; no podía ver dónde terminaba; no tenía fin, no podía penetrarla como no podía penetrar la oscuridad o el desierto.

—No te asustes —dijo él—. No era mi intención que la encontraras esta noche. —De repente se volvió más tierno de lo que jamás había sido; le puso una mano sobre el pecho; un gran flujo de ternura suave y sin sentido emanaba de sus dedos. Dijo—: ¿No te das cuenta? La vida es un infierno. No hay nada que podamos hacer —hablaba con mucha suavidad, pero ella nunca había estado más consciente de su osadía; estaba expuesto a todos los vientos, pero ahora el viento parecía venir del este: soplabla como rocío helado a través de sus palabras—. No tengo un centavo —dijo él—. No podemos vivir sin dinero. No tiene caso confiar en que pueda conseguir empleo —lo repitió—. No hay ni habrá empleos. Y cada año, tú lo sabes, hay menos oportunidad porque cada vez hay más gente que es más joven que yo.

—Pero ¿por qué hemos venido...? —dijo ella.

Se volvió suave y tiernamente lúcido: «Nos amamos, ¿no es verdad? No podemos vivir el uno sin el otro. No tiene caso esperar a que cambie nuestra suerte. Ni siquiera nos toca una buena noche —dijo, extendiendo la mano para ver si llovía—. Podremos pasarla bien hoy en la noche, en el carro, y luego, en la mañana...».

—No, no —dijo ella. Intentó alejarse de él—. No podría. Es horrible. Nunca dije...

—No te darías cuenta de nada —dijo él en un tono suave e inexorable. Ella comprendió entonces que sus palabras nunca habían causado una verdadera impresión en él; se dejaba influir por ellas, pero no más que por cualquier otra cosa: ahora que el viento soplaba de una misma dirección, hablar siquiera, o discutir, era como arrojar trozos de papel al cielo. Él dijo—: Es cierto que ninguno de los dos cree en Dios, pero tal vez sí exista; nos haríamos compañía al irnos juntos así —añadió con satisfacción—. Es un albur —y ella recordó las ocasiones, más de las que podía contar, en que sus últimos centavos se habían ido a las máquinas tragamonedas.

La acercó hacia sí y le dijo con absoluta serenidad: «Nos amamos. No nos queda otro camino, lo sabes. Confía en mí —hablaba como un especialista en lógica; se sabía toda las etapas del argumento. Ella renunció a sorprenderlo en falta en todo menos en la premisa: nos amamos. Por primera vez eso lo puso en duda, ante lo despiadado de su egoísmo. Él repitió—: Nos haremos compañía».

Ella dijo: «Tiene que haber alguna manera...».

—¿Por qué *tiene*?

—Si no, la gente lo haría todo el tiempo, en todos lados.

—Lo hace —dijo triunfante, como si fuera más importante para él no encontrarle faltas a su

argumento que encontrar... bueno, la forma, la forma de seguir viviendo—. No hay más que leer los periódicos —dijo. Susurró suave, cariñosamente, como si creyera que la mera ternura de sus palabras sería suficiente para disipar todos los temores—. Lo llaman pacto suicida. Sucede todo el tiempo.

—No podría. No tengo el valor.

—Tú no tienes que hacer nada —dijo—. Yo lo haré todo.

Su aplomo la horrorizó: «¿Quieres decir que me matarías?».

Él dijo: «Te amo lo suficiente para hacerlo; te prometo que no te dolerá». Podría haberla estado convenciendo de participar en un juego trivial y desagradable. «Estaremos siempre juntos». Racionalizó: «Claro, si es que existe un siempre», y de pronto ella imaginó el amor de él como un fuego fatuo que parpadeaba en las ciénegas profundas de su irresponsabilidad; solo que ahora se daba cuenta de que no tenía límites: la asfixiaba. Ella suplicó: «Hay cosas que podemos vender. Esa maleta».

Sabía que la observaba divertido, que había repasado todos los argumentos de ella y tenía todas las respuestas; solo fingía tomarla en serio. «Nos darían tal vez quince chelines», dijo. «Con eso podríamos sobrevivir un día —pero no nos divertiríamos mucho».

—¿Y las cosas que hay dentro?

—Ah, ese es otro albur. Podrían valer treinta chelines. Nos alcanzaría para tres días, economizando.

—Podríamos conseguir un empleo.

—Lo he intentado ya durante muchos años.

—¿No tienes seguro de desempleo?

—No soy un trabajador asegurado. Pertenezco a la clase dominante.

—Tu familia, ¿no nos daría algo?

—Pero tenemos nuestro orgullo, ¿no es cierto? —dijo con cruel arrogancia.

—¿Y el hombre que te prestó el carro?

—¿Te acuerdas de Cortés, el tipo que quemó sus naves? Yo quemé las mías. *Tengo* que matarme. Verás, yo robé ese carro. Nos detendrían en el próximo pueblo. Es demasiado tarde incluso para dar marcha atrás —rió; había llegado al clímax de su argumento y no había nada más que discutir. Ella se daba cuenta de que estaba completamente satisfecho y feliz. Eso la enfureció—. Tú *tendrás* que matarte quizás, pero yo no. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Qué derecho tienes tú...? —se desprendió de él con dificultad y pegó con la espalda en el tronco áspero y grueso de un árbol rebosante de vida.

—Ah —dijo él irritado—, claro, si prefieres continuar sin mí —ella había admirado la arrogancia

de Fred: siempre había asumido su desempleo con dignidad. Pero ahora ya no se le podía llamar arrogancia: era una absoluta falta de valores—. Te puedes ir a casa —dijo—, aunque no sé bien cómo: no te puedo llevar porque yo me quedo aquí. Así podrás ir al baile de mañana en la noche. Y además hay un torneo de cartas, ¿no es verdad?, en el anexo de la iglesia. Mi amor, que disfrutes la paz de tu hogar.

Había cierta ferocidad en su actitud. Arremetió contra la seguridad, la paz, el orden, de tal manera que ella no pudo evitar sentir algo de piedad por todo aquello que juntos habían despreciado; un martillo golpeó su corazón, hundiendo un clavo aquí, otro allá. Trató de pensar en una réplica mordaz pues, después de todo, había algo qué decir a favor de las virtudes negativas de no hacer daño, de simplemente seguir adelante, tal como su padre lo haría en los próximos quince años. Pero en el instante siguiente su ira desapareció. Habían caído en su propia trampa. Él siempre había querido esto: el campo en tinieblas, el arma en su bolsillo, la huida, el albur, pero ella, menos sincera, había querido lo mejor de los dos mundos: la irresponsabilidad y el amor seguro, el peligro y el corazón a salvo.

Él dijo: «Ya me voy. ¿Vienes conmigo?».

—No —dijo ella. Él titubeó; la osadía se

tambaleó por un momento; una sensación de perplejidad y extravío llegó hasta ella a través de la oscuridad. Quiso decirle: «No seas tonto. Deja el carro donde está. Vuelve conmigo y pediremos aventón hasta la casa», pero sabía que cualquier cosa que ella dijera se le había ocurrido antes a él y ya la había respondido: diez chelines a la semana, no hay empleos, la edad. La paciencia era una virtud de nuestros padres.

De pronto él empezó a caminar apresuradamente a lo largo de la cerca; no podía ver por dónde iba; se tropezó con una raíz y lo oyó decir una maldición. «Condenación» —la palabra trivial e insignificante resonó en la oscuridad llenándola de dolor y espanto. Gritó: «Fred, Fred, no lo hagas», y echó a correr en dirección opuesta. No podía detenerlo y no quería estar cerca para oír. Una rama se quebró al pisarla y sonó como un disparo; el búho gritó sobrevolando los surcos más allá de la cerca. Parecía un ensayo con efectos de sonido. Pero cuando se oyó el verdadero disparo fue muy diferente: un ruido sordo como de una mano enguantada golpeando la puerta y ni siquiera un grito. Al principio no lo notó, pero más tarde pensó que nunca estuvo consciente del momento exacto en que su amado dejó de existir.

Se golpeó contra el carro en su ciega carrera; se podía ver en el asiento iluminado por la luz del

tablero un pañuelo de lunares azules. Estuvo a punto de llevárselo, «pero no», pensó, «nadie debe saber que he estado aquí». Apagó la luz y atravesó el campo de tréboles tan silenciosamente como pudo. Podía empezar a arrepentirse cuando estuviera a salvo. Lo que quería era cerrar una puerta tras ella, correr un cerrojo, oír el ruido del picaporte.

No hizo ni diez minutos desde el camino desierto hasta la taberna. Voces ligeramente ebrias hablaban en una lengua extranjera, aunque esa era la lengua que Fred hablaba. Podía oír el tintineo de las monedas cayendo en las máquinas de juego, el siseo del agua mineral. Escuchó estos sonidos como un enemigo, planeando su huida. La asustaban como lo haría algo insensible: no se podía apelar a semejante egoísmo. Era sencillamente una Necesidad que debía ser satisfecha y parecía querer devorarla. Un hombre trataba de echar a andar su carro con la manivela: el botón de arranque no funcionaba. Dijo: «Soy un bolchevique, por supuesto que lo soy. Yo creo...».

Una joven delgada y pelirroja se hallaba sentada en el escalón, observándolo. «Estás totalmente equivocado», dijo.

—Soy un liberal conservador.

—No puedes ser un conservador liberal.

—¿Me amas?

—Amo a Joe.

—No puedes amar a Joe.

—Vámonos a casa, Mike.

El hombre intentó echar a andar el carro otra vez, ella se les acercó, fingiendo salir del club y dijo: «¿Me dan un aventón?».

—Claro. Encantado. Súbete.

—¿No arranca el coche?

—No.

—¿Ya lo bombeaste?

—Buena idea —levantó la tapa del motor y ella presionó el botón de arranque. Empezó a llover lenta, copiosa y torrencialmente, la clase de lluvia que se espera caiga sobre las tumbas; sus pensamientos se dirigieron hacia el campo, la cerca, los árboles: ¿roble, haya, olmo? Imaginó la lluvia cayendo sobre la cara de Fred, inundando las cuencas de sus ojos y escurriéndole por ambos lados de la nariz. Pero no podía sentir más que alegría por haber escapado de él.

—¿A dónde vas? —dijo ella.

—A Devizes.

—Pensé que ibas a Londres.

—¿A *dónde* quieres ir tú?

—A Golding's Park.

—Vamos a Golding's Park.

La pelirroja dijo: «Voy a entrar, Mike. Está lloviendo».

—¿No vienes?

—Voy a buscar a Joe.

—Está bien —salió atropelladamente del pequeño estacionamiento, abollando la salpicadera en un poste de madera y raspando la pintura de otro carro.

—Ese no es el camino —dijo ella.

—Daremos vuelta —echó el carro para atrás, cayó en la cuneta y volvió a salir—. Fue una buena fiesta —dijo él. La lluvia arreció; no se podía ver bien porque el limpiaparabrisas no funcionaba, pero a su compañero no le importaba. Siguió de frente a sesenta kilómetros por hora; era un carro viejo; no podía dar más; la lluvia goteaba a través de la capota. Él dijo—: Mueve ese botón. Busca una canción —y cuando se escuchó la música dijo—: Ese es Harry Roy. ¿Lo conoces? —internándose en la noche oscura y húmeda, acompañados por la música estridente. Luego él dijo—: Un amigo mío, uno de los mejores, tal vez lo conozcas, Peter Weatherall, ¿lo conoces?

—No.

—Tienes que conocerlo. Hace tiempo que no lo veo. Se emborracha por semanas enteras. Una vez interrumpieron la música para enviar un SOS porque se encontraba «Extraviado». Él y yo estábamos en el carro. Nos reímos mucho de eso.

Ella dijo: «¿Es eso lo que la gente hace, cuando alguien se extravía?».

—¿Conoces esta canción? —dijo él—. Ese no es Harry Roy. Es Alf Cohen.

De repente ella dijo: «Tú eres Mike, ¿no es cierto? ¿No me podrías prestar...?».

Él se despabiló: «Estoy quebrado», dijo. «Amigos en desgracia. Haz la prueba con Peter. ¿Por qué quieres ir a Golding's Park?».

—Es mi casa.

—¿Qué, vives ahí?

—Sí —dijo ella—. Ten cuidado. Hay límite de velocidad. —Él obedeció rápidamente. Levantó el pie y dejó que el carro avanzara a veinte kilómetros por hora. Los postes de luz desfilaban tambaleantes hacia ellos iluminándole el rostro: era bastante viejo, no tenía menos de cuarenta, diez más que Fred. Llevaba una corbata a rayas y tenía las mangas luidas. Ganaba más de diez chelines a la semana, pero no mucho más. Empezaba a quedarse calvo.

—Puedes dejarme aquí —dijo ella. Detuvo el carro; ella bajó; siguió lloviendo. Él la siguió a pie por la calle—. ¿Me dejas entrar? —preguntó. Ella movió la cabeza; la lluvia los empapó; atrás estaban el buzón, la señal para peatones, la calle que atravesaba la unidad habitacional—. Es un infierno de vida —dijo él amablemente, tomándola de la

mano mientras la lluvia tamborileaba en la capota del carro barato y resbalaba sobre su cara, cuello y corbata. Pero ella no sintió compasión, ni atracción, solo un ligero sentimiento de horror y repulsión. Una especie de osadía apagada, de irresponsabilidad marchita, brilló en los ojos húmedos del hombre, en tanto que la música estridente de Alf Cohen fluía del carro—. Regresemos —dijo él—, vamos a algún lado. Demos un paseo por el campo. Vamos a Maidenhead —sosteniendo débilmente su mano.

Ella la retiró, él no puso resistencia y ella empezó a caminar por la calle a medio terminar hasta llegar al número 64. Las losas del sendero que atravesaba el jardín del frente parecían sostener sus pies firmemente. Abrió la puerta y escuchó, a través de la lluvia y la oscuridad, el ruido del carro al cambiar a segunda y alejarse con un zumbido, ciertamente no hacia Maidenhead ni Devizes ni al campo. El viento debe haber soplado en otra dirección.

Su padre llamó desde el primer descanso: «¿Quién anda ahí?».

—Soy yo —dijo ella. Explicó—, creí que habías dejado la puerta sin seguro.

—¿Y la dejé?

—No —dijo suavemente—; está bien cerrada — y corrió con firmeza el cerrojo sin hacer ruido.

Esperó a que su padre cerrara su puerta. Tocó el radiador para calentarse los dedos; lo había instalado él mismo, había hecho mejoras en la propiedad; «en quince años», pensó, «será nuestra». Se sentía libre de angustia mientras escuchaba la lluvia sobre el techo; su padre había revisado el techo palmo a palmo ese invierno; no había por dónde entrara la lluvia. Se quedaría afuera, tamborileando en la capota destartada, haciendo agujeros en el campo de tréboles. Permaneció junto a la puerta sintiendo solo la ligera repulsión que siempre había experimentado hacia las cosas débiles y estropeadas, pensando: «No es una tragedia», y mirando con una especie de ternura el débil cerrojo barato que cualquier hombre hubiera podido abrir, pero que había sido colocado por un Hombre, el jefe de oficina de Bergson's.

[1937]

Traducción de Eva Cruz Yáñez y Ma. de la Luz Olmos C.

El inocente

Fue un error llevar a Lola. Lo supe en el momento en que bajamos del tren en la pequeña estación pueblerina. En un anochecer de otoño uno recuerda más de la infancia que en cualquier otro momento del año, y su rostro de apariencia luminosa, lo mismo que la pequeña bolsa que pretendía guardar nuestras cosas para pasar la noche, simplemente no armonizaba con los viejos almacenes de granos del otro lado del estrecho canal, las escasas luces en la colina y los carteles de una película antigua. Pero me dijo: «Vamos al campo», y Bishop's Hendron fue, naturalmente, el primer nombre que me vino a la cabeza. Allí nadie me reconocería ahora, y no se me había ocurrido que sería yo quien habría de recordar. Hasta el viejo mozo de la estación me trajo recuerdos.

Dije: «Habrà una carreta en la entrada», y ahí estaba, aunque al principio no me di cuenta por fijarme en los dos taxis y pensar: «Esto parece estar progresando». Estaba muy oscuro, y la tenue neblina otoñal, el olor a hojas mojadas y el agua del canal me resultaban intensamente familiares.

Lola preguntó: «¿Pero cómo escogiste este lugar? Es espantoso». No tenía sentido explicarle por qué

para mí no era espantoso, que ese montón de arena junto al canal siempre había estado ahí (recuerdo que cuando tenía tres años creía que a eso se referían los otros cuando hablaban de la playa). Cogí la bolsa (ya dije que era ligera; no era más que un falso pasaporte de respetabilidad) y le dije que caminaríamos. Llegamos a un pequeño puente arqueado y pasamos por los asilos de pobres. Cuando tenía cinco años vi a un hombre entrar corriendo en uno de ellos con intención de suicidarse; llevaba un cuchillo y todos los vecinos lo persiguieron por las escaleras. Ella se quejó: «Nunca pensé que el campo fuera *así*». Los asilos eran feos, pequeñas cajas de piedra gris, pero yo los conocía como no conocía nada más. Todo el recorrido fue como ir escuchando música.

Pero tenía que decirle algo a Lola. No era culpa suya no pertenecer a este lugar. Pasamos por la escuela, la iglesia, y llegamos a la vieja y amplia High Street y a la sensación de los primeros doce años de vida. De no haber venido, no habría descubierto que esa sensación podía ser tan fuerte, porque esos años no habían sido ni particularmente felices ni particularmente desdichados; habían sido años ordinarios, pero ahora, con el olor a madera quemada de las chimeneas, del frío que subía de las piedras oscuras y húmedas del pavimento, creí descubrir lo que me atraía: era el olor de la

inocencia.

Le dije a Lola: «Es una buena posada y ya verás que aquí no hay nada que nos impida dormir. Vamos a cenar y a beber algo y después a la cama». Pero lo peor de todo era que no dejaba de desear estar solo. No había vuelto en todos estos años y no me había dado cuenta de lo bien que recordaba el lugar. Las cosas que había prácticamente olvidado, como ese montón de arena, se hacían presentes produciendo un efecto de dolor y de nostalgia. Podría haber sido muy feliz esa noche de una manera melancólica, otoñal, paseando por el pueblecito, descubriendo pistas de aquella época de la vida en que, sin importar qué tan desgraciados seamos, tenemos expectativas. Ya no sería lo mismo si regresara otra vez, porque entonces estarían los recuerdos de Lola, y Lola no significaba absolutamente nada. Nos habíamos conocido en un bar el día anterior y nos gustamos. Lola estaba bien, no había nadie más con quien hubiera preferido pasar la noche, pero no encajaba en estos recuerdos. Deberíamos haber ido a Maidenhead. Eso también es el campo.

La posada no estaba exactamente donde yo la recordaba. Estaba el Ayuntamiento, pero habían construido un nuevo cine con un domo morisco y un café, y había un garaje que no existía en mi época. También se me había olvidado que se tenía que dar

vuelta a la izquierda por una colina empinada.

—Creo que esta calle no estaba aquí en mis tiempos —dije.

—¿Tus tiempos? —preguntó Lola.

—¿No te lo dije? Nací aquí.

—Te debe emocionar haberme traído —dijo Lola—. Supongo que pensabas en noches como esta cuando eras niño.

—Sí —dije, porque no era su culpa. Ella estaba bien. Me gustaba su perfume. Usaba un lindo tono de lápiz labial. Me estaba costando mucho: cinco libras para ella además de todas las cuentas y los pasajes y las bebidas, pero habría considerado que era dinero bien gastado en cualquier otra parte del mundo.

Me entretuve al final de la calle. Algo me daba vueltas en la mente, pero creo que no habría recordado qué era a no ser por un grupo de niños que bajaba por la colina en ese momento hacia la luz escarchada de los faroles, con sus voces agudas y estridentes, su aliento como humo al pasar bajo las lámparas. Todos llevaban bolsas de lona y algunas tenían iniciales bordadas. Iban con sus mejores ropas y un tanto conscientes de sí mismos. Las niñas se mantenían en una especie de grupo compacto, como sitiadas, y hacían pensar en listones para el cabello y en zapatos brillantes y en el tintinear apacible de un piano. Todo volvió a mi memoria: habían ido a una

clase de baile, tal como yo solía hacerlo, en una casita cuadrada con una calzada llena de rododendros a mitad del camino de la colina. Más que nunca deseé que Lola no estuviera conmigo, menos que nunca parecía encajar en el lugar, y yo pensaba: «Algo está faltando en este cuadro», y una sensación de dolor pareció brillar tenuemente en el fondo de mi cerebro.

Tomamos algunas bebidas en el bar, pero aún faltaba una media hora para que nos sirvieran la cena. Le dije a Lola: «Supongo que no querrás recorrer el pueblo. Si no te importa, me escaparé unos diez minutos para echar un vistazo a un lugar que conozco». No le importó. Había un lugareño en el bar, quizá un maestro de escuela, que parecía morirse de ganas por pagarle una copa. Me di cuenta de cuánto me envidiaba por venir así con ella, desde la ciudad, solo a pasar la noche.

Subí por la colina. Las primeras casas eran todas nuevas. Sentí resentimiento hacia ellas. Ocultaban cosas como campos y puertas que pude haber recordado. Era como un mapa que se hubiera mojado en el bolsillo y cuyos pedazos estuvieran pegados; al abrirlo quedaban muchas partes escondidas. Pero a mitad del camino, allí estaba la casa efectivamente, con su calzada; quizás la misma vieja señora continuaba dando lecciones. Los niños exageran la

edad. Tal vez en aquel entonces no tuviera más de treinta y cinco años. Podía escuchar el piano. Todavía seguía la misma rutina. Los niños menores de ocho años, de 6 a 7 p. m. Los niños de ocho a trece años, de 7 a 8. Abrí el portón y avancé un poco. Estaba tratando de recordar.

No sé qué lo trajo a mi mente. Creo que simplemente fue el otoño, el frío, las húmedas hojas escarchadas, más que el piano, que en aquellos tiempos había tocado distintas melodías. Recordé a la niña tan bien como se puede recordar a alguien sin tener una fotografía como referencia. Tenía un año más que yo: estaría por cumplir ocho años. La amaba con una intensidad que creo que nunca he vuelto a sentir por nadie. Al menos nunca he cometido el error de reírme del amor de los niños. Tiene la terrible inevitabilidad de la separación porque no *puede* ser satisfecho. Por supuesto que inventamos historias de casas incendiadas, de guerras y misiones peligrosas que le demuestren nuestro valor, pero nunca de matrimonio. Uno sabe, sin que nadie se lo haya dicho, que eso no puede suceder, pero el saberlo no significa que se sufra menos. Recordaba todos los juegos de la gallina ciega en las fiestas de cumpleaños, cuando en vano esperaba atraparla para así tener la excusa de tocarla y abrazarla, pero nunca lo logré; siempre se mantenía fuera de mi alcance.

Pero tuve suerte una vez por semana durante dos inviernos: bailé con ella. Aunque las cosas empeoraron (ya que se cortaba nuestro único contacto) cuando dijo, durante una de las últimas lecciones del invierno, que el siguiente año pasaría al grupo de los mayores. Yo también le gustaba, lo sabía, pero no teníamos forma de expresarlo. Iba a sus fiestas de cumpleaños y ella venía a las mías, pero nunca pudimos siquiera correr juntos a nuestras casas después de la clase de baile. Nos hubiera parecido raro; creo que no se nos ocurrió. En el camino de bajada yo tenía que unirme a mi propio grupo ruidoso de niños traviosos y burlones y ella al grupo inquieto, compacto, del sexo indignante y escandaloso.

Yo temblaba parado en la neblina y me subí el cuello del abrigo. El piano tocaba un baile de una revista musical de C. B. Cochran. Me parecía absurdo haber hecho un viaje tan largo para solo encontrar a Lola al final. Hay *algo* en la inocencia que uno nunca se resigna del todo a perder. Ahora cuando estoy triste a causa de una chica, me basta con ir y comprar otra. Pero entonces lo único que se me ocurría era escribir algún mensaje apasionado y deslizarlo en un agujero (era extraordinario cómo empezaba a recordarlo todo) en las molduras del portón. Alguna vez le había hablado del agujero y

estaba seguro que tarde o temprano metería los dedos y encontraría el mensaje. Me preguntaba cuál sería su contenido. Pensaba que a esa edad uno no es capaz de expresar mucho, pero aunque la forma de expresión fuera poco adecuada, eso no significa que el dolor fuese menos profundo que el que algunas veces sentía ahora. Recordaba cómo durante días había hurgado en el agujero encontrando siempre el mensaje oculto. Después terminaron las clases de baile. Para el siguiente invierno probablemente ya lo había olvidado.

Al salir por el portón me asomé a ver si el agujero existía. Allí estaba. Metí el dedo, y en su escondite, a salvo de las estaciones y los años, el trozo de papel todavía estaba ahí. Lo saqué y lo abrí. Entonces prendí un cerillo, un pequeño destello de calor en la niebla y la oscuridad. Fue terrible ver bajo su diminuta llama un dibujo de burda obscenidad. No podía tratarse de un error; allí estaban mis iniciales debajo del trazo infantil e impreciso de un hombre y una mujer. Pero despertó menos recuerdos que el humo del aliento, las bolsas de lona, una hoja húmeda o el montón de arena. No lo reconocí. Podía haberlo dibujado cualquier perverso en la pared de un retrete. Todo lo que podía recordar era la pureza, la intensidad, el dolor de aquella pasión.

Al principio me sentí como si hubiera sido traicionado. «Después de todo», me dije, «Lola no está tan fuera de lugar aquí». Pero más tarde esa noche, cuando Lola se volteó y se durmió, empecé a darme cuenta de la profunda inocencia de aquel dibujo. Había creído que estaba dibujando algo hermoso y significativo: solo ahora, después de haber vivido treinta años, el dibujo me parecía obsceno.

[1937]

Traducción de Marina Fe

La habitación del sótano

1

Cuando la puerta principal se cerró detrás de ellos y el mayordomo Baines regresó al pesado y oscuro corredor, Philip comenzó a vivir. Se paró frente a la puerta del cuarto de los niños a escuchar, hasta que oyó el motor del taxi desvanecerse por la calle. Sus padres se marchaban de vacaciones por dos semanas, estaba «entre nanas», una que había sido despedida y la otra que aún no llegaba; estaba solo en la gran casa de Belgravia con Baines y la señora Baines. Podía ir a donde quisiera, incluso a la despensa por la puerta afelpada verde o bajando las escaleras del cuarto de estar del sótano. Se sentía como un extraño en su casa porque podía entrar en cualquier habitación y todas las habitaciones estaban vacías.

Solo se podía suponer quién las había ocupado alguna vez. La barra de las pipas en el estudio al lado de los colmillos de elefante, el tarro de tabaco de madera tallada; en el dormitorio las vestiduras rosadas y los tenues perfumes y los potes de crema

usadas en tres cuartas partes, que la señora Baines no había retirado aún para usarlos ella; el intenso lustre del piano nunca abierto en el salón, el reloj de porcelana, las ridículas mesitas y la plata. Pero aquí ya estaba atareada la señora Baines, descolgando las cortinas, cubriendo las sillas con guardapolvos.

—Salga de aquí, amo Philip —y lo miró con sus ojos llenos de odio y malhumor, mientras se movía poniendo todo en orden, meticulosa y sin amor y cumpliendo su deber.

Philip Lane bajó las escaleras y empujó la puerta afelpada; miró en la despensa, pero Baines no estaba ahí, después pisó por primera vez las escaleras del sótano. Otra vez tuvo la sensación: esto es la vida. Sus siete años pasados en el cuarto de los niños vibraban con la experiencia nueva, extraña. Su cerebro abarrotado y activo era como una ciudad que siente temblar la tierra con el lejano sacudimiento de un terremoto. Estaba aprensivo, pero más contento de lo que nunca había estado. Ahora todo era más importante que antes.

Baines estaba leyendo un periódico en mangas de camisa. Dijo: «Pasa, Phil, y siéntete como en tu casa. Espera un momento y te atenderé». Y dirigiéndose a una alacena blanca y limpia sacó una botella de cerveza de jengibre y medio pastel Dundee. «Once y media de la mañana», dijo Baines. «Es hora de

empezar, muchacho», y cortó el pastel y sirvió la cerveza de jengibre. Philip nunca lo había visto tan jovial, tan a gusto, un hombre en su propia casa.

—¿Llamo a la señora Baines? —preguntó Philip, y se alegró cuando Baines dijo que no. Estaba ocupada, le gustaba estar ocupada, así que ¿para que interferir con su placer?

—Un pequeño trago a las once y media —dijo Baines sirviéndose un vaso de cerveza de jengibre— abre el apetito para una chuleta y no le hace daño a nadie.

—¿Una chuleta? —preguntó Philip.

—Los viejos costeños —dijo Baines— llaman chuleta a toda la comida.

—¿Pero no es una chuleta entonces?

—Bueno, podría serlo, sabes, cocinada en aceite de palma. Y luego una papaya para seguir.

Philip miró hacia afuera por la ventana del sótano al seco patio de piedra, el basurero y las piernas subiendo y bajando más allá de la reja.

—¿Hacía calor allí?

—Ah, nunca has tenido tanto calor. No era un calor agradable, como el que hay en el parque en un día como este. Humedad —dijo Baines—, corrupción —se partió una rebanada de pastel—. Con olor a podrido —dijo Baines, paseando la mirada alrededor del pequeño cuarto del sótano, de

alacena limpia en alacena limpia, la sensación de desnudez, de ningún lugar donde esconder los secretos de un hombre. Con aire de tristeza por algo perdido tomó un gran trago de cerveza de jengibre.

—¿Por qué vivió papá allí?

—Era su trabajo —dijo Baines—, así como este es el mío ahora. Y era mío entonces también. Era un trabajo de hombre. No lo creerías ahora, pero llegué a tener cuarenta negros bajo mis órdenes, haciendo lo que yo les decía.

—¿Por qué te fuiste?

—Me casé con la señora Baines.

Philip tomó la rebanada de pastel Dundee con la mano y la saboreó paseando por el cuarto. Se sentía muy mayor, independiente y crítico; se daba cuenta de que Baines le hablaba de hombre a hombre. Nunca lo llamaba amo Philip como lo hacía la señora Baines, que era servil cuando no era autoritaria.

Baines había visto mundo; había visto más allá de la reja, más allá de las cansadas piernas de las mecanógrafas, el desfile de Pimlico desde y hacia Victoria. Estaba allí sentado con su refresco de jengibre con la resignada dignidad de un exiliado; Baines no se quejaba: había escogido su destino y si su destino era la señora Baines solo él tenía la culpa.

Pero hoy —como la casa estaba casi vacía y la señora Baines arriba y no había nada que hacer— se

permitió un pequeño comentario acre.

—Si pudiera regresaría mañana.

—¿Alguna vez le disparaste a un negro?

—Nunca tuve motivos para disparar —dijo Baines—. Por supuesto que llevaba un rifle. Pero no era necesario tratarlos mal. Eso solo los atontaba. Vamos —dijo Baines, inclinando con vergüenza sus escasos cabellos grises sobre el refresco de jengibre—. Yo amaba a algunos de esos condenados negros. No podía evitar amarlos. Se reían, se tomaban de las manos; les gustaba tocarse, los hacía sentir bien saber que otro compañero estaba cerca. No significaba nada que podamos entender; dos de ellos podían pasar todo el día sin soltarse, hombres adultos; pero no era amor; no significaba nada que podamos entender.

—Comiendo entre horas —dijo la señora Baines—. ¿Qué diría su madre, amo Philip?

Bajó las escaleras al sótano, llenas las manos de tarros de crema y ungüento, tubos de vaselina y pasta. «No debes animarlo, Baines», dijo, sentándose en un sillón de mimbre y clavando sus pequeños ojos malhumorados en el tubo de labios Coty, la crema Pond's, el rubor Leichner, el polvo Cyclax y el astringente Elizabeth Arden.

Los tiró uno por uno al bote de basura. Conservó solo la *cold cream*. «Contándole historias al niño»,

dijo. «Váyase al cuarto de los niños, amo Philip, mientras preparo la comida».

Philip subió las escaleras hasta la puerta afelpada. Oyó la voz de la señora Baines como la voz en una pesadilla cuando se ha volteado en el plato la lamparita Price y se mueven las cortinas; era una voz aguda y penetrante y llena de malicia, más fuerte de como debe hablar la gente, expuesta.

—Estoy harta de tus modos, Baines, consintiendo al niño. Ya es hora de que hicieras algo en la casa — pero no pudo oír lo que Baines respondía. Empujó la puerta afelpada, subió como un pequeño animal terrestre en sus pantalones cortos de franela gris a un baño de sol en un piso de parquet, el brillo de unos espejos limpiados y pulidos y embellecidos por la señora Baines.

Algo se rompió abajo y Philip subió entristecido las escaleras al cuarto de los niños. Compadecía a Baines. Pensó en cuán felices podrían vivir juntos en la casa vacía si la señora Baines se fuera. No quería jugar con sus juegos de mecano, no quería sacar su tren ni sus soldados. Se sentó a la mesa con la barbilla entre las manos: esto es la vida; y de repente se sintió responsable por Baines, como si fuera el señor de la casa y Baines un servidor que envejecía y merecía que lo cuidaran. No podía hacerse mucho; decidió al menos portarse bien.

No se sorprendió cuando la señora Baines fue agradable en el almuerzo; estaba acostumbrado a sus cambios. Ahora era «otro poco de carne, amo Philip» o «amo Philip, un poco más de este rico budín». Era un budín que le gustaba, budín de la Reina con un merengue perfecto, pero no iba a repetir, no fuera ella a considerarlo una victoria. Era la clase de mujer que creía que cualquier injusticia se podía compensar con algo bueno de comer.

Era agria, pero le gustaba hacer cosas dulces. Uno nunca podía quejarse de que faltaran jalea o conservas; ella misma comía bien y le añadía azúcar al merengue y a la jalea de fresas. La media luz que se colaba por la ventana del sótano hacía a las pelusas moverse sobre su pálido cabello como polvo mientras cernía el azúcar y Baines nada decía, agachado sobre su plato.

De nuevo Philip se sintió responsable. Baines había deseado esto, y Baines estaba decepcionado: todo se estaba echando a perder. La sensación de decepción sí la podía compartir Philip. Sin saber nada de amor o celos o pasión podía entender mejor que nadie esta pena, algo esperado que no sucedía, algo prometido que no se cumplía, algo divertido que se volvía soso. «Baines», dijo, «¿me llevarás al parque esta tarde?».

—No —dijo la señora Baines—, no. No lo haré.

No con toda la plata por limpiar.

—Hay dos semanas para hacerlo —dijo Baines.

—El trabajo primero, el placer después —la señora Baines se sirvió más merengue.

De pronto, Baines dejó su cuchara y su tenedor y apartó su plato. «Maldición», dijo.

—Compostura —dijo suavemente la señora Baines—, compostura. No vayas a romper algo más, Baines, y no permitiré que maldigas enfrente del niño. Amo Philip, si ya terminó se puede ir a recostar.

Raspó el resto del merengue del budín.

—Quiero dar un paseo —dijo Philip.

—Irá a descansar.

—Quiero dar un paseo.

—Amo Philip —dijo la señora Baines. Se levantó de la mesa sin terminar su merengue y vino hacia él, flaca, amenazadora, polvorienta en el cuarto del sótano—. Amo Philip, hará lo que le digo —lo tomó por el brazo y se lo apretó con delicadeza; lo miró con un apasionado destello de alegría y sobre su cabeza los pies de las mecanógrafas caminaban cansadamente de regreso a las oficinas en Victoria, después de la hora del almuerzo.

—¿Por qué no voy a ir a pasear?

Pero flaqueó. Estaba asustado y avergonzado de estar asustado. Esto era la vida; una extraña pasión,

que él no podía entender, moviéndose en el cuarto del sótano. Vio una pequeña pila de vidrios rotos amontonada en un rincón, junto al bote de basura. Miró a Baines para pedirle ayuda y solo captó odio; el triste odio desesperanzado de algo que está tras las rejas.

—¿Por qué no? —repitió.

—Amo Philip —dijo la señora Baines—, tiene que hacer lo que le digo. No debe pensar que porque su padre no está no hay nadie aquí para...

—No se atreverá —gritó Philip, y se sobresaltó ante la callada exclamación de Baines:

—No hay nada a lo que no se atrevería.

—La odio —le dijo Philip a la señora Baines. Se desprendió de ella y corrió hacia la puerta, pero ella llegó antes que él; aunque vieja, era ágil.

—Amo Philip —dijo—, debe disculparse —estaba parada enfrente de la puerta temblando de excitación—. ¿Qué haría su padre si lo oyera decir eso?

Estiró una mano para agarrarlo, seca y blanca por el uso constante de la sosa, las uñas cortadas al ras, pero él se echó para atrás y puso la mesa entre los dos, y súbitamente, para su sorpresa, ella sonrió; volvió a ser tan servil como había sido arrogante. —Váyase, amo Philip —dijo con regocijo—, veo que tendré las manos ocupadas hasta que regresen sus

padres.

Dejó la puerta libre y cuando él pasó a su lado le dio un golpe como jugando. «Tengo demasiado que hacer hoy para preocuparme por usted. Me falta cubrir la mitad de las sillas», y de repente hasta la parte superior de la casa le pareció insoportable cuando pensó en la señora Baines ocupándose en envolver los sofás en sus sudarios, extendiendo los guardapolvos.

Así que no subiría por su gorra, sino que saldría directamente por el reluciente pasillo hasta la calle, y de nuevo, al mirar en esta dirección y en aquella, se encontró en medio de la vida.

2

Fueron los pastelillos de azúcar rosada en el aparador sobre una servilleta de papel, el jamón, la loncha de salchicha rosa, las avispa lanzándose como pequeños torpedos de un lado a otro del cristal lo que llamó la atención de Philip. Sus pies estaban cansados de pavimentos; le había dado miedo atravesar la calle, tan solo había caminado primero

en una dirección, luego en la otra. Se encontraba ya cerca de casa; el parque estaba al final de la calle. Esto era una humilde avanzada de Pimlico, y aplastó la nariz contra el cristal buscando dulces y vio entre los pasteles y el jamón a un Baines diferente. Apenas reconoció los ojos saltones, la frente calva. Era un Baines alegre, valiente y fanfarrón, aunque también era, cuando uno miraba más de cerca, un Baines desesperado.

Philip nunca había visto a la chica, pero recordaba que Baines tenía una sobrina y pensó que podría ser ella. Era delgada y retraída, y llevaba un impermeable blanco. No significaba nada para Philip; pertenecía a un mundo acerca del cual él no sabía absolutamente nada. No podía inventar historias acerca de ella, como sí podía construirlas acerca del marchito Sir Hubert Reed, el Secretario Permanente; de la señora Wince-Dudley, que venía una vez al año de Pentstanley, en Suffolk, con una sombrilla verde y una enorme bolsa de mano negra; como podía inventarlas acerca de los sirvientes superiores de todas las casas a donde iba a tomar el té y a jugar. Ella simplemente no pertenecía. Pensó en sirenas y en Ondina; pero tampoco allí pertenecía, ni a las aventuras de Emil ni con los Bastables. Estaba ahí sentada contemplando un pastel glaseado color de rosa en la distancia y el misterio de los

completamente desheredados, contemplando los tarros a medio usar que Baines había colocado en la mesa de cubierta de mármol que había entre ellos.

Baines instaba, esperaba, suplicaba, ordenaba, y la chica contemplaba el té y los potes de porcelana y lloraba. Baines le pasó su pañuelo sobre la mesa, pero ella no se secó los ojos; lo apretó en su palma y dejó correr las lágrimas, sin hacer nada, sin hablar, solo oponiendo una desesperada resistencia silenciosa a lo que ella temía y deseaba y se negaba a escuchar por ningún precio. Los dos cerebros batallaban sobre las tazas de té, amándose, y desde el exterior, más allá del jamón y las avispas y el polvoriento aparador de Pimlico, le llegó a Philip una confusa indicación de la lucha.

Era inquisitivo y no entendía y quería saber. Fue y se paró en el hueco de la puerta para ver mejor, menos a cubierto que nunca. Las vidas de otras personas lo tocaban y presionaban y moldeaban por primera vez. Nunca escaparía de esta escena. En una semana la había olvidado, pero le condicionó su carrera, la larga austeridad de su vida; cuando estaba muriendo se dice que preguntó: «¿Quién es ella?».

Baines había ganado; se pavoneaba y la chica estaba contenta. Se limpió la cara, abrió un pote de polvo y sus dedos se tocaron sobre la mesa. Philip pensó que sería divertido imitar la voz de la señora

Baines y llamarlo «Baines» desde la puerta.

Su voz los marchitó; no se podría describir de otra manera, se hicieron más pequeños, ya no estaban contentos y ya no eran valientes. Baines fue el primero en recuperarse y ver de dónde provenía la voz, pero no por eso volvieron a ser las cosas como eran. Se había derramado el aserrín de la tarde; nada se podía hacer para componerlo, y Philip estaba asustado. «No era mi intención...». Quería decir que amaba a Baines, que solo había querido burlarse de la señora Baines. Pero había descubierto que no podía uno burlarse de la señora Baines. No era Sir Hubert Reed, que usaba plumas de acero y llevaba un limpiador de plumas en el bolsillo; no era la señora Wince-Dudley; era la oscuridad cuando la luz nocturna se apagaba con un ventarrón; era los bloques de tierra congelados que había visto un invierno en un cementerio cuando alguien dijo «Se necesita un taladro eléctrico»; era las flores echadas a perder que apestaban en la pequeña habitación en Penstanley. No había nada de que reírse. Uno tenía que soportarla cuando estaba allí y olvidarse de ella enseguida cuando no estaba, reprimir la idea de ella, hundirla hasta el fondo.

Baines dijo: «Solo es Phil», le hizo señas de entrar y le dio el pastel glaseado color de rosa que la chica no había comido. Pero la tarde estaba rota, el

pastel era como pan seco en la garganta. La chica los dejó en seguida; hasta se olvidó de llevarse la polvera. Como un pequeño carámbano chato en su impermeable blanco se paró en la puerta dándoles la espalda y luego se confundió con la tarde.

—¿Quién es? —preguntó Philip—. ¿Tu sobrina?

—Oh, sí —dijo Baines—, es ella precisamente mi sobrina —y vertió las últimas gotas de agua sobre las ásperas hojas negras de la tetera.

—Tomaré otra taza —dijo Baines.

—La taza que alegra —dijo Philip con desesperanza, viendo el amargo líquido negro correr por la espita.

—¿Quieres un vaso de refresco de jengibre, Phil?

—Lo siento, lo siento, Baines.

—No es culpa tuya, Phil. Vaya, casi creí que en verdad no eras tú sino ella. Brota por todas partes — pescó dos hojas de su taza y las puso en el dorso de su mano—. Hoy —y el tallo se desprendió—, mañana, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo —pero la escama no caía, se quedó donde estaba, secándose bajo sus golpes con una resistencia que no esperaba uno que tuviera—. El fuerte gana —dijo Baines.

Se levantó y pagó la cuenta y salieron a la calle. Baines dijo: «No te pido que digas algo que no es cierto, pero no necesitas mencionar a la señora

Baines que nos viste aquí».

—Por supuesto que no —dijo Philip. Y adoptando algo del modo de Sir Hubert Reed—: Entiendo, Baines —pero no entendía nada; estaba atrapado en la oscuridad de otros.

—Fue tonto —dijo Baines— tan cerca de casa, pero no tenía tiempo de pensar, entiendes. Tenía que verla.

—Por supuesto, Baines.

—No tengo tiempo que perder —dijo Baines—. No soy joven, tengo que ver por ella.

—Por supuesto que debes hacerlo, Baines.

—La señora Baines te lo sacará si puede.

—Puedes confiar en mí, Baines —dijo Philip imitando la voz de Reed seca, importante; y entonces —: Cuidado. Está en la ventana mirando —y ahí estaba sin duda observándolos entre las cortinas de encaje, desde el cuarto del sótano, especulando—. ¿Tenemos que entrar, Baines? —preguntó Philip, el frío pesando en su estómago como un exceso de budín; aferró el brazo de Baines.

—Con cuidado —dijo Baines suavemente—, con cuidado.

—¿Pero tenemos que entrar, Baines? Es temprano. Llévame a dar un paseo en el parque.

—Mejor no.

—Pero tengo miedo, Baines.

—No tienes por qué —dijo Baines—. No te va a pasar nada. Solo sube corriendo al cuarto de los niños. Yo bajaré al área de servicio y hablaré con la señora Baines —pero hasta él se detuvo dudando sobre los escalones de piedra fingiendo no verla, allí donde observaba desde las cortinas—. Por la puerta principal, Phil, y por las escaleras.

Philip no se detuvo en el pasillo; corrió, deslizándose sobre el parquet que la señora Baines había pulido, hacia las escaleras. Por la puerta del salón del primer piso vio las sillas cubiertas: hasta el reloj de porcelana sobre la chimenea estaba cubierto como la jaula de un canario. Cuando pasó junto a él, lo oyó dar la hora, amortiguado y secreto bajo el guardapolvo. En la mesa del cuarto de los niños encontró su cena: un vaso de leche y un pedazo de pan con mantequilla, una galleta y un poco de budín de la Reina, frío y sin merengue. No tenía apetito. Aguzó el oído por si venía la señora Baines, para oír las voces, pero el cuarto del sótano guardaba sus secretos; la verde puerta afelpada encerraba aquel mundo. Bebió la leche y se comió la galleta, pero no tocó el resto y pronto pudo oír las suaves y precisas pisadas de la señora Baines en la escalera: era una buena sirvienta, caminaba con suavidad; era una mujer decidida, caminaba con precisión.

Pero no estaba enojada cuando entró; quería

congraciarse al abrir la puerta del cuarto de noche de los niños. —¿Tuvo un buen paseo, amo Philip?—. Bajó las persianas, sacó su pijama, regresó a recoger la cena. «Me alegra que Baines lo haya encontrado. A su madre no le habría gustado que estuviera afuera solo». Examinó la charola. «No tiene mucho apetito, ¿verdad, amo Philip? ¿Por qué no prueba un poco de este rico budín? Le pondré un poco más de jalea».

—No, no, gracias, señora Baines —dijo Philip.

—Debe comer más —dijo la señora Baines. Olfateó alrededor de la habitación como un perro—. No tomó ninguno de los frascos del bote de basura de la cocina ¿verdad, amo Philip?

—No —dijo Philip.

—Por supuesto que usted no haría eso. Solo quería estar segura —le dio una palmada en el hombro y sus dedos volaron a la solapa; recogió una pequeña migaja de azúcar rosada—. Oh, amo Philip —dijo—, no es por eso que no tiene apetito. Ha estado comprando pastelillos. No es para eso su mesada.

—Pero no lo hice —dijo Philip—, no lo hice.

Ella probó el azúcar con la punta de la lengua.

—No me diga mentiras, amo Philip. No lo permitiré más que su padre.

—Yo no lo hice, yo no lo hice —dijo Philip—. Ellos me lo dieron. Quiero decir Baines —pero ella

se había apropiado de la palabra «ellos». Ya tenía lo que quería; no había duda de ello, aun si uno no sabía qué era lo que quería. Philip se sentía infeliz y enojado y decepcionado porque no había guardado el secreto de Baines. Baines no debía haber confiado en él; la gente grande debería guardar sus propios secretos, y sin embargo aquí estaba la señora Baines confiándole otro inmediatamente.

—Déjeme cosquillearle la palma y ver si puede guardar un secreto —pero él escondió su mano, no quería que lo tocaran—. Es un secreto entre nosotros, amo Philip, que yo lo sé todo de ellos. Me imagino que ella estaba con él tomando el té —especuló.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo él, pesando en su ánimo la responsabilidad por Baines, la idea de que tenía que guardar el secreto de ella cuando no haber guardado el de Baines lo hacía desdichado con la injusticia de la vida—. Era agradable.

—Era agradable, ¿verdad? —dijo la señora Baines con una voz amarga a la que no estaba acostumbrado.

—Y es su sobrina.

—Así que eso es lo que dijo —la señora Baines lo tocó suavemente con su voz como el reloj bajo el guardapolvo. Trató de hacer un chiste—. El viejo truhán. No le diga que lo sé, amo Philip —estaba muy quieta entre la mesa y la puerta, haciendo un esfuerzo

para pensar, planeando algo—. Prometa que no dirá nada. Le regalaré ese juego de mecano, amo Philip.

Le dio la espalda; no prometería, pero no diría nada. No tendría nada que ver con sus secretos, con las responsabilidades que insistían en depositar en él. Solo estaba ansioso de olvidar. Ya había recibido una dosis de vida mayor que la que había solicitado y estaba asustado. «Un juego de mecano 2A, amo Philip». Nunca volvió a abrir su juego de mecano, nunca construyó nada, nunca creó nada, murió siendo un viejo diletante, sesenta años más tarde, con nada que mostrar en vez del recuerdo de la maliciosa voz de la señora Baines dándole las buenas noches, sus suaves pisadas decididas en las escaleras al sótano, bajando, bajando.

3

El sol se vertía entre las cortinas y Baines tamborileaba sobre el recipiente del agua. «Gloria, Gloria», dijo Baines. Se sentó en la orilla de la cama y dijo: "«Solicito anunciar que la señora Baines tuvo que marcharse. Su madre se muere. No regresará

hasta mañana».

—¿Por qué me despertaste tan temprano? —se quejó Philip. Observó a Baines con inquietud; no iba a involucrarse; había aprendido su lección. No estaba bien para un hombre de la edad de Baines estar tan contento. Hacía a una persona mayor humana en la misma manera en que uno era humano. Porque si un adulto podía comportarse de ese modo tan infantil era probable también que uno llegara a encontrarse en su mundo. Era suficiente que su mundo te alcanzara en los sueños: la bruja de la esquina, el hombre del cuchillo. Así que se quejó: «Es muy temprano», aun cuando amaba a Baines, aun cuando no podía evitar alegrarse de que Baines estuviera contento. Estaba dividido entre el miedo y la atracción de la vida.

—Quiero hacer de este un largo día —dijo Baines—. Este es el mejor momento —descorrió las cortinas—. Está un poco nublado. La gata estuvo fuera toda la noche. Allí está, olfateando por los alrededores. No han tomado leche en el 59. Emma está sacudiendo los tapetes en el 63 —dijo—. Acerca de esto pensaba en la costa: alguien sacudiendo tapetes y el gato regresando a casa. Lo puedo ver hoy —dijo Baines— exactamente como si todavía estuviera en África. La mayor parte de los días no te das cuenta de lo que tienes. Es una buena vida si no flaqueas —puso un penique en el lavabo

—. Cuando te hayas vestido, Phil, corre y compra un *Mail* en el puesto de la esquina. Yo estaré cocinando salchichas.

—¿Salchichas?

—Salchichas —dijo Baines—. Hoy vamos a celebrar —celebró en el desayuno, agitado, soltando chistes, increíblemente alegre y nervioso. Iba a ser un largo, largo día, insistía en eso: por años había esperado un largo día, había sudado en el húmedo calor de la costa, se había cambiado de camisa, enfermado con fiebre, acostado entre las mantas y sudado, todo con la esperanza de este largo día, ese gato olfateando por los alrededores, un poco de niebla, los tapetes sacudidos en el 63. Apoyó el *Mail* en la jarra de café y leyó trozos en voz alta. Dijo: «Cora Down se casó por cuarta vez». Estaba divertido pero no era esa su idea de un largo día. Su largo día era el parque, mirar los jinetes en el Row, viendo a Sir Arthur Stillwater pasar más allá de las rejas («Una vez cenó con nosotros en Bo; venía de Freetown, donde era gobernador»), almuerzo en la Comer House en honor de Philip (por él, él habría preferido un vaso de cerveza y unos ostiones en el bar York), el zoológico, la larga travesía en autobús de regreso a casa en la última luz de verano: las hojas de Green Park comenzaban a amarillear y los automóviles salían uno tras otro de la calle Berkeley

con el sol bajo reflejándose suavemente en sus parabrisas. Baines no envidiaba a nadie, ni a Cora Down, ni a Sir Arthur Stillwater o Lord Sandale, quien llegó hasta los escalones del Ejército y la Marina y después se regresó porque no tenía nada que hacer y podría mejor leer otro periódico. «Dije que no te viera yo tocar a ese negro otra vez». Baines había llevado una vida de hombre; todos en la parte superior del autobús pararon la oreja cuando le contó a Philip toda la historia.

—¿Le habrías disparado? —preguntó Philip, y Baines echó la cabeza para atrás y se acomodó mejor su oscuro y respetable sombrero de hombre-sirviente mientras el autobús daba la vuelta alrededor del monumento a la artillería.

—No lo habría pensado dos veces. Habría tirado a matar —presumió, y la figura agachada pasó, el yelmo de acero, el pesado capote, el rifle apuntando hacia bajo, y las manos dobladas.

—¿Tienes el revólver?

—Claro que lo tengo —dijo Baines—. ¿No lo necesito con todos los asaltos que ha habido? —este era el Baines que Philip amaba: no un Baines libre y canturreador, sino un Baines responsable, Baines tras barreras, viviendo su vida de hombre.

Todos los autobuses desfilaron de Victoria como un convoy de aeroplanos para traer a Baines a casa

con honor. «Cuarenta negros bajo mis órdenes» y allí esperando junto a los escalones del área estaba el premio convencional y adecuado, el amor a la hora de encender las luces.

—Es tu sobrina —dijo Philip al reconocer el impermeable blanco pero no la alegre cara somnolienta. Ella lo asustaba como un número de mala suerte; casi le dijo a Baines lo que la señora Baines había dicho pero no quiso tomarse la molestia, quería dejar las cosas como estaban.

—Vaya, así es —dijo Baines—. No me sorprendería que cenara algo con nosotros —pero dijo que jugarían un juego, fingir que no la conocían, bajar los escalones del área de servicio y dijo Baines: «henos aquí», puso la mesa, sacó las salchichas frías, una botella de cerveza, una botella de refresco de jengibre, un frasco de borgoña de cosecha. «Cada quien su bebida», dijo Baines. «Sube, Phil, a ver si hay correo».

A Philip no le gustaba la casa vacía, al atardecer, antes de que se encendieran las luces. Se apresuró. Quería volver con Baines. El vestíbulo, silencioso y oscuro, estaba listo para revelar algo que él no quería ver. Se oyeron caer unas cartas al suelo y alguien tocó a la puerta. «Abran en nombre de la República». La carreta de los condenados avanzó. La cabeza cayó al cesto ensangrentado. Tan-tan y los

pasos del cartero se alejaron. Philip recogió las cartas. La rendija en la puerta era como la rejilla en la vitrina de un joyero. Recordó al policía que había visto asomarse a través de la rendija. Le había preguntado a su nana «¿Qué hace?» y cuando ella contestó: «Viendo que todo esté bien», su mente se llenó inmediatamente con imágenes de todo lo que podía estar mal. Corrió hacia la puerta afelpada y bajó las escaleras. La chica ya había llegado y Baines la besaba. Estaba recargada, jadeante, contra el aparador. «Philip, te presento a Emmy».

—Hay una carta para ti, Baines.

—Emmy —dijo Baines, sin querer abrir la carta—, es de ella. Seguro que va a volver.

—Cenaremos de todos modos —dijo Emmy—. Eso no lo va a echar a perder.

—No la conoces —dijo Baines—. Nada es seguro. Maldita sea. Pensar que alguna vez fui hombre —y abrió la carta.

—¿Puedo empezar? —Philip preguntó, pero Baines no lo oyó. Por su inmovilidad y su concentración era un ejemplo de la importancia que los adultos le otorgan a la palabra escrita. Había que dar las gracias por escrito y no esperar a decirlas, como si las cartas nunca mintieran. Pero Philip conocía la verdad, llenando la página con gracias para la tía Alicia que le había regalado un oso de

peluche, un regalo que no le correspondía ya a un niño de su edad. Las cartas podían mentir, pero le daban permanencia a la mentira. Se volvían una prueba en contra de uno. Lo hacían a uno más malo que la palabra hablada.

—No vuelve sino mañana por la noche —dijo Baines. Abrió las botellas, acomodó las sillas y, otra vez, besó a Emmy recargada en el aparador.

—No deberías —dijo Emmy— enfrente del niño.

—Tiene que aprender —dijo Baines—, como todos nosotros —y le sirvió a Philip tres salchichas. Se sirvió una sola para él, diciendo que no tenía hambre, pero cuando Emmy dijo que ella tampoco tenía la obligó a comer. Era tímido y brusco con ella; le hizo beber el borgoña porque, dijo, necesitaba fuerzas. No admitió que se rehusara, pero cuando la tocaba sus manos eran ligeras y torpes, como si temiera dañar algo tan delicado y no supiera cómo manejar algo tan ligero.

—¿Esto es mejor que leche con galletas, verdad?

—Sí —dijo Philip, pero tenía miedo, miedo por Baines y por con cada trago de refresco de jengibre, en lo que diría la señora Baines de enterarse de esta comida. No se lo podía imaginar; había en la señora Baines un profundo y misterioso abismo de amargura y de rabia imposible de sondear. Philip preguntó «¿No va a volver esta noche?» pero se notaba, por la

inmediatez con que lo entendieron, que de hecho no se había ido. Estaba con ellos allí en el sótano, haciéndoles beber más y hablar más fuerte, esperando el mejor momento para soltar la palabra tajante y exacta. Baines no estaba realmente feliz. Estaba viendo la felicidad de cerca y ya no de lejos.

—No —dijo—, no regresará hasta mañana en la tarde.

No podía desprender sus ojos de la felicidad. Se había divertido tanto como otros hombres. Para que se le perdonara su inocencia, volvía una y otra vez a la Costa. No habría sido tan inocente de haber vivido toda su vida en Londres, tan inocente cuando de ternura se trataba. Mirando el aparador blanco, las sillas escrupulosamente limpias, dijo: «Contigo junto a mí, Emmy, esto sería un hogar». Ya el cuarto había perdido algo de su austeridad, se había juntado un poco de polvo en las esquinas, la plata necesitaba una pulida final y el periódico de la mañana estaba arrumbado en una silla. «Es hora de que te vayas a la cama, Philip, ha sido un largo día».

No lo dejaron buscar solo el camino a su cuarto en la casa amortajada. Lo acompañaron, encendiendo las luces, sus dedos rozándose al tocar los apagadores. Piso tras piso ahuyentaron la noche. Hablaban en voz baja entre las sillas cubiertas. Lo vieron desvestirse. No le obligaron a lavarse la cara

o los dientes, lo acostaron y prendieron su lámpara de noche y dejaron la puerta entreabierta. Podía oír sus voces en la escalera, amistosas como las de los invitados que venían a cenar y que caminaban por el pasillo despidiéndose. Perteneían; en donde estuvieran formaban un hogar. Oyó una puerta abrirse y el reloj sonar, oyó sus voces un largo rato, de modo que sentía que no estaban lejos y que estaba a salvo. Las voces disminuyeron, simplemente se callaron y las sabía silenciosas en alguna parte no lejos de él. Silenciosas y juntas en alguno de los cuartos vacíos, adormeciéndose juntas como él se iba durmiendo después de aquel largo día.

Apenas tuvo tiempo de suspirar con satisfacción —porque esto también, quizá, era la vida— cuando se quedó dormido y los inevitables terrores del sueño lo rodearon: un hombre con un sombrero tricolor al servicio de su majestad tocó la puerta; había una cabeza ensangrentada en una cesta sobre la mesa de la cocina, y los lobos siberianos se acercaban poco a poco. Estaba atado de pies y manos y no se podía mover. Lo rodeaban brincando y respirando ruidosamente. Abrió los ojos y ahí estaba la señora Baines, mechones de su cabello gris despeinado por la cara, su sombrero negro mal puesto. Uno de sus pasadores cayó a la almohada y un mechón húmedo rozó la boca de Philip. «¿Dónde están?», susurró,

«¿dónde están?».

4

Philip la miraba aterrado. La señora Baines jadeaba cual si hubiera estado buscando en todos los cuartos vacíos, hurgando debajo de las sueltas coberturas.

Con su cabello gris despeinado, su vestido negro abrochado hasta el cuello y sus guantes de algodón negro era tan parecida a las brujas de los sueños de Philip, que este no se atrevía a hablar. Su aliento tenía un olor rancio.

—Está aquí —dijo la señora Baines—, no puedes negar que ella está aquí —en su rostro se veía a la vez crueldad e infelicidad; quería hacerle «cosas» a la gente, pero sufría constantemente. Le hubiera hecho bien gritar, pero no se atrevía: eso lo hubiera alertado. Tratando de conquistar a Philip, regresó hacia la cama en que yacía boca arriba, rígido, y murmuró: «No se me ha olvidado el juego de mecano. Se lo daré mañana, amo Philip. Compartimos varios secretos ¿no es verdad? Solo dígame dónde están».

No podía hablar. El miedo lo inmovilizaba tan firmemente como cualquier pesadilla. Le dijo «Dígale a la señora Baines, amo Philip. Usted quiere a la señora Baines, ¿verdad?». Era demasiado, no podía hablar pero podía mover la boca en una negación aterradora, alejarse de la polvorienta imagen de la señora Baines.

Murmuró, acercándose a él: «¡Qué engaño! Voy a acusarlo con su padre. Se las verá conmigo cuando los haya encontrado. Sufrirá, yo me las arreglaré para que sufra». E inmediatamente se quedó inmóvil, escuchando. Una duela había resonado en el piso de abajo y un momento después, ella inclinada sobre la cama, atenta a cualquier ruido, se oyeron los murmullos de dos personas felices y adormecidas y juntas después de un largo día. La lámpara de noche estaba al lado del espejo y la señora Baines podía ver, en toda su amargura, su reflejo —infelicidad y crueldad— temblando en el espejo, la edad y el polvo y nada que esperar. Sollozó sin lágrimas, un sonido seco y jadeante; pero su crueldad era como un orgullo que le daba fuerzas para continuar, era su mejor cualidad. Hubiera inspirado piedad y nada más sin ella. Salió del cuarto de puntillas, tentando su camino por el pasillo, bajando tan sigilosamente la escalera que nadie detrás de una puerta cerrada la podría oír. Volvió a hacerse un silencio total. Philip

podía moverse, levantó las rodillas, se sentó en la cama, quería morirse. No era justo, los muros se habían vuelto a desmoronar entre su mundo y el de ellos, pero ahora lo que los adultos le obligaban a compartir era mucho peor que el regocijo. Una pasión se movía por la casa, una pasión que podía reconocer mas no entender.

No era justo, pero le debía todo a Baines, el zoológico, el refresco de jengibre, el regreso en autobús. La cena también le exigía ser leal. Pero tenía miedo, estaba tocando algo que tocaba en sus sueños: la cabeza ensangrentada, los lobos, el tan-tan-tan. La vida se ensañaba brutalmente contra él: nadie le podría reprochar el que no la volviera a enfrentar en sesenta años. Se bajó de la cama. Llevado del hábito se puso con cuidado las zapatillas y caminó de puntas hacia la puerta. La oscuridad abajo en el descanso no era total porque las cortinas estaban en la tintorería y la luz de la calle entraba por las altas ventanas. La mano de la señora Baines estaba sobre la perilla de vidrio. La giraba con sumo cuidado. Philip gritó: «¡Baines, Baines!».

La señora Baines se volteó y lo vio encogerse en su pijama junto al barandal. Estaba indefenso, aún más indefenso que Baines. Y al verlo, la crueldad la invadió y la hizo subir las escaleras. Otra vez la pesadilla lo atrapaba y no podía moverse. Ya no le

quedaba valor para el resto de su vida, se lo había gastado todo. No le habían dado tiempo para dejarlo crecer, no le habían otorgado años de paulatino endurecimiento, ni siquiera podía gritar.

Pero el primer grito había alertado a Baines, quien salió del mejor cuarto de huéspedes y fue más rápido que la señora Baines. No había llegado ella a lo alto de la escalera cuando la agarró por la cintura. Ella le encajó sus guantes de algodón negros en la cara y él le mordió la mano. No tuvo tiempo de pensar. Luchó ferozmente contra ella, pero ella se defendió con un odio muy consciente. Les iba a dar una lección a todos y no importaba quién fuera el primero. Todos la habían engañado, pero el viejo reflejo en el espejo estaba con ella, diciéndole que tuviera dignidad. No era lo suficientemente joven como para abandonar toda dignidad. Podía golpearle la cara mas no morderlo, empujarlo mas no patearlo.

La edad y el polvo y nada que esperar eran sus puntos en contra. Voló por encima del barandal con un revuelo de tela negra y cayó en el vestíbulo. Yacía frente a la puerta de entrada como un costal de carbón cuyo lugar era el área de servicio. Philip lo vio, Emmy lo vio. Se sentó de pronto en el umbral del cuarto de huéspedes con los ojos abiertos, como si estuviera demasiado cansada para quedarse de pie. Baines bajó silenciosamente al vestíbulo.

No le fue difícil a Philip escapar: lo habían olvidado por completo. Se fue por atrás, por las escaleras de servicio, porque la señora Baines estaba en el vestíbulo. No entendía lo que hacía allí tirada. Como las imágenes tan sorprendentes en un libro que nadie le hubiera leído, lo que no entendía lo aterraba. Toda la casa le había sido entregada al mundo de los adultos. No estaba a salvo en su recámara; esas pasiones adultas la habían invadido. Lo único que podía hacer era escapar por las escaleras y el patio de servicio y nunca volver. Sin pensar en el frío, en el problema de la comida o del sueño, durante una hora le parecería posible escapar para siempre de la gente.

Llevaba puesta su pijama y sus zapatillas cuando llegó a la plaza, donde nadie había para verlo. A esa hora de la noche, en un barrio residencial todo mundo está en el teatro o en casa. Saltó por encima de la reja metálica al jardín. Los sicómoros extendían sus hojas anchas y pálidas entre él y el cielo. Parecía haber escapado a una selva infinita. Se acurrucó detrás de un tronco y los lobos se alejaron. Le parecía, agachado entre el banco de metal y el tronco del árbol, que nunca lo encontraría nadie. Una amarga felicidad combinada con compasión por él mismo le hizo llorar. Estaba perdido: ya no habría más secretos que guardar. Abandonó toda

responsabilidad para siempre. Que los adultos se quedaran en su mundo y él en el suyo, a salvo en el parque entre los sicómoros. «En la perdida infancia de Judas, Cristo fue traicionado». Era casi posible ver esa pequeña cara aún inacabada endurecerse con el profundo y diletante egoísmo de la edad.

Pronto la puerta del número 48 se abrió y Baines miró a la derecha y a la izquierda, hizo una señal con la mano y Emmy se acercó a él. Era como si apenas les alcanzara el tiempo para tomar el tren. No tuvieron tiempo de decirse adiós. Emmy se alejó rápidamente como una cara en la ventanilla del tren, alejándose de la estación, pálida e infeliz y no queriendo irse. Baines entró a la casa y cerró la puerta. Se encendió la luz del sótano y un policía caminó por el parque, mirando los patios de servicio. Las luces detrás de las cortinas del primer piso indicaban cuántas familias estaban en casa.

Philip exploró el jardín. No le tomó mucho tiempo: un cuadrado de 20 metros de lado, hecho de arbustos y sicómoros, dos bancos de metal, un camino de grava y en ambos extremos una reja cerrada con candado y un revoloteo de hojas muertas. Pero no podía quedarse; algo se movió entre los matorrales y dos ojos de fuego, como los de un lobo siberiano, le miraron y pensó en lo horrible que sería si la señora Baines lo encontrara aquí. No le daría

tiempo de trepar la cerca, lo agarraría por atrás.

Se alejó del parque por el lado menos elegante y de inmediato se encontró entre los changarros de pescado con papas, las pequeñas papelerías que vendían *bagatelle* entre los anuncios de cuartos para rentar, los hoteles sucios con las puertas abiertas. Había poca gente en la calle porque las tabernas estaban abiertas, pero una mujer de aspecto descuidado que llevaba un paquete lo llamó desde la otra acera y el portero uniformado parado fuera del cine lo hubiera detenido de no haber Philip cruzado la calle. Se adentró cada vez más: era posible avanzar más y perderse aún más que entre los sicómoros. En los bordes del parque corría el peligro de ser detenido y llevado a casa. Era evidente de dónde venía, pero mientras más se adentraba más se borraban las huellas de su origen. La noche era tibia. Nadie se sorprendía en esta parte liberal de la ciudad si un niño se escapaba de la cama. Encontró una especie de camaradería incluso entre los adultos. Podía pasar por cualquier hijo de vecino conforme avanzaba. No lo iban a acusar: ellos también habían sido niños. Se cubrió con una capa protectora de polvo de las aceras, de tizne de los trenes que pasaban a lo lejos salpicando fuego. Una vez, quedó rodeado por niños que huían de algo o de alguien, riéndose al correr. Lo jalaron a la vuelta de una

esquina y lo abandonaron ahí, con un dulce pegajoso en la mano.

No podía estar más perdido de lo que estaba, pero no tenía fuerza para seguir. Primero tuvo miedo de que alguien lo detuviera. No podía encontrar el camino de regreso y de cualquier manera tenía miedo de llegar solo a casa. Tenía miedo de la señora Baines, más miedo que nunca. Baines era su amigo, pero algo había sucedido que hacía a la señora Baines todopoderosa. Empezó a detenerse adrede para que lo notaran, pero nadie le prestó atención. Varias familias respiraban el aire de la noche delante de sus casas antes de irse a dormir. Los botes de basura estaban fuera y pedazos de col ensuciaban sus zapatillas. El aire estaba lleno de voces pero él estaba desligado: esta gente le era extraña y siempre le sería extraña. Estaban marcados por la señora Baines y se alejaba de ellos para sumirse en una aguda conciencia de clases. Le había tenido miedo a los policías pero ahora quería que uno de ellos lo llevara a casa. La misma señora Baines no podría nada contra un policía. Se acercó a un agente de tránsito pero estaba demasiado ocupado para notar a Philip.

Este se sentó contra la pared y lloró.

No se le había ocurrido que esta era la mejor manera de llamar la atención. Todo lo que debía

hacer era rendirse, enseñar que estaba vencido y aceptar la bondad... se la ofrecieron de inmediato dos mujeres y un prestamista. Apareció otro policía, un joven con rasgos afilados y una expresión incrédula. Parecía anotar todo lo que veía en libretas y sacar conclusiones. Una mujer le propuso a Philip acompañarlo a su casa, pero no le tuvo confianza; no podría medirse con la inmóvil señora Baines del vestíbulo. No quiso dar su dirección; tenía miedo a regresar a casa —dijo—. Se salió con la suya, obtuvo la protección que pedía. «Lo voy a llevar a la delegación», dijo el policía, tomándolo de la mano con torpeza (no estaba casado, tenía su carrera por delante). Lo llevó a la vuelta de la esquina, por las escaleras de piedra, al cuarto pequeño y sobrecalentado en donde la Justicia vivía.

5

La Justicia esperaba detrás de un mostrador de madera, sentada en un banquillo alto: llevaba un espeso bigote, era amable y tenía seis hijos («tres de ellos chiquillos como tú»); no estaba muy interesada

por Philip pero pretendía estarlo, tomó nota de su dirección y mandó a un policía a que trajera un vaso de leche.

En cambio el joven policía sí estaba interesado. Tenía intuición para estas cosas.

—Tienen teléfono en casa, me imagino —dijo la Justicia—. Les llamaremos para decirles que estás bien. Te vendrán a buscar muy pronto. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Philip.

—Y ¿tu otro nombre?

—No tengo otro nombre —no quería que lo vinieran a buscar.

Quería que lo llevara a casa alguien capaz de impresionar a la señora Baines. El policía lo observaba, observaba su modo de beber la leche y lo observaba reticente frente a las preguntas que le hacían.

—¿Por qué te escapaste de casa? Te fuiste de pinta, ¿eh?

—No sé.

—No debes portarte así, muchachito. Piensa en lo preocupados que estarán tus papás.

—No están en casa.

—Bueno, pues, tu nana.

—No tengo.

—¿Quién se ocupa de ti entonces? —la pregunta

tuvo su efecto. Philip vio a la señora Baines subiendo las escaleras tras él, el montón de algodón negro en el vestíbulo. Se puso a llorar.

—Ya ya ya —dijo el sargento. No sabía qué hacer; deseaba que su mujer estuviera con él. Hasta una mujer policía hubiera sido útil.

—¿No le parece extraño —dijo el policía— que no lo hayan reportado?

—Han de pensar que está dormidito en cama.

—¿Estás asustado, verdad? —dijo el policía—. ¿Qué te asustó?

—No sé.

—¿Alguien te hizo daño?

—No.

—Tuvo pesadillas —dijo el sargento—. Pensó que la casa ardía, me imagino. He educado a seis chamacos. Rose está por regresar. Ella lo llevará a casa.

—Quiero que usted me lleve a casa —dijo Philip. Le trató de sonreír al policía, pero el engaño era inmaduro y fracasó.

—Será mejor que vaya —dijo el policía—. Puede que haya ocurrido algo.

—Tonterías —dijo el sargento—. Esto es un trabajo de mujer. Lo que hace falta es tacto. Ah, ya llegó Rose. Súbete las medias Rose, eres la vergüenza de la Policía. Tengo un trabajo para ti —

Rose entró arrastrando los pies, sus medias de algodón negro caídas sobre las botas, el porte de una torpe niña Scout, una voz ronca y hostil—. Más pirujas me imagino.

—No. Tienes que acompañar a este muchachito a su casa —Rose lo miró con ojos de lechuza.

—Con ella no voy —dijo Philip. Y se soltó a llorar otra vez—. No me gusta.

—Rose, te hace falta más encanto femenino —dijo el sargento. Sonó el teléfono que estaba sobre el escritorio. Levantó la bocina—. ¿Qué? ¿Qué pasó? —dijo—. ¿Número 48? ¿Llamaron al médico? —tapó con la mano la bocina del teléfono—. No es de extrañar que no hayan reportado al muchacho —dijo—. Han estado demasiado ocupados. Hubo un accidente: una mujer tropezó en las escaleras.

—¿Grave? —preguntó el policía. El sargento movió los labios sin emitir ningún sonido. No se debía mencionar la palabra muerte delante de un niño (cómo no lo iba a saber, si él tenía seis), así que se hacían ruidos complicados, muecas, una enredada taquigrafía para una palabra de tan solo seis letras.

—Mejor vaya —dijo— y redacte un informe. El médico está allí.

Rose se acercó lenta desde el calorífero, cachetes rojos como manzanas, las medias caídas. Tenía las manos detrás de la espalda. Su boca grande como un

nosocomio estaba llena de dientes negros. «Me dijo a mí que lo llevara, y ahora que hay algo interesante... un hombre nunca me hará justicia».

—¿Quién está en la casa? —preguntó el policía.

—El mayordomo.

—¿Cree que haya visto...? —dijo el policía.

—Créame —dijo el sargento— eduqué a seis.

Los conozco de cabo a rabo. No hay nada que me puedan enseñar acerca de los niños.

—Parecía estar asustado por algo.

—Pesadillas —dijo el sargento.

—¿Qué nombre?

—Baines.

—A este señor Baines —le dijo el policía a Philip— lo quieres, ¿verdad? ¿Se porta bien contigo? —trataban de sacarle algo, no le tenía confianza a ninguno de ellos. Dijo «sí» sin ninguna convicción porque tenía miedo que en cualquier momento fueran a llegar más responsabilidades y más secretos.

Discutieron juntos al lado del escritorio. Rose estaba roncamente agraviada. Era como un hombre haciéndola de mujer, llevaba su feminidad con un énfasis artificial mostrándole su desprecio mediante las medias caídas y su rostro marcado por el tiempo. El carbón chisporroteó en la estufa; el cuarto estaba sobrecalentado esa noche tibia del final del verano. Un anuncio en la pared describía un cuerpo

encontrado en el Támesis, o más bien la ropa del cuerpo: camiseta de lana, calzoncillos de lana, camisa de lana con rayas azules, botas del número 10, traje de sarga azul gastado en los codos, cuello de celuloide del 15 1/2. Lo único que acertaron a decir sobre el cuerpo fue dar sus medidas. Era un cuerpo común y corriente.

—Anda, ven —dijo el policía. Le interesaba, le daba gusto ir, pero no podía evitar sentirse avergonzado por su compañero, un niño en pijama. Sospechaba algo, pero ¿qué? Le molestaba ver la gracia que le hacían a la gente. Las tabernas habían cerrado y otra vez las calles estaban llenas de hombres dispuestos a alargar el día lo más posible. Se apresuró por las calles más vacías, por las aceras más oscuras, sin detenerse y Philip quería detenerse cada vez más, jalándolo de la mano, arrastrando los pies. Le aterraba la imagen de la señora Baines esperando en el vestíbulo: ahora sabía que estaba muerta. Las muecas del sargento se lo habían dicho, pero no estaba enterrada, no estaba donde la vista no la pudiera alcanzar. Iba a ver una muerta cuando se abriera la puerta de entrada.

La luz del sótano estaba encendida y vio con alivio que el policía se dirigía hacia las escaleras de servicio. Después de todo, tal vez no necesitaría ver a la señora Baines. El policía tocó a la puerta porque

estaba demasiado oscuro para ver el timbre y Baines contestó. Estaba en el umbral del cuarto limpio y luminoso del sótano. Era posible ver la frase que tenía preparada (triste, complaciente y verosímil), marchitarse cuando sus ojos descubrieron a Philip. No pensaba que Philip fuera a regresar acompañado del policía. Tuvo que comenzar de nuevo; no era un hombre capaz de engaño. De no haber sido por Emmy, hubiera estado dispuesto a dejarse llevar a donde fuera por la verdad.

—¿Señor Baines? —le preguntó el policía.

Asintió. No encontraba las palabras adecuadas. Se asustó al ver esa cara sabia y astuta, y la inesperada aparición de Philip.

—¿Este niño es de aquí?

—Sí —dijo Baines. Philip sabía que le estaba tratando de mandar un mensaje, pero cerró su mente a toda recepción. Amaba a Baines, pero Baines lo había involucrado en secretos, en miedos que no entendía. El pensamiento radiante de la mañana «Esto es vida» se volvió, bajo la dirección de Baines, el repugnante recuerdo: «Eso era vida», el cabello húmedo contra la boca, la pregunta jadeante, cruel y torturada «¿dónde están?», el montón de algodón negro que se había volcado al vestíbulo. Eso sucedía cuando se amaba. Uno se inmiscuía y Philip se apartó de la vida, del amor, de Baines con un egoísmo sin

piEDAD.

Había habido «cosas» entre ellos, pero las descartó como un ejército en retirada corta los cables, destruye los puentes. En el país que se abandona se puede quedar detrás mucho de lo que se quiere —una mañana en el parque, un helado en la tienda de la esquina, salchichas para la cena— pero hay algo más en la retirada que pérdidas momentáneas. Hay gente vieja que al alejarse los tractores ruegan ser llevados, pero no se puede arriesgar a la retaguardia por ellos: se trata de una total y larga retirada de la vida, del cuidado, de toda relación humana.

—El doctor está aquí —dijo Baines, señaló la puerta, se humedeció los labios, fijó la mirada en Philip, suplicándole algo como un perro incomprendido—. No hay nada que hacer. Se resbaló en las escaleras de piedra del sótano. Yo estaba aquí y la oí caer. —No se atrevía a mirar la libreta, a mirar los garabatos que atiborraban una de las páginas del policia.

—¿El niño vio algo?

—No es posible. Creí que estaba en la cama. ¿No será mejor que suba? Algo tan terrible. Oh —dijo Baines, perdiendo todo control—, algo tan terrible para un niño.

—¿Ahí está? —le preguntó el policia.

—No la he movido —dijo Baines.

—Bueno, entonces sería mejor que...

—Vete por el patio de servicio y entra por el vestíbulo —dijo Baines, y otra vez le suplicó con la mirada como un perro. *Un secreto más, guarda este secreto, hazlo por Baines, no te pedirá ningún otro.*

—Anda, ven —dijo el policía—. Te voy a acompañar a la cama. Eres un caballero, tienes que entrar como Dios manda, por la puerta principal, como el señor de la casa. ¿O prefiere acompañarlo usted mientras hablo con el médico, señor Baines?

—Sí —dijo Baines—, iré yo —se acercó a Philip, suplicando, suplicando a cada paso con esa eterna expresión dulce y estúpida. Soy Baines, soy yo, el viejo costeño, que te parece una chuleta cocinada con aceite de palma, ¿eh? La vida de un hombre, 40 negros; nunca usé la pistola. Te digo que no podía evitar amarlos, no era lo que nosotros llamamos amor, no era nada que podamos entender. Los mensajes se borraban en los últimos puestos de la frontera, implorando, suplicando, recordando: soy yo, tu viejo amigo Baines. ¿Qué te parece un buen desayuno?, un refresco no puede hacerte daño, salchichas, un largo día. Pero los cables estaban cortados, los mensajes desaparecían en el enorme vacío del cuarto tan limpio, en donde nunca había habido lugar para que un hombre escondiera sus

secretos.

—Anda, ven, Philip, es hora de irse a la cama. Nada más subiremos las escaleras... —tap, tap, tap sonaba el telégrafo, puedes pasar, nunca se sabe, alguien podría arreglar el cable—. Y pasaremos por la puerta principal.

—¡No! —dijo Philip—, no, no iré. No me pueden obligar a ir. No me dejaré. No la quiero ver.

El policía se volvió rápidamente hacia ellos: «¿Qué? ¿Qué? ¿Por qué no quieres ir?».

—Está en el vestíbulo —dijo Philip—. Yo sé que está en el vestíbulo. Y está muerta. No la quiero ver.

—¿Entonces la movió? —dijo el policía a Baines—, ¿hasta aquí? ¿Ha estado mintiendo, verdad? Así que tuvo que poner las cosas en orden... ¿estaba solo?

—Emmy —dijo Philip—, Emmy —ya no iba a guardar ningún secreto: iba a terminar de una buena vez con todo, con Baines y la señora Baines, y con la vida adulta que rebasaba su entendimiento. No era cosa suya, y nunca más, nunca más, decidió, compartiría sus confidencias y su amistad.

—Todo fue culpa de Emmy —protestó con un sollozo que le recordó a Baines que después de todo no era más que un niño; qué lamentable error esperar su ayuda. Era un niño; no entendía lo que todo esto significaba; no podía leer estas señas de terror.

Había sido un largo día y estaba exhausto. Se le veía caerse de sueño apoyado en el aparador, regresando al mundo apacible y cómodo de su récamara. No se le podía culpar. Al despertar en la mañana, no se acordaría de nada o casi.

—A ver, a confesar —le dijo el policía a Baines con ferocidad profesional—. ¿Quién es ella? —al igual que sesenta años después el anciano sorprendió a su secretario, su único cuidador, al preguntar «¿Quién es ella, quién es ella?» hundiéndose más y más en la muerte, tal vez cruzándose en el camino con la imagen de Baines: Baines desesperanzado, Baines, la cabeza agachada, Baines «confesando».

[1936]

Traducción de Lucía Segovia y Margarita Bojalil

Una oportunidad para el señor Lever

El señor Lever se golpeó la cabeza contra el techo y soltó una palabrota. Arriba se almacenaba arroz, y en la oscuridad las ratas empezaban a merodear. Algunos granos de arroz se colaron entre los resquicios para caer sobre su maleta *revelation*, sobre su calva, sus cajas de alimentos enlatados, su cajita cuadrada donde guardaba sus medicinas. Su asistente ya había instalado el catre de campaña y el mosquitero, y afuera, en la oscuridad húmeda y tibia, la mesa y la silla plegables. Las chozas puntiagudas con tejados de paja se estrechaban hacia el bosque, y una mujer llevaba fuego de una a otra. El resplandor iluminaba su rostro avejentado, sus pechos caídos, su cuerpo enfermo y tatuado.

El señor Lever no podía creer que apenas cinco semanas atrás estaba en Londres.

Era imposible erguirse en la choza; se puso a gatas sobre el piso de tierra y abrió su maleta. Sacó la foto de su mujer y la puso sobre la caja para la comida. Tomó una libreta y un lápiz indeleble; el lápiz se había reblandecido por el calor y había manchado de malva la pijama. Luego, como la luz del quinqué dejaba ver en las paredes de barro

cucarachas del tamaño de escarabajos, cerró la maleta con cuidado. En solo diez días ya había aprendido que eran capaces de devorar lo que fuera: calcetines, camisas, las agujetas de los zapatos.

Salió al exterior; las polillas se agolpaban en torno del quinqué, pero no había mosquitos; no había visto ni oído ninguno desde su arribo. Se sentó en un círculo de luz, donde era cuidadosamente observado. Los negros estaban en cuclillas afuera de sus chozas y lo miraban, eran amistosos, estaban interesados, divertidos, pero su rigurosa atención molestaba al señor Lever. Podía sentir las ligeras olas de interés a su alrededor cuando empezaba a escribir, cuando dejaba de escribir, cuando se limpiaba las manos húmedas con un pañuelo. No podía llevarse las manos a los bolsillos sin que todos los cuellos miraran en dirección suya.

Querida Emily, escribió. Ahora sí he empezado a trabajar. Voy a enviar esta carta con un mensajero en cuanto localice a Davidson. Estoy muy bien. Por supuesto, todo me resulta extraño. Cuídate mucho, mi amor, y no te preocupes.

—*Massa* comprar pollo —dijo su cocinero, al tiempo que aparecía de repente entre las chozas. Un ave pequeña y correosa se debatía en sus manos.

—Bueno —dijo el señor Lever—, pero te di un chelín, ¿no?

—No gustan —dijo el cocinero—. Gente tonta de campo.

—¿Por qué no les gusta? Es dinero bueno.

—Quieren moneda del rey —dijo el cocinero, devolviéndole el chelín con la efigie de la reina Victoria. El señor Lever tuvo que levantarse, entrar de nuevo a la choza, buscar a tientas su caja de dinero, hurgar entre veinte libras en monedas: nunca había paz.

Eso lo había aprendido rápidamente. Tenía que economizar (el viaje este era una aventura que lo asustaba), no podía permitirse contratar quien lo llevara en andas. Después de siete horas de caminar llegaba cansado a un pueblucho cuyo nombre desconocía y ni por un minuto le era dado sentarse a descansar en silencio. Tenía que estrechar la mano del jefe, conseguir una choza, aceptar como regalo licor de coco que temía beber, comprar arroz y aceite de coco para sus cargadores, darles sales y aspirinas, poner yodo en sus lastimaduras. Nunca estaba en paz por más de cinco minutos hasta no irse a la cama. Y entonces comenzaban las ratas: corrían como agua por las paredes cuando apagaba la luz, jugueteaban entre sus cajas.

Estoy demasiado viejo, se dijo el señor Lever, demasiado viejo, al tiempo que escribía húmeda, indeleblemente, *espero encontrar a Davidson*

mañana. De ser así, podría estar de vuelta junto con esta carta. No escatimes con la cerveza y la leche, cariño, y no dejes de llamar al doctor si te sientes mal. Tengo el presentimiento de que este viaje va a ser un éxito. Nos vamos a ir de vacaciones, las necesitas, y mientras miraba fijamente más allá de las chozas y los rostros negros y los bananeros hacia el bosque de donde había venido, en el que se hundiría de nuevo al otro día, pensó, Eastbourne, Eastbourne le sentaría muy muy bien, y siguió escribiendo las únicas mentiras que le había dicho a Emily jamás, las mentiras que reconfortan. Debo de sacar cuando menos trescientas libras por comisiones y gastos. Pero este no era el tipo de lugar en el que acostumbrara vender maquinaria pesada; lo había hecho durante treinta años, yendo y viniendo por Europa y los Estados Unidos, pero nunca en un lugar así. Podía escuchar cómo goteaba el filtro de agua en la choza, y en algún lugar alguien tocaba algo (tan perdido estaba que no podía usar ni los términos más sencillos), algo monótono, melancólico, superficial, una vibración de fibras de palma que parecía comunicar que no se es feliz, pero que no importa, el mundo no ha de cambiar.

Cuídate mucho, Emily, repitió. Era casi lo único que se sentía capaz de escribirle; no podía describir

las veredas estrechas, inclinadas, perdidas, las serpientes que siseaban como fuego al alejarse, las ratas, el polvo, los cuerpos desnudos y enfermos. Estaba insoportablemente cansado de la desnudez. *No te olvides...* Era como vivir con un montón de vacas.

—El jefe —susurró su asistente, y de entre las chozas, a la luz de una tea vacilante, salió un hombre viejo y fornido, vistiendo una manta de tela del lugar y un bombín maltrecho. Detrás de él sus hombres traían seis tazones de arroz, uno de aceite de coco, dos de carne en trozos—. Comida para los que trabajan —le explicó el asistente, y el señor Lever hubo de alzarse y sonreír y asentir con la cabeza y tratar de expresar sin palabras que estaba satisfecho, que la comida era excelente, que el jefe recibiría una buena tajada en la mañana. Al principio el señor Lever casi no podía soportar el olor.

—Pregúntale —dijo a su asistente— si no pasó un hombre blanco por el pueblo hace poco. Si un hombre blanco ha estado cavando por aquí. Con un demonio —explotó el señor Lever, el sudor corriéndole por los dorsos de la mano y la calva—, pregúntale si ha visto a Davidson.

—¿Davidson?

—Carajo —dijo el señor Lever—, ya sabes a quién me refiero. El hombre blanco al que estoy

buscando.

—¿Un blanco?

—¿Por qué crees que estoy aquí, eh? ¿Un blanco? Por supuesto que un blanco. No estoy aquí por prescripción médica —una vaca tosió, restregando sus cuernos contra la choza, y dos cabras irrumpieron entre el jefe y el señor Lever, haciendo que los tazones de carne se volcaran; a nadie le importó, recogieron la carne de entre el polvo y el estiércol.

El señor Lever se sentó y se cubrió la cara con las manos, unas manos regordetas y bien cuidadas, con arrugas que se encimaban en los anillos. Se sentía demasiado viejo para esto.

—Jefe dice ningún blanco en mucho tiempo.

—¿Hace cuánto?

—Jefe dice desde que pagó impuestos por choza.

—¿Hace cuánto de eso?

—Mucho tiempo, mucho.

—Pregúntale qué tan lejos está Greh, para mañana.

—Jefe dice demasiado lejos.

—Tonterías —dijo el señor Lever.

—Jefe dice demasiado lejos. Mejor aquí. Pueblo bueno. No hay líos.

El señor Lever gimió. Todas las noches la misma cosa. El otro pueblo siempre estaba demasiado lejos. Inventaban cualquier pretexto para retrasarlo, para

tomarse un descanso.

—Pregúntale al Jefe cuántas horas...

—Muchas, muchas —no tenían idea del tiempo.

—Este Jefe bueno. Buena comida. Cargadores cansados. No hay líos.

—Salimos mañana —dijo el señor Lever.

—Este pueblo bueno. Jefe dice...

El señor Lever pensó: si no fuera esta la última oportunidad, me daría por vencido. Le ponían tantos peros. Y súbitamente deseó la presencia de otro blanco (no Davidson; a Davidson no se atrevería a decirle nada) a quien pudiera expresarle lo desesperado de su situación. No era justo que un hombre, después de treinta años de agente viajero, tuviera que ir de puerta en puerta pidiendo trabajo. Había sido un buen agente, le había hecho ganar dinero a muchos, sus referencias eran excelentes, pero el mundo había avanzado desde entonces. No estaba actualizado, con toda seguridad no estaba actualizado. Llevaba ya diez años en el retiro cuando perdió todo durante la depresión.

El señor Lever recorrió Victoria Street de arriba abajo mostrando sus referencias. Muchos de los ejecutivos lo conocían, le ofrecían puros, se reían de él condescendentemente porque quería obtener un puesto a su edad («Por alguna razón no me puedo estar en casa. Como los boxeadores viejos, ¿no?...»),

compartía una broma o dos en tanto y regresaba silencioso de noche a Maidenhead en vagón de primera, encerrado con la vejez y la ruina y con lo mal que estaban las cosas y pobre diablo, su esposa probablemente está enferma.

Fue en las oficinas más bien desaliñadas cerca de la calle Leadenhall que el señor Lever encontró su oportunidad. Decían ser una firma de ingenieros en maquinaria pesada, pero solo contaban con dos cubículos, una máquina de escribir, una secretaria con dientes de oro y el señor Lucas, un hombre delgado y enjuto con un tic en un ojo. Durante toda la entrevista el párpado le guiñó una y otra vez al señor Lever. El señor Lever nunca había caído tan bajo.

Pero el señor Lucas le pareció razonablemente sincero. Puso «todas sus cartas sobre la mesa». No tenía nada de dinero, pero tenía esperanzas; poseía el control de una patente. Una nueva trituradora. El asunto prometía ganancias. Empero, no se podía esperar que los grandes consorcios sustituyeran toda su maquinaria de golpe. Las cosas andaban mal. Era necesario empezar desde el principio, y ahí era donde... bueno, ahí era donde este jefe, los tazones de comida, los perros y las ratas y el calor entraban. Se llamaban a sí mismos república, según el señor Lucas; él no sabía nada al respecto, se imaginaba que no eran tan negros como los pintaban (ja, ja, risita

nerviosa, ja, ja); de cualquier manera, una compañía había filtrado agentes en el país y se había apoderado de una concesión: oro y diamantes. Le podía confiar al señor Lever que el consorcio tenía miedo de lo que había encontrado. Ahora bien, un hombre emprendedor bien podría filtrarse (al señor Lucas le gustaba la palabra filtrarse, hacía que todo sonara fácil y confidencial) y presentarles esta nueva trituradora que les ahorraría miles de libras en cuanto comenzaran a operar; habría jugosas comisiones, y después, con semejante arranque... una fortuna para todos.

—Pero ¿no lo pueden arreglar en Europa?

Tic, tic, hizo el párpado del señor Lucas: «Demasiados belgas. Dejan que las decisiones las tome el hombre que está allá. Un inglés de nombre Davidson».

—¿Qué hay de los gastos?

—Ese es el problema —dijo el señor Lucas—. Apenas estamos comenzando. Lo que necesitamos es un socio. No podemos darnos el lujo de enviar a alguien. Pero si quisiera correr el riesgo... Veinte por ciento de comisión.

—Jefe dice que lo disculpe —los cargadores estaban acuclillados alrededor de los tazones y se llevaban el arroz a la boca con la mano izquierda—. Claro, claro, —dijo el señor Lever, sin prestar

atención—. Muy amable, sí.

Estaba de regreso, lejos del polvo y la oscuridad, del hedor de las cabras y el aceite de coco y las perras preñadas; de vuelta entre los rotarios y el almuerzo en Stone's, el trago de costumbre y las formas de pedido; de nuevo era un tipo sociable que regresaba a Golders Green un poco tomado; su emblema de la masonería tintineaba contra la cadena de su reloj, y desde la estación del metro hasta su casa en Finchley Road llevaba consigo un sentimiento de camaradería, de cuentos verdes y eructos, una sensación de valor.

Necesitaba de todo su valor ahora; había invertido sus últimos ahorros en este viaje. Luego de treinta años podía reconocer algo prometedor cuando lo veía y no tenía dudas acerca de la nueva trituradora. De lo que dudaba era de su capacidad para hallar a Davidson. Por algún motivo no había mapas. Para viajar en esta república había que hacer una lista de nombres y confiar en que alguien en los poblados por los que se pasaba entendería y conocería el camino. Pero siempre decían «demasiado lejos». Toda sociabilidad desfallecía ante tal frase.

—La quinina —dijo el señor Lever—. ¿Dónde está mi quinina? —su asistente nunca recordaba nada. Simplemente no les importaba lo que le pasara a uno,

sus sonrisas no tenían significado, y el señor Lever, quien conocía mejor que nadie el valor de una sonrisa vacía en los negocios, resintió esa indiferencia y se volvió hacia el lento muchacho con una expresión de desilusión y disgusto.

—Jefe dice hombre blanco en la selva, cinco horas.

—Eso suena mejor —dijo el señor Lever—. Debe ser Davidson. ¿Está buscando oro?

—Sí. Blanco busca oro en selva.

—Salimos mañana temprano —dijo el señor Lever.

—Jefe dice mejor quedarnos en el pueblo. La fiebre lío para el blanco.

—Mala suerte —dijo el señor Lever y pensó con placer, mi suerte está cambiando. Seguro necesita ayuda, no puede negarse a nada. En la cárcel y en la cama se conocen los amigos, y su corazón se llenó de simpatía por Davidson. Se vio a sí mismo llegar de la selva como la respuesta a una oración, sintiéndose muy bíblico, *vox humana*. Pensó: rezar, voy a rezar esta noche. Es el tipo de cosas que la gente deja de hacer, pero valen la pena, algo tienen, mientras recordaba las largas horas de oración agónica arrodillado junto a los estantes, bajo las botellas de suero, cuando Emily estuvo hospitalizada.

—El Jefe dice hombre blanco muerto.

El señor Lever les dio la espalda y regresó a su choza. Casi derribó el quinqué con la manga. Se desvistió rápidamente y metió sus ropas en una maleta, a salvo de las cucarachas. No iba a creer lo que le habían dicho; creer no le convenía. Si Davidson estaba muerto, no podía hacer otra cosa que volver, había gastado más de lo que podía, quedaría en la ruina. Se imaginaba que Emily podría encontrar refugio en su hermano, pero difícilmente podría esperar que el hermano... Empezó a llorar, pero entre las sombras de la choza no había distinción posible entre las lágrimas y el sudor. Se arrodilló en el polvo, junto al catre y el mosquitero, y rezó. Hasta ahora se había cuidado de tocar el piso de tierra con los pies desnudos por temor a las niguas, las había por todas partes, sólo estaban esperando la ocasión de enterrarse bajo las uñas, depositar sus huevecillos y multiplicarse.

—Dios mío —rogó el señor Lever— no permitas que Davidson haya muerto; que tan solo esté enfermo y se alegre de verme —no soportaba la idea de que ya nunca podría mantener a Emily—. Dios mío, ¿qué no haría? Todo, todo lo necesario —pero esa era una frase vacía, no tenía idea aún de lo que haría por Emily. Habían sido felices durante treinta y cinco años. Nunca le había sido infiel sino a ratos, cuando estaba tomado después de una cena de rotarios,

cuando los compañeros lo retaban; sin importar las faldas con que se hubiera enredado en sus buenos tiempos, nunca se había imaginado ser feliz casado con ninguna otra. No sería justo que ahora, de viejos, cuando más se necesitaban el uno al otro, perdiera todo su dinero y ya no les fuera posible estar juntos.

Pero por supuesto que Davidson no estaba muerto. ¿De qué iba a morir? Los negros eran pacíficos. La gente decía que este país era un peligro para la salud, pero él no había *oído* ni siquiera un mosquito. Además, la gente no se muere de malaria, solo se acuesta arropada y toma quinina y se siente morir y la elimina con el sudor. Estaba la disentería también, pero Davidson era un veterano de los campamentos; uno estaba a salvo si hervía y filtraba el agua. Tan solo acercársele significaba la muerte; incluso mojarse los pies era tan peligroso debido a las filarias, pero no eran mortales.

El señor Lever estaba acostado y su mente daba vueltas y vueltas, y no podía dormir. Pensó: uno no se muere por las filarias. Causan una herida en los pies, y si se ponen los pies en agua, es posible ver cómo los huevecillos caen con las gotas. Se necesita encontrar la punta del gusano, como si fuera una hebra de algodón, enredarlo en un fósforo y extraerlo sin permitir que se rompa; puede llegar hasta la rodilla. «Estoy muy viejo para este país», pensó el

señor Lever.

Su asistente estaba de nuevo a su lado. Le habló en voz baja, con urgencia, a través del mosquitero. «*Massa*, los cargadores dicen que regresan».

—¿Que regresan? —preguntó el señor Lever, hastiado. ¿Cuántas veces lo había oído antes?—. ¿Por qué quieren regresarse? ¿Qué pasa ahora? —pero en realidad no le interesaba oír la queja más reciente: que a los bandé nunca los mandaban por agua porque el líder era bandé, que alguien se había robado una lata de melaza vacía y la había vendido en un pueblo por un penique, que alguien no era obligado a cargar lo que le correspondía, que el destino del día siguiente estaba «demasiado lejos». Dijo—: Diles que pueden regresar. Les voy a pagar en la mañana, pero no les daré su parte. De quedarse, les tocaría una buena tajada —estaba seguro de que no era más que otra maniobra; no era tan novato como para tragársela.

—Sí, *massa*, no quieren tajada.

—¿Qué?

—Tienen miedo que la fiebre haga lo que al blanco.

—Voy a contratar otros cargadores en el pueblo. Se pueden ir.

—Yo también, *massa*.

—Lárgate —dijo el señor Lever; fue la última

gota—. Lárgate y déjame dormir —el asistente salió de inmediato, aunque desertor, obediente, y el señor Lever pensó: ¿dormir?, qué esperanza. Levantó el mosquitero y dejó la cama (de nuevo descalzo, las niguas le importaban un carajo) y se puso a buscar la caja de las medicinas. Estaba cerrada con llave, desde luego, y tenía que abrir su maleta para buscar el llavero en el pantalón. Cuando encontró los somníferos y se tomó tres, tenía los nervios más destrozados que nunca. Eso lo puso a dormir, con pesadez y sin sueños, aunque cuando se despertó, halló que algo lo había hecho agitar los brazos y abrir el mosquitero. De existir un solo mosquito en la choza, lo habría picado. Por supuesto no había ninguno.

De inmediato se dio cuenta de que el problema no había concluido. El pueblo —no sabía el nombre— colgaba de la cima de una colina; al este y al oeste el bosque se extendía por debajo de la pequeña planicie; al oeste era una masa uniforme y oscura como un estanque, pero al este se podía distinguir un paisaje ondulante, las grandes ceibas parduscas que se alzaban por sobre las palmeras. Al señor Lever siempre lo despertaban antes del amanecer, pero hoy nadie lo había hecho. Unos cuantos de sus cargadores estaban sentados afuera de una choza, conversando con hosquedad; el asistente estaba con ellos. El señor

Lever entró de nuevo y se vistió. Todo el tiempo pensaba, «debo mantenerme firme», pero tenía miedo, miedo de que lo dejaran, miedo de que lo forzaran a regresar.

Cuando salió de nuevo, el pueblo estaba despierto. Las mujeres bajaban la colina para traer agua, en una hilera silenciosa, rodeando a los cargadores, más allá de las piedras lisas donde estaban enterrados los jefes, más allá de la pequeña arboleda donde, como canarios verdes y amarillos, anidaban los chambergos. El señor Lever se sentó en su silla plegable, entre los polluelos y las perras preñadas y el estiércol de vaca, y llamó a su asistente: «Dile al Jefe que quiero hablar con él».

Hubo que esperar un momento, pues el Jefe no se había levantado aún, pero ahora apareció con su manta blanca y azul, acomodándose el bombín. «Dile», dijo el señor Lever, «que necesito gente que me lleve hasta el hombre blanco y me traiga de regreso. Dos días».

—Jefe no quiere —dijo el muchacho.

El señor Lever dijo con furia: «Con un carajo, si no quiere, no va a sacar ninguna tajada de esto, ni un penique». De inmediato cayó en la cuenta de cuán irremediablemente dependía de la honradez de estos hombres. Allí en la choza, a la vista de todos, estaba su caja de dinero; no había más que tomarla. Esta no

era una colonia inglesa o francesa; a los negros de la costa no les importaría —no podrían hacer nada en caso de que les importara— el que a un inglés perdido lo asaltaran en el interior del continente.

—El Jefe dice cuántos.

—Son solo dos días —dijo el señor Lever—. Me basta con seis.

—Jefe dice cuánto.

—Seis peniques diarios, más la comida.

—El Jefe no quiere.

—Nueve peniques, entonces.

—Jefe dice demasiado lejos. Un chelín.

—Está bien, está bien —dijo el señor Lever—, un chelín, pues. Ustedes pueden regresar a casa si quieren. Ahora les pago, pero no les toca nada extra, ni un penique.

Nunca había esperado que en realidad lo abandonaran, y sintió una triste soledad al verlos alejarse con desgano (estaban avergonzados de sí mismos) y bajar por la colina hacia el oeste. No llevaban nada auestas, pero no iban cantando; se alejaron encorvados y en silencio hasta desaparecer, el asistente con ellos, y el señor Lever se quedó solo con su montón de cajas y el jefe, que no hablaba una palabra de inglés. El señor Lever sonrió trémulamente.

Dieron las diez antes de que seleccionara a su

nueva cuadrilla. Le era fácil ver que ninguno quería ir, y tendrían que caminar en la canícula del mediodía si es que querían encontrar a Davidson antes de que oscureciera. Esperaba que el jefe les hubiera explicado bien adónde iban. Él no sabía, estaba completamente aislado, y cuando comenzaron a descender por la falda este bien podría haber ido solo, daba lo mismo.

De inmediato los absorbió la selva. La selva transmite una sensación de belleza salvaje, de una fuerza natural, activa, pero esta selva liberiana no era más que una foresta de un verde insulso. Había que caminar por una senda de apenas medio metro de ancho a través de un interminable jardín trasero de arbustos enredados, que no parecía tanto crecer como morir alrededor de uno. No tenía vida en absoluto, a excepción de unos cuantos pájaros grandes cuyas alas crujían en lo alto, a lo largo del cielo invisible, como goznes sin aceitar. Ningún paisaje, ninguna escapatoria para la vista, ningún cambio de escenario. No era el calor lo que los fatigaba tanto como el aburrimiento; había que pensar en qué pensar. Pero incluso Emily no le ocupaba la cabeza durante más de tres minutos. Era una distracción y un alivio cuando el sendero estaba inundado y lo tenían que llevar a cuestras. Al principio el olor fuerte y amargo le disgustaba (lo hacía recordar cierto

desayuno que lo obligaban a tomar cuando niño) pero pronto se habituó. Ahora ya no se daba cuenta de que olieran en absoluto, no más de lo que notaba que las grandes mariposas de cola bifurcada que se apiñaban al borde de las aguas y le rodeaban la cintura en nubes verdes eran hermosas. Sus sentidos estaban apagados y poco percibían aparte de su aburrimiento.

Sin embargo, sí registraron una clara sensación de alivio cuando el guía señaló hacia un hoyo rectangular excavado a la vera de la senda. El señor Lever comprendió de inmediato. Davidson había andado por ahí. Se detuvo a echar un vistazo. Parecía una tumba para un hombre pequeño, pero era más profunda de lo común. A unos cuantos metros de profundidad había agua negra, y unos cuantos pilones de madera que sostenían las paredes comenzaban a pudrirse; seguramente habían empezado a cavar con las lluvias. No parecía suficiente, ese agujero, como para que el señor Lever hubiera venido hasta aquí con sus cálculos y planes sobre una nueva trituradora. Estaba acostumbrado a los grandes consorcios industriales, el espectáculo de los enormes tiros de mina, el humo de chimeneas, las hileras de casitas mugrosas pared con pared, la silla de cuero en la oficina, el habano, los apretones de manos a lo masón. Y de nuevo, como en la oficina del señor Lucas, le pareció que había caído muy bajo. Era

como si esperaran que hiciera tratos al lado de un hoyo cavado por un niño en un jardín trasero demasiado crecido y descuidado. En el aire caliente y húmedo los porcentajes se desvanecían. Sacudió la cabeza; no debía descorazonarse, era solo un hoyo viejo. Con toda probabilidad, a Davidson le había ido mejor desde entonces. Era mera cuestión de sentido suponer que la veta de oro que se explotaba por un lado en Nigeria, por el otro en Sierra Leona, atravesaba este país. Hasta las minas más grandes habían comenzado por hacer un hoyo en la tierra. Este consorcio (había conversado con los directores en Bruselas) tenía mucha confianza; lo único que necesitaba por parte de su agente era la seguridad de que la trituradora funcionaría en las condiciones de aquel lugar. Una firma, eso era todo lo que había que obtener, se dijo, mientras miraba fijamente el charco de agua negra.

Cinco horas, había dicho el jefe. Pero después de seis seguían caminando. El señor Lever no había comido nada, quería llegar hasta Davidson antes. Caminó todo el día bajo el calor. El bosque lo protegía de los rayos del sol, pero impedía la ventilación, y los claros ocasionales, si bien temblorosos a causa del resol vertical, parecían más frescos que la sombra por haber un poco más de aire para respirar. A las cuatro el calor disminuyó, pero el

señor Lever comenzó a temer que no encontrarían a Davidson antes de caer la noche. Le dolía un pie. La noche anterior una nigua lo había picado; era como si le estuvieran quemando el dedo con un cerillo. A las cinco se toparon con un negro muerto.

Un nuevo agujero rectangular en un pequeño desmonte entre el verdor sucio llamó la atención del señor Lever. Se asomó y se asustó al encontrarse con una cara que le devolvía la mirada, los globos blanquecinos fosforescentes en el agua negra. Parecía como si al negro lo hubieran doblado para que cupiera. El hoyo era realmente muy pequeño para ser una tumba y el cadáver se había hinchado. La carne semejaba una ampolla que se pudiera pinchar con una aguja. El señor Lever sintió asco y cansancio; se hubiera podido regresar al pueblo antes de oscurecer, se habría sentido tentado de hacerlo, pero ahora nada podía hacerse sino seguir adelante. Por suerte, los cargadores no habían visto el cadáver. Les indicó con la mano que continuaran y los siguió, tropezándose con las raíces, luchando contra la náusea. Se abanicó con su salacot; su rostro regordete y ancho estaba húmedo y pálido. Nunca antes había visto un cadáver descuidado. Había visto a sus padres cuidadosamente tendidos, con los ojos cerrados y las caras limpias durante el velorio; «gozaban del sueño», muy de acuerdo con sus epitafios, pero resultaba imposible

asociar el sueño con aquellos ojos blancos y aquel rostro abotagado. Al señor Lever le hubiera gustado mucho decir una oración, pero las oraciones estaban fuera de lugar en la selva gris y moribunda; simplemente no le «nacían».

Con la caída de la tarde se despertó un poco de vida. Algo estaba vivo entre los yerbajos secos y los frágiles árboles, aunque solo fueran monos. Parloteaban y gritaban alrededor suyo, pero estaba demasiado oscuro para verlos, como si se fuera un ciego en medio de una multitud aterrorizada que no se atreve a nombrar lo que la asusta. También los cargadores estaban asustados. Corrían con los veinte kilos de su carga a cuestras detrás de la luz oscilante del quinqué, con sus enormes pies planos palmoteando en la tierra como si fueran guantes vacíos. El señor Lever trataba nerviosamente de oír si había mosquitos; era de esperar que a estas horas ya hubieran aparecido, pero no escuchó ninguno.

Entonces, en lo alto del repecho de un arroyo, se toparon con Davidson. Había una tienda levantada en un desmonte cuadrado de unos cuatro metros. Davidson había hecho otra excavación. El cuadro se dibujaba a la vista nebulosamente conforme ascendían por el sendero: las cajas de comida apiladas afuera de la tienda, el sifón de agua mineral, el filtro, una palangana esmaltada. Pero ni una luz, ni

un sonido. Los faldones de la tienda estaban abiertos, y el señor Lever tuvo que hacer frente a la posibilidad de que después de todo el jefe hubiera dicho la verdad.

El señor Lever cogió la lámpara e inclinado entró en la tienda. Un cuerpo estaba en la cama. Al principio el señor Lever creyó que Davidson estaba cubierto de sangre, pero luego se dio cuenta que era un vómito negro lo que manchaba su camisa y sus pantaloncillos de caqui, los rubios brotes de barba. Estiró la mano y tocó la cara de Davidson. De no haber sentido un leve aliento contra su palma, lo hubiera dado por muerto, por estar su piel tan fría. Acercó más la lámpara, y así el rostro amarillento le dijo lo que quería saber, no se le había ocurrido esto cuando su asistente habló de una fiebre. Ciertamente la malaria no era mortal, pero un artículo curioso que había leído en Nueva York en el 98 le vino a la mente: una epidemia de fiebre amarilla en Río y noventa por ciento de los casos fueron fatales. Entonces aquello no le había dicho nada, pero ahora era distinto. Mientras lo observaba, Davidson se puso a vomitar, sin mayor dificultad; era como una llave de la que fluyera algo.

Al principio le pareció que este era el fin de todo: de su viaje, de sus esperanzas, de su vida con Emily. No había nada que hacer por Davidson, estaba

inconsciente, su pulso era tan débil e irregular en ocasiones, que el señor Lever pensaba que había muerto hasta que un nuevo chorro negro surgía de su boca. Ni siquiera valía la pena limpiarlo. El señor Lever puso sus propias cobijas encima de las de Davidson, por sentirlo tan frío, pero no tenía idea de si lo que hacía era correcto o, incluso, fatalmente incorrecto. Su oportunidad de sobrevivir, si existía tal cosa, no dependía de ninguno de los dos. Afuera sus cargadores habían encendido una fogata y estaban cocinando el arroz que habían traído. El señor Lever instaló su silla plegable y se sentó junto a la cama. Necesitaba mantenerse despierto, le parecía lo correcto. Abrió la maleta y encontró la carta inconclusa para Emily. Se sentó al lado de Davidson y trató de escribir, pero no se le ocurrió otra cosa que lo que ya había escrito tantas veces: *Cuidate. No te olvides de la cerveza y la leche.*

Se durmió con la libreta en las manos. Despertó a las dos y creyó que Davidson estaba muerto. Pero se había equivocado de nuevo. Estaba muy sediento y le hacía falta su asistente. Al final de una jornada, el asistente encendía siempre una fogata en la que ponía una olla a hervir; luego, cuando la silla y la mesa ya estaban en su lugar, había agua lista para el filtro. El señor Lever encontró medio vaso de agua mineral en el sifón de Davidson. De haberse tratado solo de su

salud, habría ido al arroyo, pero tenía que pensar en Emily. Había una máquina de escribir junto a la cama, y al señor Lever se le ocurrió que daba lo mismo si se ponía a escribir el informe de su fracaso en ese instante; lo mantendría despierto. Dormir le parecía una falta de respeto para el moribundo. Encontró papel debajo de algunas cartas que habían sido escritas y firmadas pero no selladas. Davidson debió haberse enfermado muy de repente. El señor Lever se preguntó si no habría sido él quien enterró al negro como pudo, tal vez ese hombre había sido su asistente, no había señas de ningún empleado. Colocó la máquina sobre sus rodillas y fechó la carta «De campamento, cerca de Greh».

Le parecía injusto haber llegado tan lejos, gastado tanto dinero, maltratado tanto un cuerpo más bien viejo, solamente para darse de cara con su inevitable ruina en una tienda oscura al lado de un hombre que moría, cuando bien podría haberla enfrentado en casa, con Emily, en su espaciosa sala. El recuerdo de las oraciones que había pronunciado inútilmente de rodillas junto al catre, entre las niguas, las ratas y las cucarachas, lo hizo rebelarse. Un mosquito, el primero que había oído, voló zumbando por la tienda. El señor Lever trató de aplastarlo a manotazos, rabioso; de haber estado con los rotarios no se habría reconocido a sí mismo. Estaba perdido y

se había liberado. Las reglas de la moralidad eran las que le permitían a un hombre sentirse feliz y realizado entre sus semejantes, pero el señor Lever no estaba feliz ni realizado, y a su único semejante en esa tiendita bochornosa no le preocupaba si había que evitar las falacias en la publicidad, o si el señor Lever deseaba los bueyes de su prójimo. Era imposible conservar intactos los principios una vez descubierta su índole geográfica. «La solemnidad de la muerte». Pero la muerte no era solemne, era una piel amarillenta y un vómito negro. «La sinceridad es la mejor estrategia». De pronto se dio cuenta de cuán falso era eso. El que estaba felizmente sentado escribiendo a máquina era un anarquista, un anarquista que no reconocía más que una relación personal: su cariño por Emily. El señor Lever comenzó a teclear: *Después de examinar los planes y cálculos del señor Lever acerca de la nueva trituradora Lucas...*

El señor Lever pensó, con rabiosa felicidad, «gané». Esta carta sería la última que el consorcio recibiría de parte de Davidson. El subdirector la abriría en la pulcra oficina de Bruselas, se golpearía los dientes postizos con una pluma Waterman e iría a la oficina del señor Golz. *Considerando todos estos factores, recomiendo que se acepte...* Le telegrafiarían a Lucas. En cuanto a Davidson, ese

confiable agente de la compañía habría muerto de fiebre amarilla, en una fecha nunca determinada con exactitud. Otro agente vendría, y la trituradora... El señor Lever copió la firma de Davidson cuidadosamente en una hoja de papel blanco. No estaba satisfecho. Puso el original de cabeza y lo copió de esa manera a fin de que sus propias ideas de cómo debe escribirse una letra no interfirieran. Así estaba mejor, pero no lo satisfacía. Buscó hasta encontrar la propia pluma de Davidson y volvió a copiar y copiar la firma. Se quedó dormido mientras lo hacía y se despertó de nuevo una hora más tarde para darse cuenta de que la lámpara estaba apagada; el aceite se había consumido. Se sentó junto a la cama de Davidson hasta el amanecer. En una ocasión un mosquito le picó un tobillo, y el señor Lever tardó demasiado en tratar de aplastarlo contra su piel: la bestia despegó con un zumbido. Con la luz del día comprobó que Davidson había muerto. «Dios mío, qué cosa», dijo. «Pobre tipo». En un rincón de la tienda escupió delicadamente con las palabras el mal sabor de boca de la mañana. Era como un pequeño resabio de sus convencionalismos.

El señor Lever ordenó a dos de sus hombres que enterraran a Davidson cuidadosamente en la última excavación. Ni ellos ni el fracaso ni la separación lo asustaban ya. Rompió la carta para Emily. Su timidez,

su miedo secreto, sus frases corteses y acarameladas ya no representaban su estado de ánimo, *No te olvides de la cerveza. Cuidate mucho*. Llegaría a casa tan pronto como la carta, y ahora iban a hacer juntos cosas en las que nunca habían soñado. Las ganancias de la trituradora eran solo el principio. Sus ideas ahora se extendían más allá de Eastbourne, llegaban hasta Suiza. Tenía la sensación de que, si de veras se lo permitía, se extenderían incluso hasta la Riviera. Cuán feliz se sentía al imaginarse lo que llamó «el viaje a casa». Estaba libre de lo que lo había frenado a través de una larga y pedante carrera: un destino medroso siempre consciente, siempre alerta contra la deshonestidad, las faldas que revolotean en Picadilly, el trago de más en Stone's. Esta vez había conjurado esos fantasmas...

Pero ustedes que leen esto, que saben tanto más que el señor Lever, que pueden seguir el viaje del mosquito desde el negro muerto y abotagado hasta la tienda de Davidson, al tobillo del señor Lever; ustedes bien pueden creer en un dios amable y benévolo con la fragilidad humana, dispuesto a otorgarle al señor Lever tres días de felicidad, tres días de descanso de su rutina exasperante mientras a través de la selva llevaba consigo sus falsificaciones de novato y la fiebre amarilla en la sangre. Esta historia bien podría haber hecho crecer mi fe en esa

omnisciencia amorosa si no la hubiese desalentado mi conocimiento personal de la selva gris que el señor Lever cruzaba ahora tan alegremente, donde resulta imposible creer en cualquier clase de vida espiritual, en nada más que la naturaleza que muere en derredor, el temblor de los arbustos. Pero, desde luego, siempre hay dos puntos de vista para todo. Esa era la expresión favorita del señor Lever, bebedor de cerveza en el Ruhr, de Pernod en la Lorena, vendedor de maquinaria pesada.

[1936]

Traducción de Alfredo Michel

Hermano

Los primeros que aparecieron fueron los comunistas. Caminaban de prisa, en un grupo de unos doce, subiendo el bulevar que va de Combat a Ménilmontant; un joven y una chica iban algo a la zaga porque el hombre tenía una pierna herida y la chica lo ayudaba. Se veían impacientes, acosados, desesperanzados, como si estuvieran tratando de alcanzar un tren cuando ya sabían en sus corazones que era demasiado tarde para alcanzarlo.

El dueño del café los vio venir desde muy lejos; a esa hora las lámparas todavía estaban encendidas (fue más tarde cuando las balas rompieron los focos y cubrieron de oscuridad todo ese barrio de París), y el grupo se distinguía claramente en la ancha avenida desierta. Desde el atardecer solo había entrado al café un parroquiano, y muy poco después de la puesta del sol se pudieron oír disparos que venían del lado de Combat; hacía horas que había cerrado la estación del Metro. Y sin embargo, algo de obstinado e indomable en el carácter del patrón le había impedido cerrar los postigos; podría haber sido avaricia; ni él mismo podía decir qué era mientras apoyaba su frente ancha y amarillenta en el vidrio y miraba hacia una y otra parte, avenida arriba y

avenida abajo.

Pero cuando vio al grupo con su aire de prisa empezó inmediatamente a cerrar el café. Primero fue a avisar a su único cliente que estaba practicando tiros de billar, dando vueltas y más vueltas alrededor de la mesa, frunciendo el entrecejo entre tiros y acariciándose el delgado bigote, con la cara verdosa bajo la luz difusa.

—Allá vienen los rojos —dijo el patrón—, más vale que se vaya. Estoy cerrando los postigos.

—No interrumpa. No me van a hacer daño —dijo el cliente—. Este es un tiro difícil. La roja está detrás de la línea de salida. Despegada de la baranda. Bola con efecto al rincón. —Tiró la bola directamente a la tronera.

—Ya sabía yo que no podía hacer nada con eso —dijo el patrón, moviendo la calva cabeza—. Más le vale irse a casa. Pero antes déme una mano con los postigos. Ya despaché a mi mujer —el cliente se volvió hacia él, malévolo, golpeando el taco entre los dedos—. Fue su parloteo lo que echó a perder el tiro. Supongo que tiene razones para sentir miedo; pero yo soy un hombre pobre. Estoy a salvo. No me muevo de aquí —fue a su chaqueta y sacó un puro seco—. Tráigame un tarro de cerveza —dio la vuelta a la mesa sobre las puntas de los pies y se oyó el choque de las bolas; el patrón, viejo e irritado,

volvió a la barra. No llevó la cerveza sino que empezó a cerrar los postigos; cada movimiento era lento y torpe. Mucho antes de que terminara, el grupo de comunistas estaba afuera.

Dejó lo que estaba haciendo y los observó con una antipatía furtiva. Tenía miedo de que el golpeteo de los postigos atrajera su atención. *Si me quedo muy quieto y callado*, pensó, *quizá sigan adelante*, y recordó con maligno placer la barricada de la policía en la *Place de la République*. Eso va a acabar con ellos. Mientras tanto debo quedarme quieto, muy callado, y sintió una especie de satisfacción cálida con la idea de que la cordura le dictaba precisamente la actitud más acorde con su naturaleza. Así que se quedó, mirando por el borde de un postigo, amarillento, regordete, cauteloso, oyendo cómo chocaban las bolas de billar en el otro cuarto, viendo al joven que se acercaba cojeando por el asfalto, del brazo de la chica, observando cómo se detenían y se quedaban mirando el bulevar arriba con caras de inseguridad, hacia Combat.

Pero cuando entraron al café ya estaba detrás de la barra, sonriendo y haciendo caravanas, sin perder nada, dándose cuenta de cómo habían dividido sus fuerzas, cómo seis de ellos habían empezado a correr de vuelta por donde habían venido.

El joven se sentó en un rincón oscuro arriba de

las escaleras del sótano, y los demás se quedaron de pie alrededor de la puerta, esperando que pasara algo. El patrón tenía una rara sensación al ver que simplemente se quedaban de pie en su café sin pedir un trago, sabiendo qué esperaban, mientras que él, el propietario, no sabía nada, no entendía nada. Por fin la chica dejó a los demás y se acercó a la barra. «Coñac», dijo, pero cuando se lo sirvió, poniendo mucho cuidado en dar una cantidad justa mas no generosa, solo se lo llevó al hombre que estaba sentado en la oscuridad y se lo acercó a los labios.

—Tres francos —dijo el patrón. Ella tomó la copa y bebió un trago, y le dio vuelta para que los labios del hombre pudieran tocar el mismo lugar. Luego se arrodilló, descansó la frente en la del hombre, y así se quedaron.

—Tres francos —dijo el patrón, pero no podía hacer que su voz sonara decidida. Ya no se veía en su rincón al hombre, solo la espalda de la chica, tan delgada en su vestido de algodón negro gastado, de rodillas y echada adelante para encontrar la cara del hombre. El patrón estaba amedrentado por los cuatro hombres de la puerta; sabía que eran rojos que no tenían respeto por la propiedad privada, que se beberían su vino y se marcharían sin pagar, que violarían a sus mujeres (pero solo estaba su esposa, y no estaba ahí), que robarían su banco, que lo

asesinarían tan fácilmente como lo miraban. Así que con temor en el corazón dio por perdidos los tres francos, con tal de no volver a llamar la atención.

Y entonces ocurrió lo peor que había previsto.

Uno de los hombres de la puerta se acercó a la barra y le dijo que sirviera cuatro copas de coñac. «Sí, sí», dijo el patrón, manoseando torpemente el corcho, pidiéndole en secreto a la Virgen que enviara un ángel, que enviara a la policía, que enviara a los Guardias Móviles, ahora, de inmediato, antes de que saliera el corcho, «son doce francos».

—Ah no —dijo el hombre—, todos aquí somos camaradas. A todos nos toca por igual. Escuche —dijo con tono de burla grave, inclinándose sobre la barra— todo lo que tenemos es suyo, de la misma manera que es nuestro, camarada —y dando un paso atrás se mostró al patrón, para que este pudiera escoger entre la corbata que parecía un cordón, los pantalones raídos, las facciones hambrientas—. Y de ello se sigue, camarada, que todo lo que usted tiene es nuestro. Así que cuatro coñacs. A todos nos toca por igual.

—Claro —dijo el patrón—, si solo estaba bromeando —luego se quedó con la botella en el aire, y las cuatro copas tintinearón en el mostrador—. Una ametralladora —dijo—, allá arriba por Combat —y sonrió al ver cómo por el momento los hombres

olvidaban su coñac, y se movían intranquilos cerca de la puerta. Falta muy poco, pensó, y me habré librado de ellos.

—Una ametralladora —dijo el rojo incrédulo—, ¿están usando ametralladoras?

—Bueno —dijo el patrón, alentado por esa señal de que los Guardias Móviles no estaban muy lejos—, no pueden decir que ustedes mismos no están armados —se recargó en la barra en una forma casi paternal—. Después de todo, sabe, sus ideas... no funcionarían en Francia. Amor libre.

—¿Quién está hablando de amor libre? —dijo el rojo. El patrón se encogió de hombros, sonrió y señaló con la cabeza hacia el rincón. La chica estaba de rodillas, su cabeza en el hombro del muchacho, de espaldas a la habitación. Estaban en completo silencio y la copa de coñac estaba en el piso a su lado. La boina de la chica estaba en la parte de atrás de su cabeza, tenía una de las medias rota y zurcida desde la rodilla hasta el tobillo.

—¿Quién, esos dos? No son amantes.

—Pues yo —dijo el patrón—, con mis ideas burguesas, hubiera pensado...

—Es su hermano —dijo el rojo.

Los hombres se agruparon alrededor de la barra y se rieron de él, pero bajito, como si en la casa hubiera alguien que dormía o un enfermo. Todo el

tiempo estaban atentos, escuchando. Entre sus hombros el patrón podía mirar del otro lado de la avenida; podía ver la esquina del Faubourg du Temple.

—¿Qué esperan?

—A unos amigos —dijo el rojo. Hizo un gesto con la palma abierta, como diciendo: *Ya ve, a todos nos toca por igual. No tenemos secretos.*

Algo se movió en la esquina del Faubourg du Temple.

—Cuatro coñacs más —dijo el rojo.

—¿Y qué hay de esos dos? —preguntó el patrón.

—Déjelos tranquilos. Se cuidan solos. Están cansados.

Qué cansados estaban. Ninguna caminata bulevar arriba desde Ménilmontant podía expresar el cansancio. Parecían venir desde más lejos y haberles ido mucho peor que a sus compañeros. Estaban más desnutridos; estaban infinitamente más desesperanzados, sentados en su rincón oscuro lejos de la charla amistosa, de las voces amistosas que ahora confundían la mente del patrón, hasta que por un momento creyó ser el anfitrión que recibía a sus amigos.

Rió e hizo una broma vulgar dirigida a la pareja, pero no dieron ninguna señal de haber entendido. Tal vez había que tenerles lástima, separados de la

camaradería del mostrador; tal vez había que envidiarles su profundo compañerismo. Sin ninguna razón en especial el patrón pensó en los árboles grises y desnudos de las Tullerías, como una serie de puntos de exclamación dibujados contra el cielo de invierno. Confuso, desintegrado, perdidos todos sus puntos de referencia, miraba por la puerta hacia el Faubourg.

Era como si no se hubieran visto en mucho tiempo, y pronto volverían a despedirse. Casi sin darse cuenta de lo que hacía llenó cuatro copas de coñac. Estiraron hacia ellas sus dedos cansados y adormecidos.

—Esperen —dijo—. Tengo algo mejor que esto —luego se detuvo consciente de lo que estaba pasando del otro lado del bulevar. La luz de los faroles salpicaba los cascos de acero azules; los Guardias Móviles se alineaban a través de la entrada del Faubourg, y una ametralladora apuntaba directamente a las ventanas del café.

«Así que mis ruegos han sido contestados», pensó el patrón. «Ahora debo hacer mi parte, no mirar, no advertirles, salvarme. ¿Habrán cubierto la puerta lateral?».

—Voy a traer otra botella. Auténtico Brandy Napoléon. A todos nos toca por igual —sintió una curiosa falta de triunfo mientras levantaba la tapa de

la barra y salía. Trató de no caminar de prisa hacia el fondo, hacia la sala de billar. Nada de lo que hiciera debería ser un aviso para esos hombres; trató de estimularse con la idea de que cada uno de sus pasos lentos e indiferentes era un golpe que daba por Francia, por su café, por sus ahorros. Tuvo que pasar por encima de los pies de la chica; estaba dormida. Vio los omóplatos agudos que forzaban el algodón, alzó los ojos y se encontró con los del hermano, llenos de dolor y desesperación.

Se detuvo. Se encontró con que no podía pasar sin una sola palabra. Era como si necesitara explicar algo, como si perteneciera al partido equivocado. Con falsa afabilidad agitó el sacacorchos que trata en la mano frente a la cara del otro. «Otro coñac, ¿eh?».

—De nada sirve hablarles —dijo el rojo— son alemanes. No entienden ni una palabra.

—¿Alemanes?

—Eso es lo que le pasa en la pierna. Un campo de concentración.

El patrón se dijo que debía darse prisa, que debía poner una puerta entre él y ellos, que el final estaba muy cerca, pero le desconcertaba la desesperanza que había en la mirada del hombre. «¿Qué está haciendo aquí?». Nadie le contestó. Era como si su pregunta fuera demasiado tonta para necesitar respuesta. Con la cabeza hundida sobre el pecho el

patrón pasó, y la chica siguió durmiendo. Era como un extraño dejando un cuarto donde todos los demás son amigos. *Un alemán. No entienden una sola palabra*; y subiendo, subiendo por la pesada oscuridad de su mente, a través de la avaricia y el dudoso triunfo, unas cuantas palabras alemanas recordadas de los viejos tiempos treparon como espías hacia la luz: un verso de la *Lorelei* aprendido en la escuela, *Kamerad*, con su sugerencia de tiempos de guerra, de miedo y rendición, y curiosamente, desde ninguna parte, la expresión *mein Bruder*. Abrió la puerta de la sala de billar, la cerró detrás de sí y suavemente dio vuelta a la llave.

—La de la salida está detrás de la línea — explicó el parroquiano y se inclinó sobre la gran mesa verde, pero mientras afinaba la puntería, arrugando los ojillos irritables, empezaron los disparos. Llegaron en dos ráfagas, con un crujir de vidrios entre las dos. La chica gritó algo, pero no era una de las palabras que el patrón conocía. Luego unos pies corrieron por el piso, se oyó golpear la tapa de la barra. El patrón se apoyó contra la mesa y escuchó, esperando algún sonido más; pero bajo la puerta solo entraba silencio, y silencio por el agujero de la cerradura.

—El paño. Dios mío, el paño —dijo el parroquiano, y el patrón bajó la mirada hacia su

propia mano, que estaba hundiendo el sacacorchos en la mesa.

—¿Nunca va a terminar esta absurda situación? —dijo el parroquiano—. Me voy a casa.

—Espere —dijo el patrón—, espere —oía voces y pasos en el otro cuarto. Eran voces que no reconocía. Luego llegó un coche y en seguida se volvió a ir. Alguien sacudió el picaporte—. ¿Quién es? —gritó el patrón.

—¿Quién es usted? Abra la puerta.

—Ah —dijo el parroquiano con alivio— la policía. ¿Dónde estaba? La de la salida detrás de la línea —empezó a poner tiza en el taco. El patrón abrió la puerta. Sí, habían llegado los Guardias Móviles; estaba a salvo otra vez, aunque sus ventanas estaban rotas. Los rojos se habían esfumado como si nunca hubieran existido. Miró la tapa levantada, los focos eléctricos estrellados, y la botella rota que escurría detrás del bar. El café estaba lleno de hombres, y recordó con un extraño alivio que no había tenido tiempo de cerrar con llave la puerta lateral.

—¿Es usted el dueño? —preguntó el oficial—. Un tarro de cerveza para cada uno de estos hombres y un coñac para mí. Dése prisa.

El patrón calculó: «Nueve francos cincuenta», y miró cuidadosamente, con la cabeza baja, las

monedas que tintineaban en el mostrador.

—Ya ve —dijo el oficial significativamente—, nosotros pagamos —señaló con la cabeza hacia la puerta lateral—. Esos otros: ¿pagaron?

No, admitió el patrón, no habían pagado, pero mientras contaba las monedas y las metía en la registradora, se sorprendió repitiendo en silencio la orden del oficial: «Un tarro de cerveza para cada uno de estos hombres». Los otros, pensó, hay que decir esto en su defensa, no eran avaros con el trago. Para ellos fueron cuatro coñacs. Pero, claro, no pagaron. «Y mis ventanas», se quejó en voz alta con aspereza repentina, «¿y qué hay de mis ventanas?».

—No se preocupe —dijo el oficial—, el gobierno pagará. No tiene más que mandar la cuenta. Dése prisa con mi coñac. No tengo tiempo para charlar.

—Usted mismo puede ver que las botellas están rotas —dijo el patrón—. ¿Quién va a pagar eso?

—Todo va a ser pagado —dijo el oficial.

—Y ahora debo ir al sótano a buscar más.

Lo enojaba la reiteración de la palabra pagar. «Entran en mi café, pensó, rompen mis ventanas, me dan órdenes y creen que todo se arregla si pagan, pagan, pagan». Se le ocurrió que esos hombres eran intrusos.

—Rapidito —dijo el oficial; se volvió a regañar

a uno de sus hombres que había apoyado su rifle contra la barra.

El patrón se detuvo arriba de las escaleras del sótano. Estaba en la oscuridad, pero con la luz del bar podía vislumbrar un cuerpo a media escalera. Empezó a temblar violentamente, y pasaron algunos segundos antes de que pudiera encender un cerillo. El joven alemán yacía con la cabeza hacia abajo, y la sangre de su cabeza escurría al escalón siguiente. Tenía los ojos abiertos y miraba al patrón con la extraña expresión desesperada que tenía en vida. El patrón no podía creer que estuviera muerto. «Kamerad», dijo inclinándose, mientras el cerillo le quemaba los dedos y se apagaba, tratando de recordar alguna frase en alemán, pero solo podía recordar, inclinado ahí, «Mein Bruder». Y de pronto se dio la vuelta y corrió escaleras arriba, blandió la caja de cerillos en la cara del oficial y gritó en voz baja e histérica, a él y a sus hombres y al parroquiano doblado bajo la pantalla verde: «Salauds! Salauds!».

—¿Qué fue eso? ¿Qué fue eso? —exclamó el oficial—. ¿Dijo que era su hermano? ¡Imposible! —y miró ceñudo e incrédulo al patrón, haciendo tintinear las monedas en su bolsillo.

[1936]

Traducción de Flora Botton-Burlá

Jubileo

El señor Chalfont planchó sus pantalones y su corbata. Luego dobló la tabla de planchar y la guardó. Era alto y había conservado la figura. Se veía distinguido hasta en pantalones, en el departamentito amueblado de una sola pieza que alquilaba cerca de Shepherd's Market. Tenía cincuenta años, pero no parecía mayor de cuarentaicinco; estaba sin un centavo, pero conservaba sin duda alguna el estilo de Mayfair.

Escudriñó ansiosamente el cuello de su camisa; no había salido en más de una semana, con excepción de sus viajes matutino y vespertino a la fonda de la esquina para comer su panecillo con jamón, y entonces siempre llevaba abrigo y un cuello sucio. Decidió que no echaría a perder el efecto si lo usaba una vez más; no creía en hacer economías demasiado rígidas en el lavado de la ropa, había que gastar dinero para ganar dinero, pero no tenía caso despilfarrar. Y de algún modo no creía en su suerte esa tarde, a la hora del coctel; salía para conservar el ánimo, porque después de una semana alejado de los restaurantes hubiera sido tan fácil dejarse ir, limitarse a su habitación y su visita a la fonda dos veces al día.

Los adornos del Jubileo seguían en su lugar, en el

frío mes de mayo lleno de viento. Los listones de papel, sucios de lluvia y hollín, ondeaban en las desoladas corrientes de aire de Picadilly. Recordaban un buen momento que el señor Chalfont no había compartido; no había tocado silbatos ni echado a volar listones de papel; ciertamente no había bailado con la música del armonio. Su silueta precisa era como el símbolo del Buen Gusto mientras esperaba, con el paraguas doblado, a que cambiara a verde la luz del semáforo; había aprendido cómo poner la mano para que no se le notara el sitio raído de la manga y la corbata de un club bastante exclusivo; recién planchada, podía haber sido comprada esa misma mañana. No era falta de patriotismo ni de lealtad lo que habían mantenido al señor Chalfont en casa toda la semana del Jubileo. Nadie bebía a la salud del rey con mayor sinceridad que el señor Chalfont mientras alguien más pagara el trago, pero un instinto más profundo que el sentido de lo adecuado le había advertido que no circulara. Demasiada gente que había conocido alguna vez (así lo explicaba) venía desde el campo; se les podría ocurrir buscarlo, y uno simplemente no podía invitarlos a un cuarto como ese. Eso explicaba su discreción; no explicaba su sentimiento de opresión mientras esperaba a que se acabara la semana del Jubileo.

Ahora volvía al viejo juego de siempre.

Así lo llamaba él mismo, alisándose el bigote gris de corte militar. El viejo juego de siempre. Alguien que doblaba de prisa hacia la calle Berkeley le dio un codazo juguetón, diciéndole: «Hola, viejo zorro», y desapareció, dejando el recuerdo de muchos codazos juguetones en los viejos tiempos, los tiempos de Merdy y Boob. Porque no podía ocultar el hecho de que iba en busca de las damas. No quería ocultarlo. Hacía que toda su profesión pareciera, hasta a sus propios ojos, gallarda y despreocupada. Ocultaba el hecho de que tales damas no eran tan jóvenes como podrían ser y de que eran las damas (¡benditas ellas!) quienes pagaban. Ocultaba el hecho de que hacía mucho que Merdy y Boob se habían esfumado de su vida. En la lista de sus conocidos figuraban muchísimas mujeres, pero casi ningún hombre; nadie más calificado que él por una larga experiencia para contar cuentos de salón de fumar, pero el salón de fumar donde el señor Chalfont era bien acogido ya no existía.

El señor Chalfont cruzó la calle. No era una vida fácil, lo agotaba nerviosa y físicamente, necesitaba una gran cantidad de copas de jerez para seguir adelante. El primer jerez siempre tenía que pagarlo él; esas eran las treinta libras que marcaba como gastos en su declaración de impuestos. Se metió de

un salto en la entrada, sin mirar hacia los lados, porque no estaría bien que el portero pensara que quería abordar a alguna de las mujeres que se movían pesadamente como focas en la mortecina luz de acuario del salón. Pero su sitio habitual estaba ocupado.

Dio la vuelta para buscar otra silla donde pudiera exhibirse discretamente: la corbata exclusiva, el bronceado, el distinguido cabello gris, la silueta recia y elegante, el aspecto de gobernador jubilado de las Colonias. Estudió disimuladamente a la mujer que ocupaba su silla: creía haberla visto en alguna parte, el abrigo de mink, la silueta demasiado rolliza, el vestido caro. Su rostro le era familiar pero no lo había registrado, como el de alguien que uno ve todos los días en el mismo lugar. Era vulgar, alegre, indudablemente rica. No se le ocurría dónde podía haberla conocido.

Su mirada se cruzó con la del señor Chalfont y le guiñó el ojo. Él se ruborizó; estaba horrorizado, nunca le había pasado nada así; el portero estaba observando y el señor Chalfont sintió que lo rozaba el escándalo, robándole su restorán familiar, su último coto de caza, quizá sacándolo por completo de Mayfair para relegarlo a algún triste salón de Paddington, donde no podría conservar ni la más mínima apariencia de donaire. ¿Tan obvio soy, pensó,

tan obvio? Se apresuró a acercarse a ella antes de que pudiera volver a guiñarle el ojo. «Disculpe», dijo, «seguramente usted me recuerda. Cuánto tiempo...».

—Tu cara me es conocida, querido —dijo—. Tómate un coctel.

—Bueno —dijo el señor Chalfont—, no tengo nada en contra de un jerez, señora... señora... he olvidado completamente su apellido.

—Eres un encanto —dijo la mujer—, pero Amy está bien.

—Ah —dijo el señor Chalfont—, te ves muy bien, Amy. Me da mucho gusto verte sentada aquí otra vez después de todos esos... meses... no, deben ser años. La última vez que nos vimos...

—No te recuerdo muy bien, querido, aunque claro, cuando vi que me mirabas... Supongo que fue en la calle Jermyn.

—La calle Jermyn —dijo el señor Chalfont—. No, seguramente no. No en la calle Jermyn. Nunca he... De seguro fue cuando tenía mi departamento en la calle Curzon. Qué deliciosas veladas hubo ahí. Desde entonces me he mudado a una residencia algo más humilde, adonde nunca se me ocurriría invitarte... Pero quizás podríamos escabullirnos a algún nidito tuyo. Salud, querida. Te ves más joven que nunca.

—Salucita —contestó Amy. El señor Chalfont se estremeció. Ella acarició su abrigo de *mink*—. Pero sabes, ya me retiré.

—Ah, conque perdiste dinero, eh —dijo el señor Chalfont—. Querida señora, yo también he sufrido eso. Debemos consolarnos un poquito entre nosotros. Me imagino que los negocios van mal. Tu marido, creo recordar a un hombre exasperante que hacía lo posible por interferir en nuestro idilio. Fue todo un idilio, ¿verdad? Esas noches en la calle Curzon...

—Estás mal, querido. Yo nunca estuve en la calle Curzon. Pero si eres de la época en que probé el negocito ese del marido, pues eso fue hace muchos años, en los tiempos del callejón cerca de la calle Bond. Qué extraordinario que lo recuerdes. Estuvo mal de mi parte. Ahora lo veo. Y nunca funcionó realmente. No creo que tuviera cara de marido. Pero ahora ya me retiré. Oh, no —dijo, acercándosele tanto que el señor Chalfont podía oler el brandy en sus labios regordetes—, no he perdido dinero. Lo he ganado.

—Tienes suerte —dijo el señor Chalfont.

—Todo fue por el Jubileo —explicó Amy.

—Tuve que guardar cama durante el Jubileo —dijo el señor Chalfont—. Entiendo que todo funcionó muy bien.

—Fue precioso —dijo Amy—. Todo el mundo,

me dije, debería de hacer algo para que sea un éxito. Así que limpié las calles.

—No entiendo muy bien —dijo el señor Chalfont—. ¿Quieres decir los adornos?

—No, no —dijo Amy—, no fue eso, para nada. Pero con toda esa gente de las colonias de Londres, no me parecía bonito que vieran a las muchachas en la Calle Bond y en la Calle Wardour y en todas partes. Estoy orgullosa de Londres, y no me parecería bien que nos hiciéramos mala reputación.

—La gente tiene que vivir.

—Claro que tienen que vivir. ¿Qué no estuve yo misma en el negocio, querido?

—Ah —dijo el señor Chalfont—, ¿estuviste en el negocio? —fue un golpe para él; miró rápidamente de uno y de otro lado, temiendo que hubieran podido verlo.

—Así que, ves, abrí una Casa y dividí con las chicas. Yo corrí todo el riesgo y luego, claro, tuve mis demás gastos. Tuve que anunciarme.

—¿Cómo... cómo lo hiciste saber? —no podía dejar de sentir una especie de interés profesional.

—Fácil, querido. Abrí una agencia de turismo. Visitas al bajo mundo de Londres. Limchouse y todo eso. Pero siempre había algún viejo que quería que la guía le enseñara algo después, en privado.

—Muy ingenioso —dijo el señor Chalfont.

—Y también leal, querido. De veras se limpiaron las calles. Claro que solo tomé lo mejor. Fui muy exclusiva. Algunas respingaron, porque decían que hacían todo el trabajo, pero como les dije, fue Mi Idea.

—¿Así que ahora te retiraste?

—Gané cinco mil libras, querido. Realmente fue también mi jubileo, aunque no lo parezca. Siempre tuve madera de mujer de negocios, ves, y vi cómo podía ampliar el negocio. También abrí una casa en Brighton. Limpié Inglaterra, en cierta forma. Era tanto más agradable para los de las colonias. Ha habido mucho dinero en el país en estas últimas semanas. Tómate otro jerez, querido, no te ves bien.

—La verdad, la verdad ya debería irme, sabes.

—Anda, vamos. Es el Jubileo. Celébralo. No seas agua-fiestas.

—Creo que veo a un amigo.

Miró desesperadamente a su alrededor: un amigo; ni siquiera podía pensar en el nombre de algún amigo. Se marchitaba ante una personalidad más fuerte que la suya. Y ella florecía, como una enorme y vistosa flor de otoño. Se sintió viejo: mi Jubileo. Sus puños gastados se veían; había olvidado colocar la mano. Dijo: «Tal vez. Sólo uno. Realmente debería invitar yo», y mientras veía cómo, en ese sitio mortecino y refinado, golpeaba la mesa con los

nudillos para llamar al mesero y dominaba luego la desaprobación de este, el señor Chalfont no pudo dejar de pensar en lo injusto de esa confianza en sí misma y de esa salud. Él tenía un poco de neuritis, pero ella era un carnaval; realmente parecía pertenecer a los banderines y los tragos y los penachos y las procesiones. Dijo con toda humildad, disculpándose: «Me hubiera gustado haber visto la procesión, pero no me sentía bien. Mi reumatismo». Su pequeño, marchito sentido del buen gusto no podía soportar la alegre espontaneidad plebeya. Bailaba bien, pero en las calles hubieran bailado mucho mejor que él; hacía el amor agradablemente, a su manera bien educada, pero ellos le habrían ganado en el amor, ciegos y borrachos, enloquecidos y felices en el parque. Sabía que hubiera estado fuera de lugar, se había mantenido apartado; pero era humillante darse cuenta de que Amy no se había perdido nada.

—Te ves realmente acabado, querido —dijo Amy—. Déjame prestarte un par de libras.

—No, no —dijo el señor Chalfont—. De veras, no puedo.

—Me imagino que me diste bastante en tus tiempos.

¿Pero lo había hecho? No podía recordarla; hacía tantísimo tiempo que no había estado con una mujer, a no ser por trabajo. Dijo: «No puedo. De veras no

puedo». Trató de explicar su actitud mientras ella buscaba en la bolsa.

—Nunca tomo dinero —excepto de los amigos, sabes— con desesperación admitió: —o en cuestiones de trabajo. Pero no podía desviar la mirada. Estaba quebrado y era muy cruel de su parte enseñarle un billete de cinco libras—. No. De veras —hacía mucho que su precio en el mercado no llegaba a las cinco libras.

—Yo sé como son esas cosas, querido —dijo Amy—. Yo también he estado en el negocio, y sé muy bien cómo te sientes. A veces venía conmigo algún caballero, le daba una libra y salía corriendo como si tuviera miedo. Era insultante. Nunca me gustó aceptar dinero por no hacer nada.

—Pero te equivocas por completo —dijo el señor Chalfont—. No es eso. Para nada.

—Vamos, si lo supe casi en cuanto me hablaste. No necesitas conservar las apariencias conmigo, querido —continuó Amy inexorablemente, mientras el aire de Mayfair se iba diluyendo en el señor Chalfont hasta que solo quedaron el departamentito amueblado, los panecillos de jamón, la plancha calentándose en la estufa—. No tienes por qué ser orgulloso. Pero si lo prefieres (a mí me da lo mismo, no significa nada) vamos a mi casa, y puedes hacer lo tuyo. A mí me da lo mismo, querido, pero si lo

preferes, yo sé cómo te sientes —y salieron juntos, del brazo, a la desolada calle llena de adornos.

—Anímate, querido —dijo Amy, mientras el viento cogía los listones y los arrancaba de los postes y levantaba el polvo y hacía ondear los estandartes—, a una le gusta ver una cara alegre —y de pronto se volvió estridente y festiva; le daba palmadas en la espalda al señor Chalfont; le pellizcaba el brazo, y decía—: Vamos, un poco de espíritu de Jubileo, querido —se vengaba en el viejo señor Chalfont de todo un mundo de compañeros desagradables. Ya no se le podía llamar de otra manera: el viejo señor Chalfont.

[1936]

Traducción de Flora Botton-Burlá

Un día ganado

Me le pegué de cerca cual una sombra, como diría la gente. Aunque eso es absurdo. No soy una sombra. Puedes sentirme, tocarme, oírme, olerme. Soy Robinson. Pero me había sentado en la mesa de junto; lo había seguido veinte metros detrás por cada calle; cuando subía escaleras lo esperaba abajo, y cuando bajaba salía antes que él y lo aguardaba en la primera esquina. En tal sentido, era yo realmente como una sombra, a veces enfrente y a veces detrás de él.

¿Quién era él? Nunca supe su nombre. Era bajo y de apariencia ordinaria y llevaba un paraguas; su sombrero era un bombín, y usaba guantes cafés. Pero su importancia para mí estribaba en que llevaba algo que yo deseaba intensa y desesperadamente. Lo llevaba bajo la ropa, acaso en un saquito, en una bolsa, tal vez colgando sobre su piel. ¿Cómo saber cuán astuto puede mostrarse el más ordinario de los hombres? Los cirujanos pueden hacer incisiones agudas. Es posible que lo haya llevado más próximo al corazón que a la superficie de su piel.

¿Qué era aquello? Nunca lo supe. Solo puedo suponerlo, como podría suponer su nombre y llamarlo Jones o Douglas, Wales, Canby, Fotheringay. En cierta ocasión, en un restaurante, dije Fotheringay,

dirigiéndome suavemente a mi sopa, y me pareció que él alzaba la vista y miraba a su alrededor. No lo sé. He ahí el horror del que no puedo escapar: no saber nada, su nombre, lo que llevaba consigo, por qué lo deseaba yo tanto, por qué lo seguía.

A la larga llegamos a un puente ferroviario bajo el cual se encontró con un amigo. Una vez más, estoy usando las palabras de un modo muy inexacto. Ténganme paciencia. Trato de ser exacto. Ruego por ser exacto. Todo lo que deseo en el mundo es saber. Así que cuando digo que se encontró con un amigo, en realidad no sé si era un amigo, solo sé que era alguien a quien saludó con aparente afecto. El amigo le dijo: «¿Cuándo te vas?». Él respondió: «Salgo a las dos de Dover». Estén seguros de que palpé mi bolsillo para asegurarme de que el boleto estaba ahí.

Su amigo dijo entonces: «Si vuelas te ahorrarás un día».

Él asintió con la cabeza. Sacrificaría el boleto, ganaría un día.

Pero les pregunto: ¿Qué le importa a él o a ustedes un día ahorrado? ¿Un día que se salva de qué?, ¿para qué? En vez de pasar el día viajando, encontrará uno a su amigo un día antes, pero no puede uno quedarse indefinidamente. Habrá que regresar veinticuatro horas antes, eso es todo. Para ¿volar otra vez de regreso y ahorrar un día? ¿Un día que se salva

de qué? ¿Para qué? Habrá que volver al trabajo un día antes, pero no se puede trabajar indefinidamente. Solo significa que usted cesará de trabajar un día antes. Y entonces ¿qué? No se puede morir un día antes. Quizás descubrirá entonces qué precipitado fue en ahorrarse un día, al descubrir que no se puede escapar de las 24 horas que uno ha conservado tan cuidadosamente. Puede uno echarlas más y más allá pero deberán ser empleadas en un momento u otro, y entonces tal vez uno quisiera haberlas empleado tan inocentemente como en el tren de Ostende.

Pero esto nunca se le ocurrió. Dijo: «Es verdad. Me ahorraría un día. Voy a volar». Casi le hablé entonces. Qué egoísmo de hombre.

Pues aquel día que él pensó estarse ahorrando podría ser su desdicha en años venideros, pero era la mía en ese momento. ¿No había estado yo anticipando la larga jornada en el mismo compartimento ferroviario? Era invierno y el tren hubiera ido casi vacío; con un poco de suerte nos hubiéramos encontrado solos. Lo había planeado todo. Le iba a hablar. Como no sabía nada sobre él, iba a empezar del modo usual preguntándole si no le importaba que abriese un poco la ventanilla o que la cerrase ligeramente. Eso le hubiera mostrado que hablábamos el mismo idioma y él hubiera estado sin duda muy dispuesto a conversar, por sentirse en un

país extranjero; hubiera estado agradecido por cualquier ayuda que yo hubiese podido darle, traduciendo esta o aquella palabra.

Por supuesto, nunca pensé que la conversación habría sido suficiente. Hubiese aprendido mucho de él, pero imaginé que habría tenido que matarlo antes de saberlo todo. Lo habría matado, pensé, durante la noche, entre las dos estaciones más distantes entre sí, luego de que los agentes aduanales hubieran examinado nuestros equipajes, y nuestros pasaportes hubieran sido sellados en la frontera, tras haber cerrado las persianas y apagado la luz. Había incluso planeado cómo disponer de su cuerpo, su bombín, el paraguas y los guantes cafés, pero solo en caso necesario, solo si él no hubiera entregado de otro modo lo que yo quería. Soy una criatura apacible, difícil de irritar.

Pero ahora él había elegido viajar en aeroplano y no había nada que yo pudiera hacer. Lo seguí, por supuesto, tomé el asiento posterior al suyo, observé su inquietud ante este su primer vuelo; cómo evitó durante un largo rato ver hacia el mar, allá abajo; cómo mantuvo el bombín sobre las rodillas; el ruido gutural que exhaló cuando un ala gris se elevó como el aspa de un molino hacia el cielo y las casas aparecieron al sesgo. Hubo momentos, me parece, en que se arrepintió de haber ganado un día. Bajamos

juntos del aeroplano y él tuvo un pequeño problema en la aduana. Le asistí traduciendo. Me miró con curiosidad y dijo «Gracias». Él era —una vez más doy a entender que lo sé cuando todo lo que quiero decir es que lo suponía por sus maneras y su conversación— estúpido y de naturaleza bondadosa, pero creo que por un momento sospechó de mí, creyó haberme visto en algún lado, en el metro o en autobús, en los baños públicos, bajo el puente del ferrocarril, en tantas escaleras. Le pregunté la hora. Dijo: «Aquí hay que atrasar nuestros relojes una hora» y su rostro brilló con el placer absurdo de haber ganado una hora además de todo un día.

Tomé una copa con él, varias copas con él. Estaba absurdamente agradecido por mi ayuda. Bebí cerveza con él en un sitio, ginebra en otro, y en un tercero insistió en que compartiéramos una botella de vino. Nos hicimos momentáneamente amigos. Sentí más cordialidad hacia él que la sentida por cualquier otro hombre que haya conocido, pues, como el amor entre un hombre y una mujer, mi afecto era en parte curiosidad. Le dije que yo era Robinson; él iba a darme una tarjeta, pero mientras la buscaba tomó otra copa de vino y se olvidó. Ambos estábamos un poco borrachos. En cierto momento empecé a llamarle Fotheringay. Nunca me contradijo y este pudo haber sido su nombre, pero creo recordar haberle llamado

también Douglas, Wales y Canby sin haber sido corregido. Era muy generoso y encontré fácil hablar con él; los estúpidos son con frecuencia compañía amena. Le dije que estaba desesperado y me ofreció dinero. No podía entender lo que yo quería. Dije: «Ha ahorrado usted un día. Bien puede permitirse ahora acompañarme a un lugar que conozco». Respondió: «Debo tomar un tren esta noche». Me dijo el nombre del lugar, y no se sorprendió cuando le dije que yo iría también.

Bebimos juntos toda aquella noche y nos dirigimos juntos a la estación. Yo planeaba matarlo en caso necesario. Pensé con sincera amistad que quizá podría salvarlo de haberse ahorrado un día. Pero se trataba de un pequeño tren de cercanías; se arrastraba de estación en estación, y en cada una de ellas había gente que subía y gente que bajaba. Insistió en viajar por tercera clase y el vagón nunca estuvo vacío. No hablaba una sola palabra del idioma y simplemente se acurrucó a dormir; fui yo quien permaneció despierto y tuve que escuchar el cansino y molesto chismorreó a nuestro alrededor. Un funcionario hablando de su amante, una campesina del mercado semanal, un soldado de la Iglesia, y un hombre que, me parece, era un sastre de adulterios, larvas de escarabajo y la cosecha de hacía tres años.

Eran las dos de la mañana cuando llegamos al fin

de nuestro viaje. Caminé con él hasta la casa donde vivían sus amigos. Estaba muy cerca de la estación y yo no tuve tiempo de planear nada o ejecutar ningún plan. La verja estaba abierta y él me invitó a pasar. Dije que no. Iría al hotel. Dijo que sus amigos estarían encantados de alojarme el resto de la noche, pero no acepté. Había luz en una habitación de la planta baja y las cortinas no estaban corridas. Un hombre dormía en un sillón junto a un gran calentador y había vasos en una bandeja, una licorera con whisky, dos botellas de cerveza y una larga y esbelta botella de vino del Rin. Yo retrocedí, él se introdujo ahí y casi de inmediato el cuarto se llenó de gente. Vi en ojos y gestos que le daban la bienvenida. Había una mujer en bata, y una niña sentada con la barbilla apoyada en las rodillas, y tres hombres, dos de ellos viejos. No corrieron las cortinas, aunque él debe haber adivinado que yo estaba observándolo. En el jardín hacía frío; los macizos de invierno estaban cubiertos de maleza. Puse mi mano en algún arbusto espinoso. Era como si de propósito mostraran su unidad, su solidaridad. Mi amigo —lo llamo mi amigo, aunque no era en realidad sino un conocido y fue mi amigo tan solo durante el rato en que estuvimos borrachos— se sentó en el centro de ellos, y pude ver en el movimiento de sus labios que les contaba cosas que nunca me dijo. En cierto momento

creí leer en su boca las palabras «me ahorré un día». Parecía estúpido y bondadoso y feliz. No pude resistir la escena por mucho tiempo: Era una impertinencia exhibirse así ante mí. Nunca he dejado de rogar, desde entonces, que aquel día ahorrado tarde y tarde en venir hasta que él sufra todos sus ochenta y seis mil cuatrocientos segundos cuando esté más desesperadamente necesitado, cuando siga a alguien como lo seguí yo a él, de cerca cual una sombra, como diría la gente, y tenga entonces que detenerse, como yo me detuve, para ganar confianza: puedes olerme, tocarme, oírme, no soy una sombra: soy Fotheringay, Wales, Canby, soy Robinson.

[1935]

Traducción de Jorge Ruiz Esparza

El espía

Charlie Stowe esperó hasta escuchar los ronquidos de su madre para salir de la cama. Aun entonces se movió con cautela y caminó de puntillas hasta la ventana. La forma irregular de la fachada de la casa permitía ver si había luz en el cuarto de su madre. Pero ahora todas las ventanas estaban oscuras. Un reflector atravesó el cielo, iluminando los bancos de nubes, sondeando los espacios oscuros y profundos entre ellos, buscando aeronaves enemigas. El viento soplaba desde el mar y Charlie Stowe podía escuchar detrás de los ronquidos de su madre el golpe de las olas. Una corriente de aire que entró por las rendijas del marco de la ventana le movió el camisón. Charlie Stowe tenía miedo.

Pero la idea de la tabaquería que su padre tenía doce escalones de madera abajo lo alentó para seguir adelante. Tenía doce años, y ya los muchachos de la escuela municipal se burlaban de él porque nunca había fumado un cigarro. Los paquetes estaban acomodados en pilas de doce, *Gold Flake* y *Player's*, *De Regzke*, *Abdulla*, *Woodbines*. Una delgada capa de humo rancio envolvía la tiendita y disfrazaría por completo su crimen. A Charlie Stowe no le cabía duda que era un crimen robar de la mercancía de su

padre, pero no amaba a su padre. Su padre le era alguien irreal, un espectro, pálido, escuálido, indefinido, que se percataba de él solo de vez en cuando y que hasta los castigos le dejaba a la madre. Por su madre sentía un amor apasionado y efusivo. Su amplia y bulliciosa presencia y su ruidosa caridad le llenaban su mundo. Por su manera de hablar la juzgaba amiga de todos, desde la esposa del director hasta la «querida Reina», con excepción de los «hunos»: esos monstruos que acechaban en zepelines en las nubes. Sin embargo, el afecto y aversión de su padre eran tan indefinidos como sus movimientos. Esta noche había dicho que estaría en Norwich, pero nunca se sabía. Charlie Stowe no se sentía a salvo al bajar los escalones de madera. Cada vez que crujían apretaba los dedos que se aferraban al cuello de su camisa.

Al llegar al pie de la escalera se encontró de pronto en la tienda. Estaba demasiado oscuro para ver su camino y no se atrevía a tocar el interruptor. Durante medio minuto estuvo sentado en el último escalón, la barbilla apoyada en las manos. En ese momento, el movimiento regular del reflector proyectó su luz a través de una de las ventanas superiores, y el muchacho tuvo tiempo de grabarse en la memoria la pila de cigarros, el mostrador y el pequeño hueco debajo de este. Las pisadas de un

policía sobre el pavimento hicieron que tomara el primer paquete a su alcance y se metiera en el hueco. Una lámpara alumbró el piso y una mano trató de abrir la puerta, después los pasos se alejaron y Charlie se acurrucaba en la oscuridad.

Finalmente recobró su valor diciéndose en su manera tan curiosamente adulta que si lo pescaban en ese momento no habría nada que hacer al respecto, así que bien podía fumarse su cigarro. Se puso un cigarro en la boca y recordó entonces que no tenía cerillos. Por un momento no se atrevió a moverse. Tres veces el reflector iluminó la tienda, mientras él murmuraba retos y palabras de aliento. «Igual me cuelgan por robar una oveja», «maricón, maricón, marica», entremezclando de forma curiosa exhortaciones adultas e infantiles.

Pero al moverse escuchó pasos en la calle, el sonido de varios hombres caminando apresuradamente. Charlie Stowe tenía edad suficiente como para sorprenderse de que alguien anduviera por ahí. Los pasos se acercaron, se detuvieron. Una llave dio vuelta en el cerrojo de la puerta de la tienda. Una voz dijo: «Déjelo entrar». Luego escuchó a su padre: «¿No les importaría guardar silencio, caballeros? No quisiera despertar a mi familia». Había un tono desconocido para Charlie en esa voz indecisa. Una linterna se encendió y el foco eléctrico estalló en una

luz azul. El muchacho contuvo su respiración, se preguntaba si su padre oiría los latidos de su corazón y agarrando fuertemente su camisión rezó «Dios mío, no dejes que me descubran». A través de una grieta del mostrador podía ver a su padre donde estaba, de pie, con una mano en el alto y tieso cuello de la camisa, entre dos hombres con bombín y gabardina ajustada con un cinturón. Eran desconocidos.

—Un cigarro —dijo su padre con voz tan seca como un bizcocho. Uno de los hombres movió la cabeza—. No va, no cuando estamos de servicio. Gracias de todos modos —hablaba suavemente pero sin bondad. Charlie Stowe pensó que su padre debía sentirse mal.

—¿Le importaría si meto algunos en mi bolsillo? —preguntó el señor Stowe y al asentir el hombre con la cabeza, levantó una pila de *Gold Falke* y *Player's* del estante y acarició los paquetes con las yemas de los dedos.

—Bien —dijo— no hay nada que se pueda hacer al respecto, así que igual da fumarne un cigarro —por un momento Charlie Stowe temió ser descubierto, pues su padre miraba fijamente la tienda a su alrededor de manera tan minuciosa que bien podía estarla viendo por primera vez—. Es un buen negocio —dijo— para quien le guste. La esposa lo venderá, supongo. De otro modo los vecinos lo destrozarán.

Bien, querrán irse; no tardo nada. Voy por mi abrigo.

—Uno de nosotros lo acompañará, si no le importa —dijo suavemente el desconocido.

—No se molesten. Está en ese gancho. Ya estoy listo. El otro hombre dijo avergonzado: «¿No quiere hablar con su esposa?». La voz delgada estaba decidida: «Yo no, no hagas hoy lo que puedas dejar para mañana. Ya tendrá su oportunidad después, ¿o no?».

—Sí, sí —dijo uno de los desconocidos y se mostró animado y alentador—. No se preocupe demasiado. Mientras haya vida... —y de repente su padre intentó reírse.

Cuando la puerta se había cerrado, Charlie Stowe subió de puntillas y se metió en la cama. Se preguntaba por qué su padre había vuelto a salir de casa tan noche y quiénes eran esos extraños. La sorpresa y el temor lo mantuvieron despierto por un breve rato. Era como si una fotografía familiar se hubiera salido de su marco para reprocharle a él su negligencia. Recordaba como su padre había agarrado fuertemente el cuello de su camisa, fortaleciéndose con proverbios, y pensó por primera vez que mientras su madre era bulliciosa y cordial, su padre era mucho como él, haciendo cosas en la oscuridad que le daban miedo. Le hubiera gustado bajar con su padre y decirle que lo amaba, pero pudo

oír a través de la ventana los pasos rápidos alejarse.
Estaba solo en casa con su madre y se quedó
dormido.

[1930]

Traducción de Liane Reinshagen Voho

La prueba irrefutable

La voz cansada continuó. Parecía vencer enormes obstáculos para hablar. Este hombre está enfermo, pensó el coronel Crashaw con lástima e irritación. Cuando joven, había escalado los Himalayas y se acordó de cómo a grandes alturas había que tomar aire varias veces para avanzar un paso. La tarima de cinco pies de altura en el salón de música de *The Spa* parecía exigir un esfuerzo similar para el conferencista. No tendría que haber salido en una tarde tan cruda, pensó el coronel Crashaw llenando un vaso de agua y empujándolo a lo largo de la mesa de conferencias. Los salones estaban mal calentados y los dedos amarillos de la niebla buscaban rajaduras en las muchas ventanas. No cabía duda de que el conferencista había perdido todo contacto con su público. Este se hallaba esparcido en pequeños grupos por el salón —señoras mayores que no hacían esfuerzo alguno por esconder su cruel aburrimiento, y unos pocos hombres, con la apariencia de oficiales retirados, que trataban de parecer atentos.

El coronel Crashaw, en su calidad de presidente de la Sociedad Física local, había recibido una nota del conferencista hacía poco más de una semana. Escrita con mano temblorosa debido a enfermedad,

vejez o alcoholismo, solicitaba una reunión urgente de la sociedad. Se relataría una experiencia insólita, realmente impresionante, mientras aún permanecía fresca en su mente, aunque no quedaba claro cuál había sido esa experiencia. El coronel Crashaw habría dudado en aceptar si la nota no estuviera firmada por un tal mayor Philip Weaver, Ejército de la India, retirado. Había que hacer todo lo posible por un compañero de armas; la mano temblorosa seguramente se debía a vejez o enfermedad.

Cuando los dos hombres se encontraron por primera vez sobre la tarima, se vio que se trataba principalmente de lo segundo. El mayor Weaver no tendría más de unos sesenta años, alto, delgado y moreno, con una fea y terca nariz y una mirada satírica, el tipo de persona que menos probabilidad tendría de experimentar algo inexplicable. Lo que más disgustó a Crashaw fue que Weaver usara colonia; un pañuelo blanco que colgaba del bolsillo delantero de su saco exhalaba un aroma tan rico y dulce como un altar lleno de lirios. Varias de las señoras fruncieron las narices y el general Leadbitter preguntó en voz bien alta si podía fumar.

Era obvio que Weaver había entendido. Sonrió de manera provocadora y preguntó lentamente: «¿Le importaría no fumar? Estoy enfermo de la garganta desde hace tiempo». Crashaw murmuró algo acerca

del clima terrible; abundaban las infecciones de garganta. El ojo satírico giró en su dirección y lo estudió con cuidado, mientras Weaver decía en una voz que se oyó hasta la mitad del salón: «En mi caso es cáncer».

En medio del silencio escandalizado y molesto que siguió a esa intimidad innecesaria, comenzó a hablar sin esperar presentación alguna por parte de Crashaw. Al principio daba la impresión de tener prisa. Solo fue más tarde cuando surgieron terribles impedimentos en su habla. Tenía una voz aguda que a veces llegaba a convertirse en un chillido, y que ha de haber resultado de lo más desagradable para sus tropas. Hizo algunos cumplidos a la sociedad local; sus comentarios fueron lo suficientemente exagerados como para resultar irritantes. Dijo estar contento de darles la oportunidad de escucharlo; lo que tenía que decir podía cambiarles toda su visión sobre los valores relativos a la materia y al espíritu.

«Cosas místicas», pensó Crashaw.

La aguda voz de Weaver comenzó a disparar lugares comunes de manera apresurada. El espíritu, dijo, era más fuerte de lo que suponía; la acción fisiológica del corazón y el cerebro y los nervios estaba subordinada al espíritu. El espíritu lo era todo. Volvió a decir, con una voz chillona que se elevaba hacia el techo como una nube de

murciélagos: «El espíritu es mucho más fuerte de lo que ustedes piensan». Puso una mano sobre su garganta y miró de reojo los vidrios de la ventana y la niebla entrometida, y hacia el foco desnudo que chirriaba de calor y luz pobre en esa tarde oscura. «Es inmortal», les dijo muy serio, y ellos se movieron incómodos, molestos y cansados, en sus sillas.

Fue entonces cuando su voz se fatigó y su habla se llenó de impedimentos. La causa pudo haber sido saber que había perdido todo contacto con su público. Una señora mayor que estaba sentada al fondo había sacado su tejido de una bolsa, y sus agujas lanzaban destellos contra las paredes cuando la luz caía sobre ellas, como un espíritu brillante e irónico. La mirada satírica abandonó a Weaver por un momento, y Crashaw vio la vacuidad que quedaba, como si el globo de sus ojos se hubiera convertido en vidrio.

—Esto es importante —exclamó el conferencista—, les puedo contar una historia —por un momento parecía haber atrapado la atención del público debido a su promesa de algo concreto, pero la inmovilidad de las agujas de tejer no lo tranquilizó. Se burló de todos—. Señales y maravillas —dijo.

Luego perdió por completo el hilo de lo que estaba diciendo.

Citó a Shakespeare y a la Epístola de San Pablo a los gálatas mientras se pasaba la mano por la garganta. Su habla, al volverse más lenta, parecía perder todo orden lógico, aunque Crashaw se sorprendía de vez en cuando de la sagacidad presente en la yuxtaposición de dos ideas irrelevantes. Se parecía a la conversación de un anciano que pasa de un tema a otro, uniéndolos por medio de un hilo subconsciente. «Cuando estuve en Simia», dijo agachando la frente como para esquivar el reflejo del sol sobre el patio del cuartel, pero quizá la helada, la niebla, el salón deslucido le quebraron los recuerdos. Empezó una vez más a asegurar a los rostros cansados que el espíritu no moría cuando moría el cuerpo, sino que el cuerpo solo se movía cuando el espíritu así lo mandaba. Había que ser obstinado, luchar...

«Es patético cómo se aferra este hombre a sus creencias», pensó Crashaw. Era como si la vida fuese un hijo único que se estaba muriendo y con el cual deseaba mantener algún tipo de comunicación...

A Crashaw le llegó una nota del público. Era de parte de un tal doctor Brown, un hombre pequeño y despierto sentado en la tercera fila; la sociedad lo consideraba su escéptico preferido. La nota decía: «¿No puede usted poner fin a esto? Es evidente que ese hombre está muy enfermo. Y además, ¿de qué

sirve su plática?».

Crashaw movió los ojos hacia un lado y luego hacia arriba y sintió cómo desaparecía su lástima debido a la mirada satírica que no dejaba de pasearse por el salón, quitándole toda credibilidad a lo que decía la boca, y por el olor excesivamente dulce de la colonia en la que Weaver había remojado su pañuelo. Este hombre no era uno de ellos; buscaría su hoja de servicios en las viejas listas del ejército al llegar a casa.

—Una prueba irrefutable —estaba diciendo Weaver, mientras dejaba escapar una aguda exhalación de agotamiento entre cada palabra. Crashaw puso su reloj sobre la mesa, pero Weaver no le prestó atención. Se sostenía con una mano sobre el borde de la mesa—: Les daré —dijo, hablando con creciente dificultad—, una prueba irre... —su voz se volvió cada vez más rasposa hasta callar del todo, como una aguja al llegar al final del disco, pero el silencio no duró mucho tiempo. Un sonido que provenía de una cara sin expresión y que se parecía más a un maullido agudo que a otra cosa hizo despertar al público de un salto. Después de esto continuó, todavía sin huella de emoción o endurecimiento, con una sucesión de sonidos incomprensibles, un sordo murmullo labial, una extraña nota discordante, mientras sus dedos

golpeteaban contra la mesa. Los sonidos hacían pensar en innumerables sesiones de espiritismo, en las médiums extasiadas, en los panderos que sonaban solos, en las trivialidades murmuradas por fantasmas en la oscuridad, en la sordidez, en los salones sin aire.

Weaver se sentó muy despacio en su silla y dejó caer la cabeza hacia atrás. Una anciana comenzó a llorar nerviosamente, y el doctor Brown se trepó a la tarima y se agachó sobre él. El coronel Crashaw vio que al doctor le temblaba la mano cuando tomó el pañuelo del bolsillo y lo aventaba lejos. Crashaw, consciente de otro olor más desagradable, oyó murmurar al doctor Brown: «Que se salgan todos. Está muerto».

Hablaba con una zozobra poco común en un doctor acostumbrado a todo tipo de muertes. Crashaw, antes de obedecer, miró al muerto por encima del hombro del doctor Brown. La apariencia del mayor Weaver lo intranquilizó. Durante su larga vida había visto muchas formas de morir, hombres que se habían pegado un tiro, hombres muertos en el campo de batalla, pero nunca esta sugerencia de mortalidad. El cuerpo aparentaba haber sido recogido del mar mucho tiempo después de muerto; la carne del rostro parecía a punto de desprenderse como una fruta demasiado madura. Así que no fue

con mucha sorpresa que oyó el comentario en voz baja del doctor Brown: «Este hombre ha de llevar una semana de muerto».

En lo que más pensó el coronel Crashaw fue en la afirmación de Weaver: «Una prueba irrefutable», una prueba, habrá querido decir, de que el espíritu sobrevivía al cuerpo, de que experimentaba la eternidad. Pero todo lo que había mostrado era cómo, sin la ayuda del cuerpo, el espíritu degeneraba en siete días en murmullos sin sentido.

[1930]

Traducción de Claudia Lucotti

La segunda muerte

Me encontró al anochecer bajo los árboles que crecían en las afueras del pueblo. Nunca me había caído bien, y me hubiera escondido si la hubiera visto venir. Estoy seguro de que ella era la culpable de los vicios de su hijo. Si es que eran vicios; lejos estoy de admitir que lo eran. Por lo menos era generoso, nunca avaro, como otros del pueblo que podría nombrar si quisiera.

Estaba absorto en la contemplación de una hoja, de otro modo nunca me hubiera encontrado. Colgaba de la rama con el tallo roto por el viento o bien por una piedra lanzada por alguno de los niños del pueblo. Solo la piel verde y resistente del tallo la mantenía suspendida. Yo observaba con atención, porque una oruga se estaba arrastrando por la superficie, haciendo que la hoja se balanceara de un lado a otro. La oruga se dirigía hacia la rama, y me preguntaba si lograría alcanzarla a salvo o si la hoja se caería al agua junto con ella. Había un estanque debajo de los árboles, y el agua siempre parecía roja, por la arcilla espesa de la tierra.

Nunca supe si la oruga alcanzó la rama porque, como ya dije, la infeliz mujer me encontró. Lo primero que supe de su llegada fue su voz justo atrás

de mi oreja.

—Lo he estado buscando en todas las tabernas — dijo con su vieja voz chillona. Era típico de ella decir «todas las tabernas», cuando en el lugar solo había dos. Siempre quería que le reconocieran el trabajo que en realidad no se había tomado.

Estaba irritado y no pude dejar de hablar con cierta aspereza: «Se podía haber ahorrado el trabajo», le dije, «debería saber que no estaría en la taberna en una noche tan hermosa como esta».

La vieja bruja se volvió muy humilde. Siempre era suave cuando quería algo. «Es para mi pobre hijo», dijo. Eso quería decir que estaba enfermo. Cuando estaba bien nunca la oí decir nada mejor que «ese maldito muchacho». Lo obligaba a estar en casa antes de la medianoche todos los días de la semana, como si un hombre se pudiera meter en algún lío serio en un pueblito como el nuestro. Claro que pronto encontramos la manera de engañarla, pero lo que yo objetaba era la razón de todo aquello: un hombre adulto, mayor de treinta años, recibiendo órdenes de su madre, solo porque ella no tenía un marido a quien controlar. Pero cuando estaba enfermo, aunque solo fuera un catarrito, era «mi pobre hijo».

—Se está muriendo —dijo—, y Dios sabe qué voy a hacer sin él.

—Bueno, no veo en qué la puedo ayudar —dije. Estaba enojado, porque se había estado muriendo una vez y ella había hecho todo menos enterrarlo. Me imaginaba que ahora era el mismo tipo de muerte, el tipo del que uno se recupera. Lo había visto por ahí la semana anterior, subiendo la colina para ir a ver a la chica de los grandes senos de la granja. Lo había observado junto a una gran caja cuadrada en un campo. Era el granero donde solían encontrarse. Tengo muy buena vista, y me divierte probar hasta dónde alcanza, y con cuánta nitidez. Me lo volví a encontrar algo después de la medianoche y lo ayudé a entrar en la casa sin que se enterara su madre, y entonces estaba bien, solo un poco soñoliento y cansado.

La vieja bruja volvía a la carga. «Ha estado preguntando por usted», chilló.

—Si está tan enfermo como dice —le contesté—, valdría más que preguntara por un médico.

—El doctor está ahí, pero no puede hacer nada —admito que eso me sobresaltó un momento, hasta que pensé: «El viejo bribón se está haciendo el enfermo. Tiene algún plan». Era lo bastante listo para tomarle el pelo a un médico. Lo había visto tener un ataque que hubiera engañado a Moisés.

—Por el amor de Dios venga —dijo—, parece asustado —su voz se quebró de verdad porque

supongo que, a su manera, lo quería. No podía dejar de sentir algo de lástima por ella, porque sabía que a él nunca le había importado un bledo y nunca se había tomado la molestia de ocultarlo.

Dejé los árboles y el estanque rojo y la oruga en su empeño, pues sabía que nunca me dejaría en paz, ahora que su «pobre muchacho» me estaba llamando. Y sin embargo una semana antes no había nada que no hubiera hecho para mantenernos separados. Me creía responsable por su manera de ser, como si algún mortal hubiera sido capaz de impedirle acercarse a una mujer cuando se le había despertado el apetito.

Creo que debe haber sido la primera vez que entraba a su casa por la puerta de enfrente, desde que llegué a la aldea diez años atrás. Eché una mirada divertida a su ventana. Me pareció ver en el muro las marcas de la escalera que habíamos usado la semana anterior. Nos había costado algo de trabajo enderezarla, pero su madre dormía profundamente. Había bajado la escalera desde el granero, y cuando estuvo adentro me la volví a subir. Pero nunca se podía creer en su palabra. Le mentiría a su mejor amigo, y cuando llegué al granero me encontré con que la chica ya se había ido. Si no te podía sobornar con el dinero de su madre, te sobornaba con las promesas de otros.

Empecé a sentirme incómodo apenas pasé la

puerta. Era natural que la casa estuviera en silencio, pues esos dos nunca tenían amigos que se quedaran a dormir, aunque la vieja tenía una cuñada que vivía a sólo unas millas de ahí. Pero no me gustó el sonido de los pies del médico cuando bajó a nuestro encuentro. Había fijado la cara en una expresión de piadosa solemnidad para nosotros, como si hubiera algo de sagrado en la muerte, hasta en la muerte de mi amigo.

—Está consciente —dijo—, pero se nos va. No puedo hacer nada. Si quiere que muera en paz, más vale que deje subir a su amigo. Está asustado por algo.

El médico tenía razón. Lo pude ver en cuanto me incliné para pasar bajo el dintel y entré en el cuarto de mi amigo. Estaba apoyado en una almohada, con los ojos fijos en la puerta, esperando a que yo llegara. Brillaban mucho y tenían expresión de miedo, y el pelo le caía sobre la frente en franjas pegajosas. Nunca antes me había dado cuenta de lo feo que era. Tenía una mirada furtiva que le salía por el rabillo del ojo, pero cuando estaba en buena salud había una chispa que hacía olvidar la malicia. Había algo de agradable y descarado en esa chispa, como si dijera: «Sé que soy furtivo y feo. ¿Pero qué importa? Tengo agallas». Era esa chispa, me parece, lo que algunas mujeres encontraban atractivo y estimulante.

Ahora que ya no estaba, parecía un pillo y nada más.

Pensé que era mi deber alegrarlo, así que hice una bromita sobre el hecho de que estaba solo en la cama. No pareció hacerle gracia, y empezaba yo a temer que él también estaba viendo su muerte de una manera religiosa, cuando me dijo que me sentara, de manera bastante brusca.

—Me estoy muriendo —dijo, hablando muy de prisa—, y quiero preguntarte algo. Ese médico no sirve; creería que estoy delirando. Tengo miedo, viejo. Quiero que me tranquilicen —luego, después de una larga pausa—, alguien con sentido común — resbaló un poco hacia abajo en la cama.

—Sólo he estado gravemente enfermo una vez antes —dijo—. Eso fue antes de que te instalaras aquí. Era poco más que un niño. Me dicen que hasta se suponía que había muerto. Me estaban llevando a enterrar, cuando un médico los detuvo justo a tiempo.

Había oído muchos casos como ese, y no veía por qué razón me lo quería contar. Y luego creí que entendía a qué iba. Su madre no se había mostrado demasiado ansiosa esa otra vez por asegurarse de que estuviera realmente muerto, aunque no dudaba de que hubiera hecho toda una exhibición de dolor: «Mi pobre muchacho. No sé qué voy a hacer sin él». Y estoy seguro de que se lo creía entonces, como se lo creía ahora. No era una asesina. Solo tenía tendencia

a ser prematura.

—Mira, viejo —le dije, y lo alcé un poco en su almohada—. No tienes por qué asustarte. No te vas a morir, y de todos modos haría que el médico te cortara una vena o algo así antes de que te movieran. Pero todas esas son cosas morbosas. Apuesto mi camisa a que tienes muchos años por delante. Y muchas chicas más —añadí, para hacerlo sonreír.

—¿No puedes olvidar todo esto? —dijo, y entonces supe que se había vuelto religioso—. Si viviera —dijo—, no volvería a tocar a una chica. No, ni una sola.

Traté de no sonreír ante eso, pero no era fácil conservar una cara seria. Siempre hay algo de chistoso en la moral de un hombre enfermo. «De todos modos», le dije, «no tienes por qué asustarte».

—No es eso —dijo—. Cuando volví en mí esa otra vez, viejo, creí que había estado muerto. No era para nada como estar dormido. O descansar en paz. Había alguien ahí a mi alrededor, que lo sabía todo. Todas las chicas que había tenido. Hasta esa jovencita que no había entendido. Fue antes de tu época. Vivía una milla camino abajo, donde ahora vive Rachel, pero después ella y su familia se fueron. Hasta el dinero que le tomé a mamá. Yo no llamo a eso robar. Queda en familia. Nunca tuve oportunidad de explicar. Hasta los pensamientos que había tenido.

Uno no puede remediar sus pensamientos.

—Una pesadilla —dije.

—Sí, debe haber sido un sueño, ¿verdad? El tipo de sueño que suele tener la gente cuando está enferma. Y también vi lo que me esperaba. No soporto que me hagan daño. No era justo. Y quería desmayarme y no podía, porque estaba muerto.

—En el sueño —le dije. Su miedo me ponía nervioso—. En el sueño —repetí.

—Sí, debe haber sido un sueño, ¿verdad?, porque desperté. Lo curioso es que me sentía muy bien y con fuerzas. Me levanté y me paré en el camino, y un poco más abajo, levantando una polvareda con los pies, había una pequeña multitud, que se iba con un hombre, el médico que no los había dejado enterrarme.

—¿Y? —dije.

—Viejo —dijo— supón que fuera cierto. Supón que haya estado muerto. Lo creí entonces, sabes, y mi madre también. Pero no se puede confiar en ella. Caminé derechito un par de años. Pensé que podía ser una especie de segunda oportunidad. Luego las cosas se confundieron y de algún modo... No parecía realmente posible. No es posible. Claro que no es posible. Sabes que no lo es, ¿verdad?

—Pues no —dije—. Hoy en día no ocurren milagros de ese tipo. Y de todos modos, no es

probable que te ocurran a ti, ¿no crees? Y aquí, de todos los lugares posibles bajo el sol.

—Sería tan espantoso —dijo— si hubiera sido cierto, y tuviera que pasar otra vez por todo eso. No sabes las cosas que me iban a pasar en ese sueño. Y serían peores ahora —se calló y entonces, después de un momento, agregó como si estuviera afirmando un hecho seguro—. Cuando uno está muerto ya no hay inconsciencia nunca más, para siempre.

—Claro que fue un sueño —dije, y le apreté la mano. Me estaba asustando con sus imaginaciones. Ojalá se muriera pronto, para que pudiera alejarme de sus ojos furtivos, aterrados e inyectados de sangre y pudiera ver algo alegre y divertido, como la Rachel que había mencionado, que vivía una milla camino abajo.

—Mira —dije—, si hubiera habido por ahí un hombre que hacía milagros como ese, habríamos oído hablar de otros, de eso puedes estar seguro. Aún metidos en este lugar tan alejado de la mano de Dios.

—Hubo algunos otros —dijo—. Pero las historias solo circularon entre los pobres, y ellos creen cualquier cosa, ¿no? Hubo montones de enfermos e inválidos a los que dijeron que había curado. Y había un hombre, que había nacido ciego, y llegó y solo le tocó los párpados y le vino la vista. Todos esos eran cuentos de viejas, ¿verdad? —me

preguntó, tartamudeando de miedo, y luego de pronto se quedó quieto y hecho un ovillo en un lado de la cama.

Empecé a decir «Claro, todas eran mentiras», pero me detuve, porque no hacía falta. Todo lo que podía hacer era bajar y decirle a su madre que subiera a cerrarle los ojos. Yo no los hubiera tocado por todo el dinero del mundo. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ese día, hacía siglos y siglos, en que sentí un contacto frío como un salivazo en los párpados y al abrir los ojos había visto a un hombre como un árbol rodeado de otros árboles que se alejaban caminando.

[1929]

Traducción de Flora Boston-Burlá

El fin de la fiesta

Peter Morton despertó sobresaltado para enfrentar la primera luz. La lluvia golpeteaba contra el vidrio. Era el cinco de enero.

Miró, por encima de una mesa donde se había extinguido una veladora en un charco de agua, a la otra cama. Francis Morton seguía dormido y Peter volvió a acostarse con los ojos puestos en su hermano. Le divertía pensar que se miraba a sí mismo, el mismo pelo, los mismos ojos, los mismos labios y línea de la mejilla. Pero estos pensamientos pronto perdieron su encanto y su mente regresó al hecho que daba importancia al día. Era el cinco de enero. Casi no podía creer que había pasado un año desde que la señora Henne-Falcon había dado su última fiesta infantil.

Francis se volteó de pronto sobre sus espaldas y extendió un brazo sobre la cara, bloqueándose la boca. El corazón de Peter comenzó a palpar rápidamente, no de alegría sino con intranquilidad. Se incorporó y exclamó por encima de la mesa: «Despierta». Los hombros de Francis se sacudían y agitaba un puño apretado en el aire, pero sus ojos permanecían cerrados. Para Peter Morton toda la habitación parecía oscurecerse y sintió que un gran

pájaro descendía. Gritó otra vez: «Despierta», y otra vez hubo una luz de plata y el roce de la lluvia en la ventanas. Francis se frotó los ojos. «¿Gritaste?», preguntó.

—Tuviste una pesadilla —dijo Peter. La experiencia ya le había enseñado hasta qué punto sus mentes se reflejaban una a la otra. Pero él era el mayor, por una cuestión de minutos, y ese breve intervalo extra de luz, mientras su hermano luchaba aun en el dolor y la oscuridad, le había dado seguridad y un instinto de protección hacia el otro, que le temía a tantas cosas.

—Soñé que estaba muerto —dijo Francis.

—¿Y qué se siente? —preguntó Peter.

—No me acuerdo —dijo Francis.

—Soñaste con un gran pájaro.

—¿Sí? Los dos estaban recostados mirándose en silencio, los mismos ojos verdes, la misma nariz respingada, los mismos labios firmes y el mismo modelado prematuro de la barbilla. El cinco de enero, pensó Peter otra vez, mientras su mente flotaba ociosa entre imágenes de pasteles y de premios que quizá podrían ganar. La carrera de la cuchara y el huevo, manzanas que ensartar en una tina de agua, la gallinita ciega.

—No quiero ir —dijo de pronto Francis—. Supongo que estará Joyce... Mabel Warren —la idea

de compartir una fiesta con esas dos le resultaba odiosa. Eran mayores que él. Joyce tenía once y Mabel Warren trece. Las largas trenzas se mecían arrogantes al ritmo de un paso marcial. Lo humillaban con su sexo cuando, tras párpados semicerrados y despectivos, lo observaban cometer torpezas con la cuchara y el huevo. Y el año pasado... le dio la espalda a Peter, las mejillas encendidas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Peter.

—Nada. Creo que no estoy bien. Un resfriado. No debería ir a la fiesta. —Peter no terminaba de entender—. Pero Francis, ¿en serio estás muy resfriado?

—Estaré muy resfriado si voy a la fiesta. Quizá muera.

—Entonces no debes ir —dijo Peter, dispuesto a resolver todas las dificultades con una oración lisa y llana, y Francis se tranquilizó, aliviado de que Peter se hiciera cargo de todo. Pero aunque estaba agradecido no se volvió hacia su hermano. Sus mejillas aún lucían el distintivo de un recuerdo vergonzoso, del juego de las escondidillas del año pasado en la casa oscurecida, y de cómo había gritado cuando Mabel Warren de pronto puso una mano sobre su brazo. Ni la había oído llegar. Así eran las niñas. Sus zapatos nunca hacían ruido. Las

tablas no gemían bajo sus pisadas. Se escurrían como gatos sobre garras acolchadas.

Cuando entró la niñera con el agua caliente, Francis estaba muy tranquilo en su cama, habiendo dejado todo en manos de Peter. Peter dijo: «Nana, Francis está resfriado». La erguida y almidonada mujer colocó sus toallas sobre las jarras y dijo, sin voltearse: «La ropa limpia no llega hasta mañana. Debes prestarle algunos de tus pañuelos».

—Pero, nana —preguntó Peter—, ¿no sería mejor que se quedara en la cama?

—Lo sacaremos a caminar hoy —dijo la niñera—. El viento se llevará los gérmenes. Ahora a levantarse, los dos —y cerró la puerta al salir.

—Lo siento —dijo Peter—. ¿Por qué no te quedas en la cama? Le puedo decir a mamá que te sentías demasiado mal como para levantarte —pero rebelarse contra el destino no estaba en el poder de Francis. Si se quedaba en cama vendrían y le darían de golpecitos en el pecho y le pondrían un termómetro en la boca y le mirarían la lengua, y descubrirían que estaba fingiendo. Era cierto que se sentía mal, una sensación de náusea, de vacío en el estómago y el corazón que le palpitaba de prisa, pero sabía que la causa era simplemente miedo, miedo a la fiesta, miedo de tener que esconderse solo en la oscuridad, desacompañado de Peter, y sin una

veladora que proporcionara un bendito respiro.

—No. Me levantaré —dijo, y después con repentina desesperación—: Pero no iré a la fiesta de la señora Henne-Falcon. Juro sobre la Biblia que no iré —ahora seguramente todo va a salir bien, pensó. Dios no lo dejaría romper un juramento tan solemne. Le mostraría un camino. Tenía por delante toda la mañana y toda la tarde hasta las cuatro. No había razón para preocuparse ahora, cuando el pasto aún estaba crujiente de escarcha. Podría pasar cualquier cosa. Podría cortarse o romperse una pierna o resfriarse realmente. Dios lo solucionaría de alguna forma.

Tenía tal confianza en Dios que cuando su madre le dijo, durante el desayuno: «Supe que estabas resfriado, Francis», no le dio ninguna importancia. «Habríamos oído más al respecto», dijo su madre con ironía, «si no hubiese una fiesta esta tarde», y Francis sonrió, asombrado y desalentado ante tanta ignorancia. Su felicidad habría durado más si durante el paseo de la mañana no se hubiera encontrado a Joyce. Estaba solo con la niñera, pues a Peter le habían dado permiso de quedarse a terminar una jaula para su conejo. Si Peter hubiera estado ahí, le habría importado menos; la niñera también era nana de Peter, pero ahora daba la impresión de que la empleaban solo para él porque pensaban que aún no

podía salir sin compañía. Joyce tenía únicamente dos años más que él y andaba por su cuenta.

Vino hacia ellos dando grandes pasos, con las trenzas aleteándole. Miró a Francis con desprecio y habló con ostentación a la niñera. «Hola, nana. ¿Va a llevar a Francis a la fiesta esta tarde? Mabel y yo vamos a ir». Y partió una vez más calle abajo, en dirección a la casa de Mabel Warren, sola y autosuficiente por el camino largo y vacío. «Qué niña tan agradable», dijo la niñera. Pero Francis permaneció callado, sintiendo una vez más los brincos de su corazón, dándose cuenta de lo pronto que llegaría la hora de la fiesta. Dios no había hecho nada por él y los minutos volaban.

Volaron demasiado rápido como para planear evasión alguna, ni siquiera como para preparar su corazón para la prueba que se aproximaba. Casi lo venció el pánico cuando, totalmente desprevenido, se encontró parado en la puerta, con el cuello del saco levantado contra un viento frío mientras la linterna de la niñera dibujaba un camino en la oscuridad. A sus espaldas estaban las luces del vestíbulo y el ruido de los criados poniendo la mesa para la cena que su madre y su padre comerían solos. Casi lo venció el deseo de regresar corriendo a la casa y decirle a su madre que no iría a la fiesta, que no se atrevía a ir. No lo podían forzar a ir. Casi podía oírse diciendo

aquellas palabras definitivas, destruyendo para siempre esa barrera de ignorancia que protegía a su mente del conocimiento de sus padres. «Tengo miedo de ir. No iré. No me atrevo. Me obligarán a esconderme en la oscuridad, y le tengo miedo a la oscuridad. Gritaré y gritaré y gritaré». Podía ver la expresión de asombro en el rostro de su madre, y luego la fría seguridad de una respuesta de adulto.

—No seas tonto. Tienes que ir. Hemos aceptado la invitación de la señora Henne-Falcon —pero no podían forzarlo a ir; bien sabía eso mientras titubeaba en el umbral de la puerta y los pies de la niñera crujían al atravesar el pasto cubierto de escarcha, camino del portón. Contestaría: «Pueden decir que estoy enfermo. No iré. Le tengo miedo a la oscuridad». Y su madre: «No seas tonto. Si ya sabes que no hay por qué temerle a la oscuridad». Pero él conocía lo falso de ese razonamiento; conocía también cómo enseñaban que no había nada que temerle a la muerte, y con qué temor evitaban la sola idea. Pero no lo podían forzar a ir a la fiesta. «Gritaré. Gritaré».

—Francis, vamos —oyó la voz de su niñera desde el otro extremo del prado apenas fosforescente y vio el círculo de su linterna girar de árbol en árbol —: Voy —contestó con desesperación; no podía hacerlo, no podía revelar sus últimos secretos y

poner fin a la reserva que había entre él y su madre, pues aún existía, como último recurso, apelar a la señora Henne-Falcon. Se consoló con esa idea mientras avanzaba con paso lento, tan pequeño, hacia el enorme bulto. Su corazón palpitaba de manera irregular, pero ya controlaba su voz cuando dijo, con meticuloso acento: «Buenas tardes, señora Henne-Falcon. Fue muy amable al invitarme a su fiesta». Con la cara tensa levantada hacia la curva de sus pechos, y un discurso tan propio y pensado, parecía un viejo marchito. Aunque tenía un gemelo, era en muchas cosas como un hijo único. Dirigirse a Peter era hablarse a su propia imagen en un espejo, una imagen algo alterada por una falla en el vidrio, que le devolvía no tanto un reflejo de lo que era sino de lo que deseaba ser, de lo que sería sin su miedo irracional a la oscuridad, a los pasos desconocidos, al volar de los murciélagos en los jardines repletos de atardecer.

—Qué niño tan dulce —dijo distraída la señora Henne-Falcon antes de agitar los brazos como si los niños fuesen una bandada de pollos para que comenzaran a participar de lleno en su rígido programa de diversiones: carreras de todo tipo, manzanas para ensartar, juegos que para Francis no significaban nada más grave que la humillación. Y durante los frecuentes intervalos en que no se

requería de su presencia y podía quedarse solo en algún rincón lo más alejado posible de la mirada despectiva de Mabel Warren, pudo planear cómo podía evitar el cada vez más cercano terror a la oscuridad. Sabía que no tenía nada que temer hasta después de la hora del té, y no fue sino hasta que estuvo sentado dentro del halo amarillo que provenía de las diez velas del pastel de cumpleaños de Colin Henne-Falcon, que fue consciente de la inminencia de aquello que temía. Oyó la voz aguda de Joyce desde el otro extremo de la mesa: «Después del té vamos a jugar a las escondidillas en la oscuridad».

—Oh, no —dijo Peter, viendo la cara preocupada de Francis—, mejor otra cosa. Jugamos eso todos los años.

—Pero está en el programa —exclamó Mabel Warren—. Yo misma lo vi. Espié por encima del hombro de la señora Henne-Falcon. A las cinco el té. De cuarto para las seis hasta las seis y media, escondidillas en la oscuridad. Está todo apuntado en el programa.

Peter no discutió, pues si las escondidillas habían sido incluidas en el programa de la señora Henne-Falcon, entonces nada de lo que él pudiera decir modificaría eso. Pidió otra rebanada de pastel y tomó su té despacito. Quizá fuera posible demorar el juego otro cuarto de hora, darle a Francis unos minutos más

para pensar en un plan, pero incluso en eso falló Peter, pues los niños ya se estaban levantando de la mesa en grupos de dos o tres. Era su tercer fracaso, y sintió una vez más que un gran pájaro le oscurecía con sus alas la cara a su hermano. Pero se reprochó a sí mismo en silencio ser tan tonto, y terminó su pastel dándose fuerzas con el recuerdo de aquellas conocidas palabras de los adultos: «No hay por qué temerle a la oscuridad». Los hermanos fueron los últimos en levantarse de la mesa y llegaron juntos al vestíbulo, donde se toparon con los ojos atentos e impacientes de la señora Henne-Falcon.

—Y ahora —dijo— jugaremos a las escondidillas en la oscuridad.

Peter observó a su hermano y lo vio apretar los labios. Sabía que Francis había temido este momento desde el principio de la fiesta, que había tratado de enfrentarlo con valentía y que había abandonado todo intento. Seguramente había rezado pidiendo astucia para evadirse de este juego, que ahora era recibido con gritos de júbilo por los demás niños. «Oh, sí». «Debemos formar equipos». «¿Se vale por toda la casa?». «¿Dónde es la base?».

—Creo —dijo Francis Morton, acercándose a la señora Henne-Falcon, los ojos fijos en sus pechos exuberantes— que no vale la pena que juegue. Mi nana ya ha de estar por buscarme.

—Oh, pero tu nana puede esperar, Francis —dijo la señora Henne-Falcon, mientras palmeaba las manos para atraer hacia sí a varios niños que ya iban subiendo por las escaleras hacia los pisos superiores—. Tu mamá no se va a disgustar.

Hasta ahí había llegado la astucia de Francis. Se había negado a creer que una excusa tan bien preparada pudiera fallar. Lo único que le quedaba por decir ahora, todavía con ese tono preciso que odiaban los demás niños, fue: «Creo que será mejor que no juegue». Estaba quieto y, a pesar de su miedo, mantenía los rasgos inmóviles. Pero el conocimiento de su terror, o el reflejo del terror mismo, llegó hasta el cerebro de su hermano. Durante ese momento, Peter Morton hubiera podido gritar por miedo a que se apagaran las luces brillantes, dejándolo solo en una isla de oscuridad rodeada por el suave oleaje de pisadas desconocidas. Entonces recordó que el miedo no era suyo sino de su hermano. Le dijo impulsivamente a la señora Henne-Falcon: «Por favor, creo que Francis no debería jugar. La oscuridad lo sobresalta mucho». No debió decirlo. Seis niños comenzaron a cantar «mariquita, mariquita», haciéndole a Francis Morton caras torturantes que tenían la vacuidad de grandes girasoles.

Sin mirar a su hermano, Francis dijo: «Claro que

voy a jugar. No tengo miedo, solo pensé que...». Pero ya había sido olvidado por sus atormentadores humanos. Los niños rodearon a la señora Henne-Falcon, y sus voces agudas la picoteaban con preguntas y sugerencias. «Sí, donde quieran. Apagaremos todas las luces. Sí, pueden esconderse en los roperos. Deberán permanecer escondidos todo el tiempo posible. No habrá base».

Peter permanecía a un lado, avergonzado de la manera tan torpe en que había tratado de ayudar a su hermano. Ahora podía sentir cómo todo el resentimiento de Francis por su comentario se colaba por los rincones de su mente. Varios niños corrieron escaleras arriba y se apagaron las luces del piso superior. La oscuridad descendió como las alas de un murciélago, posándose en el rellano de la escalera. Otros comenzaron a apagar las luces en las orillas del vestíbulo, hasta que los niños estuvieron todos reunidos bajo el resplandor central del candil, mientras que a su alrededor se agazapaban los murciélagos con las alas dobladas y esperaban a que también este fuera extinguido.

—A ti y a Francis también les toca esconderse — dijo una muchacha alta y entonces se fue la luz, y el tapete tembló bajo sus pies con el rumor de las pisadas que reptaban hacia los rincones como pequeñas ráfagas frías.

—¿Dónde estará Francis? —se preguntó—. Si voy con él tendrá menos miedo a todos esos ruidos —. «Estos ruidos» eran las envolturas del silencio: el quejido de una tabla suelta, el cerrar cauteloso de la puerta de un ropero, el gemido de un dedo al deslizarse por la madera lustrada.

Peter, de pie en medio del piso oscuro y desierto, no trataba de oír dónde andaba su hermano, sino que esperaba a que la idea de su paradero penetrara en su mente. Pero Francis estaba acurrucado tapándose los oídos, los ojos inútilmente cerrados, la mente insensible a las sensaciones y lo único que pudo atravesar el espacio oscuro fue un sentimiento de tensión. Entonces una voz gritó: «Ahí voy», y fue como si el grito hubiera destrozado la confianza de su hermano y Peter Morton brincó con su miedo. Pero no era su propio miedo. Lo que en su hermano era un pánico ardiente era en él una emoción altruista que le dejaba intacta la razón. «Si yo fuera Francis, ¿dónde me escondería?». Y la respuesta fue inmediata, porque, aunque no era el propio Francis, sí era su espejo. «Entre el librero de roble a la izquierda de la puerta del estudio y el sofá de cuero». Entre los gemelos no podía haber jerga telepática. Habían estado juntos en el vientre y ya no podían ser separados.

Peter Morton se acercó de puntillas al escondite

de Francis. De vez en cuando crujía una tabla, y como temía ser atrapado por algún suave explorador de las tinieblas, se agachó para desatarse los zapatos. La punta de una agujeta golpeó contra el piso y el sonido metálico puso en movimiento hacia él una hueste de cautelosos pies. Pero ya para entonces andaba en calcetines y hasta se hubiera reído para sus adentros de la persecución de no haber sido por el vuelco que dio su corazón cuando oyó que alguien tropezaba con sus zapatos abandonados. Ninguna otra tabla reveló el avance de Peter Morton. En calcetines, se movió silencioso y certero hacia su objetivo. Su instinto le dijo que ya estaba cerca de la pared, y extendiendo una mano, posó los dedos sobre la cara de su hermano.

Francis no gritó, pero el brinco que pegó su propio corazón le reveló a Peter una parte del terror de Francis. «No te preocupes». Murmuró mientras palpaba la figura en cuclillas hasta atrapar una mano apretada. «Soy yo. Me voy a quedar contigo». Y asiendo al otro con fuerza, escuchó la cascada de murmullos que habían provocado sus palabras. Una mano tocó el librero cerca de la cabeza de Peter y se percató de cómo continuaba el miedo de Francis a pesar de su presencia. Era menos intenso y esperaba que más soportable, pero permanecía. Sabía que el miedo que estaba sintiendo era el de su hermano y no

el suyo. Para él la oscuridad solo era ausencia de luz, la mano que andaba a tientas, la de algún niño conocido. Armado de paciencia esperaba ser encontrado.

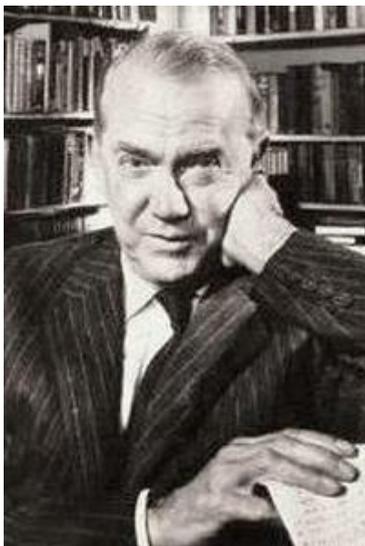
No volvió a hablar, pues entre Francis y él existía la comunión más íntima. A través de las manos entrelazadas el pensamiento fluía más aprisa de lo que tardaban los labios en amoldarse a las palabras. Podía sentir cómo evolucionaban las emociones de su hermano, a partir del brinco de pánico por el contacto inesperado hasta el pulso uniforme del miedo que continuaba ahora con la regularidad del latido del corazón. Peter Morton pensó con intensidad: «Aquí estoy. No tengas miedo. Pronto se prenderán las luces. No le temas a ese ruido, a ese movimiento. Solo Joyce, solo Mabel Warren». Bombardeó a la figura acurrucada con pensamientos de seguridad, pero estaba consciente de que el miedo continuaba: «Están comenzando a murmurar entre ellos. Ya se cansaron de buscarnos. Pronto se prenderán las luces. Habremos ganado. No tengas miedo. Ahí viene alguien por las escaleras. Creo que es la señora Henne-Falcon. Escucha. Están buscando el apagador». Pies que se movían por el tapete, manos que rozaban la pared, una cortina que corría, el golpeteo de una manija, la puerta de un ropero que se abría. En el estante sobre sus cabezas alguien tocó

un libro suelto. «Solo Joyce, solo Mabel Warren, solo la señora Henne-Falcon», un crescendo de pensamientos tranquilizadores antes de que el candil estallara en flor como un árbol frutal.

Las agudas voces de los niños se elevaron hacia el resplandor. «¿Dónde está Peter?». «¿Ya buscaron arriba?». «¿Dónde está Francis?». Pero volvieron a callarse por el grito de la señora Henne-Falcon. Pero no fue ella la primera en notar la quietud de Francis Morton, ahí donde se había desplomado contra la pared al sentir los dedos de su hermano. Peter seguía prendido del puño apretado con una aflicción desolada y confusa. No era solo que su hermano estuviera muerto. Su mente, demasiado joven para comprender la totalidad de la paradoja, se preguntaba por qué sería que el pulso temeroso de su hermano seguía y seguía, cuando Francis ya se hallaba ahí donde siempre le habían dicho que no existía más terror ni oscuridad.

[1929]

Traducción de Claudia Lucotti



GRAHAM GREENE. Henry Graham Greene (Berkhamsted, Hertfordshire, 2 de octubre de 1904 —Vevey, Suiza, 3 de abril de 1991) fue un escritor, guionista y crítico británico, cuya obra explora la confusión del hombre moderno y trata asuntos política o moralmente ambiguos en un trasfondo contemporáneo. Fue galardonado con la Orden de Mérito del Reino Unido.

Greene consiguió tanto los elogios de la crítica como los del público. Aunque estaba en contra de que lo llamaran un «novelista católico», su fe da forma a la mayoría de sus novelas, y gran parte de sus obras más relevantes (p. e. «*Brighton Rock*», «*The Heart*

of the Matter» y «*The Power and the Glory*»), tanto en el contenido como en las preocupaciones que contienen, son explícitamente católicas.

Graham Greene estudió en la Universidad de Oxford y se formó como periodista trabajando para el diario *The Times*. Como novelista, si bien debutó en 1929, su madurez no llegó hasta los años cuarenta.

Aficionado a las tramas policiacas o de espionaje en países exóticos, sus historias analizan con frecuencia dilemas morales del ser humano. Entre sus obras, clásicos del siglo xx, destacan títulos como «El poder y la gloria» (1940), «El tercer hombre» (1950), «El americano impasible» (1955), «Nuestro hombre en La Habana» (1958), «El cónsul honorario» (1973) o «El factor humano» (1978). También escribió ensayos, crítica literaria y obras de teatro.

Notas

[1] *Entertainments National Service Association*: Organización creada en 1939, encargada de entretener a la tropa con obras de teatro, música sinfónica, etcétera. <<

[2] *British Auxiliary Territorial Services.* <<

[3] Zona habitacional suburbana al sur de Londres. <<